
y
Serás siempre
Tú
18+
Carlos Mesa

Serás siempre Tú

Novela Romántica-Erótica

Carlos Mesa

PRÓLOGO

Esta novela de Carlos Mesa nos muestra una historia de amor, que puede ser una historia como tantas pero que, así como los personajes que las protagonizan, tienen algo que la hacen única, irrepetible. Esmeralda y Yadiel vivieron un romance de años, con sus idas y vueltas, sus encuentros esporádicos, sus momentos felices y no tanto. Y siempre lo que los mantenía unidos era la llama del deseo, del buen sexo que tenían y, aparentemente, nada más. Si había algún poderoso vínculo afectivo, parecía sólo relacionado con lo que vivían en la alcoba. Pero, como muchas veces ocurre, había algo más que la pura atracción física. Algo que se fue dando a pesar de las apariencias de que, una vez cumplidas todas sus fantasías, sólo quedaba la opción de alejarse, ya agotado todo lo que los unía. Casi sobre el final aparecen en escena otros dos personajes: uno de ellos estuvo siempre presente, sólo que en un discreto segundo plano, y otro completamente nuevo, y cuya presencia fue muy importante (determinante, podría decirse) para contribuir al desenlace final.

No lo contaremos aquí; lo dejamos para que el público lector en su momento lo descubra, disfrutando a la vez del viaje que a su destino condujo.

Los Editores.

ÍNDICE

PRÓLOGO
SERÁS SIEMPRE TÚ
- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI

SERÁS SIEMPRE TÚ – LA CAJA DE VERDADES
- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X
- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV
- Capítulo XVI

SERÁS SIEMPRE TÚ – FANTASÍAS CUMPLIDAS
- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V

Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII

SERÁS SIEMPRE TÚ

Capítulo I

Todo inició una calurosa noche de verano, en el 2008, cuando tenía 21 años. Fui a una fiesta que se estaba celebrando en casa de un amigo, en un amplio patio y, tras hacer un rápido recorrido visual, pude notar que todos parecían divertirse, menos una chica, a la que vi con los brazos cruzados relegada a una esquina. Era delgada y de piel morena. Su cabello, corto y de color negro, descansaba con suavidad sobre sus hombros. Al mirar con mayor detenimiento, pude apreciar su fabuloso cuerpo: una obra maestra que encarnaba la perfección en cada detalle. Desde sus curvas delicadamente esculpidas, que parecían desafiar al mismísimo escultor divino, hasta su trasero, una luna ascendente de formas redondeadas y exquisitamente elevadas. Sus pechos, erguidos como centinelas de la feminidad, atesoraban una belleza que desafiaba cualquier definición mundana de lo sublime. En cuanto a la forma de sus caderas: ¡Oh! ¡Qué espectacular! Fue lo que más llamó mi atención, pues sus curvas daban la impresión de haber sido moldeadas a mano con el propósito de llevar a cualquier hombre a la perdición.

En aquel entonces yo era delgado, con unos brazos un tanto musculosos para mi escuálido cuerpo, tenía el cabello largo y fino, y acostumbraba a atarlos con sencillez en una cola. Mis ojos, como dos gemas de café, destilaban una chispa de curiosidad, mientras mis labios, carnosos y sugerentes, se destacaban con un matiz rosa sobre mi piel clara. Me consideraba un hombre muy simpático y conversador, y presumía de ser alguien que no se acobardaba cuando se trataba de acercarse a una chica para conquistarla.

La observé durante un rato y, por la agitación constante de sus pies, pude notar que no quería estar ahí. Mantuve mi distancia por unos minutos para ver si andaba acompañada, pero no vi a nadie acercarse, por lo que decidí lanzarme y ver por qué estaba tan aburrida.

—¡Hola! Quita esa cara de amargada y sonríele a la vida. —le dije, pero me ignoró.

Me paré a su lado y después de unos segundos, le volví a hablar diciéndole:

—Ya de por sí eres fea, no tienes por qué poner cara de enojada para repeler a los hombres.

—Mira, seas quien seas, vete a otra parte con tus disparatadas. Estoy muy segura de mí misma y sé muy bien que fea no soy. Si te atreviste a acercarte a mí, no fue porque seas simpático, lo hiciste porque te parezco muy atractiva. Me viste sola y aburrida en una esquina, y piensas que vine con alguna amiga que se fue por ahí con el novio y me dejó aquí sola, pero te equivocas. Nunca vendría a una estúpida fiesta como ésta, y la única razón por la que estoy acá es porque ando con mi primo y él tenía que pasar a recoger algo.

—Ya, discúlpame. No tienes que arremeter contra mí como si fuera tu peor enemigo. Solo quería ser amistoso, pero al parecer has tenido algunas malas experiencias y te la quieres desquitar con todos los hombres que se te acercan.

—No es que haya tenido ninguna mala experiencia, es sólo que conozco a los hombres como tú y no les hago el favor de parecer agradable. Si te recibiera con una sonrisa, estoy segura de que, al dar la espalda, fueras a decirles a los demás que casi me tienes, como si fuera algún objeto que pudieras poseer, y quién sabe cuántas cosas más.

—No deberías emitir juicios sobre alguien que no conoces, en verdad no tienes ni la más mínima idea del tipo de persona que soy.

—Ni me interesa saber. Gracias a Dios, ahí viene mi primo y ya podré irme de aquí.

—Ya veo. ¿Podría por lo menos saber cuál es tu nombre?

—Por supuesto que no. Eso significaría que tu plan no salió tan mal después de todo, y es algo que no estoy dispuesta a permitir.

La vi marcharse y me quedé boquiabierto. No fue la mejor conversación que había tenido con una mujer, pero su actitud hizo que me pareciera mucho más atractiva que antes. El resto de la noche me la pasé muy entretenido, y para cuando quise llegar a casa, me sentía tan cansado que me dormí casi de inmediato. Pero al día siguiente, el recuerdo de aquella chica y el eco desafiante de su voz, impregnado de una pizca de agresividad, se aferraban tenazmente a los rincones de mi mente, como las sombras que persisten al desvanecerse la noche. Me parecía una persona muy interesante, cuyo mecanismo de defensa ante los hombres la hacía aún más codiciable. Me pasé todo el día pensando en ella, tanto así que cuando llegué de la universidad, me metí a la ducha y empecé a imaginarme cómo podría ser en la cama. La pensé teniéndola de frente, en una habitación a solas, agarrándola por la cintura y pegándola contra la pared. Luego en cómo me empujaría y se resistiría. En mi mente vi un beso, seguido por una bofetada, y después la imaginé usando esa misma mano para tirar de mí y volver a besarme, así: con violencia, con pasión, con un fuego voraz surgiendo desde lo más profundo de nuestros cuerpos.

Mi imaginación seguía su curso y, sin más vueltas, ya estábamos en la cama, besándonos y en ropa interior. En medio de tan exquisito pensamiento, ya sentía el pene erecto y vibrante, deseando que todo lo que imaginaba en ese instante pudiera volverse realidad. A pesar de que aquella noche nuestra conversación fue breve, antes de acercarme a ella pude plasmar la figura de su cuerpo en mi mente, en donde ya la había visto casi desnuda, y solo me faltaban escasas piezas para armar el rompecabezas de ese cuerpo tan excepcional.

Salí de la ducha sintiéndome igual de excitado, y consideré por varios minutos masturbarme mientras fantaseaba con esa chica. Era algo loco, lo sé, solo la había visto una vez, pero ya la deseaba bastante. Esa noche entendí que necesitaba investigar un poquito más sobre ella, aunque la verdad no tenía idea de cómo lo haría. El chico que la acompañaba, supuestamente su primo, era apenas un rostro conocido. Lo había visto un par de veces porque teníamos algunos amigos en común, pero ni siquiera sabía cuál era su nombre. Después de meditar un rato, decidí llamar a Camilo en busca de alguna pista, pues él era el anfitrión de la fiesta. El teléfono sonaba, y mientras esperaba que contestara, luchaba por encontrar las palabras adecuadas para disimular mi interés. Sin embargo, pronto abandoné toda pretensión, convencido de que mi curiosidad sería evidente de todos modos. Finalmente, tras unos cuantos timbrazos, la voz de Camilo rompió el silencio y comenzamos a hablar:

—¡Hola, Yadiel!

—¡Buenas noches, Camilo! ¿Cómo estás?

—Todo bien, ¿Y tú?

—Muy bien, también. Oye, anoche en la fiesta, vi que el amigo tuyo, el que tiene la moto gris,

andaba con una chica. Ella me dijo que él es su primo. ¿Por casualidad la conoces?

—¿Te refieres a Carlos?

—Sí, creo que así es que se llama.

—Bueno, en verdad él entró a buscar algo y se fue de una vez. No vi ninguna chica con él.

—Ah, es que se quedó afuera esperándolo, y yo —hice una pequeña pausa—, estuve hablando con ella, pero no me quiso dar su nombre. Te llamaba para ver si me podrías investigar si de verdad es prima de Carlos, o si es que son novios o algo así.

—Ja, ja, ja, entiendo. Está bien. Creo que lo voy a ver más tarde, le preguntaré y cualquier cosa te haré saber.

—Muchas gracias, Camilo.

—Aún no hay nada que agradecer, Yadiel. ¡Cuídate!

Esa misma noche, Camilo me regresó la llamada y me confirmó que la chica en verdad era prima de Carlos, y que se estaba pasando unos días en su casa. Su nombre era Esmeralda Ureña. Una dosis de alivio acarició mi corazón y, con una sonrisa en el rostro, me dije a mí mismo que no necesitaba saber nada más.

Bajo la influencia de mis abuelos, la tradición de asistir a la iglesia cada domingo se arraigó en mi ser desde la más tierna infancia. Ese domingo, me levanté temprano y me dirigí al culto sin tener idea de lo que me esperaba. Al llegar, mientras avanzaba hacia mi rincón predilecto en la esquina izquierda, donde solía sentarme, mis ojos se toparon con su figura. Jamás imaginé encontrarla allí. Sonreí para mis adentros y me mantuve mirándola durante toda la mañana. Ella estaba un poco más adelante que yo, por lo que no me vio entrar ni se había percatado de mi presencia.

Cuando terminó el culto, me apresuré a salir antes que ella y me quedé hablando con algunos amigos en un lugar donde estaba seguro de que podría verme. Una vez afuera, se paró casi en la puerta mientras miraba de un lado a otro con detenimiento, como si estuviera buscando a alguien. Me vio, y no noté ningún tipo de asombro, pero levantó una mano y haciendo señas con un dedo, me llamó para que me acercara, lo cual me sorprendió bastante. Al acercarme, pude apreciar mejor sus ojos marrones, con un tono oscuro tan divino que parecían esconder en ellos los misterios del universo. De igual modo, también vi que lucía mucho más relajada que la noche de la fiesta. Entonces me dijo:

—¡Buenos días! No pensé que una persona como tú pudiera visitar la iglesia. ¿Acaso es una manera de sentirte menos mal por todos los pecados que cometes?

—Espera, si me llamaste para ofenderme, mejor me voy. La otra vez me aguanté tus insultos, pero eso fue por el simple hecho de que fui yo quien se tomó el atrevimiento de acercarse.

—Ja, ja, ja. Solo bromeaba, no sabía que eras tan sensible. Te llamé para preguntarte si has visto a mi primo.

—No, no lo he visto, y no, no soy tan sensible, pero no tengo por qué soportar insultos de personas que no conozco. Recuerde que usted y yo somos dos desconocidos, la otra noche ni

siquiera quiso darme su nombre.

—Deja de hacerte el tonto, yo sé muy bien que ya te las arreglaste para investigar algo más que solo mi nombre, ¿o me equivoco?

—Pues sí, Esmeralda Ureña, te equivocas, yo no soy de ese tipo de personas. —le dije con picardía, mientras cruzaba los brazos.

—Sí, claro. De eso no tengo ninguna duda. —me dijo, desviando la mirada.

—Bueno, por si te interesa, mi nombre es Yadiel Castro.

—¿Yadiel?

—Sí.

—Tienes un nombre muy interesante.

—Así es. Aunque no es lo único interesante que tengo. —le dije, mientras guiñaba el ojo.

—Si tú lo dices. —me respondió con sequedad.

En ese momento llegó su primo, a quien saludé con un apretón de manos y le dije:

—Dile a esa joven que no sea tan asocial y mal educada.

—Ya le he dicho que no sea así, que tiene que cambiar. —me dijo Carlos, al tiempo que ambos la mirábamos.

Ella volteó los ojos hacia arriba y con la actitud que la caracterizaba respondió:

—Una cosa es no tener educación y otra muy distinta es respetarse y no estar sonriéndole a cualquier hombre que se te acerque. Carlos, vámonos que tengo hambre. —concluyó, con un fastidio palpable.

—Sí, llévatela, no vaya a ser que me muerda. —dije, con un tono de burla.

—¡Ja! ya quisieras tú que yo tuviera deseos de morderte.

Los vi marcharse y me quedé mordiéndome los labios, sabía que detrás de esa actitud de insoportable, se ocultaba algo de interés por mí, y que sólo era cuestión de tiempo para tener un mayor acercamiento a ella y conocerla mejor.

Capítulo II

Pasaron algunos días y encontrármela los domingos en la iglesia se volvió costumbre. Siempre hablábamos un rato después del culto y no había cambiado para nada esa forma de tratarme mal en cada conversación. A pesar de esto, me encantaba conversar con Esmeralda, ya que era una persona con la que me sentía muy a gusto. Era muy inteligente, con ella se podía hablar de cualquier cosa y para todo tenía una respuesta. Le había pedido su número de teléfono un par de veces, pero siempre me lo negaba. Todo hasta que un domingo me dio una noticia que me sorprendió bastante, la cual no me cayó para nada bien.

—Mira, insoportable (así era como me decía), me voy mañana. Tenía planes de quedarme a trabajar y estudiar aquí, pero no he conseguido trabajo y tendré que regresar a mi casa, a Puerto Plata. Te voy a hacer el favor de darte mi número de teléfono, pero si me molestas mucho, te bloquearé.

—Pero ¿Cómo que te vas? Y me lo vienes a decir ahora.

—¿Ah? Pero ni que yo fuera tu mujer. Te lo estoy diciendo por cortesía, para que después no digas que me fui y no te dije nada. Lo hice porque quise, no porque tuviera que.

—Perdón, lo digo porque de habérmelo dicho con más tiempo, quizás te hubiese obsequiado algo para que te acuerdes de mí, o que se yo, te hubiese invitado a dar una vuelta a modo de despedida, aunque sea para que me rechaces… como siempre.

—Ay, tan lindo —dijo sarcásticamente—. Aún estas a tiempo de hacer esa invitación, me iré mañana, no hoy.

—Bueno, en ese caso. ¿Qué tal si damos una vuelta esta noche?

—Está bien. Sabes que me estoy quedando en casa de un pariente y no puedo llegar muy tarde, así que pasa por mí a las seis, y por una vez en tu vida, sé puntual. Si llegas con un minuto de retraso, no iremos a ningún lado.

—¿En serio estás aceptando?

—Sí, y no vuelvas a preguntar si es en serio que luego me arrepiento.

—Está bien, estaré ahí a las cinco.

—Dije a las seis. No vayas a llegar tan temprano, no quiero tener que cambiarme sintiéndome presionada porque me estás esperando. Simplemente sé puntual y trata de estar ahí a la seis en punto.

“Cualquiera no va ni a las cinco, ni a las seis, ni a ninguna hora. Lo bueno sería dejarla plantada para que deje de ser tan creída”, dije para mis adentros.

—¡Señora, sí señora! ¡Estaré ahí a las mil ochocientas! —exclamé en tono militar, mientras me alejaba haciendo como si estuviera marchando.

Llegué a las proximidades de la casa de Carlos en eso de las 5:50 pm, pero no me acerqué sino hasta que el reloj marcó las 5:59 pm. Cuando la puerta se abrió, quedé asombrado por lo bien

que se veía. Traía puesta una blusa sin mangas de un tono grisáceo y una falda jean que acariciaba sus muslos hasta rozar por encima de las rodillas. Esta le quedaba ajustada y marcaba a la perfección las curvas de sus caderas. Su pelo daba muestras de que había ido al salón ese mismo día y se veía brillante y hermoso. La blusa dejaba ver parte de sus pechos, y estos se veían tan tentativos que tuve que hacer un gran esfuerzo para dejar de contemplarlos y mirarla a la cara, casi sin que se diera cuenta de cuánto los estaba codiciando. Sé que notó cómo me detuve por un instante a observarlos, pero no podía esperar menos después de haber cometido semejante crimen.

—¿Viste que no es tan difícil ser puntual? —me dijo, mientras yo aún trataba de disimular las ganas que tenía de desnudarla.

—Bajo amenazas cualquiera lo es. —dije, después de carraspear.

La llevé a comer algo a un centro comercial y luego caminamos por un parque que quedaba justo al frente. Durante toda la noche, su actitud fue muy diferente a la que había mostrado en nuestros encuentros anteriores. Me contó parte de su historia y pude conocer a la dulce chica de 19 años que se ocultaba detrás de la refunfuñona que conocí en aquella fiesta.

Después de caminar por unos minutos a través y alrededor del parque, nos sentamos en un banco de metal y nos quedamos en silencio por un largo rato. Éramos conscientes de que se acercaba el final de la noche, y no sabíamos si podríamos volver a vernos, o bajo qué circunstancias lo haríamos si eso sucedía. Fijamos nuestras miradas en los vehículos que se desplazaban en la distancia, y observamos con detenimiento a las personas que caminaban de un lado a otro hasta perderse entre la oscuridad. Antes de que el silencio se volviera incómodo, la tomé de la mano y, clavando mi mirada en sus hermosos labios, traté de besarla, pero me esquivó y dejó que la besara en la mejilla. Luego sonrió y me dijo:

—El beso de despedida se deja para el final.

—Pero ¿quién dijo que ese era el beso de despedida? Ese solo debió ser nuestro primer beso.

—¿Y quién dijo que el primero no será también el último?

—No tiene por qué serlo, creo que contamos con el tiempo suficiente para un primer beso, y otros más.

—En este caso no se trata del tiempo, es que prefiero que sea así. Quiero que recuerdes ese beso como el primero y el último, o sea, aunque no te guste, algo tendrá de especial.

—Ja, ja, ja. ¿No estarás diciendo eso porque piensas que no te gustará mi manera de besar?

—No, nada que ver. Quizás sea yo quien quede en vergüenza esta noche. A ti se te ve que ya tienes bastante experiencia.

—Puede ser que sí. Pero un buen besador no es aquel que haya besado a muchas. En algunos casos, el practicar mucho algo nos hace mejores, pero considero que, con relación a los besos, es difícil mejorar con la práctica porque nadie tiene el valor de decirte cuando lo haces mal, y si no sabes que estás haciendo algo mal, lo seguirás haciendo así.

—Créeme que si besas mal te lo diré. —me dijo, con una sonrisa indescifrable.

—Espero que sea así, y que, además, me des instrucciones de cómo hacerlo mejor.

—No creo que sea necesario, pero cuenta con eso. Hablando en serio… Imagínate lo fantástico de darnos solo un beso esta noche. Va a ser el primero, pero ya sabrás de antemano que también será el último. Clavaremos ese recuerdo en nuestra memoria y nos aferraremos a eso: a no olvidar lo que sentiremos. ¿Acaso soy la única que piensa que sería algo maravilloso?

—Te entiendo, y la verdad, pensándolo bien, tienes razón. Será algo mágico. —agregué, mientras la miraba a los ojos.

Seguimos hablando por varios minutos y luego nos fuimos. Cuando estábamos frente a la casa de Carlos, me desmonté del taxi para acompañarla a la puerta. En ese instante sentí un poco de nervios, ya que había llegado el momento de la verdad y al fin podría besar a Esmeralda. Me acerqué con intenciones de tomar la iniciativa, pero ella me detuvo y me pidió que cerrara los ojos. Cuando lo hice, la sentí acercarse por mi lado izquierdo, y el calor del aire que exhalaba se esparció por mi cuello, haciéndome estremecer. Luego, retrocedió hasta que nuestra respiración empezó a mezclarse, y fue entonces cuando sus labios rozaron los míos con delicadeza. Me besó despacio y con mucho cuidado, nuestras bocas se sincronizaron y no pude evitar una rápida erección al sentirla contra mi cuerpo. Noté que lo sintió, pero eso no me importó, y al parecer, a ella tampoco.

El beso empezó siendo tierno y delicado, pero se hacía cada vez más apasionado y violento. La tomé de la cintura con algo de timidez, y por primera vez, pude colocar mi mano en esa parte de su cuerpo que tanto había codiciado. Era como si estuviera moldeada de la manera perfecta para poder sostenerla con fuerza. Mientras nos besábamos la escuché jadear, los dos estábamos tan excitados que sentí que perdíamos la compostura, justo ahí, en medio de la calle. Después de un rato, ella retrocedió un poco tirando de mis labios, hasta que ya no hubo más contacto. Entonces me miró a los ojos y con una sonrisa en el rostro me dijo:

—Hasta pronto, Yadiel Castro. Pasa buenas noches.

—Hasta pronto, Esmeralda Ureña. —le dije, sintiendo aún el sabor de sus labios en mi boca.

Me fui a casa pensando en lo mucho que la deseaba, y aunque había estado de acuerdo con lo maravilloso que sería un primer beso que también fuera el último, tenía muchas ganas de más. Sentía tanto deseo de seguir besándola, que me parecía injusto pensar que podía ser la última vez que podría verla, que podría besarla.

Al llegar a casa, me encerré en mi habitación y me tiré en la cama recordando cada momento de aquel memorable beso. Seguía igual de excitado que cuando la estaba besando, y sin darme cuenta, ya tenía la mano metida entre mis calzoncillos, y agarrándome el pene. Con los ojos cerrados, empecé a imaginármela ahí conmigo.

Me veía tumbándola en la cama y besándola, después, quitándole la blusa y acariciando sus pechos mientras bajaba dándole besos por el abdomen, luego subiendo y bebiendo del néctar de sus senos, uno por uno. Me imaginé mordisqueando sus pezones y retorciéndolos con mis dedos, levantando esa falda que traía puesta y quitando sus bragas con violencia. Pensé en el oral que quería hacerle, ¡Dios! Cuantas ansias tenía de sentir sus fluidos entre mis manos, acercar mi cara a sus piernas y percibir el olor del placer. Moría de ganas por saber cómo luciría su vagina

mojada, tensa y ansiosa por experimentar lo que le esperaba.

La idea de imaginar mi boca acercándose a su clítoris, me desesperó. El movimiento de mi mano sobre mi pene se había vuelto tan intenso, que tuve que apresurar la escena y saltar hasta donde la penetraba, e imaginarme el sonido de sus gemidos retumbando por toda la habitación mientras la hacía mía.

Así fue como esa noche me masturbé pensando en ella, imaginando lo que podría ser un encuentro apasionado con Esmeralda Ureña.

Capítulo III

Transcurrió un año desde que Esmeralda se fue, y aunque al principio mantuvimos una muy buena comunicación, en ocasiones durábamos hasta dos semanas sin hablar. Así nos la pasamos durante meses, pero una de esas noches que no tienen nada de especial, me escribió para darme la noticia de que regresaría a Santo Domingo, y que pasaría algunos días en casa de Carlos. Me causaba mucha emoción saber que la volvería a ver, no obstante, también me daba un poco de angustia. Nunca quedamos en que seríamos otra cosa más que amigos, y no sabía si aún sentía algo de atracción por mí.

Llegó la fecha de su regreso y quedamos en juntarnos al día siguiente. Tan pronto supe que ya estaba en Santo Domingo, empecé a sentir mucha ansiedad, tenía unas ganas inmensas de volverla a ver y contaba las horas para nuestro reencuentro. A la hora convenida, pasé a recogerla, y pensé que el momento de volver a vernos tendría algo de magia, sin embargo, fue mucho más normal de lo que esperaba. Al verla, sentí un pequeño escalofrío, es cierto, pero nada más. Esmeralda seguía igual de hermosa, al parecer el tiempo no había tenido ningún efecto sobre ella, y me saludó con un beso en la mejilla, como si solo hubieran pasado dos días desde la última vez que nos vimos.

Durante toda la noche, mantuvimos una conversación que era muy normal entre nosotros: ella hablándome mal y yo tratando de ser chistoso. En ningún momento hablamos sobre el beso que nos dimos la última vez que nos vimos, y nos tratamos como dos viejos amigos. Cuando finalizó nuestro encuentro, la dejé en casa y no pasó nada. Pero más tarde, después de caminar de un lado a otro en mi habitación, la llamé y le confesé las ganas que tenía de darle un beso:

—Tenía muchas ganas de besarte. —Le dije con suavidad, tan pronto contestó el teléfono.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No sé, quizás porque te vi diferente. Creo que ahora solo me ves como a un amigo.

—Uno de los errores más grandes del ser humano es asumir cosas. Es mejor preguntar.

—Pienso que tienes razón. ¿Entonces eso quiere decir que me equivoqué y que aún sigues sintiendo algo de interés por mí?

—Tonto. ¿Tú qué crees?

—No puedo asumir. Por eso pregunto. —le dije de manera divertida.

—Pues, nunca te he visto como un amigo. He pensado mucho en ti y la verdad una de las cosas que me animaron a regresar fuiste tú. Es decir, tenía que venir porque tengo algunos asuntos que resolver, pero siendo sincera, creo que, de no haber sido por ti, hubiese venido solo a solucionarlos y me hubiese ido el mismo día, aunque me hubiese costado venir varias veces.

—¡Vaya! Quien lo hubiera imaginado. Entonces me arrepiento de no haberte besado esta noche.

—Tranquilo. Mañana tendrás otra oportunidad.

—Me parece perfecto. Pero esta vez ya no será el primer beso, así que no tiene por qué ser solo

uno, ¿cierto?

—No, mañana puede pasar mucho más que eso, si así lo deseas.

—Mmm, interesante. —dije en voz baja.

Seguimos hablando por un rato y luego nos fuimos a dormir, pero me pasé toda la noche preguntándome a qué pudo haberse referido con que podría pasar mucho más que un beso. El día siguiente, al anochecer, salimos a tomarnos unos tragos, pero a menos de una hora de haber llegado al lugar, me pidió que nos fuéramos, lo que me pareció muy extraño y quería saber si había pasado algo.

—¿Qué pasa? ¿No te sientes cómoda?

—No, no es eso. Es solo que quiero que nos vayamos.

—Pero ¿Para dónde?

—Para donde tú me quieras llevar.

Me sentía un poco confundido, pero recordando lo que me había dicho la noche anterior, supuse que quería que estuviéramos a solas. Tomamos un taxi y con algo de nervios le pedí que nos llevara a un hotel. Al darle las instrucciones al taxista, la miré y no puso ninguna objeción, por lo que entendí que estaba de acuerdo. Estuvimos muy callados durante todo el camino. Nos agarramos de las manos y ambos contemplamos las luces de la calle como si fueran ellas las que se desplazaran a nuestro alrededor.

Al llegar al hotel, empezamos a besarnos desde que cruzamos la puerta. Nos tumbamos en la cama, y con delicadeza, levanté sus brazos para sostenerlos sobre su cabeza mientras la besaba por el cuello. La besé hasta el pecho y volví a subir. Luego le quité la blusa y deslicé mi lengua desde su barbilla hasta detrás de su oreja, después seguí bajando con besos húmedos, pasando entre sus senos sin hacerles caso, y terminando en su ombligo. Su respiración se agitaba, gemía con timidez y se retorcía de placer. La hice incorporarse un poco y arrastré mi mano derecha por su espalda, buscando quitarle el sostén, pero me detuvo e hizo que me acostara boca arriba para ella colocarse encima de mí.

Empezó besándome con mordiscos apasionados al tiempo que se balanceaba sobre mi pene, cuya erección creaba un bulto en mis pantalones. A la misma vez, quitaba los botones de mi camisa uno por uno y con calma, dejando caer una caricia sutil con cada botón que desabrochaba. Cuando logró quitarlos todos, me sentó para quitarme la camisa, y al hacerlo, me miró a los ojos y se mordió los labios. Luego me empujó para que volviera a tumbarme en la cama, y me acarició el pecho mientras presionaba su vagina contra mi pene y se movía al ritmo de sus emociones.

Coloqué mis manos en su cintura, y me sostenía a ella como si fuera a caer al vacío y sus caderas eran lo único que podían salvarme. En ese instante volvió a besarme, esta vez con tanta pasión que empecé a apretar sus nalgas con firmeza. La deseaba tanto que sólo quería hacerla mía de una vez por todas. Estaba desesperado e intenté sentarme tratando de retomar el control, pero no tuve éxito, ya que me empujó con fuerza para que me quedara ahí.

Después de torturarme por un rato, se puso de pie y se quitó los jeans que traía puestos. La

miraba y no lo creía, la tenía de frente en ropa interior y se veía tan sexy que solo quería devorarla. En ese momento me dieron unas ganas inmensas de rasgar sus bragas y de mandar a volar el sostén, pero me contuve y decidí seguirle el juego. Intenté quitarme los pantalones yo también, no obstante, Esmeralda me detuvo y me pidió que se lo dejara a ella. Al quitármelos, se subió arriba de mí y sentí mi pene quedar justo en la hendidura de su parte íntima. A pesar de que aún teníamos algo de ropa, podía sentir lo mojada que estaba, había quedado en la posición perfecta para hacerme una imagen de lo que se ocultaba detrás de esos pantis de color azul turquesa que llevaba encima.

Mientras estaba sentada sobre mí, puso sus manos en mi pecho y empezó a balancearse con los ojos cerrados. Agarré sus senos, aún escondidos bajo el sostén, y empecé a apretarlos. Esmeralda gritaba de placer y aceleraba el movimiento que realizaba encima de mí. En un segundo intento de quitarle el brasier, volvió a detenerme y con seriedad, casi gritándome, me dijo:

—¡No te atrevas a quitarme nada más!

Me quedé perplejo, no entendía qué era lo que pretendía. Luego volvió a besarme y la confusión que sentía se disipó, sus besos me excitaban demasiado y la sensualidad de sus movimientos me estaba volviendo loco. Sus gemidos iban en aumento y se escuchaban con menor timidez, lo que me provocaba cada vez más. De pronto, cuando ya no pude resistir, me incorporé con rapidez, la cargué y me puse encima de ella.

La besé por el cuello y esta vez era yo quien ejercía presión con mi pene contra su vagina. Bajé hasta su pecho y al sentir que buscaba mover su sostén a un lado para chupar su pezón, volvió a advertirme que no le quitara más nada. Le hice caso y me alejé de sus senos e intenté meter mi mano por sus bragas, pero también me la retiró y me pidió que no lo hiciera. Hablaba con un tono muy serio, por lo que entendí que lo mejor que podía hacer era respetar sus peticiones. Me limité a solo seguir besándola mientras manteníamos el ritmo combinado de nuestras cinturas, el cual se fue acelerando poco a poco hasta que llegó al orgasmo. Luego de eso, hizo que me moviera de encima y corrió hacia el baño.

Me quedé tirado boca arriba en la cama, pensando en lo mucho que me había gustado lo que acababa de pasar, pero al mismo tiempo, preguntándome si eso sería todo lo que pasaría esa noche. No podía creer que pretendiera dejarme así. Cuando salió del baño, se vistió en silencio y al ver que yo solo la observaba, me preguntó si no pensaba vestirme. Me sentía un poco molesto por la manera en que se estaba comportando, pero decidí seguir actuando como un caballero y también empecé a hacerlo.

Mientras íbamos en el taxi de regreso a casa, se recostó sobre mi hombro y se la pasó dormitando durante todo el camino. Me sentía un poco incómodo porque no me pareció justo lo que había sucedido, pero no quería hablar del tema en ese momento, prefería esperar a estar más calmado.

Cuando estábamos llegando, le acaricié el pelo para despertarla y dejarle saber que casi pasábamos a dejarla. Al escuchar el tono de voz con el que le hablé, me preguntó si me pasaba algo. “¿En serio me estaba haciendo esa pregunta después de lo que había pasado?” Antes de empezar a hablar, volteé la mirada hacia afuera y le respondí:

—Nada. ¿Por qué?

—Es que te escucho como si estuvieras molesto.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué hice qué?

—Dejarme así. Pensé que las cosas serían diferentes.

—Ah, te refieres a eso. Bueno, nunca te dije que tendríamos sexo. ¿O sí?

—No, pero por la forma en la que te expresaste y por como todo estaba fluyendo después, creí que quizás… no sé, pensé que pasaría.

—Ya veo. Deberías sentirte bien, esta noche estabas esperando darme algunos besos y al final obtuviste algo más que eso, justo como te dije que pasaría. Muchas veces nos enfocamos tanto en llegar al destino que no disfrutamos el viaje, y el viaje también cuenta cuando lo sabes disfrutar.

Justo cuando terminó de decir esta última parte, llegamos a casa de Carlos. La llevé hasta la puerta, nos despedimos con un abrazo y luego volví a subir al taxi. Me fui todo el camino analizando cuan cierto era lo que había dicho, pues ella tenía razón. Nunca hablamos de que tendríamos sexo, y estuve tan enfocado en que eso sucediera, que ni siquiera me había detenido a apreciar lo que sí pasó.

Después de esa noche seguimos hablando como siempre, y cuando logró resolver las cosas que vino a hacer a Santo Domingo, regresó a Puerto Plata. Prometió regresar pronto y eso me hizo quedarme tranquilo. Mientras tanto, sentía que me estaba enamorando cada vez más de ella.

Capítulo IV

Pasaron algunas semanas, y después de tanto esperar, llegó el día de su regreso. Esa misma noche salimos y le pedí de manera oficial que fuera mi novia, y aceptó de inmediato. Durante esa salida, nos dimos unos que otros besos muy apasionados y quedamos de juntarnos la tarde siguiente. En este otro encuentro fuimos a un hotel y, debido a lo acontecido en la ocasión anterior, me preparé para disfrutar de lo que sea que pudiéramos hacer, sin tener expectativas de que podía hacerla mía por completo. A pesar de toda la confianza que ya existía entre nosotros, no me había atrevido a hacerle una pregunta que rondaba mi cabeza desde aquella noche: "¿Acaso era virgen?" Estaba casi convencido de que lo era, pues eso explicaría todo. La virginidad de una mujer no es algo que se le entrega a cualquiera, y menos a alguien con quien por el momento no tenía nada. Cuando entramos a la habitación, ambos estábamos mucho más relajados que la última vez. No empezamos a besarnos tan pronto cruzamos la puerta, sino que, con calma, procedimos a ponernos cómodos. Ella se quitó los zapatos y recorrió cada rincón como si estudiara el lugar, parecía estar pintando algunos escenarios en su mente y construyendo memorias de cosas que aún no habían sucedido.

La observé en silencio mientras me quitaba el reloj y una pulsera que traía puesta. Me acerqué a la cama y empecé a colocar mis cosas en la mesita de noche. En ese momento, la sentí acercarse lentamente y abrazarme por detrás. Recostó la cabeza en mi espalda y puso sus manos en mi pecho, entonces yo puse las mías sobre las de ella, y con voz serena, mirándola por encima del hombro, le dije:

—Yo también te quiero mucho.

—¿De verdad? —preguntó con timidez.

—Sí, no sabes cuánto soñé con este momento. Tú y yo a solas, sentir tu calor y saber que te tengo sólo para mí, no podría pedir nada más.

Me volteé para mirarla de frente y puse mi mano derecha en su mejilla. Esmeralda cerró los ojos y movió la cabeza como si se estuviera rascando con ella. Luego, la sujetó con ambas manos y la besó con suavidad. Me acerqué un poco más y comencé a besarla: con lentitud, como si contáramos con todo el tiempo del mundo para estar en aquella habitación. Levantó los brazos y los cruzó sobre mi cuello, yo bajé los míos y agarré sus nalgas, las cuales acariciaba con movimientos circulares y apretaba con malicia.

Esa noche traía puesto un vestido blanco, este estaba sujetado con botones que se extendían de extremo a extremo en la parte frontal. Apoyé mi frente contra la suya y fui quitando botón por botón con lentitud, mientras nos dábamos besos cortos y nuestra agitación iba en aumento. Al desabotonar el vestido por completo, abrió un poco los brazos para que pudiera quitárselo y este cayó ante nuestros pies, dejando al descubierto ese cuerpo que tanto me encantaba.

Con una combinación de ropa interior negra súper sexy, acababa de descontrolar mis deseos, y mi idea de tomar las cosas con calma, se esfumó con rapidez. La cama estaba a mis espaldas, por lo que me hice a un lado y la coloqué en la orilla, recostada boca abajo y con los pies sobre el piso. Levanté un poco su cabello y la besé por la nuca, luego me apoyé en la cama mientras

bajaba dándole besos por la espalda y dejaba sentir mi erección en su trasero. Al recorrer su suave piel y llegar a la línea de sus bragas, volví a subir hasta su cuello. Después metí mi lengua en su oído derecho y sus gemidos cobraron intensidad. La volteé y la puse de frente, ella levantó sus piernas y las cruzó alrededor de mi cintura al tiempo que nos besábamos con leves mordidas y un profundo deseo.

Esmeralda desabrochó la correa y bajó mis pantalones, y cuando me levanté para terminar de quitármelos, también me quité la camiseta que traía puesta y volví a besarla. Ella se incorporó y me dio muestras de que quería cambiar de lugar, y yo cedí. Al tenerme acostado sobre la cama, quitó mis calzoncillos y me apretó el pene con fuerza. Al ver que estaba un poco sorprendido, me miró con una sonrisa pícara y comenzó a lamerlo sin desviar la mirada. Pasó la lengua de forma circular por la punta y fue cubriéndolo con lentitud con sus labios. En un instante, vi cómo mi miembro desapareció en su boca, mientras sentía uno de los mejores placeres que jamás había experimentado.

Después de repetir el proceso un par de veces, se lo sacó y lo escupió. Volteó a mirarme otra vez, pero en esta ocasión con una cara de pervertida que no había visto en ella. Sabía cuánto lo estaba disfrutando y eso le causaba un gran placer. Chupó mi pene con una dedicación increíble mientras me masturbaba con una mano, era como si ponía todo su esfuerzo en lo que hacía, y a mí me encantaba. Le halaba el cabello y le acariciaba la cara, doblaba los pies y le pedía que no parara. El magnífico sexo oral que Esmeralda me estaba practicando, me hacía estremecer. Después de unos minutos, bajó el ritmo con lentitud hasta darlo por terminado, luego subió dándome besos, deteniéndose en mi pecho. Se acostó a mi lado boca arriba y entendí que era mi turno de llevarla al cielo. Me puse de lado y le quité el sostén con un poco de temor de que me detuviera, pero no lo hizo. Al retirarlo, observé bien sus pechos durante un momento y eran perfectos, mucho mejor de como los había imaginado. Inicié besando su seno izquierdo, lo lamía y hacía movimientos circulares con mi lengua. Luego pasé al derecho y le di pequeños mordiscos en el pezón, al tiempo que apretaba el otro con fuerza. Después, retiré mi mano de su pecho y fui deslizando una suave caricia hasta llegar a su vagina. Metí mis dedos por sus bragas y de inmediato pude sentir la viscosidad de sus fluidos.

Puse mi dedo medio sobre su clítoris y empecé a masajearlo de manera lenta. En ese instante, empezó a gritar como no lo había hecho hasta el momento. A causa de mis dudas en cuanto a su virginidad, sentía miedo de introducir mis dedos dentro de ella, pero después de un rato de jadeos y movimientos desesperados, decidí intentarlo. Primero introduje mi dedo índice, y al notar que entró sin ningún esfuerzo, lo saqué y le entré mi dedo medio junto con el anular. Al hacer esto, la vi apretar las sábanas con fuerza y retorcer todo su cuerpo, estaba rebosante de placer.

Jugueteé con mis dedos en su vagina por un par de minutos, y luego bajé con besos apresurados desde sus pechos hasta tener la boca sobre la orilla de sus pantis. Se los quité de manera lenta, dejando que mis labios y mi lengua se resbalaran por sus piernas, y subí lamiendo sus muslos con delicadeza para parar en su entrepierna.

Poco tiempo después de estar haciéndole sexo oral, me pidió a gritos que la hiciera mía. Subí otra vez hasta sus senos, pero esta levantó mi cabeza y me besó con ferocidad. Me detuve un momento y con rapidez busqué el preservativo. Al ponérmelo, volví a besarla y empecé a penetrarla con suavidad. Su calor interior acogió mi pene de manera satisfactoria y cuando lo

introduje por completo, me mordió los labios con fuerza. Comencé a moverme cada vez más rápido, al ritmo que pedían nuestros cuerpos vueltos uno solo, y en unos minutos sentí cómo las rodillas le empezaban a temblar: estaba teniendo el primer orgasmo de la noche.

Tuvimos sexo varias veces y a pesar de lo intensas que se ponían las cosas cada vez: la pasión no disminuía. Siempre era como si fuera la primera: con la misma energía y las mismas ganas.

Después de este encuentro las cosas fluyeron con normalidad. La relación fue tomando un carácter cada vez más serio y Esmeralda se mantuvo viniendo a Santo Domingo a pasarse algunos días. Me presentó a sus padres y yo también viajaba para verla de vez en cuando, y de ese modo mantuvimos un año y un par de meses de noviazgo.

Me encantaba estar con Esmeralda y la amaba muchísimo, pero, a pesar de lo mucho que nos amábamos y los buenos momentos que vivíamos juntos, durábamos más tiempo peleando que disfrutando de lo bonito de la relación. Desde el primer día, supe que tenía un carácter muy fuerte y trataba de tomarlo con calma, pero su actitud se fue volviendo cada vez más difícil de tolerar. Se la pasaba celándome de una manera enfermiza y nunca creía ninguna cosa que le decía. Si se le metía algo en la cabeza, no había nada ni nadie que la hiciera pensar diferente. Yo por mi parte soy muy tranquilo, sin embargo, no me gusta que me hablen ni traten mal, y eso era justo lo que hacía cada vez que se enojaba. Al principio, en el proceso de conocernos, lo toleraba porque sabía que en el fondo era solo un modo de ocultar sus sentimientos, no obstante, ese comportamiento ya siendo novios, hizo que las cosas fueran distintas. No puedo negar que yo tampoco era un santo, y que a veces también la celaba, ya que ella casi siempre estaba en compañía de unos supuestos primos y no podía disimular los celos que sentía cuando me hablaba de un primo o algún nuevo amigo.

Y así fue como la noche que tuvimos el mejor sexo de nuestras vidas, todo terminó.

Capítulo V

Fue un 5 de marzo del 2010. La semana previa, tuvimos una fuerte discusión y no habíamos vuelto a hablar. Sin embargo, ya Esmeralda tenía planes de venir a Santo Domingo para ir a un concierto al que desde hacía mucho teníamos pensado asistir, por lo que dos días antes de la fecha, le escribí para confirmar si iríamos o no. Ya se habían comprado los boletos y queríamos tanto estar en ese evento, que no valía la pena dejarlo pasar por una de nuestras peleas. Ella me confirmó que el plan seguía en pie, pero hasta esa noche, nuestra conversación se mantuvo distante y fría.

Llegó la noche del concierto y la pasamos superbién. Al salir, decidimos ir por unos tragos y después de un par de copas solamente queríamos una cosa. Nos fuimos a un hotel y nos teníamos tantas ganas que, desde que abordamos el taxi, comenzamos a besarnos y a tocarnos. Al llegar, sin tan siquiera encender la luz, nos apresuramos en alcanzar la cama. Ese día decidí ponerme creativo y utilicé una corbata para atar sus manos del espaldar mientras estas estaban cruzadas sobre su cabeza. Al tenerla así, ya sin blusa y sin sostén, comencé a torturarla con placer. Tomé un caramelo con fuerte sabor a menta y me lo entré en la boca. Luego empecé a lamer sus senos con sutileza, y de vez en cuando, me despegaba de ella solo para dejar escapar un soplo de aire fresco por sus pezones. Bajé hasta su vagina y le chupé el clítoris jugueteando con la golosina. Esmeralda doblaba las piernas y me rogaba que me detuviera, que la penetrara, pero sus ruegos no hacían otra cosa que excitarme más y darme más deseos de seguir torturándola.

—¡Maldito! —gritaba entre gemidos— Ya por favor… ¡Penétrame! ¡Hazme tuya!

Subí a su boca otra vez, y le pasé el caramelo con un beso. Acto seguido, volví a chupar sus pezones, y saltando de uno para otro, le di leves apretones con los dientes, al tiempo que mis dedos acariciaban sus labios vaginales. Sus gritos de placer se percibían en mis oídos como la más dulce melodía. Cuando entendí que ya era suficiente, la desaté y me saltó encima vuelta una fiera. Se colocó arriba de mí y me sujetó el pene para penetrarse ella misma, y al hacerlo, fue bajando con lentitud hasta sentirlo por completo en su interior. Me agarró las manos y las puso a la altura de mi cabeza mientras se balanceaba con suavidad, con movimientos delicados. En este punto, Esmeralda volteaba los ojos y gritaba sin parar. Traté de incorporarme un poco para lamer sus senos, sin embargo, me empujó y me apretó con fuerza para que no me moviera. Fue aumentando la velocidad de su cabalgar de tal modo que sentía que me lo iba a romper. Cabalgaba de manera sensual, pero con rapidez. Esto me hacía sentir un poquito de dolor, no obstante, el deleite que me causaba era muchísimo mayor. Hasta la cama se hizo eco de lo que estaba sucediendo y, al ritmo del balanceo de Esmeralda sobre mí, empezó a rechinar como si tratara de tararear una canción.

Quise contenerme, pero no pasó mucho tiempo y ya me encontraba descargando todas las ganas que le había guardado durante las semanas que duramos sin vernos. Nos tumbamos en la cama, mirando hacia el techo oscuro sin decir nada, y dos minutos después, se levantó y encendió la luz, y antes de que pudiera recuperar el aliento, comenzó a acariciarme el pecho. Luego besó mis pezones y empezó a pasar su mano por mi pene, quien aún exhausto por lo que acababa de suceder, se negaba a seguir siendo usado. Sin embargo, ya ella conocía todos mis puntos sensibles y en un momento ya estaba listo para la próxima ronda.

Después de encargarse de que yo estuviera listo, se puso en posición de perrito, en una esquina de la cama. La penetré despacio, pues mi miembro se encontraba un poquito adolorido por lo que había pasado hacía tan solo unos minutos, pero al entrar, todo cambió. Su vagina mojada y lo bien que se acoplaba mi pene ahí dentro, me elevaba a las nubes. Esta vez me tocaba a mí ser salvaje, de modo que, luego de hacerlo lento por un momento, empecé a aumentar el ritmo con movimientos sensuales. Al cabo de un rato, ya estaba dándole tan duro como me era posible. Me hallaba bañado en sudor, y las gotas salpicaban sobre su espalda. Le daba fuertes nalgadas, le halaba el pelo, me aferraba a su cintura, y cada cosa se sentía tan excitante que no podía parar.

Unos minutos más tarde me corrí, pero mantuve el mismo ritmo hasta que me pidió repetidas veces que parara. Esa noche recuerdo que tuve unas 5 eyaculaciones en total, y el placer de cada eyaculación era superior al anterior.

Justo después de terminar, acostados y abrazados, y muertos de cansancio: empezamos a hablar y llegamos a la conclusión de que no podíamos seguir juntos. Teniendo sexo éramos como almas gemelas, pero fuera de ahí, no había compatibilidad. Ya habíamos intentado cambiar y tener una relación sana innumerables veces, pero nunca funcionaba. Entre lágrimas y un gran dolor, decidimos que por nuestro propio bien, debíamos dejar las cosas hasta ahí, y recordar aquella noche como la mejor de todas.

Luego de un tiempo, Esmeralda volvió a contactarme diciendo que había cambiado, pero yo ya estaba con otra persona. Le dolió mucho saber que tenía a alguien más y desapareció de mi vida. Pasó alrededor de un año y mi relación no funcionó. Traté de contactarla con la esperanza de que quizás ya ambos habíamos madurado lo suficiente y de que las cosas podían funcionar, sin embargo, antes de poder hacerlo, me enteré de que en ese momento era ella quien ya no se encontraba sola. No fue sino hasta dos años después de esa última noche marcada como la mejor, y también la más triste, que volvimos a encontrarnos.

Me encontraba en un parque acuático con unos amigos, un día del mes de abril del año 2012. Iba caminando muy tranquilo, cuando escuché una voz muy familiar diciendo “¡Yadiel!”. Al principio pensé que era producto de mi imaginación, pero la segunda vez, pude reconocer esa voz. Volteé a mirar, y ahí estaba, era Esmeralda. Se veía tan hermosa como siempre. Esa tarde retomamos la comunicación y los dos nos encontrábamos solteros, sin embargo, sólo pasaron un par de días y empezaron las mismas discusiones constantes. Esto nos llevó a entender que seguíamos siendo incapaces de tener una relación, y decidimos disfrutar de aquello en lo que sí nos entendíamos a la perfección: el sexo. Nunca olvidaré ese día de nuestro reencuentro en una cama, después de haber transcurrido dos largos años.

Capítulo VI

Fue una tarde lluviosa, con el clima perfecto para disfrutar de un buen sexo. Entramos al hotel besándonos de manera desenfrenada, y sin perder tiempo la tiré en la cama. Desprendí sus bragas por debajo del vestido que traía puesto. La acomodé con las nalgas justo en la orilla, y me puse de rodillas en el piso: en la posición perfecta para meter mi cabeza entre sus piernas. Esmeralda apoyó sus pies con suavidad sobre mi espalda, y acariciándome, apretó mi cabello con desesperación. Pero antes de que mi boca empezara a hacer de las suyas en su vagina, subí lentamente por su entrepierna mientras agarraba su seno izquierdo con la mano derecha, y con la que me quedaba libre, acariciaba su muslo, causándole corrientazos de placer. Cada vez que me acercaba a su clítoris, me encargaba de alzar la cabeza para dejar de tener contacto con su piel, y hacer que solo pudiera sentir mi aliento donde quería que la tocara mi lengua. Estaba desesperada, moría de ganas por sentirme saboreando sus fluidos, y me encantaba tenerla así. Sin tocarle allí, le quité el vestido y subí dándole besos desde el abdomen hasta el centro del pecho, en donde me detuve a darle un chupón usando los dientes y los labios al tiempo que le quitaba el sostén. Me fui al seno derecho, y lo mordí, mientras la observaba y sonreía con malicia, luego me fui al izquierdo y lo chupé como si buscara alimentarme. Apretaba sus nalgas con fuerza, frotaba mi pene (aún escondido en mis pantalones) por todo su cuerpo, y la miraba con satisfacción por saber que se encontraba bajo mi dominio. Cuando vi que ya no podía aguantar tanta excitación, volví a bajar hasta sus piernas y me coloqué de rodillas otra vez, entonces esta vez sí empecé a practicarle sexo oral. Se lo hice con tantas ganas que sus jadeos salían de lo más profundo de su ser. Fue bastante rico volver a probar el sabor de sus líquidos y recordar lo exquisito que se sentía verla retorcerse de placer, producto del desplazamiento de mi lengua por su vagina.

Cuando sentí que tuvo un orgasmo, me puse de pie y me quité los pantalones y la camisa. Esmeralda se sentó en la cama y se quitó el vestido. Luego bajó un poco mis calzoncillos y fijó la mirada en mi pene, el cual se balanceó en su cara como si fuera un resorte. Me miró toda pícara y yo, aun estando de pie frente a ella, le acariciaba el cabello mientras la rozaba con mi pene. Lo sostuvo con la mano izquierda, se puso de rodillas y se lo metió en la boca despacio. Entonces lo sacó y deslizó su lengua hasta mis testículos, los cuales chupó con detenimiento. Después volvió a ponerlo entre sus labios y, sosteniéndolo con una mano, inició un movimiento sincronizado hacia adelante y hacia atrás. Sentía cómo se lo metía hasta la garganta y hacía que su boca se sintiera igual de increíble que su vagina. Al sentir que estaba llegando al clímax, se lo sacó y empezó a masturbarme, logrando así que eyaculara en su rostro. Vi mi semen caer sobre ella mientras sentía que me faltaba el aire.

A pesar de lo fuerte que había sido la eyaculación, mi pene seguía igual de firme. Me lo volvió a chupar y me pidió que la penetrara de inmediato. Se sentó en la cama y se recostó un poco, quedando yo de pie y Esmeralda en la orilla. Tomé sus piernas y las puse sobre mis hombros, y la fui penetrando de manera lenta. Se sentía tan estrecho y rico como siempre. Comencé dándole duro, ella gemía sin cesar y con rapidez empecé a sudar. Después quité su pierna izquierda de mi hombro y me incliné para poder besarla. En esta posición, sentí que la penetración lograba tener un mayor alcance, y sus gritos lo confirmaban. Luego bajé la otra pierna y la agarré por el cuello con firmeza, pero sin lastimarla. Le fascinaba que la maltratara y a mí me encantaba sentir que

tenía el control, que en ese momento era mía, y que estaba a mi merced.

Unos minutos más tarde, hice que se acostara boca abajo y me puse de rodillas sobre la cama. Le propiné algunas nalgadas, me recosté y empecé a pasar mi miembro alrededor de su clítoris, solo rozándole sin penetrarla. Después, acomodé mi antebrazo izquierdo entre la cama y su cabeza para que le sirviera de almohada. Me acosté encima de ella y la fui penetrando despacio, haciendo que disfrutara de cada centímetro que se abría paso entre sus piernas. Metí mi lengua en su oído y la vi morderse los labios mientras sentía mi pene entrar y salir de su interior. Todo fue tan rico que nunca olvidaré ese día.

—¿Con cuántas mujeres has estado desde que nos separamos? —me preguntó, cuando estábamos tumbados en la cama.

—No creo que deba responderte esa pregunta, y conociéndote, sé que no estarías dispuesta a responderme si te preguntara lo mismo.

Se quedó en silencio, lo que confirmaba que tenía razón. Luego, me puso una mano en el pecho y volteó a mirarme, entonces me dijo:

—¿Sabes? Puedo estar con quien sea, puede pasar lo que pase, y serás siempre tú.

—¿Qué es lo que seré siempre yo?

—La única persona que me hace tener orgasmos de esta manera. La única persona que saca mi lado más sensual. Eres la persona con la que tengo y siempre tendré el mejor sexo de mi vida.

—Para haber llegado a esa conclusión debes haber estado con muchos hombres.

—No, ni tantos. Pero sí he tenido experiencias suficientes como para saber que nadie podrá igualarte. Antes de ti nunca me había masturbado, pero desde que estuve contigo la primera vez, no puedo pensar en ti sin sentir ganas de hacerlo, y cuando lo hago, te pienso de tantas maneras que se siente casi tan rico como hacerlo contigo.

Tenía muchas ganas de decirle que yo me sentía de la misma manera, pero conociéndola, sabía que no me iba a creer y que podíamos entrar en una discusión que no iba a hacer más que arruinar el momento, por lo tanto, decidí que era mejor quedarme callado y solo le di un beso en la frente.

Después de esa noche tuvimos otros encuentros, y durante un tiempo, las cosas funcionaron sin problemas. Ambos sabíamos que no valía la pena intentar sostener una relación otra vez, y entendíamos que, éramos más felices de ese modo. En medio de todo esto, conocí a alguien con quien me sentía muy a gusto, y cuando supe que era una persona con la que podía tener algo serio, fui sincero con Esmeralda y le expliqué que no podíamos seguir viéndonos. A pesar de que no teníamos ningún compromiso, y habíamos acordado solo tener sexo ocasional, a ella le dolió mucho saber que me convertiría en el novio de alguien más. Ese día, con una tristeza profunda, me dijo que no sería un estorbo y que desaparecería de mi vida por completo, y así fue. Desde entonces jamás hemos vuelto a hablar y no he sabido nada de ella. Aquella relación que tuve tampoco funcionó, y confieso que, muchas veces, he pensado en volver a buscarla, pero siento que eso no podría hacer más que hacernos daño. No podemos aferrarnos a algo que sabemos que no funcionará, y no estaba dispuesto a caer en ese doloroso círculo de reencontrarnos, tener sexo

y alejarnos.

Por esa razón, hoy, un día del mes de enero del año 2013, escribo esta carta que pienso poner en una botella y lanzar al mar. Una carta que cuenta una historia real, narrada con nombres ficticios. Si el universo quiere que estemos juntos, algún día escucharás de esta carta, o quien sabe, quizás te toque leerla, Esmeralda. Sea como sea, sé que reconocerás la historia, que reconocerás nuestra historia.

Solo quiero que sepas que, así como me dijiste aquella noche, pase lo que pase, y esté con quien esté: serás siempre tú.

SERÁS SIEMPRE TÚ – LA CAJA DE VERDADES

Capítulo I

Corría el año 2020. Habían pasado siete años desde que lancé al mar aquella botella con la carta de mi historia con Esmeralda. Hacía tiempo que no pensaba en ello, pero una tarde ocurrió algo que trajo todos esos recuerdos de vuelta, con la fuerza de una marea implacable.

Esa tarde, el cielo se vestía de tonos anaranjados, mientras el sol descendía con pereza hacia el horizonte. Hacía unos minutos que había salido del trabajo y me hallaba conduciendo de camino a casa, cantando a todo pulmón una canción que me encantaba, cuando de repente, mi canto se escuchó solo y desafinado, ya que la música fue interrumpida por una llamada. Al fijar mi mirada en la pantalla, pude ver un número telefónico muy extraño, parecía ser del extranjero. Dudé un poco antes de contestar puesto que no tenía a nadie fuera del país que pudiera llamarme, pero luego de pensarlo por un momento, decidí responder. Lo que nunca imaginé fue, que la voz del otro lado me estremecería por completo.

—¡Buenas! —contesté, con un tono de cordialidad.

—Hola, Yadiel, ¿Cómo estás?

—Hola, estoy bien gracias. ¿Con quién hablo? —pregunté, sabiendo quién era, pero negándome a creerlo.

—Me alegra mucho saber que estás bien. Te habla Esmeralda.

Aunque ya sabía quién era, aunque había reconocido su voz desde el primer instante, escuchar su nombre me hizo rebotar el corazón. Guardé silencio por un momento y, tratando de ocultar mis nervios, le respondí:

—Que gusto escucharte. Cuéntame, y tú, ¿qué tal estás?

—Estoy bien, gracias por preguntar. Te llamo porque me gustaría hablar contigo sobre algo, ¿tienes tiempo?

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Bueno, supongo que de un buen rato.

—Entiendo. Bueno, en ese caso no podría ser hoy. Me encuentro de camino a casa, y al llegar tengo que bañarme y volver a salir. Pero podríamos hablar mañana en la noche, si te parece bien.

—Sí, está bien. Puedes guardar este número y cuando tengas tiempo me escribes. Que tengas un feliz resto del día. Hasta luego.

Antes de que pudiera responder a su despedida, la llamada se había terminado y me quedé con una gran incertidumbre. Al llegar a casa, guardé su contacto como me lo pidió y me pasé toda la noche preguntándome qué podría ser eso que Esmeralda quería hablar conmigo. Por el número de teléfono pude determinar que quizás no se encontraba en el país, pero: “¿Dónde estaba?”, me preguntaba.

Al día siguiente, analicé cada detalle de aquella breve conversación: su tono de voz, y esa actitud tan seria y dulce con la que me habló. La persona que recordaba no podía dirigirse a mí sin tratar

de ofenderme. Esta Esmeralda se escuchaba distinta, con cierta madurez y quizás más cariñosa.

Salí del trabajo y me dirigí a casa de inmediato. A medida que se acercaba la hora de escribirle, mis nervios aumentaban. Pensé en hacerlo tan pronto crucé la puerta, pero después de escribir el mensaje lo borré y me metí a la ducha. Mientras me bañaba, empecé a revivir esos momentos que ya había dejado en el pasado, esas experiencias que hacía mucho no me ponían a recordar. Al evocar aquellas tardes y noches tan ardientes a su lado, fue inevitable una pronta erección que me hizo entender que ella aún gozaba del poder de provocarme. Habían transcurrido más de siete largos años y trataba de imaginar a una Esmeralda con los efectos del tiempo sobre su cuerpo: "¿Se mantuvo igual?" "¿Tendrá hijos?" "¿Qué cambios físicos habrá experimentado?" Estas preguntas no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. Yo por mi parte podía pensar en algunas cosas diferentes en mí: ahora tenía barba y no me dejaba crecer el cabello, mis visitas al gimnasio eran frecuentes y conseguí esculpir un cuerpo fabuloso. Estaba musculoso y mis piernas se veían firmes desde las pantorrillas hasta los muslos, mi trasero lucía prominente, mi abdomen marcado y el pecho bien definido. Podría decir que me encontraba en mi mejor momento.

Al salir de la ducha, me envolví una toalla en la cintura y fui a la cocina por una botella de vino que había conservado desde mi cumpleaños. Me fui a mi habitación, me serví un poco y le escribí a Esmeralda diciéndole que en ese momento contaba con todo el tiempo del mundo para hablar.

Pasó casi una hora y ya me sentía un poco impaciente. Entonces me respondió, me pidió disculpas por la demora y preguntó si aún podía llamar. Al enviar mi confirmación, el teléfono sonó, lo que significaba que estaba a punto de volver a escuchar su voz, que estaba a punto de saber qué había sido de la vida de Esmeralda durante todos esos años y qué era lo que necesitaba hablar conmigo.

Capítulo II

—¡Buenas noches! —contesté, tratando de no sonar muy ansioso.

—¡Buenas noches! ¿Qué tal estás en el día de hoy?

—Digamos que bien. ¿Y tú?

—Todo bien.

La escuchaba un poco soñolienta y percibí un bostezo que trató de disimular. Luego me pidió que le diera un momento, como si tratara de ponerse cómoda, y después de unos segundos comenzó a decir:

—Sé que te parece extraño que te haya contactado, pero es que hay algo que debo contarte.

—Sí, la verdad me sorprendió bastante tu llamada, ni siquiera sabía que tenías mi número telefónico.

—Bueno, en realidad no lo tenía, lo conseguí a través de Carlos.

—Ah, ya me lo imaginaba.

—Hace algunos días que se lo pedí, pero no me había decidido a llamarte. En verdad, aún me pregunto si fue buena idea contactarte. —expresó, bajando levemente la voz.

—Bueno, ya estamos hablando. Dime, ¿qué es lo que querías contarme?

Balbuceó por un momento, como si buscara por dónde empezar, hasta que finalmente comenzó diciendo:

—Supongo que debo iniciar por lo más importante. Te llamé porque hace unos días que leí tu carta, la que pusiste en una botella. De acuerdo con la fecha que escribiste en ella, la redactaste hace unos siete años.

Al escuchar la palabra carta, quedé perplejo. En verdad consideraba extremadamente remota la posibilidad de que esa misiva algún día llegara a sus manos. No podía creer que, siete años más tarde, la escucharía decir que la había leído. De todas las cosas que pensé cuando me expresó que quería hablar conmigo, la probabilidad de que se tratara de eso nunca pasó por mi mente. Impactado por lo que acababa de decirme, no me salía el habla, y la escuché llamar mi atención un par de veces. Estaba tratando de asimilar lo que dijo, y al mismo tiempo, trataba de recordar con exactitud cada línea que escribí en las hojas de papel que puse en esa botella.

—¿Yadiel? ¿Estás ahí? ¿Me escuchas? —repitió varias veces hasta que pude responder que la estaba escuchando— Pues bien, considero que las casualidades no existen y que debe haber una razón para que esta carta llegara a mis manos.

—Pero ¿Cómo la encontraste?

—Después te cuento, por el momento solo escúchame, por favor.

—Está bien, continúa.

—Como te estaba diciendo, no creo que haya sido por simple casualidad, estoy viviendo en los Estados Unidos y aquí fue donde la carta llegó a mí. Antes que nada, quiero que sepas que no te estoy contactando porque entienda que el hecho de haber recibido esta carta signifique que debamos estar juntos, o porque quisiera que intentemos algo. Muchas cosas han cambiado y no sé tú, pero estoy casada y… bueno, ya te podrás imaginar lo que quiero decir con esto.

—Sí, claro, yo entiendo. No te preocupes. Lo nuestro sucedió hace mucho tiempo y las cosas que vivimos ya forman parte del pasado.

—Qué bueno saber que me entiendes. Pues continúo. Es muy bonita la manera en la que narras todo, y de verdad muchas gracias por haber utilizado nombres falsos, no me imagino una carta por ahí que contenga mi nombre y apellido —dijo mientras reía— pero bueno, lo que quiero que sepas es que hay cosas que no ocurrieron como tú piensas. Es algo que siempre quise contarte, pero; como que nunca encontraba el momento indicado.

—Interesante, pues cuéntame.

—No te desesperes. Para rendirle homenaje a tu carta, considero que debería narrarte mi versión de los hechos del mismo modo que tú lo hiciste: escribiendo una yo también. Quisiera contarte lo que yo sentí y las cosas que experimenté en cada uno de los encuentros que describiste.

—No me digas que piensas meterla en una botella y lanzarla al mar con la esperanza de que algún día llegue a mí. —le dije, con jocosidad.

—Ja, ja, ja, no está mal la idea. Pero no, te la voy a hacer llegar con Carlos. ¿Te parece bien?

—Eso significa que tendré que esperar algunos días, pero creo que, si me pongo a pensar en otras cosas, no moriré de ansiedad.

—No te quejes, tu carta a mí me llegó después de siete años y tú solo tendrás que esperar unos días.

—Ja, ja, ja. Tienes razón, me parece justo.

—Le diré a Carlos que vaya a entregártela desde que la reciba. Ya tienes mi número de teléfono, así que una vez recibida, por favor me confirmas. Así podré morir tranquila.

—Está bien, te escribiré desde que la reciba. Por cierto, aún no me has contado cómo fue que la carta llegó hasta a ti.

—Tranquilo, después te cuento. Pasa buenas noches, tengo una carta que escribir.

—Gracias e igual. Espero que recuerdes y cuentes todo tal y como sucedió.

—Créeme que nunca se me ha olvidado, y que, además, no pienso omitir ningún detalle.

Tras decir estas últimas palabras, la llamada se terminó. Me quedé allí sentado, mirando al techo y pensando en lo pequeño que es el mundo. Trataba de procesar todo lo que había escuchado hacía tan solo unos minutos, y una pícara sonrisa surcó mis labios, mientras decía en voz alta, pero a modo de susurro: “Esmeralda Ureña”.

Capítulo III

Transcurrieron aproximadamente dos semanas, cuando una noche, minutos después de haber llegado a casa, alguien tocó la puerta. Me encontraba preparándome para ducharme y salí de mi habitación con intenciones de abrir, pero mi madre ya se había adelantado. Me di la vuelta y, antes de que pudiera regresar a lo que estaba haciendo, la escuché gritar:

—¡Yadiel, te buscan!

Al asomarme a la puerta y ver quien estaba allí, supe de inmediato de qué se trataba. Era Carlos. Al acercarme a él, logré ver que, sostenía una caja en su mano derecha. Esta medía como unos veinte centímetros de largo y unos diez de alto. No pude evitar clavar mi mirada en ella antes que, en su rostro, en el cual tenía plasmada una sonrisa curiosa, así como cuando alguien sabe que están pasando cosas, y le divierte ser el único en conocer algunos secretos.

—Hola, Yadiel. Te enviaron esto.

—Hey, Carlos. Muchas gracias. Hace días que lo estaba esperando.

Cuando me entregó la caja, la inspeccioné de manera disimulada con la mirada, pero Carlos se dio cuenta y con una sonrisa aún más marcada, me dijo:

—Descuida, no la abrí. Me la entregaron así sellada y vine a traerla enseguida.

Quise quitarle un poco de cuidado, pero la verdad es que me preocupaba pensar que nuestra intimidad pudiera estar expuesta ante él, y aunque quizás ya él conocía parte de la historia, necesitaba cerciorarme de que lo de la carta que escribí y esta que acababa de recibir, era algo que se mantendría entre Esmeralda y yo.

—No, tranquilo. Es solo que me da un poco de curiosidad saber el contenido de esta caja. ¿Sabes de qué se trata?

—En verdad no, recibí órdenes muy explícitas de no abrirla bajo ninguna circunstancia, y tú sabes cómo es Esmeralda, en el momento que yo hubiera decidido ignorar su petición y me hubiese atrevido a ver el contenido, tuviera al ejército, la CIA y al FBI tumbando la puerta de mi casa.

Los dos nos echamos a reír, y aún con la vista puesta en la caja le respondí:

—Sí, es cierto. Ella debe tener un sexto sentido que le permite descubrir las cosas.

—Bueno, mi misión aquí ha terminado. Espero que el contenido de esa caja sea tan bueno como esperas.

—De seguro lo es. Muchas gracias, Carlos. Pasa buenas noches.

Tras cerrar la puerta, pude ver a mi madre asomarse con curiosidad desde su habitación, y no tuvo reparo en preguntar de qué se trataba dicha caja.

—¿Qué es eso?

—Algo que me envió Esmeralda.

—¿Esmeralda? ¿Regresaste con ella?

—No, mami. Es que estábamos hablando hace unos días y quedó de enviarme esto.

—¿Y qué es?

—No es nada, es algo privado.

Al darse cuenta de que no estaba dispuesto a compartir el contenido de la caja con ella, no insistió en saber y solo se limitó a decir:

—Cuando hables con ella, la saludas de mi parte por favor.

Asentí con la cabeza mientras le pasaba por el lado, y me fui directo a mi habitación, en donde conseguí estudiar la caja con mayor detenimiento. La misma se encontraba atada con dos cuerdas que se cruzaban entre sí y formaban un nudo en el centro. Arriba, cerca de una de las esquinas, tenía un moño hecho con una tela de color marrón. Al tratar de abrirla, noté que estaba sellada con algún tipo de pegamento y tuve que usar una cuchilla para despegarla. Al levantar la tapa, parte de la caja se rasgó, lo que me hizo estar un poco más tranquilo, dado que esto significaba que nadie la había abierto anteriormente. La abrí sintiendo muchos nervios y dentro pude ver algunas hojas de papel, colocadas de manera escalonada y enumeradas del uno al doce. En una esquina, se encontraba un pedacito de papel que medía unos diez centímetros, y el mismo decía: La caja de verdades.

Antes de empezar con la lectura de aquella carta, recordé que Esmeralda me había pedido que le avisara al recibirla. Tomé mi teléfono, le envié un mensaje y lo solté de inmediato, pues no quería que nada me desconcentrara. Aunque era una historia que ya conocía, sentía mi corazón vibrar con violencia. Estaba muy emocionado por todos los recuerdos que esa misiva reviviría, y no podía aguantar más tiempo sin leerla. Me senté en la cama, respiré profundo y comencé a leer.

Capítulo IV

Hola, Yadiel.

Espero que en el momento en el que estés leyendo esta carta, te encuentres bien. Es tiempo de que sepas toda la verdad sobre nuestra historia. Comenzaré por el principio, por la primera vez que te vi. Sé que piensas que fue en aquella fiesta en la que te acercaste a mí, pero no, esa fue la primera vez que tú me viste, sin embargo, ya te había visto dos veces, y esa noche fue la tercera.

Ya llevaba algunas semanas en Santo Domingo cuando te vi por primera vez, en una farmacia. Ni siquiera notaste mi presencia porque estabas muy ocupado enamorando a una de las cajeras. En verdad ese día no te presté mucha atención, solo te vi y me pareciste lindo. Por un momento deseé que voltearas para donde yo estaba para poder verte de frente, pero no lo hiciste. Dos días después, te volví a ver, esta vez en el supermercado, sin embargo, tampoco me viste debido a que, en esa ocasión, también te encontrabas tratando de enamorar a una chica de servicio al cliente. Esa tarde pude apreciarte mejor y me resultaste aún más atractivo, pero por lo que vi, eras un mujeriego. Creo que esa es la razón por la que te celaba tanto y nunca confiaba en ti. Es que desde que te conocí, vi a un hombre que se iba detrás de cualquier falda, aun así, tenía muchas ganas de conocerte mejor, podría decir que sentía cierta atracción hacia ti.

Ese día pude verte de frente, aunque tú a mí no porque me quedé observándote desde un punto en donde no pudieras verme. Siempre me han atraído los hombres altos y de piel clara, pero también me fascinaron tus labios: esos labios carnosos con ese color rosa tan marcado. De tus ojos ni hablar, ya que siempre elogiaba esos ojos grandes de color café que me volvían loca. A pesar de que ya tenía la percepción de que eras un mujeriego, sentía ganas de saber un poco más de ti. Hablé con Carlos, pero no me quiso dar muchos detalles. Creo que ustedes los hombres tienen cierto código para no hablar mal del otro, a diferencia de nosotras las mujeres, que no tenemos reparo en llamar puta a cualquier chica que tenga cierto historial. Él estaba presente en las dos ocasiones que te vi y, aun así, no se atrevió a decirme que eras un mujeriego.

Él de inmediato se dio cuenta de que me atraías, y cuando se dirigía a la fiesta, me pidió que lo acompañara diciéndome que era muy probable que estuvieras allí. No tenía muchos deseos de ir porque nunca me han gustado ese tipo de fiestas en las que se va más a ligar que a compartir, pero como me dijo que únicamente pasaría a buscar algo, no vi ningún inconveniente en ir con él, y así lo hice. Con la esperanza de verte, me arreglé lo mejor posible. Sabía que, al verme, si no estabas acompañado o enamorando a alguna chica, buscarías la manera de acercarte a mí. Sabía muy bien cómo tratar a un hombre como tú para despertar un interés que fuera un poquito más allá de una simple atracción, y así puse en marcha mi plan. Aunque me parecías lindo y llamabas mucho mi atención, mis intenciones solo eran conocerte un poco y hacer que te ilusionaras conmigo, para luego dejarte con las ganas. Digamos que solo quería darte una lección.

Al salir de la fiesta, Carlos y yo volvimos a hablar de ti, aunque él no te conocía muy bien, sabía algunas cosas que me fueron muy útiles, por ejemplo, el hecho de que visitaras la iglesia todos los domingos. No te voy a decir que fui solo por encontrarme contigo, ya que de por sí tenía la costumbre de visitarla de vez en cuando en mi pueblo, pero saber que te podría ver allí, me

animó a visitar la iglesia local ese domingo. Quería llegar primero que tú, de modo que me vieras al entrar y es por esto por lo que ese día le pedí a Carlos que me llevara muy temprano. Me pasé la mañana completa mirando hacia la entrada, esperando verte llegar, sin embargo, un escalofrío electrizante recorrió toda mi piel cuando te vi atravesar la puerta. Recuerdo que llevabas puesta una camisa negra de mangas largas, las cuales tenías recogidas hasta la mitad de tu antebrazo. Un pantalón de vestir de color gris que te quedaba fantástico, y unos zapatos de color negro. En ese momento supe que estaba jugando con fuego, pero decidí confiar en mi habilidad de no dejarme envolver tan fácilmente, y seguí con mi plan.

Todo iba marchando bien, hasta que llegó el momento de regresar a Puerto Plata. Aunque ya te había rechazado varias veces y siempre te trataba mal, sentía que no podía irme sin que antes saliéramos juntos. Estaba consciente de lo que eso conllevaba, pero parte de mí tenía la sensación de que eras mucho más de lo que yo pensaba, y que eso solo lo podría conocer saliendo contigo. Quería ver qué tipo de artilugios utilizarías para tratar de conquistarme.

En nuestra primera salida, pude ver que eras una persona maravillosa y de buenos sentimientos, alguien muy diferente a la imagen tuya que había creado en mi mente. No tanto por las cosas que me decías, sino por esa manera de escucharme y entenderme. También, el modo en el que te comportabas, y no solo conmigo, pues me encantó esa forma de tratar a las personas que nos asistieron esa noche.

Lo del primer y último beso, no fue planeado. La noche iba de lo mejor y ya sabía que era muy probable que termináramos besándonos. Era obvio que ambos sentíamos cierta atracción, sin embargo, si te soy honesta, la idea me llegó a la mente mientras estábamos sentados en aquel banco situado bajo una de las tenues luces del parque. Sentía la necesidad de hacer algo, algo sencillo, pero que pudiera marcar un momento único: algo para recordar. No quería que me olvidaras después de un par de días, y es por esto por lo que tras pensar y pensar en qué podía hacer, se me ocurrió eso. En un principio pensé en que debía besarte con intensidad y hacerlo bien, pero... luego llegué a la conclusión de que un buen beso no garantizaría un bonito recuerdo. Tenía que pasar algo más, algo lindo, y fue allí, a la luz de aquel farol, que entendí que muchas veces la primera vez de un acontecimiento no es lo más importante, sino también la última vez, y, ¿por qué no lograr que algo sea lo primero y también lo último? Justamente cuando esta pregunta atravesó mis pensamientos, intentaste besarme, y te dije que el beso de despedida se deja para el final.

Cuando llegamos a casa de Carlos, sabía que tomarías la iniciativa, sin embargo, no quería que nuestro único beso fuera arruinado por un acto apresurado tuyo, deseaba que el momento pudiera ser perfecto. Es por esto por lo que, al ver tus intenciones, te detuve y te pedí que cerraras los ojos. Me acerqué a tu cuello para disfrutar del exquisito olor del perfume que traías puesto, y lo olí con una profunda concentración, como si tratara de impregnarlo en mi nariz para nunca olvidarlo. Al besarte, sentí que me derretía de a poco, había anhelado tanto besar esa boca carnosa, que sentía que tenía el mundo a mis pies. Desde que te besé lo supe, supe que tú obtendrías de mí más que un simple beso, y que serías capaz de obtener más de lo que estaba dispuesta a dar. Al sentir tu lengua en contacto con la mía, y el bulto de tu pene rozando mi cuerpo, mis hormonas se agitaron y ya no pensé más en un beso tierno y cálido. Mi corazón empezó a latir cada vez más deprisa, como si quisiera salirse del pecho. Tus manos en mi cintura y el arte de saber cómo mantener el ritmo de tus labios con los míos, provocaron una pronta

reacción de mi cuerpo. Hubo humedad entre mi ropa interior y fue inevitable expulsar parte de lo que contenía dentro de mí. Quise retenerlo, pero un gemido casi inaudible se me escapó. En ese instante supe que debía retroceder, no podía seguir mostrándote las ganas que tenía de que sucediera algo más.

“Hasta pronto, Yadiel Castro…” detrás de esas palabras se ocultaba un “espero volver a verte”, que no me atreví a decir. Al entrar en la casa, dejé escapar un suspiro. Una parte de mí estaba feliz, pero al mismo tiempo sentía miedo: miedo a enamorarme de alguien que solo quisiera utilizarme.

Durante el año que duramos sin vernos, en varias ocasiones traté de olvidarme de ti, de hecho, intenté tener algo con un chico que conocí en el transcurso de éste. Pero, aunque nosotros solo nos habíamos dado un beso y no teníamos nada, sentía que te era infiel, que le era infiel a tu recuerdo. Sabía que era una tontería, no obstante, cada vez que le daba un beso, terminaba comparándolo con el que nos dimos aquella noche, y… no era ni remotamente parecido a lo que me hiciste sentir. Tenía muchas ganas de regresar, de volver a verte, sin embargo, no podía hacerlo sin una excusa válida para mis padres, quienes no me dejaban ir a menos que tuviera un asunto muy importante que resolver. Así transcurrió el tiempo, hasta que, como ya sabes, tuve que ir a tramitar unos documentos.

El día en el que finalmente nos veríamos, traté de ocultar lo tanto que te había pensado y las ganas que sentía de volver a besarte. Por eso, me convencí a mí misma de que tenía que tratarte como a un amigo, además, debía tomar en cuenta que ni siquiera sabía si ya estabas saliendo con alguien. Al verte, me apresuré a saludarte con un beso en la mejilla para que no notaras mis nervios. Durante toda la noche, me aseguré de que no tocáramos el tema de aquel beso que nos dimos, porque al hacerlo, hubiese quedado en evidencia lo mucho que me gustó y las tantas veces que evoqué ese recuerdo.

Cuando me dejaste en casa de Carlos, una angustia tremenda cayó sobre mí. Aunque yo había sido la principal responsable de hacer que las cosas se mantuvieran como si fuéramos dos viejos amigos, no quería que mis dos grandes temores fueran una realidad. Mi primer temor era que ya no tuvieras interés en mí y que de verdad solo me vieras como a una amiga, y lo segundo era que ya existiera alguien en tu vida. Mientras me ahogaba en mis pensamientos, el teléfono sonó y eras tú. No sentí nervios ni me sorprendió, puesto que pensé que únicamente llamabas para avisarme que ya habías llegado. Pero al contestar, no podía creer lo que te escuché decir: “tenía muchas ganas de besarte”. La ternura con la que dijiste esas palabras hizo temblar mis rodillas. Mis miedos se disiparon con rapidez y esa pequeña felicidad que me causó saber que te volvería a ver, volvió a mí con más fuerza. Esa noche me fui a la cama anhelando que llegara nuestro próximo encuentro, ya no soportaría ni un día más sin probar el dulce sabor de tus labios.

Capítulo V

Al día siguiente, no estaba segura de lo que iba a pasar esa noche, pero si algo tenía claro, era que no podía entregarme tan rápido, aunque debo confesar que ganas no me faltaban. Sentía miedo de que solo buscaras llevarme a la cama, y que, al conseguirlo, empezaras a distanciarte.

Cuando llegamos al bar, me sentía muy nerviosa y no quería que los nervios me hicieran tomar más de la cuenta, es por esto que, tan solo unos minutos después de estar en el lugar, llegué a la conclusión de que lo mejor era que sucediera lo que tenía que suceder cuanto antes. No me sorprendió que decidieras llevarme a un hotel, en verdad ya sabía que lo harías, y me había preparado mentalmente durante todo el día para no caer ante tu seducción y que tuviéramos sexo esa misma noche.

Al llegar al hotel, recuerdo que me besaste con tantas ganas, y sin querer me dejé llevar hasta que nos tumbamos en la cama. Cuando pusiste tu boca en mi cuello, tuve la sensación de que me temblaban las piernas, la calidez de esta y la sensualidad con la que lo hacías me hicieron estremecer. Mis pezones se endurecieron y mi clítoris se alteró de un modo que creí que tendría un orgasmo en ese mismo instante. Esa táctica de jugar conmigo deslizándote de un lugar a otro con tus besos y esquivando mis puntos más sensibles, no hacían más que incrementar mis ansias de desgarrarte la ropa y pedirte que me hicieras tuya. Al notar tus intenciones de quitarme el sostén, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para detenerte. Sabía que en el momento en el que posaras tus labios por mis senos, sucumbiría ante el deseo, y no habría vuelta atrás. Al estar encima de ti, la dureza de tu pene erecto debajo de tus pantalones se dejó sentir. Tenía una gran curiosidad de saber cómo era y moría por empuñarlo y apretarlo con fuerza, pero debía controlarme. Te mordía los labios de manera constante porque era una forma de liberar parte del gran deseo que llevaba por dentro. Mientras me balanceaba, sentía mi vagina acomodarse y encajar por momentos, de una manera casi perfecta, tanto que me elevaba a las nubes. Con cada botón que quitaba de tu camisa, una nueva puerta de placer se abría, y tocar tu piel era como si una cálida brisa arropara mi cuerpo, en una noche fría de invierno. Cada caricia provocaba un movimiento en ti que se acoplaba de manera perfecta al vaivén de mis caderas. Las bragas llenas de mis líquidos causaban que la presión que manteníamos entre nuestras partes se sintiera más y más rica. Al quitarte la camisa, no pude evitar morderme los labios, no podía creer que aquella escena con la que tanto había soñado, por fin había llegado, finalmente tenía a Yadiel Castro allí, sin camisa y a mi merced. Había logrado controlarme, y estaba casi segura de que las cosas solo llegarían hasta donde yo quería que llegaran. Sin embargo, al colocar tus manos en mi cintura y después apretar mis nalgas con fuerza, toda la seguridad que tenía hacía tan sólo unos minutos, se desvanecía. Te besé casi por instinto, sin ningún control sobre lo que pasaría a continuación, ya que tus manos firmes apretando y acariciando, estaban sacando mi lado más puto. Noté que querías sentarte, pero no podía permitirlo, mis movimientos se habían acelerado tanto que, estaba casi llegando al clímax, y no quería parar. A pesar de lo rico que se estaba sintiendo, el grosor de nuestros pantalones no nos permitía tener el contacto perfecto para poder lograr el orgasmo que quería. Pensé en quitar tus pantalones y quedarme así, no obstante, imaginé que, de haberlo hecho, hubiese podido apreciar un poco más la forma de tu pene, y no sabía si podría resistirme a no tocarlo y quitarte también los calzoncillos. Es por esto por lo que determiné que sería mejor si yo me quitaba los míos. Tan pronto los retiré de mi cuerpo, pasó algo que debí suponer que

pasaría: tú también procediste a quitarte los tuyos. Te imaginé de pie bajando tus pantalones y de paso tu ropa interior, acción que hubiese dejado tu pene en frente de mí, mostrándose en todo su esplendor, y yo hubiese deseado tanto sentirlo dentro que todo mi plan de contenerme se hubiese ido a la mierda. Con rapidez, deduje que era mejor si yo me encargaba y así lo hice: te los quité procurando no fijar mis ojos en lo que se escondía debajo de tus calzoncillos, y para no desviar mi mirada hacia allá, me trepé en ti de inmediato. Tal como había imaginado, empezó a sentirse muchísimo mejor, casi piel con piel. De no haber sido porque como parte de un plan B no me depilé, creo que esa noche me hubiese entregado por completo. Sí, mi plan B fue no depilarme, si hubiese querido rendirme ante el deseo, por lo menos la vergüenza de que me vieras así, me hubiese detenido. Al cambiar de posición y ejercer presión con tu pene contra mi vagina, sentí cómo casi me penetraste, aun por encima de la ropa. Tus besos sobre mi cuello, tus movimientos y tus caricias, provocaron que solo fuera cuestión de tiempo para que tuviera un orgasmo. Al salir del baño, era consciente de que te habías quedado queriendo más, pero era exactamente lo que quería que pasara. De verdad sentía mucho miedo de que ese fuera nuestro único y último encuentro íntimo, por lo que debía dejarte con deseos de volverme a ver. El resto de lo que pasó esa noche, ya lo conoces, por lo que saltaré directamente a nuestro próximo encuentro.

Capítulo VI

Nunca olvidaré aquella noche que nos fuimos directamente a un hotel, después de haberme ido de Santo Domingo y haber regresado unos días más tarde. Cuando entramos a la habitación me quité los zapatos porque necesitaba relajarme, cosa que lograba sintiendo el frío del piso en mis pies. Ya estaba decidida a entregarme por completo y dejar que me hicieras tuya, pero quería tomar las cosas con calma, deseaba que nuestra primera vez fuera tan memorable como nuestro primer beso.

Mientras caminaba por la habitación, trataba de guardar en algún rincón de mi memoria aquellas cuatro paredes que serían testigo de un derroche de pasión. Después de hacer un breve recorrido, me acerqué lentamente por tu espalda, la cual iluminada con la tenue luz que llegaba desde el baño, se veía muy sexy. Te abracé y deslicé mis manos hasta tu pecho, y aunque para ese momento no teníamos nada en concreto: me sentía confiada, me sentía protegida y segura al estar junto a ti.

Tenía ganas de decirte lo especial que eras para mí, sin embargo, las palabras se quedaban atascadas en mi garganta. No quería ser la primera en manifestar algún tipo de sentimiento que fuera más allá del deseo que ambos sabíamos que nos teníamos, pero, aunque no lo dije con palabras, lo hice al recostarme sobre tu espalda. En ese momento sentí una paz que no podría describir, en ese momento me convencí de que en verdad ya sentía algo más profundo por ti.

Cuando te escuché decir: “yo también te quiero mucho”, mi corazón vibró de emoción, no podía creer que me habías entendido y me sorprendió ver que nuestra conexión era tan mágica que, sin decir una sola palabra, entendiste con claridad lo que trataba de decirte al recostar mi cabeza sobre tu espalda. Entonces te volteaste y me miraste a los ojos, y sentí que mi piel se derretía. Ya no sentía el fuego voraz que me consumía en la ocasión anterior, sino que la ternura que desprendía tu mirada me dio a entender que estábamos enamorados. Al poner tu mano en mi rostro, me dio la sensación de que el tiempo se congeló y que nuestras almas se fundieron. Te acercaste y me besaste despacio, manteniendo la armonía de aquella escena. Crucé mis brazos sobre tu cuello para que entendieras que estaba a tu disposición, y empecé a vivir el momento de acuerdo a lo que dictaran nuestros cuerpos. Apretaste mis nalgas, y me encantaba cómo lo hacías, me fascinaba esa forma tan perfecta de acariciarlas y apretarlas al mismo tiempo, con la fuerza y la delicadeza en el punto exacto. Tus manos quitando mi vestido y esos besos tan deliciosos iban aumentando nuestro deseo de manera descomunal. No veía la hora en que quitaras el último botón y vieras la ropa interior que me puse exclusivamente para ti. Cuando me tumbaste en la cama, pensé que te habías desesperado y que solo querías penetrarme. Pero ese cálido beso en la nuca me ayudó a comprender que la noche apenas comenzaba. El bulto de tu miembro rozó mis nalgas y tus besos tiernos recorrieron mi espalda, provocando un escalofrío delicioso que inundó mi piel y me hizo morderme los labios con suavidad. Tu lengua invadió mi oído y no pude contener los gemidos, estos salieron de lo más profundo de mi ser sin que yo pudiera hacer nada para detenerlos. En ese instante hiciste que me volteara para tenerme de frente. Clavaste la mirada en mí y te mordiste el labio inferior mientras te acercabas para besarme. Al arquear mis piernas alrededor de tu cintura, sentí el vigor de tu pene chocar mi vagina sin piedad. Aunque se sentía rico, ya era hora de que comenzara la acción de verdad, y

decidí tomar la iniciativa.

Al tenerte acostado ya sin pantalones, me mordí los labios porque al fin vería lo que se escondía debajo de tu ropa interior. Ya no soportaba sentirlo a medias o solo imaginarme cómo era. Me puse de rodillas sobre la cama para adoptar una posición cómoda antes de iniciar a darte placer. Quité tus calzoncillos, y al hacerlo, sentí un tirón en mi vagina, era como si no se encontraba ya lo suficientemente mojada y necesitaba una pizca más de fluidos. Agarré tu miembro con fuerza y me encantó su dureza y su textura, apenas lo había tocado y ya lo imaginaba dentro de mí. Volteé a verte y pude notar la sorpresa en tu rostro, estaba claro que no esperabas que me comportara de ese modo. Sin dejar de mirarte, empecé a lamerlo y a disfrutar de ese sabor tan particular que tenía. Lo recorrí con mi lengua de varias formas, dejando rastros de saliva en cada centímetro de este. Luego lo arropé con mis labios y lo introduje con cuidado en mi boca, esforzándome por no rozarlo con los dientes, no quería que, al tenerlo allí por primera vez, fueras a tener la mala experiencia de un roce doloroso. Le di a mi boca la forma perfecta para que pudiera sentirse como si estuviera en mi vagina. Lo metí hasta mi garganta y la primera etapa del proceso se había completado con éxito, a partir de ese momento solo tenía que sacarlo un poco y volver a entrarlo, dominada por mis ganas, y el gran placer que me causaba el que saliera y entrara en mi boca. Cuando creí que ya había sido suficiente, decidí parar. No me interesaba que tu primera eyaculación fuera en mi boca deseaba que lo hicieras dentro de mí, y es por esto por lo que bajé el ritmo de manera lenta y te cedí el dominio. Te noté un poco tenso al momento de quitarme el sostén, pero era normal después de todas las veces que te detuve en el primer encuentro, estabas en todo tu derecho de sentirte así. Cuando lo quitaste, lamiste mi pezón izquierdo con delicadeza, luego el otro, y lo hacías tan bien que no podía controlar el movimiento de mi cuerpo, este pedía a gritos que me hicieras tuya. Tu mano bajando por todo mi cuerpo, fue la caricia más sensacional que jamás había sentido. La suavidad de tus dedos y la precisión de tus movimientos se complementaban a la perfección. Cuando tu mano se abrió paso entre mis fluidos ¡Dios mío! Un ligero temblor se sintió en mi abdomen: otra descarga de líquidos vaginales se había disparado. Tus dedos, embarrados de mis fluidos, masajeaban mi clítoris de manera lenta, suave y delicada. El placer iba en aumento, yo apretaba las sábanas con fuerza y mis piernas se movían a su voluntad. Uno de tus dedos exploró con timidez hasta que finalmente estuvo dentro de mí, pero antes de que pudiera sentir bien su calor, lo sacaste e introdujiste dos. Me estremecí, y de pronto ya no quería que fueran tus dedos, ya no quería más caricias: ya solo anhelaba que tu pene se abriera paso entre mis paredes vaginales. Me apetecía sentir esa textura rugosa penetrarme lentamente y con firmeza. Quería ser tuya.

A pesar del inmenso deseo que tenía de que finalmente me penetraras, me contuve y no te lo pedí a gritos. Sabía que lo próximo que harías sería practicarme sexo oral y era algo que también disfrutaría mucho. Cuando quitaste mis bragas, sentí un poquito de vergüenza, aunque ya tenías tus manos ahí, en ese momento verías con tus propios ojos lo mojada que estaba, y no podía imaginarme el desastre de fluidos que encontrarías. Yo solo sentía todo completamente mojado. No te detuviste a observarlo, estabas tan desesperado como yo y querías ver cómo me retorcía de placer. Primero posaste tu lengua sobre mi clítoris, con movimientos hacia arriba y hacia abajo que se sentían deliciosos. Luego chupaste con suavidad, como si me estuvieras dando un beso tierno, pero en los labios vaginales. ¡Dios! Qué rico fue sentir tu lengua, la movías con una destreza increíble. Tu saliva y mis líquidos se mezclaron e hicieron el componente perfecto para que mi excitación se intensificara hasta el punto máximo, o eso pensé, hasta que me penetraste.

Ya no aguantaba más y te pedí a gritos que lo hicieras, deseaba tanto sentirte adentro de mí que estaba dispuesta a suplicarte. Te pusiste el preservativo y lo sentí, sentí tu pene entrar lentamente, y contuve la respiración. Al tenerlo dentro por completo, los dos gemimos a la par y tuve que morderte. ¡Dios mío! ¡Qué rico se sintió! En ese momento empezaron tus movimientos sensuales, esa manera tan sensacional de saber exactamente cómo y hacia dónde. Tus manos alocadas por todo mi cuerpo, los apretones, las caricias, los besos, cada elemento trabajando en conjunto para provocarme el mejor orgasmo de mi vida.

Capítulo VII

Nunca olvidaré ese 5 de marzo del 2010. La noche del concierto y el sexo de reconciliación después de aquella pelea que tuvimos. Cuando me ataste las manos, supe que me hallaba en problemas. A una parte de mí le dio un poco de miedo, ya conocía el arte que tenías para excitarme y no sabía cuánto podría aguantar sin poder hacer nada al respecto. Vi que sacaste el caramelo, y empecé a arrepentirme de haberme dejado atar, era evidente que tu plan estaba cargado de malicia. Clavaste tus ojos en mí mientras sacabas la golosina de su empaque y te acercabas, balanceando tu pene erecto de un lado a otro con mucho orgullo. A medida que te ibas acercando, me estremecía desde la cabeza a los pies, es increíble lo que lograbas en mí sin tan siquiera tocarme. La primera vez que lamiste mis senos, fue fenomenal. Ese frescor envolviendo mis pezones, acompañado por los movimientos circulares de tu lengua, me hacían mojar sin control. Llegaste a mi vagina y deseaba soltarme para estrangularte, era una tortura tan deliciosa y desesperante a la vez, que honestamente no sé si gritaba de placer o de desesperación. Te aprovechaste de mí y usaste el caramelo para ejercer presión en mi clítoris, y eso me encantaba. En el momento en el que me soltaste, poseía un cúmulo tan grande de deseo que no pude evitar saltar encima de ti. Tomé tu miembro y lo puse en el lugar correcto para que pudieras penetrarme sin perder tiempo. Aún recuerdo lo rico que se sintió al bajar lentamente sobre él, lo sentí entrar con suavidad y contuve la respiración hasta sentirlo dentro por completo. Entonces exhalé, expulsando un gemido que me hizo sentir liberada. Comencé a moverme con lentitud, disfrutando de la precisión de mi vaivén hasta encontrar el punto exacto en donde sentía más placer. En ese instante vi tus intenciones de incorporarte, pero te quería justo así como estabas. Te empujé y reafirmé mi agarre para que no te volvieras a mover. Mi cuerpo fue acelerando de manera progresiva hasta que mi cabalgar dejó de ser delicado para volverse salvaje. Cada vez que caía con violencia, experimentaba ese tipo de dolor placentero que tanto nos gusta. Empezaba a sofocarme y me dolían las piernas, sin embargo, no podía parar, tenía que sacar todo eso que llevaba dentro, esas ganas que me había guardado durante días, ese deseo que acumulaste en mí al atarme y torturarme. Necesitaba tener el super orgasmo que tuve.

A pesar de lo intenso del orgasmo que acababa de tener, quedé sedienta y quería seguir. Todavía sin aliento, sintiendo un poco de ardor entre las piernas, necesitaba más de ti. Me puse de pie y encendí la luz para verte con claridad. Te acaricié el pecho y arqueaste una ceja mostrándote sorprendido. Era consciente de que te encontrabas exhausto, pero ya te conocía y sabía lo que tenía que hacer para excitarte. Pasé mis manos suavemente por tu pene y como era de esperarse, ya había perdido la erección. Hice como si lo fuera a agarrar, mas no lo hice, únicamente le pasaba la mano y lo acariciaba, recorriendo con mis dedos desde el glande hasta tus testículos, lo que hizo que aumentara tu ansiedad, y en un momento, la erección regresó. Lo apreté para asegurarme de que ya estaba listo, y solo faltaba una posición que terminara de estimularte para una segunda ronda cargada de intensidad. Me dirigí a una esquina de la cama y me coloqué en cuatro, con el trasero hacia afuera, de modo que pudieras penetrarme estando de pie. Recuerdo que hiciste lo mismo que yo hice, como si se tratara de una venganza: empezaste con lentitud y movimientos sensuales, no obstante, después fuiste acelerando, y en unos minutos ya estabas dándome duro. Las nalgadas que me propinabas y la forma de halarme el cabello, me excitaban de una manera inimaginable. Tu sudor salpicaba sobre mi espalda y te sentí eyacular, aun así,

seguiste sin piedad, provocándome un orgasmo tras otro.

Como sabes, esa misma noche llegamos a la conclusión de que no podíamos estar juntos y la relación terminó. Durante ese tiempo que duramos distanciados, me sucedieron muchas cosas, cosas que me hicieron cambiar. Cuando te busqué con la esperanza de que quizás el tiempo se había encargado de hacernos entender que estábamos hechos el uno para el otro, me dolió bastante saber que estabas con otra persona. En verdad era algo que ya imaginaba, muy dentro de mí sabía que era muy poco probable que estuvieras soltero. Pues se trataba de ti, el hombre al que las primeras tres veces que lo vi, estaba tratando de enamorar a una chica, siendo yo la tercera de esa lista y la que cayó rendida ante tus pies, aunque en realidad, no sé si las otras dos también cayeron, ya que nunca tuve el valor de preguntarte.

Tras esos dos largos años sin saber nada de ti, el corazón me dio un salto al verte en ese parque acuático. Para mí era un día normal, nunca imaginé que me podía encontrar contigo. Cuando te vi, los recuerdos vinieron a mi memoria y se presentaron como un video que se reprodujo de manera acelerada ante mis ojos. En un principio dudé en gritar tu nombre, pero no quería dejar pasar la oportunidad de saber qué había sido de tu vida, después de todo, no habíamos quedado siendo enemigos.

Durante ese tiempo que me alejé de ti, me convencí a mí misma de que había cambiado. Creí reconocer y aceptar que la manera en la que yo te celaba no era normal. Sentía una gran desconfianza porque te veía como un hombre mujeriego, pero la verdad, mientras estuve contigo no me diste razones para desconfiar. Siempre estuviste ahí para mí y nunca noté en ti acciones extrañas, ni mostraste indicios de que me estabas siendo infiel. Todo estaba en mi mente, y solía dejarme llevar por los pensamientos que venían a mí por los más de 160 kilómetros que nos separaban.

Estuve con alguien y traté de no cometer los mismos errores. Quizás fue más fácil porque con esa persona no era una relación a distancia con encuentros cada cierto tiempo, o tal vez porque él no tenía fama de ser un mujeriego al igual que tú. Las cosas marcharon bien al principio, no celaba de manera enfermiza y era lo que parecía ser un noviazgo sano. Sin embargo, rompimos por razones que no estaban ligadas a los celos y a la desconfianza, y creí ser una persona diferente, alguien que había madurado lo suficiente como para volver a intentarlo contigo. Esa era la ilusión que tenía cuando volvimos a hablar después de encontrarnos aquella tarde en el parque acuático. No obstante, conforme iban pasando los días, me daba cuenta de que mi problema era contigo. A lo mejor por el tan buen sexo que eras capaz de dar, o esa hermosa sonrisa que podía enamorar a más de una. Podría ser por esa personalidad tuya: tan amable y simpático con todo el mundo. Solo podía preguntarme: “¿Quién no se enamoraría de él?”

Contigo no podía sentir confianza, y ni siquiera era por ti, una parte de mí sabía que podías respetarme, que quizás estando conmigo eras capaz de tener ojos solo para mí, pero: ¿qué había de las chicas que tuvieran el privilegio de conocerte? Ellas no tendrían reparo en tratar de tenerte, cueste lo que les cueste. Fue por esta razón que, a pesar del tiempo que había transcurrido, volvimos a lo mismo de antes: discusiones sin sentido en las que nos decíamos palabras muy hirientes y nos dejábamos de hablar. Así fue como nos dimos cuenta de que seguíamos siendo los mismos seres incompatibles de hacía dos años atrás. Éramos conscientes de ese hecho, como también lo éramos de que en el sexo sí podíamos entendernos a la perfección.

Capítulo VIII

Aquella tarde lluviosa sentía un poco de nervios por lo que iba a suceder. No sabía si tener sexo contigo me gustaría tanto como en aquellos días que éramos novios, y no quería que el recuerdo de esa persona que tenía como la mejor con quien había estado, se disipara con un reencuentro decepcionante después de dos largos años. Fue cuando subiste con lentitud por mi entrepierna mientras apretabas mi seno izquierdo y acariciabas mis piernas, que me di cuenta de que nada había cambiado. No habías perdido la costumbre de no enfocarte únicamente en lo que tú sentías, y eso me dio a entender que seguías siendo tú. Al estar conmigo, no te conformabas con solo saciar tu sed, sino que te entregabas por completo para darme todo el placer que fuera posible.

Te encantaba torturarme, percibías las ganas que tenía de sentir tus labios sobre mi vagina, pero solo le pasabas cerca mientras me acariciabas con dulzura y me excitabas con dedicación. Sentí la humedad de tus besos subir por todo mi cuerpo y me sorprendiste con un chupón en el centro del pecho. Volví a sentir el placer de tu boca chupando mis senos, de esa manera que solamente tú lo sabías hacer. Cuando finalmente me practicaste sexo oral, mis gemidos surgieron de mí como si hubiesen estado aguardando por largo tiempo su libertad. Era mucho mejor de como lo recordaba: quizás con más experiencia, un poco más delicioso, un poco más excitante, un poco más exquisito.

Al tener mi primer orgasmo de la tarde, era momento de ponerme en acción: las cosas apenas comenzaban. Me senté en la cama y me quité el vestido para ahorrarte el trabajo, y al acercarte a mí, no pude evitar mirarte con el deseo voraz que sentía. Moría de ganas por volver a ver tu pene, por tocarlo y por tenerlo en mi boca otra vez. Al bajar tus calzoncillos, salió todo triunfante, justo como tenía que ser. Tras apreciarlo por un breve instante, lo agarré con fuerza y me puse de rodillas para estar en la postura perfecta. Lo fui entrando y sacando de entre mis labios lentamente, disfrutando nueva vez de esa textura, sabor y tamaño que me fascinaba. Cada vez metiéndolo un poquito más, hasta llegar al tronco. Lo saqué y deslicé mi lengua por toda su extensión, desde la punta hasta los testículos, los cuales lamí con suavidad mientras tu miembro rozaba mi cara. Luego lo volví a meter en mi boca y con la ayuda de mi mano empecé a masturbarte y a chupártelo a la vez. Me esmeré, y por tus reacciones encontré la velocidad indicada para hacerte correr. Al darme cuenta de que ya estabas llegando al clímax, lo quité de mi boca y seguí masturbándote, manteniendo el mismo ritmo para que pudieras correrte. Esperé con ansias hasta que hundiste tus dedos en mi cabello, y sentí esa lluvia de semen caer por todo mi rostro. Vi lo firme que seguía tu pene después de dicha eyaculación y quería sentirlo dentro de mí, fue entonces cuando lo chupé para limpiarlo y te pedí que me penetraras. Me recosté en la cama y colocaste mis piernas sobre tus hombros, no sabes qué rico fue sentir tu miembro entrar en mi vagina por primera vez en mucho tiempo.

Empezaste dándome duro desde el inicio, tu sudor caía a chorros sobre mí y no quería que pararas. Bajaste mi pierna izquierda y sentí tu pene ir un poquito más profundo. Mis jadeos se intensificaron, me tomaste por el cuello y acelerabas sin compasión: seguías igual de salvaje y enérgico como te recordaba. Cuando me pusiste de espalda y rozaste mi vagina con tu miembro, no deseaba otra cosa más que sentirlo dentro. Después me recostaste sobre tu antebrazo y me penetraste lentamente, casi con dulzura. Tus movimientos en esa posición y sentir tu cuerpo

caliente encima del mío, me hicieron tener uno de los mejores orgasmos de mi vida.

Aunque habíamos llegado a la conclusión de que lo nuestro sólo podía funcionar como sexo ocasional, muy dentro de mí había una pequeña esperanza de que las cosas podían cambiar. Quizás contaba con algún acontecimiento o algo que nos hiciera madurar, y crecer lo suficiente como para entendernos y poder tener una relación estable. También tenía claro que existía la posibilidad de que conociéramos a alguien más, y que aquel sexo ocasional que manteníamos llegara a su fin, pero nunca imaginé que fuera tan pronto, y peor aún, me negué a aceptarlo. Cuando me dijiste que estabas conociendo otra persona, lo sentí como una traición. Sé que era una locura, no obstante, a pesar de todo, yo seguía muy enamorada de ti. Por eso decidí desaparecer de tu vida para siempre y no ser más un estorbo. Así logré hacerlo por varios años, hasta que tu carta llegó a mí y removió cosas que pensé que habían muerto.

En los tiempos de nuestro noviazgo era muy inmadura y tenía mucha inseguridad. Fue con el pasar de los años que aprendí que, si amas a alguien y estás con esa persona, debe haber confianza. Al final del día, quien te va a engañar lo hace quieras o no, así que no vale la pena estresarse pensando en que el otro está fallando, porque cuando se vive con esos celos, se ven cosas donde no las hay y no haces más que torturarte.

A pesar de todo lo que ha pasado y de que tomamos caminos diferentes, tú siempre ocuparás un lugar muy especial en mi corazón. Nunca lo olvides.

Cordialmente se despide,

Esmeralda Ureña.

Capítulo IX

Al terminar de leer la carta, mi pene estaba tan rígido como se me ponía cada vez que tenía a Esmeralda cerca. Había algo en ella que alteraba todos mis sentidos. Una sonrisa se dibujó en mi rostro, y me sentía lleno de orgullo por haber sido el responsable de tantas emociones y haberle causado tanto placer. A pesar de todo lo que mi mente aún debía procesar, un pensamiento era claro: necesitaba volver a verla.

Miré mi celular y tenía algunos mensajes de Esmeralda, pero no los abrí de inmediato, pues quería procesar todo lo que acababa de leer y no mostrar las ganas que sentía de volver a verla. Cuando decidí abrirlos, vi que me pedía que la llamara tan pronto terminara con la carta. Entonces marqué su número y la llamada fue contestada muy rápido, al parecer estaba atenta al teléfono esperando por mí.

—¡Hola! —contestó, tratando de esconder una sonrisa.

—Hola, justo ahora terminé de leer la carta. ¡Es fascinante!

—¿Me quedó bien?

—No pudo haber quedado mejor.

—Hice lo mejor que pude.

—Tenemos que vernos. —dije, casi sin darme cuenta. Fue como un pensamiento que dije en voz alta sin querer.

Nos quedamos callados por un momento, al parecer estas palabras nos sorprendió a los dos de la misma manera. Cuando ya el silencio empezaba a tornarse incómodo, me respondió con voz suave diciendo:

—En verdad no sé si sea una buena idea, pero… ¿para qué quieres verme?

—Pues, creo que después de todo lo que vivimos y todo lo que pasó, lo menos que podemos hacer es, no sé, tratar de ser amigos.

—Ya veo. Yo opino lo mismo, y considero que sí, tenemos que vernos.

—Pero ¿para cuándo crees que pueda ser posible? Me dijiste que estás viviendo en los Estados Unidos, ¿no?

—Sí, pero creo que iré a República Dominicana el mes que viene. No voy a durar mucho tiempo, pero supongo que podría sacar un día para que podamos vernos.

—Me parece perfecto. ¿Vendrás con tu esposo?

—No, él no viajará conmigo.

—Entiendo. Si quieres podría ir a buscarte al aeropuerto.

—No, no te preocupes, no es necesario.

—Lo haría con gusto, de verdad no tendría ningún problema con eso.

—Tranquilo, ya tengo quien me vaya a buscar. Yo te aviso cuando esté en el país para ver qué día podríamos vernos.

—Está bien. Estaré pendiente.

—Trataré de decirte con tiempo. Pasa buenas noches, Yadiel Castro.

—Gracias e igual, Esmeralda Ureña. —respondí, sin poder hacer que no se notara que estaba sonriendo.

La llamada terminó y justo en ese momento recordé que, a causa de mi “tenemos que vernos” apresurado, no le alcancé a preguntar sobre cómo fue que la carta llegó a sus manos. Necesitaba saber si ella misma la había encontrado y cómo había sido, y si no, entonces conocer la historia detrás. Pensé en volver a llamarla para preguntarle, pero después de analizarlo por algunos minutos, entendí que era mejor así, de ese modo podría contármelo personalmente el día de nuestro encuentro.

Capítulo X

Me hallaba en el gimnasio y me encontraba fatigado por la rutina de piernas que estaba haciendo ese día, cuando en uno de mis periodos de descanso, vi aquel mensaje que decía:

> *Hola, Yadiel. Espero que estés bien. Te escribo para decirte que ya estoy en el país y el lunes tengo pensado ir a Santo Domingo a visitar a mis tíos. Quizás me quede en casa de Carlos, pero el martes temprano debo regresar a Puerto Plata. Me dejas saber si consideras que tendrás tiempo para vernos.*

Después de la conversación que tuvimos la noche que recibí su carta, no habíamos vuelto a hablar. Sin embargo, como quedamos en vernos cuando regresara al país, durante ese mes, le dediqué más tiempo al gimnasio de lo habitual. No era una cita en la que planeaba una reconquista, no obstante, algo dentro de mí me impulsaba a estar tan atractivo como fuera posible. No sé, posiblemente quería que notara que me había ido bien con el pasar de los años, por otra parte, no sabía cómo luciría Esmeralda, tal vez estaba más hermosa que en aquel entonces, o quizás no. De todos modos, esta tenía que ver a un Yadiel en su mejor versión. Traté de buscarla por las redes sociales para tener una imagen fresca de ella, pero no encontré nada, provocando que aumentaran mis nervios y mis ansias de mostrar un cuerpo codiciable.

Al leer el mensaje, enseguida le respondí:

> *Hola, Esmeralda. Estoy bien, gracias, y espero que tú también lo estés. El lunes me parece perfecto. Podría pasar por ti alrededor de las cinco de la tarde. Me confirmas por favor.*

Era un martes por la tarde, por lo que tenía toda una semana por delante para prepararme, aunque eso también implicaba varios días de ansiedad y desespero porque llegara el día. Luego de unos minutos, recibí otro mensaje, el cual decía:

> *No te preocupes, yo paso por ti a tu casa. A las cinco en punto estaré ahí. Recuerda que soy muy puntual, así que más te vale estar listo a esa hora, sino ya sabes lo que pasará.*

Me pareció un poco extraño que fuera ella quien pasara a recogerme, pero conociéndola, lo mejor era no ponerme a discutir, por lo que le respondí diciéndole que estaba de acuerdo.

Fueron los días más largos de mi vida. Cuando finalmente llegó el lunes, mi cabeza no dejaba de crear escenarios de nuestro reencuentro, lo imaginé de tantas maneras que mientras más lo hacía, más nervioso me sentía. Ese día solicité un permiso en el trabajo para salir a las tres de la tarde, y al llegar la hora, salí disparado para mi casa, de modo que pudiera tomarme mi tiempo para ducharme y cambiarme. Escogí una de mis mejores camisas: era blanca y estampada, y de mangas cortas, la cual lograba que me viera un poquito más musculoso de lo que en realidad estaba. Me encantaba usarla y era perfecta para la ocasión. Me puse unos jeans de color azul marino y unos zapatos blancos. En cuanto al perfume... pues no pude haber elegido uno mejor, utilicé uno con un exquisito aroma de toques dulces, tal y como a Esmeralda le encantaban. Para eso de las 4:40 pm, ya me encontraba listo y solo quedaba esperar a que ella pasara por mí.

Pasaron unos 15 minutos cuando escuché una bocina sonar dos veces frente a mi casa. Recogí mis cosas y salí con prisa, sin embargo, al estar afuera, pude ver que el vehículo en cuestión ya se encontraba doblando la esquina. Volví a entrar, pero en el momento en el que me disponía a cerrar la puerta, una voz muy familiar penetró mis oídos.

—¿Para dónde vas?

Me distraje tanto mirando el vehículo que me hizo salir de la casa, que no vi el que estaba llegando. Al voltear la mirada, pude ver que era Esmeralda quien había llegado por mí. Conducía una Honda CR-V de color rojo. Bajó el cristal del lado del copiloto y me miró de arriba a abajo con disimulo. Algo perplejo por la sorpresa de haber escuchado su voz, me agaché un poco para verla bien, y tras cerrar la puerta, esta vez desde afuera, me dirigí hacia ella y le dije:

—Iba a entrar porque pensé que no llegarías.

—Dije a las 5:00 pm y son las 4:58 pm, por lo que estoy dos minutos temprano. Recuerda que no somos iguales.

Me eché a reír y abordé el vehículo. Nos saludamos con un beso en la mejilla, y al hacer esto, pude notar que no era el único que olía rico. Esmeralda traía puesto un perfume con un olor que destilaba una combinación entre vainilla, rosas y mandarina. Era bastante envolvente.

—Estás muy linda. —me apresuré a decir.

—Aún no me has visto bien, por lo que tomaré eso como algo que ya tenías pensado decirme.

—Ja, ja, ja. Tú siendo tú.

—Y si no soy yo, ¿quién más voy a ser?

—No lo sé, hace poco descubrí parte de ti que no conocía.

—Todos tenemos dentro alguna forma de ser que la gente desconoce.

—Se podría decir que eso es cierto. Pero bueno, entonces más tarde, después de verte bien, te diré si estás linda o si estás fea. Tal y como te lo dije la primera vez que te vi.

—No hace falta, ya le quitaste el encanto y sea lo que sea que digas, no sabré si lo dirás de verdad o si solo será por molestarme.

—Bueno, de todos modos sería un poquito de ambas. —le dije, mientras la miraba y sonreía—. Pero cambiando de tema, cuéntame de ti. ¿Cuándo llegaste al país?

—Llegué el lunes de la semana pasada.

—Entonces solo tienes una semana aquí.

—Así es.

—¿Y cuándo te vas?

—El próximo martes. Solo estaré en el país por 15 días.

—Ya veo.

Mientras hablábamos, la observé conducir con seguridad, como si supiera con exactitud hacia donde iba, aunque yo por mi parte, no tenía ni la más mínima idea de hacia dónde nos dirigíamos.

—¿Para dónde vamos? —le pregunté, con mucha curiosidad.

—Iremos a un lugar al que fui hace un tiempo. Es un sitio en donde venden unos postres deliciosos y es muy cómodo para sentarse a hablar y compartir. Espero que no tengas ningún problema con eso.

—¿Y por qué debería tenerlo?

—No lo sé, tu cuerpo me dice que estás comiendo muy saludable. Quizás para ti sea un pecado entrar a un lugar donde se vendan tantas calorías.

—Ja, ja, ja. Descuida, de vez en cuando es válido salir de la rutina y deleitarse con algo rico, así sea un pecado.

—Y más cuando es algo que realmente te gusta. —agregó, manteniendo la mirada fija en la carretera, pero dejando entrever una ligera sonrisa.

Llegamos al establecimiento y de verdad se veía muy lindo. La entrada era una puerta ancha adornada con un arco de plantas que caían por todo su alrededor, a una altura prudente para que la gente no chocara con ellas al entrar. Un pequeño camino de cemento, con piedras incrustadas, se abría hacia los lados para dar acceso a cada una de las mesas. Las mismas se hallaban dispersas, a la distancia perfecta para tener una conversación sin que las personas de la mesa continua pudieran escuchar. Tenían un tope de madera, aparentemente de pino tratado, y una base de metal pintada de color negro. Le acompañaban entre dos y cuatro sillas, y estas a su vez estaban elaboradas de la misma forma, con la misma combinación de materiales. Un cordón de luces incandescentes se extendía por todo el lugar, el cual estaba prácticamente al aire libre, a excepción de los baños y el área de caja que sí se hallaban bajo techo. Era un sitio muy acogedor.

Fue al bajarnos del vehículo que pude apreciar cuánto había cambiado Esmeralda. La recordaba como una persona que para mí lucía perfecta, sin embargo, esta ya no era la chica delgada de aquel entonces. Ahora tenía un poco más de peso, pero esto no le quitaba su encanto, sino que, por el contrario, le favorecía, ya que su peso parecía estar bien distribuido. ¡Cuán equivocado estaba cuando pensaba que no podía verse mejor! Esas nalgas que tanto me encantaban, se veían más grandes, con la misma redondez y firmeza que me volvía loco. Su pelo era más largo y su piel se apreciaba más limpia e hidratada. Hasta podría jurar que el color de sus ojos también era diferente, pues los veía un poquito más claros.

Todo el tiempo se mantuvo caminando delante, mientras que yo detrás me deleitaba con la sensualidad de su caminar. Traía puestos unos tacones finos de un color rojo brillante, unos jeans de color azul oscuro y una blusa negra que le quedaba pegada al cuerpo. Ese trasero tan despampanante y esa cintura que se veía más estrecha que antes, me tenían embelesado.

Nos dirigimos a una de las mesas que quedaban en las esquinas y con un suspiro de cansancio se sentó de un tirón.

—Al parecer ha sido un día muy largo. —comenté.

—Bastante. Me tuve que levantar a las cuatro de la mañana para venir a Santo Domingo. Tú sabes que aquí para cualquier trámite de documentos hay que estar temprano y son casi tres horas de carretera. Aparte de todas las vueltas que te hacen dar.

—Eso sí. Me imagino lo cansada que debes estar.

—Sí, necesito dormir.

—De haber sabido eso te hubiese dejado descansar y hubiésemos dejado esta salida para otro día.

—No te preocupes, de todos modos, no hubiera podido descansar. De no haber salido contigo hubiera tenido que salir con Carlos. Tú sabes cómo es él.

—Bueno, entonces eso significa que prefieres estar conmigo antes que con él. Supongo que aún sigo siendo algo especial para ti. —le dije, con un poco de picardía.

—En verdad lo eres, más de lo que crees.

—¿Ah sí? No te creo.

—Pues ya está de ti si lo crees o no. Eso no cambiará el hecho de que es la verdad.

—Ja, ja, ja. Tú no cambias.

—En verdad he cambiado mucho.

—Quizás algunas cosas, pero hay otras que nunca cambian.

—En eso estoy de acuerdo contigo. La esencia de lo que somos no cambia. Quizás cambien algunas aptitudes, mañas o costumbres, pero hay cosas que pase lo que pase siguen siendo igual.

En ese momento llegó el camarero a llevarnos el menú y nos preguntó si deseábamos algo de tomar mientras decidíamos qué íbamos a ordenar. Yo pedí una cerveza y ella sólo pidió agua. Luego seguimos hablando.

—Supongo que ahora sí puedo decir que estás muy linda. Veo que estás un poquito más…

—¿Gorda? —me interrumpió, mientras buscaba la palabra adecuada.

—Yo no diría gorda, definitivamente tienes algunas libritas más que la última vez que te vi, pero te favorecen bastante, te ves muy bien. Además, nunca te había visto con el pelo tan largo, estás hermosa.

—¡Gracias! Tú también estás diferente, el tiempo te ha hecho bien.

—No tanto como a ti, pero ahí vamos.

El camarero volvió a interrumpir, esta vez para entregarnos lo que pedimos de tomar. Ordenamos lo que íbamos a comer y este se retiró. Fue entonces cuando pregunté:

—¿Cómo fue que la carta llegó hasta ti? ¿Tú la encontraste o fue por vía de otra persona? No me digas que alguien la publicó y se hizo viral y yo ni siquiera me di cuenta, ¿fue eso?

En el momento en que empecé a hablar se estaba dando el primer trago de agua y mis preguntas le tomaron por sorpresa, tanto así, que casi se ahoga. Tosió un par de veces tratando de volver a

respirar con normalidad, y cuando pudo hacerlo me dijo:

—Demasiadas preguntas a la vez, cálmate. Te voy a contar en su debido momento. Creo que estamos aquí para compartir un rato y saber sobre nuestras vidas en la actualidad. No te angusties con cosas del pasado, ya habrá tiempo para eso.

Seguimos hablando con fluidez y las horas pasaron muy rápido. La conversación se mantuvo bajo un margen de amistad y respeto, como dos amigos cualesquiera que tenían tiempo sin verse. Así fue hasta que llegamos a mi casa: ahí fue cuando todo cambió.

Capítulo XI

De camino a mi casa, seguimos hablando sobre temas triviales. Pero al llegar, nos quedamos en silencio por un momento. Fue como si regresáramos en el tiempo a aquella noche cuando salimos por primera vez, que después de caminar por el parque decidimos sentarnos bajo la tenue luz de una lámpara. Se sentía el mismo ambiente de melancolía, y ese profundo pesar por no saber si algún día volveríamos a vernos. Era consciente de que debía ser yo el primero en despedirse, sin embargo, no quería hacerlo. Tenía la sensación de que al hacer esto, estaría dejando escapar una vez más a esa mujer que significaba tanto para mí, a esa mujer a la que una carta que había escrito hacía ya siete años, la vida misma se había encargado de hacer que llegara a sus manos. Volteé a mirarla con la esperanza de que las palabras de despedida pudieran salir de mi boca. No obstante, ese tipo de conexión extraña que existe entre los seres humanos hizo que Esmeralda también volteara a mirarme en ese instante. Nuestras miradas se encontraron y sentí que todo el mundo a nuestro alrededor se paralizó. Los latidos de mi corazón empezaron a acelerar, y una sed incontrolable se apoderó de mí: me dio sed de ella, sed de sus besos, sed de sentir su calor más de cerca.

Antes de que pudiera reflexionar sobre todo lo que estaba pasando por mi cabeza en ese momento, nuestros rostros se empezaron a acercar lentamente. Parecíamos títeres controlados por el mismo marionetista, quien, al tirar de las cuerdas, provocaba en nosotros los mismos movimientos, como si se tratara de un espejo. Sentí su olor hacerse más fuerte, y la agitación de su respiración se sincronizó con el palpitar de mi corazón. Nuestros labios se rozaron con timidez, mientras nuestras manos buscaban retirar el cinturón de seguridad. El sonido del último en desabrocharse dio inicio a un beso muy ardiente y violento. Mis manos no dudaron para empezar a tocar con libertad, y se desplazaron por todo su cuerpo, acariciando y apretando como si aún fuera dueño de sus curvas y de su piel. Me tomé el atrevimiento de reclinar su asiento y me incliné hacia ella sin dejar de besarla. Mi mano izquierda disfrutaba de la suavidad de su piel, yendo desde su rostro hasta su cuello y repitiendo con velocidades cambiantes. Al mismo tiempo, mi mano derecha subía con los dedos abiertos desde sus piernas hasta sus senos. Sus gemidos reprimidos se comenzaron a sentir mientras me daba pequeñas palmadas en el pecho, y me empujaba como si quisiera pedirme que me detuviera. Pero su boca entrelazada con la mía me decía todo lo contrario.

Escuchamos a alguien acercarse y nos quedamos congelados. Le dije que no se moviera, y yo levanté un poco la cabeza para ver de quién se trataba. La calle se hallaba muy solitaria, y solo era una persona que pasó caminando muy cerca del vehículo. La observé hasta que se alejó, y cuando lo hizo, le pedí a Esmeralda que se parqueara un poquito más adelante, en un lugar más oscuro que quedaba justo en la esquina de mi casa. Sentía miedo de que rechazara la idea y de que dijera que lo que acababa de pasar había sido un error, pero sin regresar el asiento a su posición normal, avanzó y siguió mis instrucciones. Luego apagó las luces, volvió a recostarse y tiró de mi camisa para que volviera a besarla. Mientras paseaba la punta de mi lengua por su labio inferior, quité el botón de su pantalón y empecé a meter la mano por sus bragas. Como era de esperarse, estaba completamente mojada. Mis dedos se resbalaron por su hendidura y comencé a moverlos con gentileza hacia arriba y hacia abajo. Sus gemidos se escuchaban ahogados, hacía un gran esfuerzo por retenerlos, sin embargo, el placer que le estaba causando

era más fuerte que ella. En un intento desesperado por levantar las piernas, sus rodillas chocaron con el volante y sus muslos apretaron mi mano. Introduje un dedo de manera lenta en su interior, y esto provocó que me clavara las uñas en la espalda, y que me mordiera los labios con tanta fuerza que tuve que retroceder. Consciente de que me había hecho daño, me pidió perdón con un susurro. La miré a los ojos durante nuestras narices aún estaban en contacto, y entre la oscuridad que nos arropaba, pude distinguir esa mirada que ponía al sentirse rebosante de placer. En ese momento aproveché para quitarle la blusa, y al hacerlo, vi que traía puesto un sostén de media copa que preferí no quitar porque sus pechos se veían demasiado sexis. Deslicé mi lengua por la parte que quedaba al descubierto, y esta vez metí dos de mis dedos en su vagina. Le besé el cuello y regresé a su boca. Sus manos acariciaban mi cabello y resbalaban por mi espalda. Me acariciaba el hombro, y repetía el proceso al tiempo que su cuerpo subía y bajaba por el movimiento continuo de mis dedos en su interior. En el instante que bajé a su pecho una vez más utilizando mi lengua, puso sus manos sobre mis orejas e hizo que la mirara a los ojos, entonces me preguntó:

—¿Tienes preservativos?

—No. En verdad no pensé que… —hice una pausa y me di cuenta de que era mejor no decirlo— si me das un momento podría entrar a la casa y buscar.

—Está bien, ve.

—No te atrevas a irte de aquí.

—Tranquilo. Ten por seguro que no iré a ninguna parte.

Me bajé del vehículo y traté de acomodarme la ropa lo mejor que pude antes de dirigirme a la casa. Cuando sentí que ya podía entrar sin que se notara mi excitación, entonces entré. Hice todo muy rápido y no tardé casi nada para volver a salir. Al regresar con Esmeralda, me sorprendió no verla donde la dejé, pero dirigí mi mirada al asiento trasero y allí se encontraba, sin zapatos y sin pantalones. Cerré la puerta que había abierto y, mirando hacia los lados para asegurarme de que no hubiera nadie a nuestro alrededor, abrí una de las puertas traseras y me metí con rapidez.

—¿En qué estábamos? —pregunté con picardía.

—En la parte en donde me toca besar a alguien más. —me dijo, mientras buscaba mi pene con una de sus manos.

Desabroché la correa que traía puesta y después el botón de mis pantalones. Bajé el zíper y me levanté un poco para poder bajarlos hasta las rodillas, junto con mis calzoncillos. Esmeralda me sostuvo el pene y comenzó a masturbarme, entonces se agachó y lo besó como si me estuviera dando un beso en la mejilla. Recogí su cabello y lo enredé en mi mano para que no le molestara. Ella chupó la punta y se lo sacó con rapidez, haciendo que se escuchara con fuerza el sonido de mi miembro al abandonar sus labios. Luego se lo introdujo por completo en la boca y empezó a acelerar el movimiento de su cabeza. Mi mano sostenía su pelo y esta vez fui yo quien no pudo contener una expresión de placer: un gemido inesperado brotó de mí. Tras unos minutos de sexo oral, me pidió el preservativo y me lo puso ella misma. Posterior a esto, se quitó los pantis y se subió encima de mí. La penetración fue fantástica: el calor de su interior, su estrechez y su lubricación en el punto exacto, hacían de la experiencia la mejor de todas. Colocó sus codos

sobre mis hombros y comenzó a moverse con esa agilidad que siempre la caracterizó. Su sensualidad y la velocidad con la que lo hacía provocó que dentro de poco ya me encontrara en la curva final. Apretaba sus nalgas, la besaba con pasión y también me movía desde abajo, hasta que los dos descargamos nuestras ansias casi al mismo tiempo.

Nos quedamos sentados por un momento en lo que recuperábamos el aliento. Había sido algo rápido en comparación con lo que estábamos acostumbrados a hacer cada vez que nos encontrábamos en la cama, pero a pesar del corto tiempo de acción que tuvimos, fue fabuloso.

Me quité el preservativo, lo amarré para que el semen no se derramara y lo guardé en uno de mis bolsillos para luego tirarlo a la basura. Tras hacer esto, me subí los pantalones y Esmeralda me pidió que le alcanzara los suyos y su blusa. Todo esto se encontraba en el asiento delantero. Terminamos de vestirnos y de arreglarnos, y después hablamos por un rato.

—¿Te gustó? —me preguntó, mientras me pasaba la mano por la cabeza.

—No… Me encantó. —le dije, con serenidad.

—¿De verdad?

—Sí. Fue algo rápido, pero eso no quita que haya sido magnífico.

—Yo pienso lo mismo.

—¿Crees que podamos volver a vernos antes de irte del país?

—Justo en eso estaba pensando. Tengo que irme mañana a Puerto Plata, pero…

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, lo que ocurre es que…

Se quedó pensativa por un momento, luego continuó:

—Tengo que regresar el miércoles y quizás me quede hasta el viernes.

—Pues eso me parece perfecto, creo que así podríamos vernos un par de veces, digo, si no tienes ningún problema con eso.

—No, no hay ningún problema, yo encantada. Es que…

Volvió a quedarse en silencio, esta vez de manera brusca, era como si algo le perturbara y no se atreviera a decir qué era. Antes de que volviera a hablar le dije:

—Cuéntame, ¿qué es lo que te preocupa?

—Descuida, no me hagas caso. Creo que ya debería irme, es tarde y necesito descansar, mañana quiero salir temprano.

—Está bien, no te quitaré más tiempo. Por favor me dejas saber cuándo regreses y así coordinamos. Para la próxima salida me toca a mí llevarte.

—No, no tienes que hacerlo. Yo puedo volver a pasar por ti y luego te traigo a casa. Gracias por lo de esta noche.

—No hay nada que agradecer. Yo también lo disfruté mucho. —le dije mientras me bajaba del vehículo.

—Pasa buenas noches, Yadiel.

—Gracias e igual, Esmeralda.

Capítulo XII

El miércoles de esa semana, Esmeralda me escribió temprano para decirme que había regresado. Esa misma tarde, nos juntamos en el malecón y comenzamos a caminar.

—¿Cómo te ha ido con las gestiones que tenías que hacer?

—Digamos que bien.

—¿Y se puede saber de qué se trata?

—Sí, es que quiero llevarme a mi hermano a vivir conmigo.

—¿A Santiago?

—No. A Ernesto.

—¡Qué bien!

—Sí, aunque las cosas se han complicado un poco. Pero no hablemos de eso, ya me he estresado bastante en el día de hoy como para seguir pensando en problemas. Cuéntame de ti, ¿cómo están tus padres?

—Ellos están bien. Por cierto, mi madre te mandó saludos el día que Carlos fue a llevarme “la caja de verdades”.

—Y me lo vienes a decir ahora.

—Es que se me pasó, esa noche solo pensaba en leer la carta y luego… bueno, cuando hablamos me emocioné por la idea de volver a vernos y no me acordé de eso.

—Ya veo.

Durante el tiempo que teníamos caminando, nunca volteó a mirarme. Solo la veía de perfil, y su rostro tenía algo que no podía descifrar. Era como si su cuerpo estuviera ahí, pero sus pensamientos la tenían en otro lugar. El viento que llegaba desde el mar, le dispersaba el pelo por toda la cara, y podría jurar que la vi secarse una lágrima en uno de sus intentos de recogerlo. El sol ya se estaba ocultando, y ver esa escena en medio de un hermoso atardecer, hizo que algo dentro de mí se quebrara. Necesitaba saber qué le pasaba.

—¿Te sientes bien?

—En verdad no. —me dijo en voz baja.

—¿Qué te pasa?

La vi endurecer los labios y mirar hacia el mar, como si buscara entre las olas las palabras que quería decir. Pensé en que quizás se sentía mal por haberle sido infiel a su esposo, y yo también tenía algo de remordimiento, pero no me atrevía a mencionar el tema. Supuse que le resultaba sumamente difícil decirlo en voz alta, y es por esto por lo que antes de que pudiera responder, procedí a decir:

—Está bien si no me quieres contar, ¿Qué te parece si te doy un masaje para quitarte un poco de

estrés?

—¿Seguro que solo quieres eso? —respondió, aun mirando fijamente hacia el mar.

Antes de contestarle quise responderme a mí mismo, y la verdad era que quería mucho más que eso. Moría por quitarle esos pantalones cortos que traía puestos, y saber si sus bragas también eran blancas. O si más bien eran amarillas como su blusa, la cual dejaba ver su ombligo. Aun así, el cargo de conciencia que sentía y que se intensificó al ver su angustia, me hacía cuestionar si era apropiado decirle cuanto deseaba hacerle el amor. Después de recorrer su cuerpo con la mirada una vez más, volví a mirar otra vez hacia su rostro, y finalmente respondí:

—Por el momento solo quiero quitarte el estrés, sin importar lo que cueste.

—Y supongo que no estás pensando darme ese masaje aquí. Quieres que vayamos a un lugar más íntimo, ¿cierto?

—Sería lo más conveniente. —le dije, un poco sonrojado— Pero, antes de que vayas a decir algo, a un hotel no se va solo a tener relaciones. Allí también se pueden realizar otras actividades. Por ejemplo: escuchar música, ver televisión, charlar con privacidad o disfrutar de un buen jacuzzi por un par de horas.

—Tienes toda la razón, pero ya nos conocemos, Yadiel Castro. —me dijo con una sonrisa que se borró de su rostro casi de inmediato.

—Sí, la mayoría de las veces se va con intenciones de tener relaciones, pero para que eso pase las dos personas deben querer lo mismo. Créeme, ya tengo experiencia con eso. —le dije, mientras le guiñaba un ojo y retrocedía para caminar en dirección hacia donde se encontraban estacionados los vehículos.

Decidimos pasar por mi casa a dejar mi carro antes de irnos al hotel, y luego me dejó tomar el volante del vehículo en el que andaba. Al entrar, Esmeralda rindió homenaje a esa vieja costumbre suya de explorar cada rincón de la habitación, y en un momento anduvo todo el lugar. A unos pocos pasos de la entrada, se encontraba un mueble, y a su lado, una mesita de noche colocada entre este y la cama. Casi al final de la pared que se extendía del lado izquierdo, se hallaba la puerta que llevaba al baño, y al frente de la misma, un cristal opaco que se alzaba hasta el techo dejaba ver solo la mitad de un precioso Jacuzzi que allí había.

Mientras trataba de ponerme cómodo, Esmeralda probó las luces y toda la combinación de colores que se podía lograr con ellas. Luego dejó la habitación iluminada con un vivo color rojo, y el área del Jacuzzi con una débil luz de tonalidad azul. Después se sentó en la cama y comenzó a presionar los botones que controlaban la música hasta familiarizarse con ellos. Conectó su celular y puso a reproducir una mezcla de instrumentales de jazz. Colocó el teléfono en la mesita de noche y empezó a mirarse en los espejos que estaban por todo el lugar. Entonces pasó hacia la parte de atrás, se apoyó sobre el Jacuzzi y abrió el grifo para que empezara a llenarse.

Encendí el aire acondicionado y me senté sobre la cama. Me quedé en silencio y solo la observaba, mientras recordaba las tantas veces que la había visto hacer lo mismo. Era como un ritual en el que se imaginaba todo lo que podría pasar en las próximas horas.

—Creo que sería bueno meterme al jacuzzi justo después del masaje. —me dijo, mientras se

acercaba a la cama.

—¿Entonces te vas a meter sola? ¿No te puedo acompañar?

—Eso está de ti, no puedo hablar por los dos. No sé si vayas a querer meterte.

—No, está bien. Después de brindar mis servicios como masajista, si quieres puedo irme y dejar que termines la sesión de relajación tú sola.

—No, si haces eso tendré que pagarte y la verdad no quiero. Soy una mujer pobre.

—Sí, claro. Bastante pobre…

—Ya deja de estar de ridículo y vamos a lo que vinimos.

—¿Al masaje?

—Se supone. ¿Acaso no fue a eso que vinimos?

—Sí, solo quería confirmar. Necesito que te quites la blusa y te acuestes boca abajo, digo, si no te molesta.

—Está bien. De todos modos, no vas a ver nada que no hayas visto antes.

Se quitó la blusa y se acostó tal y como le había indicado. Puse un poco de crema en mis manos y comencé masajeando sus hombros con suavidad. Luego, bajé a su espalda dándole golpecitos suaves, y al llegar a la parte baja, subí hacia arriba por los lados de su columna vertebral hasta llegar nuevamente a los hombros. Unos minutos más tarde, me pidió que esperara un momento. Me hice a un lado y se volteó, haciendo que nos quedáramos mirando fijamente. Me acerqué y empecé a besarla, Esmeralda sujetó mi cabeza y tiró de mí, lo que provocó que el beso se volviera más intenso. Mi mano derecha comenzó a acariciar su abdomen y pasé mi dedo anular de forma circular alrededor de su ombligo. El beso se sentía cargado de ganas, como cuando anhelas algo por mucho tiempo, y cuando finalmente llega, no quisieras dejarlo ir. Mi mano cambió de lugar y subió a sus senos, apreté uno y enseguida el otro. Su cuerpo se contrajo y se balanceó para ponerse encima de mí. Ella misma procedió a quitarse el sostén y lo lanzó contra la pared. Después, volvió a besarme y empezó a sacarme la camisa de los pantalones. Fue quitando los botones desde la parte de abajo y me fue besando hasta el pecho. Tras quitar el ultimo botón, hizo que me sentara y que echara los brazos hacia atrás para retirar la camisa. Al hacerlo, volví a acostarme y me contempló durante un momento. Pasó sus dedos por las definiciones de mi abdomen, y posterior a eso, colocó sus manos sobre mi pecho al tiempo que dijo:

—Al parecer le has dedicado mucho tiempo al gimnasio en estos últimos años. Has logrado forjar un cuerpo de revista. ¡Me encanta! —diciendo esta última parte mientras se mordía los labios.

Solo sonreí y tiré de ella para que volviera a besarme. Un momento más tarde, empezó a darme besos en el pecho, bajó hasta mi abdomen, y me quitó la correa. Retiró mis pantalones junto con mis calzoncillos y, sin perder tiempo, se metió mi pene en la boca. Sujeté su cabello y disfruté otra vez de ese espectacular sexo oral que tanto había deseado volver a sentir durante todos esos años.

Después de un rato, se sacó mi miembro de la boca y lo utilizó para darse suaves golpes en la mejilla. Acariciaba mis testículos y les pasaba la lengua por todo alrededor. Parecía estar disfrutando lo que estaba haciendo casi tanto como yo. Cuando ya casi eyaculaba, se dio cuenta de mi agitación y se detuvo. Bajó deprisa de la cama y me alcanzó un preservativo para que me lo pusiera. Luego se quitó el pantalón junto con las bragas y se agachó por encima de mí. Tomó mi pene y empezó a rozarlo con suavidad por su vagina. Se mordía los labios y gemía de manera continua, siendo cada gemido más intenso, pero más corto que el anterior. Tras permitir que finalmente la penetrara, se quedó tranquila un momento, como tratando de asimilar que ya lo tenía adentro. Comenzó a balancearse despacio al ritmo del jazz que sonaba de fondo y me besó apasionadamente. Mis manos se movían de manera alocada entre su cintura y sus nalgas: las apretaba y las soltaba, les daba caricias y las golpeaba, me encontraba sumido en un ritual de placer. Empecé a deslizar la punta de mis dedos por su espalda, hasta meter mi mano por su cabello y sostener su cabeza con firmeza. Nuestros besos y movimientos eran lentos, como si más que solo tener sexo, tratáramos de hacer el amor. Mantuvimos un ritmo constante y solo aceleramos el vaivén de nuestros cuerpos al sentir que llegábamos al clímax. Nos corrimos al mismo tiempo y un hondo suspiro salió de lo más profundo de nuestro ser. Esmeralda permaneció arriba de mí por un buen rato, sin fuerzas y respirando con una gran dificultad. La abracé y le di un beso en la frente, y nos quedamos así por varios minutos.

Al cabo de unos minutos, se bajó de la cama, se envolvió una toalla y fue por el líquido suministrado para echarle al jacuzzi. Luego se dirigió al mismo, vertió un poco en el agua y regresó junto a mí. Se acercó mirándome a los ojos y me dio un beso, después volvió al jacuzzi, se colocó del lado que no estaba cubierto por el cristal y, mientras se apoyaba sobre la orilla, se inclinó y dejó caer la toalla de modo que pudiera ver su trasero, entonces me miró y preguntó:

—¿No vas a acompañarme?

Ver su trasero de ese modo, me hizo estremecer y causó que mi pene volviera a estar erecto, casi de manera instantánea. Salté de la cama y me acerqué a ella con rapidez. Le di una nalgada y después agarré su cintura con mi mano izquierda. Con la otra, empecé a apretar sus nalgas y a deslizar los dedos por su hendidura vaginal. Luego me puse de rodillas, le abrí un poco las piernas y comencé a pasar mi lengua por su vagina. Sus líquidos empezaron a mezclarse con mi saliva y sus rodillas comenzaron a temblar. Coloqué una mano en cada nalga y, abría y apretaba enérgicamente mientras chupaba y lamía con entusiasmo. Sus gemidos retumbaban en las paredes y Esmeralda se aferraba a las orillas del jacuzzi con fuerza. Alcé mi mano tanto como pude y la dejé caer con vigor sobre su nalga derecha, lo que provocó que gritara tan fuerte como el estruendo del golpe que acababa de darle. Tras el impacto, se inclinó un poquito hacia adelante, pero enseguida la halé para volver a colocar mi lengua por debajo de su clítoris.

—¡Maldito! ¡Así! ¡Ya viene! ¡Así! —repetía mientras sus piernas tambaleaban.

Mantuve el ritmo de mi lengua hasta que alcanzó el orgasmo, el cual fue tan intenso que Esmeralda quedó casi de rodillas mientras se contraía hacia adelante y dejaba escapar un jadeo prolongado. Satisfecho con lo que acababa de hacer, me puse de pie y me dirigí a la ducha para limpiarme. Cuando regresé, ya se encontraba dentro del jacuzzi. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Me acerqué y le di un beso desde afuera, luego la fui besando por el cuello y seguí bajando hasta donde el agua y la espuma me permitieron.

—¿Tú no te cansas? —me preguntó, con voz suave y serena.

—De ti jamás.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente seguro.

Entré y me coloqué al frente de ella. Mis piernas quedaban a su alrededor, y las de ella en el centro. Abrió los ojos y mientras se mordía un poco los labios me preguntó:

—¿Por qué te fuiste tan lejos?

Antes de que pudiera responder, la sentí acomodar mi pene entre sus pies y hacer movimientos hacia adelante y hacia atrás. Arqueé las cejas y sonreí. Luego abrí los brazos y los coloqué sobre los bordes mientras tiraba la cabeza hacia atrás. Después de un momento, se me acercó, tomó mi miembro entre las manos y me susurró:

—Ve a ponerte un preservativo que quiero volver a sentirlo dentro.

Abrí los ojos y la vi mirándome fijamente mientras se mordía el labio inferior. Coloqué mi mano en su cuello y tiré de ella para acercarla a mí, entonces le di un beso y le dije:

—Esta vez me lo vas a poner tú.

Salí del jacuzzi con mucho cuidado para no resbalar y fui por el preservativo. Tomé una toalla y empecé a secarme el pene mientras regresaba donde Esmeralda. Le di el condón y me paré a su lado, ella se metió el miembro en la boca por unos segundos y me lo puso al sacarlo. Volví a entrar al agua y me senté donde estaba antes, pero me pidió que me moviera un poquito más al centro para darle un poco de espacio a nuestras piernas. Cuando lo hice, se colocó encima de mí y dejó que fuera yo quien la penetrara lentamente. Una vez tuvo el pene dentro, empezó a balancearse mientras nos besábamos de manera desenfrenada. Ella con sus movimientos sensuales desde arriba y yo con mis movimientos precisos desde abajo. El agua caliente, la espuma y la música de fondo hicieron del momento algo memorable.

Quité un poco de la espuma que cubría sus pechos, y entre salpicones de agua comencé a chuparlos. Sus dedos se clavaban entre mi nuca y mis orejas, y sus jadeos no hacían más que excitarme cada vez más, hasta llegar a la cúspide del placer. La abracé fuerte mientras eyaculaba y nuestros cuerpos fueron reduciendo la intensidad de los movimientos. Nos quedamos ahí dentro por un largo rato, en silencio, disfrutando de la agradable temperatura del jacuzzi y sus aguas burbujeantes.

—¿Ya se te quitó el estrés? —le pregunté, rompiendo con el silencio que habíamos mantenido durante todo ese tiempo.

—Sí, el masaje funcionó.

—¿El masaje? —le pregunté de manera pícara.

—Sí, el masaje. Masajeaste todo mi cuerpo. —me dijo mientras sonreía— ¿Tienes algo que hacer el domingo?

—Por el momento no. ¿Por qué?

—Es que me gustaría ir a la playa.

—Podemos ir. En la romana hay una playa que es hermosa. Me gustaría llevarte.

—¡Muy bien! Entonces tenemos un plan.

—¡Sí!

Me quedé pensativo por un momento y después le pregunté:

—¿Crees que podamos amanecer juntos?

—No puedo.

—No me refiero a hoy, sino al domingo. Podríamos pagar una noche en un hotel y así amanecer juntos. Sería genial poder estar contigo en la playa bajo el cielo nocturno.

Se quedó pensativa por un momento y luego me dijo:

—Creo que… Es más, ¿sabes qué? ¡Hagámoslo!

—¡Genial! —le dije, fascinado por su respuesta, mientras la abrazaba fuerte y la besaba en la cabeza con ternura.

—Pero… —se apresuró a decir— El lunes tenemos que regresar muy temprano porque debo irme a Puerto Plata ese mismo día. Recuerda que vuelo el martes, por lo que tengo que regresar al día siguiente. Casi no tendré tiempo de descansar. —dijo esto último con un resoplido.

—Está bien, podríamos salir alrededor de las 7:00 am, así podrás llegar temprano a Puerto Plata y descansar un poco.

—Está bien. —afirmó, mientras asentía con la cabeza.

Después de un rato, volvimos a hacerlo una vez más y luego nos fuimos. Para mí fue un día muy largo en el trabajo y Esmeralda también había tenido un día muy duro, por lo que ambos necesitábamos descansar. Al despedirnos, me dijo que ella retornaría la mañana siguiente a Puerto Plata, y que regresaría el sábado para que así pudiéramos ir a la playa el domingo temprano.

—Hasta el sábado, Yadiel.

—Hasta el sábado, Esmeralda. —le dije, mientras la veía marcharse lentamente después de dejarme en mi casa.

Capítulo XIII

El sábado en la noche, decidimos juntarnos en el parque al que fuimos en nuestra primera salida. Mientras caminábamos, pasamos por aquel banquillo en donde nos sentamos aquella vez, pero este se encontraba ocupado y tuvimos que sentarnos en otro que le quedaba cerca. Esmeralda llevaba puesta una falda de color crema que llegaba hasta por encima de las rodillas, y una blusa negra de tirantes que combinaba con los tenis que traía puestos. Un labial rosa cubría sus hermosos labios y se había hecho un moño alto que hacía ver sus pómulos más marcados. Yo por mi parte, tenía una camiseta gris, unos jeans oscuros, y tenis negros. Estábamos hablando cuando echó un vistazo a mis pantalones y me preguntó:

—¿Por qué eso está así?

—¿A qué te refieres? —pregunté, un poco confundido.

—A eso que está ahí. —me dijo, apuntando hacia mi pene con la mirada, el cual podía verse erecto.

—¡Ah! ¿Qué haces tú mirando por ahí?

—No me respondas una pregunta con otra.

—Bueno, eso siempre se pone así cuando estás cerca.

—Qué interesante. —me dijo, mientras le ponía la mano y lo acariciaba por encima de mis pantalones.

—¿No quisieras sentirlo dentro?

—Sí, pero no ahora. Todavía es temprano. Aflójate la correa y desabrocha el botón de tus pantalones.

—Pero ¿cómo así?, ¿qué quieres hacer? —pregunté, un poco desconcertado.

—Te estoy diciendo que te la aflojes, no que te la quites. Hazlo y confía en mí.

Era de noche y la oscuridad era favorable, no obstante, sentía algo de miedo por lo que vi que pretendía hacer. Aun así, decidí confiar en ella y, disimuladamente, aflojé un poco mi correa y desabroché el botón de mi pantalón tal y como me lo pidió. Esmeralda se encontraba a mi izquierda, y al confirmarle que ya lo había hecho, metió su mano derecha por mis pantalones y colocó su cartera sobre la misma, de modo que nadie pudiera notar donde la tenía metida. Me agarró el pene y comenzó a masturbarme con lentitud, sin que se notara mucho el subir y bajar del bolso que había puesto encima de mí. La miré queriendo decirle que estaba loca, pero la verdad lo disfrutaba bastante. Esmeralda miraba de un lado a otro, con toda su calma, como si buscara entre la gente que nos rodeaba, a alguien prestándonos atención, sin embargo, a nadie parecía importarle. Solo éramos dos personas sosteniendo una conversación en un parque, y nadie se imaginaría que me estaban masturbando, justo ahí, ante los ojos de todos. Después de unos minutos, retiró la mano y me dijo:

—Ya nos podemos ir, pero esta noche no quiero que vayamos a un hotel.

—¿Ah no? ¿Para dónde quisieras ir?

—Quiero que me metas a escondidas a tu habitación y que lo hagamos allí.

Me quedé pensativo por un momento, y aunque estaba dudoso sobre si podría lograr la hazaña, respondí:

—Vamos, será una noche muy interesante.

Me siguió a mi casa y luego de parquearme le indiqué donde ella podía hacerlo, pero le pedí que no se bajara del vehículo y que me permitiera ir a verificar cómo se hallaban las cosas adentro. Con lo primero que me encontré fue con mi madre y una vecina mirando televisión en la sala. Conociendo su rutina, sabía que no se moverían de allí sino hasta alrededor de las 10:00 pm, y apenas eran poco más de las 8:00 pm. Saludé dando las buenas noches y fui hasta mi habitación. Sin saber aún cómo haría para entrar con Esmeralda, me puse a recoger un poco el desorden tan rápido como me fue posible. Al terminar, me senté en la cama un momento y le envié un mensaje diciéndole que ya casi regresaba con ella. Estaba la opción de que simplemente entráramos sin importar que nos vieran porque ya no éramos niños, sin embargo, eso implicaría hacer que Esmeralda saludara a todos y dar explicaciones que ninguno de los dos estábamos dispuestos a dar. Además, lo excitante estaba en meterla a escondidas y sentir la adrenalina de tener sexo sin ser descubiertos. Todavía me quedaba la alternativa de usar la puerta de atrás, no obstante, lo más probable era que mi papá estuviera en el patio trasero hablando con uno de sus compadres, los cuales pasaban por allá casi todas las tardes y se quedaban hasta el anochecer. Salí al patio y efectivamente, allí se encontraban, sentados sosteniendo una de esas conversaciones triviales de todos los días y sin planes de pararse de ahí en un largo rato. Tomé el teléfono para enviarle otro texto explicándole que las cosas estaban complicadas en ese momento, y que mejor esperáramos a que fuera un poco más tarde. O que fuéramos a otro lugar, pero ya había respondido el primer mensaje diciendo que, si era muy complicado, podíamos olvidar la idea y que ella se iría. Con esto me quedó más que claro que esa noche era eso o nada, por lo que no podía rendirme y tenía que hacer que sucediera, cueste lo que cueste.

Después de pensar y pensar durante unos minutos, a mi mente vino una idea desesperada, pero fue lo único que se me ocurrió. Volví con Esmeralda y le compartí el plan, dándole instrucciones de lo que tenía que hacer:

—Mira, voy a entrar y dejaré la puerta abierta. Quédate al lado de la casa y cuando veas que todo se apague, entra tan rápido como puedas y te metes directamente a mi habitación. Trata de no hacer ruido.

—Todavía recuerdas cuál es, ¿cierto?

—Por supuesto que aún la recuerdo, la recuerdo bastante.

—¡Bien! Hagamos esto.

Entré y dejé la puerta semiabierta, tal y como dije que haría. Me dirigí a la cocina y bajé los interruptores que controlaban la electricidad de toda la casa, lo que provocó que todo se quedara a oscuras. Escuché la voz de mi madre quejarse por el apagón, sin embargo, esperé el tiempo que creí suficiente para que Esmeralda llegara a mi cuarto y entonces volví a subir los interruptores. Tal como lo esperaba, mi mamá enseguida se alarmó y buscaba saber qué pasó. Le expliqué que

solo trataba de probar algo, pero se puso a pelear diciendo que debí avisar. Fui a cerrar la puerta, le pedí disculpas, y con mi cara de que no quería que me molestaran, me fui a la habitación.

—Lo que tú me has puesto a hacer, Esmeralda Ureña. —le dije, con un gran suspiro de alivio tras cerrar la puerta.

—Creo que no ha sido tan difícil, a ti no te tocó correr de puntitas en la oscuridad, sin saber si te llevarías algo por delante. —me dijo, mientras cruzaba sus brazos por mi cuello.

—Debí ponerte algo para que tropezaras, eso hubiese sido épico. —le dije, sin poder contener una carcajada.

—Tú sí eres malo.

—Así es como te gusta que yo sea. ¿O no?

—Claro que sí, me encanta que seas malo conmigo. —me dijo, con voz sensual y serena.

Le coloqué el seguro a la puerta y la recosté contra la pared. La besé por el cuello y sentí su pierna izquierda elevarse y arquearse sobre la mía. Puse mi mano derecha en su muslo y la deslicé hasta su trasero. Volví a besarla y mordí su labio superior, entonces un pequeño jadeó se disparó, y lo contuvo casi de inmediato al recordar que no estábamos en un cuarto de hotel. La cargué y la llevé a un escritorio situado al lado de mi cama, y las cosas que en este se encontraban, empezaron a caer al piso mientras hacía espacio para acomodarla. Sus piernas abrazaron mi cintura y empezó a acariciar mis brazos. Le quité la blusa y levanté su falda para poder sentir su vagina rozando mi pene. Buscaba el broche de su sostén, pero no lo encontraba. Esmeralda sonrió y me dijo que estaba delante. Me eché un poco para atrás y lo desabrochó ella misma, y así, en medio de la oscuridad que allí reinaba, pude ver sus senos rebotar con sensualidad. Le di un chupón en el cuello y apreté su seno izquierdo, después reemplacé mi mano por mi boca y tiré de su pezón con los dientes. Un gemido casi como un susurro se escuchó. El gran esfuerzo que estaba haciendo por no hacer ruido era notorio. Me empujó un poco y me quitó la camiseta, posó sus manos en mi pecho y la vi apreciarlo por un momento. Deslizó un dedo por la hendidura del centro y luego lo bajó a mi abdomen, en donde tocó uno por uno cada uno de mis abdominales. En ese instante se mordió los labios y nos miramos a los ojos. Agarró mi cinturón y comenzó a desabrocharlo. Lo sacó de los pantalones y se lo colocó en la nuca, con una mano en cada extremo. Aún sentada sobre el escritorio, apoyó un pie de la cama, y se recostó un poco para que le quitara la falda, la cual quité junto con sus bragas. Ella se volvió a sentar derecha, y sin soltar el cinturón, me atrajo hacia ella con las piernas. Cuando estuvimos otra vez haciendo contacto con nuestras partes íntimas, soltó uno de los extremos de la correa y con la otra mano la fue halando de modo que se deslizara con suavidad por sus hombros. Se veía tan sensual que ni siquiera sabía qué era lo primero que quería hacerle.

Soltó el cinturón y comenzó a bajar mis pantalones, luego mis calzoncillos y colocó su mano derecha por debajo de mi pene. Lo apretó un poco y empezó a moverlo hacia atrás y hacia adelante. Después lo escupió y volvió a besarme. Agarré su cara con ambas manos y empecé a besarla de manera interrumpida, con besos cortos e intensos. Me empujó gentilmente e hizo que me sentara en la cama mientras ella se bajaba del escritorio. Se recogió el cabello, se agachó y comenzó a practicarme sexo oral. De repente, oímos una voz gritar mi nombre del otro lado de la puerta. Estábamos tan concentrados, que no escuchamos los pasos acercándose y la sorpresa

provocó que Esmeralda se atorara y comenzara a toser. Quien me estaba llamando era mi madre, y al escuchar que alguien tosía preguntó:

—Yadiel, ¿qué pasa? ¿estás bien?

Carraspeé un poco para que pensara que era yo quien tosía y luego respondí:

—Sí, todo bien. Es que parece que me va a dar gripe. He estado tosiendo desde temprano.

—¿Quieres que te prepare un té?

—No, no te preocupes. ¿Necesitabas algo?

—Vine a preguntarte si vas a cenar o si comiste algo por ahí.

—Sí, ya cené.

—¿Cómo? Abre la puerta que no te escucho bien.

—Estoy ocupado. Te decía que ya cené. —le dije, mientras alzaba la voz, ya un poco irritado.

—Bueno, está bien. De todos modos, te voy a preparar algo de comer por si te da hambre. Si no te lo comes, lo guardas en la nevera para que te desayunes con eso.

—Está bien, gracias. —respondí, un poco fastidiado.

Esmeralda estaba de rodillas entre mis pies, con las manos en la boca tratando de contener la risa. Luego me dijo:

—No te enojes, ella solo quería saber si ya habías cenado.

—Sí, pero a veces quiere saber demasiado y temía que insistiera en que abriera la puerta.

—Pero no lo hizo, así que sigamos en lo que estábamos.

Se puso de pie y volvió a sentarse en el escritorio. Me paré y tiré una mano por debajo de sus piernas para jalar una de las gavetas. Ella me dio un poco de espacio para que pudiera abrirla bien, y a tientas, logré agarrar un preservativo. Lo abrí y me lo puse, y así, en esa misma posición, comencé a penetrarla. Sus piernas se alzaron y se aferró a mi nuca con ambas manos, yo le agarré la cintura y empecé a acelerar el movimiento de mi cuerpo, mientras lo entraba y lo sacaba.

A medida que aceleraba el ritmo de mis golpes de cintura, el escritorio chocaba con la pared y un ruido molesto comenzó a escucharse, lo que nos obligó a detenernos. Entonces tomé mi celular, encendí una bocina y puse algo de música. Nos fuimos a la cama y al ritmo del reggaetón que estaba sonando, empezamos a hacerlo en la posición del misionero. A pesar del volumen que tenía la música, escuchábamos con claridad el chirrido de la cama, lo que nos hizo detenernos una vez más para intentar de otra forma. Esmeralda tomó una almohada y la tiró al piso, luego puso sus rodillas sobre ella y se colocó en cuatro.

Yo también tomé una almohada para tener de donde apoyarme, y después de ponerme de rodillas, empecé a penetrarla otra vez.

Pasaron unos minutos y empezamos a sudar, lo que provocó que sus manos resbalaran y le

costara mantenerse estable. Tomamos una sábana y la tendimos en el piso, luego yo me acosté y Esmeralda se subió encima de mí. Se movía lentamente mientras yo acariciaba sus pechos, después pasé mis manos por debajo de sus brazos y empecé a agarrarla por los hombros y a tirar de ella. Comencé a moverme yo también y su cuerpo empezó a temblar. De ese modo tuvo tres orgasmos, antes de que yo pudiera eyacular.

Recostó su cabeza sobre mi pecho. El sudor cubría nuestros cuerpos y nuestra respiración estaba agitada. Después de un rato, me paré a quitarme el preservativo, lo puse en una bolsa y lo tiré en un pequeño zafacón que tenía en una esquina, luego busqué algunas servilletas y me limpié el pene. Esmeralda se encontraba acostada boca abajo en el piso, me acerqué y me senté a su lado, metí mi mano entre sus nalgas y empecé a meterle los dedos en la vagina. Mientras movía mis dedos hacia arriba y hacia abajo, abrió un poco las piernas y empezó a dar pequeños golpes de cintura contra el suelo. Entonces volteó la cara y me pidió que la volviera a penetrar.

Por debajo de la puerta, vi como las luces de la casa se fueron apagando, lo que indicaba que ya todos se estaban yendo a la cama, y que debía bajarle el volumen a la música antes de que mi madre fuera a pedírmelo. Me puse de pie y busqué mi teléfono, bajé un poco el volumen y luego fui por otro preservativo. Al ponérmelo, volví a penetrarla justo como se encontraba: en el piso y boca abajo. Nuestro vaivén era lento para mantener el ruido al mínimo, pero me enfocaba en alcanzar profundidad con cada movimiento. El sudor volvió a cubrir nuestros cuerpos con rapidez, nuestros movimientos se combinaron y cada vez que empujaba, la escuchaba hacer un gran esfuerzo para contener sus gemidos. Ya había contado un par de orgasmos suyos cuando empecé a sentir que era mi turno. El ritmo de mi cuerpo y mi respiración se aceleraban gradualmente. Apreté su pierna derecha y tiré de su cabello, y fue entonces cuando: ¡uf! Sentí que todo mi cuerpo se paralizó, mientras que por mi pene brotaba una intensa descarga de placer.

Nos vestimos casi de inmediato y salimos de la casa tan silenciosos como dos ladrones a medianoche. Fui detrás de ella en mi carro hasta llegar adonde Carlos y esperé que estuviera adentro. Ya en unas horas volveríamos a vernos, así que un simple adiós con las manos fue suficiente para despedirnos.

Capítulo XIV

Desperté alrededor de las 7:30 am y después de quedarme dando vueltas en la cama por un rato, me levanté y eché algunas cosas en una mochila. Antes de meterme a la ducha, le escribí a Esmeralda dándole los buenos días, para que al despertar me respondiera y me avisara a qué hora debía pasar por ella. Pasaron unos 20 minutos cuando me contestó, diciéndome que pasara a buscarla a las 9:00 am. Llegado el momento, la fui a buscar y partimos hacia la playa.

Durante el camino, me tomó de la mano y se recostó sobre mi hombro. A pesar de todo lo que había ocurrido desde que la conocí, en ese momento me sentía feliz. Había pasado tanto en esa semana que no quería que se acabara. Fueron días maravillosos que se iban guardando en un lugar muy especial de mi corazón.

Esmeralda había cambiado bastante y, aunque hacía falta más tiempo para determinar si todo podía ser tan perfecto, sentía que habíamos madurado lo suficiente como para poder tener una relación estable. No obstante, todavía estaba lo de su pareja, por más que quisiera, lo nuestro no iría más allá de lo que estábamos viviendo, al menos no en ese momento. Pensaba en la posibilidad de que ella quisiera dejarlo para estar conmigo, pero por otra parte, también existía el hecho de que ya no vivía en el país, y no podía atreverme a pensar que lo dejaría todo por mí. En varias ocasiones, sentí la necesidad de tocar el tema, de preguntarle qué pasaría con nosotros luego de ese fin de semana y cómo serían las cosas a partir del día que regresara a los Estados Unidos. Me causaba angustia y mucha ansiedad saber si para ella únicamente fueron días en los que solo pasaron cosas, y después volveríamos a nuestras vidas como si nada pasó. Con todas estas preguntas en mi mente, decidí callar, decidí no dañar esos momentos tan maravillosos y dejar el trago amargo para el final. La despedida de por sí lo sería, por lo que entendí que lo mejor era vivir un solo momento triste, sin importar que ese estuviera supercargado de amargura.

Llegamos al hotel pasadas las once de la mañana. Nos registramos y la habitación nos la entregaban a las tres de la tarde. Tras el registro, decidimos ir por algo de comer, y luego de haberlo hecho, nos acercamos a la orilla de la playa. El sol ardía en todo su esplendor y el aire salobre golpeaba nuestras caras. A mí en lo particular, no me gusta meterme al agua sino hasta después de las cinco, cuando ya la temperatura está un poco más fresca. Sin embargo; Esmeralda amaba entrar a cualquier hora.

Buscamos un espacio con sombra y alejado de la gente, y nos sentamos en la arena. Me quité las sandalias para hundir los pies en ella, y empecé a sentir ese calor tan satisfactorio arropando mis dedos mientras se hundían. Sin lugar a duda, es una de las cosas que más me gustan de la playa. Esmeralda se empezó a quitar el sobretodo que traía puesto, dejando al descubierto un traje de baño de dos piezas de color amarillo. La había visto tantas veces en ropa interior y la había visto tantas veces desnuda, y, aun así, verla en esa facha me provocó una rápida erección. Lucía tan sexi. Sus nalgas se balanceaban con firmeza al caminar y sus senos se veían prominentes, más codiciables que nunca. Sus caderas tan bien moldeadas y ese ombligo que llevaba a la locura me dieron ganas de hacérselo en la arena. La observé dirigirse hasta el agua con cara de tonto. Me hallaba deslumbrado por la perfección de su cuerpo.

Esmeralda entró al agua y comenzó a nadar, y después de haber recorrido algunos metros, se

quedó flotando de cara al cielo. Aunque no tenía planes de meterme en ese momento, verla sola y feliz, me hizo querer acompañarla. Comencé a quitar los botones de mi camisa sin dejar de observarla, luego me puse de pie para terminar de quitármela y bajé mis pantalones, quedándome solo con el bañador que traía puesto debajo. Empecé a caminar lentamente hacia su dirección, con las manos en los bolsillos para tratar de disimular mi erección. Ella, al verme, empezó a salir y nos encontramos justo en la orilla. Nos abrazamos y nos besamos como si tuviéramos días sin vernos. Fue un beso romántico, sin esa chispa de picardía que nos caracterizaba. Fue un beso cálido y hermoso del que disfrutamos por varios minutos mientras las olas iban a morir en nuestros pies.

Esmeralda me tomó de la mano y empezamos a entrar al agua lentamente. De vez en cuando miraba hacia atrás para verme y podía notar una gran felicidad en sus ojos y en su sonrisa. Yo, por mi parte, también me sentía feliz, tanto como hacía tiempo no me sentía. Al encontrarnos a una profundidad prudente, me dio la espalda y se puso delante de mí para que la abrazara.

—¿Estás feliz? —le pregunté, acercándome a su oído derecho.

—Sí, bastante. —me respondió, con una gran sonrisa.

—Quisiera que estos momentos contigo nunca se acaben.

Se quedó en silencio por un momento, y después con un tono seco y lleno de melancolía me respondió:

—Yo tampoco quisiera que acabe.

Esmeralda se dio la vuelta y nos quedamos mirándonos fijamente por un momento. Pude ver cómo esa felicidad que sentía hacía tan solo unos segundos, comenzó a ser reemplazada por una profunda tristeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y antes de que pudieran rodar por sus mejillas, me dio un beso y me abrazó fuerte. Después se volteó y volvió a darme la espalda. Puse mi mano sobre su vagina y comencé a acariciarla, luego metí mis dedos y mientras la masturbaba le susurré al oído:

—Me gusta cómo te queda ese traje de baño, verte con él hizo que quisiera hacértelo en la arena: así, sin quitártelo.

La vi cerrar los ojos y morderse los labios, luego me respondió:

—Eso es algo que podría cumplirse esta noche.

—Por supuesto que sí, esta será una noche muy larga.

—¿Cuáles son tus fantasías sexuales? A excepción de tener un trío, esa ustedes los hombres la traen de fábrica.

—Ja, ja, ja. Aparte de esa tengo varias.

—Espera. —me interrumpió, antes de que pudiera continuar— Se me acaba de ocurrir algo. ¿Qué tal si ahora solo nos decimos una de nuestras fantasías, y las demás las anotamos en una hoja de papel al entrar en la habitación y las intercambiamos, pero no las vemos sino hasta mañana? De ese modo, para cuando las veamos ya este día habrá pasado y podremos confirmar si pudimos cumplir algunas de ellas. ¿Qué dices?

—Me parece estupendo. Pues una de mis fantasías es tener sexo en un lugar en el que pueda estar a la vista de todos, pero que solo pueda verse nuestra silueta. Por ejemplo, en alguna habitación en un segundo o tercer nivel, en donde puedan ver nuestras sombras a través de la ventana.

—Suena interesante. A mí me gustaría hacerlo bajo la lluvia. Estar al aire libre y sentir el agua caer sobre nosotros mientras lo hacemos.

—Muy bien. Supongo que lo demás lo descubriremos mañana, muero de ganas por saber todo lo que pasará en este día y cuantas cosas de esas listas podremos tachar.

Seguía masturbándola y comenzó a jadear mientras me apretaba la mano que me quedaba libre. Le besaba el cuello y pasaba mi lengua por sus oídos, lo que hacía que se le erizara la piel. Después de unos minutos, la sentí apretar las piernas y gritó mi nombre con una voz sensual. Se zafó de mis garras y se sumergió en el agua, luego emergió a mis espaldas y me abrazó, después prosiguió a deslizar sus manos por mi pecho, el cual quedaba a medias debajo del agua. Metió su mano en mis pantalones y empezó a masturbarme. El bañador interrumpía la fluidez de sus movimientos, por lo que se volvió a sumergir y lo bajó hasta mis rodillas junto con mis calzoncillos. Entonces volvió a tomar su posición detrás de mí y mordió mi espalda mientras me masturbaba, como si lo estuviera disfrutando tanto como yo. La contracción de mi cuerpo y mi falta de aliento fueron la señal de que me estaba corriendo, por lo que aceleró el movimiento de su mano. Mi respiración se agitó, cerré los ojos y gemí, contraje mis glúteos y una descarga de semen salió disparada dispersándose en el agua.

Salimos a la orilla y comenzamos a tomar, y en unos minutos el alcohol empezó a surtir efecto y empezamos a darnos besos muy candentes. De no haber sido porque nos encontrábamos en un lugar público, nos hubiésemos desnudado ahí mismo.

—¿Crees que ya la habitación esté lista? —me preguntó.

—Sí, ya son las 3:11 pm.

—Entonces vamos. Te tengo una sorpresa.

Capítulo XV

Entramos a la habitación y fui directamente a ducharme para sacarme la arena. Esmeralda se quedó atrás y la escuché poner algo de música. Luego entró y se fue quitando el traje de baño lentamente. Cuando vi que lo arrojó al piso, me moví a un lado para que se pusiera debajo de la ducha, y esperé a que se echara suficiente agua para quitarse la arena del cuerpo. Entonces la agarré por el cuello, la pegué contra la pared y me acerqué como si fuera a besarla, pero no lo hice. La miré de manera desafiante, quería ver cuánto tiempo podría resistir mirándome a los ojos sin besarme. Apreté un poquito más la mano que tenía en su cuello, mientras que con la otra empecé a pasar los dedos por su clítoris. Ella, sin dejar de mirarme, me agarró el pene y empezó a acariciarlo, y así la escena se convirtió en un desafío de resistencia.

Introduje dos dedos por su vagina y su mirada cambió. Se mordió el labio inferior y dejó escapar un jadeo. Moríamos de ganas por fundirnos en un beso, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a darse por vencido. Apretó mi pene y pasó su otra mano por mis abdominales, los cuales recorrió con los dedos desplazándose lentamente hasta mi pecho. Luego sujetó la mano con la que la estaba ahorcando y levantó levemente la rodilla de su pierna derecha. No pude resistir más tiempo y sin soltarla empecé a besarla. Metí mi lengua en su boca y busqué la suya, y al tenerlas en contacto sentí un fuego voraz quemando toda mi piel. Dejamos de besarnos y coloqué mi dedo pulgar en su boca, mientras que el ritmo de las manos de los dos en nuestras partes íntimas se aceleraba. Saqué mis dedos de su vagina y comencé a apretar y a besar sus senos, después bajé hasta su abdomen y puse una de mis rodillas en el piso para obtener firmeza, ya que el agua caía sin cesar y se deslizaba con violencia sobre nuestros cuerpos. Ella alzó una de sus piernas y la puso en mi espalda, y de este modo quedamos en la posición perfecta para darle un rico sexo oral.

A pesar de la gran cantidad de agua que nos estaba cayendo encima, podía disfrutar del sabor de sus fluidos. Al percatarme de que Esmeralda se acercaba a un orgasmo, me puse de pie y volví a besarla, luego la coloqué de espaldas, hice que se inclinara un poco y la penetré. Agarré el lado derecho de su cintura con mi mano izquierda, y empecé a moverme con sensualidad. Sus gritos se mezclaban con el sonido del agua y el contacto constante de nuestros cuerpos al chocar. Se escuchaba como aplausos que hacían eco por toda la habitación. Sus orgasmos fueron varios, lo sabía por su manera de gritar y por cómo apretaba entre sus piernas. En el momento en el que me tocó a mí, ella también se dio cuenta y se lo sacó. Se puso de rodillas frente a mí y empezó a masturbarme con rapidez. Al notar que ya mi eyaculación era inminente, se metió el pene en la boca para que lo hiciera allí dentro, y se tragó todo mi semen sin vacilar. Fue tan rico sentir el calor de sus labios al estar a punto de eyacular, que el placer que sentí cuando lo hice, fue mayor de lo que había podido imaginar.

Fuimos a la cama y después de estar recostados allí por unos minutos, recordamos nuestro acuerdo de anotar nuestras fantasías sexuales en una hoja de papel. Esmeralda tomó un bolígrafo y un cuaderno de apuntes que había junto al teléfono, y comenzó a escribir. En ningún momento se detuvo a pensar, al parecer ya tenía muy claro lo que quería. Cuando terminó, arrancó la hoja, la dobló un par de veces y me la entregó. La guardé en mi mochila y me senté a hacer mi lista. Al terminar, también doblé la hoja un par de veces y se la entregué. Ella guardó el papel en su

cartera y la vi sacar lo que parecía ser un listón de tela de color rojo.

—Acuéstate —me pidió, mientras sostenía el listón con ambas manos a la altura de su pecho.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú solo acuéstate, cierra los ojos y haz silencio. Te dije que te tenía una sorpresa.

Me acosté boca arriba y la sentí acercarse lentamente. Me cubrió los ojos con el listón y lo ató con fuerza. Luego regresó hacia donde estaba la cartera y volvió a mí con rapidez. Procedió también a abrir mis brazos sobre la cama y ató mis dos manos, de modo que formara una cruz. Esmeralda subió un poco más el volumen de la música y unos segundos más tarde dejó caer algo líquido en mi pecho. No sé por qué, pero empecé a sentirme nervioso y todo mi cuerpo comenzó a temblar.

—Tranquilo, relájate. Confía en mí. —me dijo al oído con dulzura.

La sentí colocarse encima de mí y apoyarse en mi cintura. De repente, la suavidad de su tacto se dejó sentir sobre mi pecho. El líquido que vertió en mí parecía ser un aceite, y el mismo tenía un aroma muy agradable. Sentía sus manos resbalar en mi piel con facilidad con un ritmo combinado. Se paseaba desde mis pectorales hasta mis hombros, de allí pasaba a mi cuello, y luego bajaba hasta mi abdomen. Esmeralda me estaba dando una especie de masaje erótico. El placer que experimentaba mientras sus manos recorrían mi cuerpo, era algo sin igual. La música, su olor, la calidez de sus manos y el contacto de su cuerpo con el mío: hacían del momento algo perfecto.

Después de un rato de ese rico masaje, la sentí cambiar de posición. Colocó su trasero sobre mi cara y su cabeza hacia mis pies, de modo que ambos pudiéramos darnos sexo oral: haríamos el 69. Duramos unos minutos en esto y luego me puso un preservativo. Se sentó en mi pene y se penetró ella misma estando de espaldas hacia mí. Sentía unos movimientos muy sensuales sobre mi miembro y le rogaba que me quitara el listón de los ojos, pero se rehusaba. Estaba desesperado por verla, por tocarla, por sentir su piel, sin embargo, no puedo negar que el hecho de no poder hacer todo eso, también me causaba placer.

Solo podía imaginarme sus movimientos a través de lo que sentía, y mi cintura se movía a su voluntad tratando de saciar ese deseo de tomar el control. Cerró mis piernas y se inclinó hacia adelante. Con esto su trasero no se encontraba apoyado en mí, sino que empezó a soportar casi todo su peso sobre sus manos, las cuales empuñaban mis tobillos y me impedía hacer cualquier tipo de movimiento. Al lograr esta hazaña, comenzó a moverse con mayor fluidez, y eso me causó tanto placer que pensé que me daría un ataque al corazón. Sus líquidos chorreaban por mi pene mientras este entraba y salía de su vagina. Su vaivén aceleró, lo que me hizo entender que se aproximaba un orgasmo, y así fue, ya que la sentí gritar con la respiración cortada, causada por la profunda agitación.

Después se volteó y me quitó el listón de los ojos, luego volvió a penetrarse, pero esta vez dándome el frente. Cabalgaba sobre mí como si otro orgasmo venía justo detrás del que acababa de tener, y yo no tuve más remedio que morderme los labios y disfrutar del rebotar de sus pechos mojados en sudor, y de la cara de placer que tenía. En un instante, tal como había previsto, otro orgasmo intenso la hizo bajar la velocidad y apretar las sábanas con fuerza.

Se acercó, me dio un beso, y desató mi mano derecha. Al hacerlo, lo primero que hice fue propinarle una enérgica nalgada. Prosiguió a desatar la otra y, acto seguido, la cargué y le di la vuelta para que quedara debajo de mí. Utilicé el listón y cubrí sus ojos, entonces tomé las cuerdas que había utilizado conmigo y até sus manos del mismo modo que ella lo hizo. Le introduje dos dedos mientras besaba y mordisqueaba sus senos. Puse mi mano izquierda en su cara y empecé a acariciar sus labios con mi pulgar. Al momento, lo metí en su boca y empezó a chuparlo con desesperación. Bajé hasta su vagina y pasé mi lengua un par de veces por su clítoris sin detenerme. Luego me arrodillé, coloqué sus piernas sobre mis hombros y comencé a penetrarla. La profundidad que alcanzaba en esa posición, la hizo gemir tan fuerte que una sonrisa pícara se adueñó de mi rostro. Reafirmé mi apoyo contra la cama y le di tan duro como me fue posible. Sus gemidos eran cada vez más excitantes y el sudor brotó por todo mi cuerpo. No podría decir con exactitud por cuanto tiempo estuvimos así, pero fue por tanto rato que me pidió que cambiáramos de posición porque le dolían las piernas. Me atravesé en la cama y formamos una cruz. La penetré lentamente y, aunque no podía moverme con la misma velocidad que antes, de esta forma se sentía exquisito. Después de varias posiciones y dos eyaculaciones seguidas, decidimos tomar un descanso. Estábamos muy agotados, y aún faltaba mucho por hacer.

Capítulo XVI

Nos pusimos algo de ropa sencilla y salimos a caminar por la playa. El sol se estaba ocultando y la vista era hermosa. Mientras disfrutábamos de este hermoso paisaje, el teléfono de Esmeralda comenzó a sonar. Al ver que quien llamaba era su madre, no contestó y volvió a guardarlo. Antes de que pasara un minuto, sonó una segunda vez, pero esta vez ni siquiera se molestó en ver de quién se trataba.

—¿Por qué no contestas? —le pregunté.

—Es mi mamá. De seguro es para saber dónde y con quién estoy. No quiero dar explicaciones ni quisiera que nadie nos arruine este momento. Hasta apagué el internet desde temprano, para que no me molesten.

—Entiendo.

—Es más, hasta lo voy a apagar.

—No tienes que hacer eso. No sabes cuándo se pueda presentar una emergencia.

—No importa. Pase lo que pase, estoy muy lejos y no podría hacer nada desde aquí.

Seguimos caminando por un rato, agarrados de la mano. Luego nos sentamos en la orilla a ver cómo el sol terminaba de perderse en el horizonte, y nos quedamos en silencio: mirando el mar y apreciando el sonido que hacían las olas al lamer la orilla, la brisa al soplar con fuerza entre las palmeras, y el cantar de las aves que manchaban los cielos. Esa combinación de sonidos daba una profunda paz, pero esta fue interrumpida cuando mi teléfono empezó a sonar. Al ver quién era la persona que estaba llamando, me sorprendí bastante: era Carlos. Definitivamente algo había pasado.

—¡Buenas!

—¡Hola, Yadiel! ¿Esmeralda está contigo?

—Sí. ¿Pasó algo?

—¿Podrías ponerla al teléfono, por favor? —me preguntó, ignorando por completo mi pregunta.

—Ya mismo te la paso.

Le di el teléfono a Esmeralda, quien contestó extrañada y con cierta preocupación. La vi llevarse una mano a la boca y se puso de pie con rapidez. Empezó a caminar y quise ir detrás, pero levantó una de sus manos en señal de que me detuviera, y así lo hice, y me volví a sentar. Se alejó un poco de mí, sin embargo, el viento llevó hasta mis oídos un nombre que me pareció muy familiar y que causó que se me hiciera un nudo en el estómago. Mientras ella caminaba de un lado a otro con un evidente nerviosismo, yo me sumí en una ola de recuerdos que me provocaron muchos sentimientos encontrados.

Al terminar de hablar, Esmeralda regresó a mí, me entregó el celular y pude ver la marca de algunas lágrimas que se habían deslizado por su mejilla.

—¿Todo bien? —le pregunté, aún sentado en la arena.

—Tenemos que irnos.

—Me parece haber escuchado que mencionaste un nombre muy particular. Necesito que me mires a los ojos y me digas si escuché mal. —le dije, de manera muy seria.

—Yadiel, por favor, no hagamos esto ahora. Tenemos que irnos.

—No iremos a ninguna parte hasta que me cuentes toda la verdad.

Esmeralda estaba pálida y sus ojos parecían perdidos. Al ver que no estaba dispuesto a moverme sin recibir una explicación; se sentó a mi lado, enterró los pies en la arena, y mirando hacia el mar comenzó a decir:

—Varias veces me has preguntado cómo fue que la carta llegó hasta mí y creo que ha llegado la hora de contártelo. Vivo en Texas, en un lugar llamado Portland, y hace unas semanas fuimos a una playa llamada Port Aransas, allá en los Estados Unidos. En horas de la tarde, mientras me encontraba sentada en la orilla, justo como estoy ahora, mi hijo vino a mí con una botella en la mano. Es un chico muy curioso y dijo haberla encontrado enterrada en la arena. Le llamó mucho la atención ver que tenía algo en su interior y trató de destaparla, mas no pudo, y es por esto por lo que me la llevó para que lo ayudara. Fue un tanto difícil quitar el corcho que la mantenía sellada, sin embargo, con un poco de esfuerzo, logré hacerlo. Saqué este rollo compuesto por varias hojas de papel, y enseguida pude ver una tinta que daba muestras de que una vez fue vívida y audaz, pero que ya se había desvanecido en tonos sepia. Las palabras, ahora apenas legibles, se mezclaban con manchas y líneas difusas, como si el océano hubiera intentado robar su secreto. Las letras se ondulaban y entrelazaban, evocando las olas que las arrullaron en su viaje. Tras hacer estas observaciones, movida por mi curiosidad, comencé a leer de inmediato.

Desde el primer instante, supe que se trataba de nuestra historia, pero me negaba a creerlo. A pesar de que fue escrita con nombres diferentes, mientras más leía, más convencida estaba. El niño insistía en que se la dejara ver, y le dije que lo haría al llegar a casa. Sin embargo, cuando llegamos insistió en que lo dejara verla, y me vi obligada a decirle que la perdí. Después de leerla completa, traté de olvidarme de eso y seguir con mi vida, no obstante, me resultó imposible. Haber leído esa misiva, removió una ola de sentimientos en mí y no tuve más remedio que contactarte para que supieras las cosas que te revelé en la caja de verdades. Sentía que nunca tendría paz si no lo hacía. El nombre que escuchaste es el nombre que una vez dijimos que le pondríamos a nuestro primer hijo, ese nombre es Yasmérlin. El niño que encontró la carta es nuestro hijo.

Tras decir estas últimas palabras, su voz se ahogó. Quise hablar, pero la voz no me salía, estaba tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Esmeralda respiró profundo para recuperar la compostura y siguió hablando:

—Sé que después de haberlo intentado varias veces sin tener éxito, habíamos llegado al acuerdo de solo mantener una relación de encuentros ocasionales. Sin embargo, me lastimó mucho saber que antes de volver a intentarlo conmigo y luchar para que algún día llegáramos a conseguir algo estable, hayas decidido darte la oportunidad con otra. A pesar de todos los problemas que tuvimos, yo me sentía muy enamorada de ti, Yadiel. Es por esto por lo que me dolió tanto

enterarme de que estabas con alguien más, y entendí que lo mejor era desaparecer de tu vida. Cuando me enteré de que me encontraba embarazada, ya tenía seis semanas, y en muchas ocasiones me vi tentada a contactarte y decirte que estaba esperando un hijo tuyo. Pero imaginé que pensarías que me lo había inventado con tal de retenerte a mi lado. Decidí que era mejor mantenerlo así, ser madre soltera y quedarme con esa pequeña parte de ti que plantaste en mí.

De repente, todo lo que leí en la carta y lo que sucedió después vino a mi memoria como un tsunami. Empecé a sentir ira y una gran decepción. No podía creer cuantas cosas Esmeralda me había ocultado, sentía que tenía a mi lado a la persona más manipuladora y egoísta que había conocido.

—Me llamaron porque al niño lo tienen que operar de emergencia del apéndice, y necesitaban mi aprobación para proceder. Yadiel, vámonos por favor, necesito estar con mi hijo.

Me puse de pie, caminé un poco en dirección al mar, volteé a mirarla y exploté diciendo:

—Eres increíble, Esmeralda. Desde que nos conocimos no has hecho más que mentirme y manipularme para conseguir lo que quieres. Pasé por alto eso de que hayas ideado un plan para acercarte a mí y darme una lección, y no le di importancia a que nunca me dijeras que para cuando me acerqué a ti, ya me conocías. No me importó saber que al principio solo querías jugar conmigo por ser un hombre mujeriego. Pero esto… esto no te lo voy a perdonar nunca. Acabas de decirme que me has quitado la oportunidad de ver a mi hijo crecer. ¡¿Quién te dio el derecho de decidir por mí?! ¡¿Quién te dio el derecho de quitarle a nuestro hijo la oportunidad de conocer a su padre?!

—Sé que estuvo mal, quise decírtelo muchas veces, pero por favor entiéndeme.

—¡Cállate! —la interrumpí, alzando la voz— Ése es tu problema, solo piensas en ti y en lo que tú sientes. Eres la persona más egoísta que conozco. A ti no te importa otra cosa más que tú misma y crees que todo gira en torno a ti.

—Cálmate por favor, no me grites. —me dijo entre sollozos.

—¡No me calmaré, Esmeralda! ¡No lo haré!

—Pero permíteme explicarte.

—No quiero que me expliques nada. Tuviste siete años para hacerlo y no lo hiciste. ¿Acaso pensabas decírmelo en algún momento? ¿O tu plan era venir y usarme como un escape a tu matrimonio, y después irte y desaparecer como que nada pasó?

—Sí te lo iba a decir, lo intenté muchas veces, pero nunca encontraba el momento para hacerlo.

—Se supone que esta era nuestra última noche juntos y en ningún momento te vi las intenciones de hablar conmigo sobre el tema. Tuvo que pasarle algo al niño para que te vieras obligada a contarme la verdad. Tantas veces que te pregunté cómo la carta había llegado hasta a ti y me dices que no encontraste el momento para decirme.

—Es que no es tan fácil, Yadiel.

—Entiendo que no sea fácil. Pero tuviste nueve meses para dejarme saber que estabas embarazada y después alrededor de 6 años para contarme que habías tenido un hijo mío. ¿Qué

hubiese pasado si no hubiera escrito esa carta? ¿Acaso me hubieses dicho en algún punto? Nunca pensabas decirme, ¿verdad?

—No lo sé. —dijo entre llantos.

—Eso pensé. Contigo todo ha sido una mentira. Es más, ¿qué me garantiza que ese niño es mío? Me he dado cuenta de que no te causa el más mínimo remordimiento ser infiel. Según me dijiste estás casada, sin embargo, te has pasado toda la semana teniendo sexo conmigo. ¡Eres una puta!

—Estás muy equivocado, Yadiel. Las cosas no son como tú piensas. —me dijo, poniéndose de pie.

—Nada era como yo pensaba, hoy me di cuenta de eso. Quizás, así como andas aquí conmigo, así andabas con otros cuando éramos novios. Tal vez esa es la verdadera razón por la que nunca me dijiste nada, es muy probable que hayas estado con tantos que ni siquiera sepas quien es el padre del niño.

—¡Cállate! ¡¿Cómo te atreves a decir eso?! —me gritó, al momento que me dio una fuerte cachetada.

—No quiero volver a verte jamás en mi vida. —le dije, mientras la miraba fijamente.

Comencé a caminar y la dejé ahí; inmóvil, con los ojos perdidos en el mar. Antes de adentrarme en los caminos que guiaban a la habitación, miré hacia atrás y la vi sentada en la arena, con la cabeza metida entre los brazos. Muy dentro de mi corazón me dolía dejarla así, pero una gran parte de mí no quería volverla a ver.

Fui a la habitación, recogí mis cosas y me fui sin importarme cómo haría ella para regresar a Santo Domingo. Mientras conducía, pisaba el acelerador hasta el fondo, me encontraba tan enojado que lo hacía de manera inconsciente. De vez en cuando, miraba el tablero y me percataba de que iba a más de 160 kilómetros por hora, una velocidad a la que no acostumbraba a conducir. Llegué a casa muy rápido, entré sin saludar, me encerré en mi cuarto y me acosté con intenciones de dormir para escapar por unas horas de la dolorosa realidad. Sin embargo, no podía sacar de mi mente la imagen de Esmeralda sola junto a la playa, y cada vez que cerraba los ojos la veía, y veía a un niño sin rostro llamándome papá.

Después de luchar con mis pensamientos por algunas horas, finalmente pude dormir. Al día siguiente, me la pasé pensando en el niño. ¿Qué tal si de verdad era mi hijo? Aunque no quería volver a ver a Esmeralda, no podría cerrar ese capítulo de mi vida sin saber si era mío. Luego de darle vueltas y vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que necesitaba verlo. Quizás sentiría una corazonada o algo que me hiciera entender si era mío o no. No lo sabía, simplemente sentía la necesidad de conocerlo.

Esmeralda me había dicho que se iban el martes por el aeropuerto de Santo Domingo, pero con lo de la operación, desconocía si habían tenido que posponer el viaje. No quería, bajo ninguna circunstancia, dejarle saber que me interesaba confirmar si el niño era mío o no. Tenía claro que, de haberla contactado, hubiese buscado la manera de manipularme y convencerme de que era la víctima en todo ese asunto. Es por esto que llegué a la conclusión de que el único modo de confrontarla una vez más era tomándola por sorpresa.

Me puse en contacto con Carlos, y él me confirmó que habían tenido que posponer el vuelo porque el niño necesitaba tiempo para recuperarse. Lo hice prometerme que no le diría nada a Esmeralda y se comprometió a compartir el nuevo itinerario del viaje tan pronto lo tuvieran. Así lo hizo, y después de sopesarlo durante todos esos días, tomé la decisión de ir hasta el aeropuerto el día de su partida. Ese día solicité un permiso en el trabajo y salí a eso de las once de la mañana, ya que el vuelo era a las 4:00 pm y sabía que debían estar allí mínimo unas tres horas antes.

Debido al tráfico, llegué casi a las una de la tarde. Me sentía muy nervioso, sabía que lo que estaba haciendo era una locura, pero tenía que intentarlo. Mientras subía la escalera eléctrica para ir al área de abordaje, pensaba en lo grande que es el aeropuerto y lo fácil que podía ser estar en el mismo lugar que ellos y aun así no vernos. La escalera funcionaba con normalidad, sin embargo, ese día me parecía ir más lenta que nunca. Las puertas de embarque empezaron a aparecer ante mis ojos, y lo primero que vi fue a una mujer llevando a un niño de manos. Estaban de espalda, no obstante, yo era capaz de reconocer a Esmeralda desde cualquier ángulo, y esa no era ella. Arrastré mi mirada de lado a lado, buscando minuciosamente entre el gran número de personas que se desplazaba en todas las direcciones. Al llegar hasta arriba, por poco me caigo por no levantar los pies a tiempo. Mi tropezón hizo que pisara fuerte contra el suelo, provocando un ruido que se perdió con rapidez entre el murmullo del aeropuerto. Pero alguien, alguien en especial lo escuchó y miró hacia atrás. Justo en ese momento alcancé a ver a Esmeralda con un niño a su lado. Esta personita volteó a mirar y me pareció haber visto una de las fotografías que mi madre conserva de mí, de cuando era pequeño. Aquel chiquillo era idéntico al niño de las fotos, aquel niño era idéntico a mí.

Los vi perderse tras las paredes del embarque sin que me diera tiempo a decir nada, y mi corazón se comprimió. Una voz gritó muy fuerte dentro de mí, provocando un eco que repetía: ¡Tengo un hijo con Esmeralda Ureña!

SERÁS SIEMPRE TÚ – FANTASÍAS CUMPLIDAS

Capítulo I

Salí del aeropuerto sintiendo que me faltaba el aire. En un instante lo había tenido todo: a Esmeralda y un niño que apenas acababa de conocer, pero que sabía muy bien que era parte de mí. Me dirigí al estacionamiento casi sin darme cuenta. Parecía un sonámbulo que conocía exactamente lo que debía hacer sin tener que pensar.

Tengo un difuso recuerdo de mí mismo bajando las escaleras, parando en las máquinas donde se paga el parqueo, y luego dirigiéndome hacia donde recordaba que tenía el auto estacionado. Al cruzar la calle entre las puertas y el estacionamiento, el resplandor del sol me hizo despertar de mi letargo. Sentí que me ardía la vista y la cabeza me empezó a doler. De repente, tuve la sensación de que todo giraba a mi alrededor y empecé a perder la fuerza de mis rodillas. Sentía que me iba a desplomar y que no podía hacer nada para evitarlo, pues estaba muy mareado. Cerré los ojos para simplemente dejarme caer al suelo, y justo en ese momento, alguien me sostuvo por detrás mientras una voz muy familiar me preguntó: “¿Estás bien?”. Era la voz de Carlos.

Me ayudó a llegar hasta un lugar en donde hubiera sombra, y cuando recuperé el sentido por completo, le di las gracias. Luego, permanecí un momento en silencio. Quería odiarle por haber sabido la verdad y no haberme dicho nada, pero también entendía que no le correspondía darme esa noticia.

—¿Los viste? —me preguntó, mientras yo aun trataba de organizar mis ideas.

—Sí, pero fue cuando ya estaban entrando. Sólo alcancé a verlos por unos pocos segundos.

—Podría jurar que esos pocos segundos fueron más que suficiente para que te dieras cuenta de lo mucho que se parece a ti.

Me quedé en silencio por un momento y volví a pensar en él. Era como una pequeña copia de mí mismo. Me dieron unas inmensas ganas de escuchar su voz, de saber cómo se comportaba, cuáles eran sus temores, qué le hacía feliz, quería tantas cosas en ese instante que la ira por todo lo que Esmeralda me había arrebatado regresó a mí. Miré a Carlos con esa mirada cargada de rencor y resentimiento, y él me miró y sonrió un poco. No era una sonrisa de burla, sino más bien, un gesto que expresaba su comprensión de por qué lo miraba de ese modo, entonces después me dijo:

—Supongo que tienes muchas preguntas. Vayamos por un trago y hablemos un poco, hay algunas cosas que deberías saber.

Lo miré, sintiéndome un poco confundido. En realidad, sí tenía muchas preguntas, pero no sabía si sería capaz de responderme todo. Divagué por un momento, pero al final acepté.

—¿Qué lugar tienes en mente? —le pregunté.

—Podríamos ir a 4-jacks. Ahí podríamos tomar y comer algo mientras hablamos.

—Me parece bien.

—Primero tengo que pasar a dejar el vehículo en el que andaba Esmeralda, ya que es rentado. Lo

llevaré y nos juntamos allá, ¿te parece bien?

—Si quieres podría ir detrás de ti para que te vayas conmigo una vez entregues el vehículo.

—No, descuida. Lo entregaré en la misma plaza, sólo te digo por si ves que tardo un poco.

—Está bien. Allá nos vemos.

—Sí, allá nos vemos.

Capítulo II

Llegué al bar que acordamos y me senté directamente en la barra. Mientras esperaba, pedí un shot de tequila y una cerveza. Unos minutos más tarde, vi a Carlos entrar por la puerta con una sonrisa. Parecía estar sorprendido al ver que sí lo había esperado. Se sentó a mi lado y pidió un trago de whiskey, y aproveché para también pedirme uno. Entonces Carlos me miró como si entendiera mi dolor, y tras un suspiro, comenzó a hablar.

—Por más que lo intente, jamás podré saber lo que estás sintiendo en este momento. Puedo imaginármelo, sin embargo; estoy consciente de que de ningún modo alcanzaré a sentir lo que sientes, aunque me ponga en tu lugar una y mil veces. Lo que sí sé, es parte de esta historia que tú no conoces. Otros te dirían que no saben por dónde comenzar, pero yo sé exactamente por dónde; debo empezar por el principio, por el día en el que Esmeralda te vio por primera vez. Supe que había quedado flechada desde el primer instante, no me dijo nada, no obstante, la vi mientras te observaba. Conozco a Esmeralda desde pequeña y nunca la había visto mirar a alguien así. La segunda vez que te vio, se puso muy nerviosa. La vi esconderse rápidamente, como si no quisiera que la vieras, pero con muchas ganas de observarte. En vista de que había quedado en evidencia, no tuvo más remedio que preguntarme por ti, quería saber quién eras.

Sé que todo esto ya lo sabes, pero te lo cuento para que entiendas cuán importante has sido para Esmeralda desde el primer día. Ahora entonces voy a contarte sobre su embarazo y lo que sucedió cuando perdiste contacto con ella. Fui la primera persona en saberlo, ella se hallaba desesperada, sin saber qué hacer. Recuerdo esa noche que me llamó llorando. Sabes que en su casa se escucha todo, y más cuando cae la noche, cuando sólo se puede escuchar el grillar de los grillos. Trataba de suprimir el llanto mientras intentaba darme la noticia. Sabía que sus padres estarían decepcionados de ella y eso le dolía, pero no tanto como le dolía el hecho de saber que estabas con alguien más, y no tener idea de cómo reaccionarías ante esa noticia.

La convencí de que viniera a mi casa a pasarse unos días mientras aclaraba la mente. Sabía que no resultaría nada fácil para ella tener que verles la cara a sus padres cada mañana, sabiendo el secreto que llevaba dentro. Esmeralda accedió y se pasó una temporada en mi casa. Una tarde, decidió salir a tomar un poco de aire fresco para organizar sus ideas. Luego de caminar por varios minutos por el parque en el que se sentaron por primera vez, te vio llegar. Según me contó, sintió cómo todo su cuerpo se congeló, pues te vio tomado de las manos con quien era tu actual pareja, y los vio sonreír, con esa felicidad con que pensó que se veían ustedes cuando caminaban juntos.

Esa tarde llegó a la conclusión de que era preferible no dañar tu felicidad. Ella sabía que una noticia como la de un hijo, hubiese puesto tu mundo de cabeza, es por esto por lo que tomó la decisión de ser madre soltera. Poco tiempo después les contó a sus padres, quienes, como era de esperarse, no lo tomaron muy bien que digamos. Con las dificultades que estaba atravesando y buscando un mejor futuro para su hijo, decidió hacerle caso a un hombre que se había pasado toda la vida detrás de ella. Se casó con él y posteriormente se fueron a vivir a los Estados Unidos.

Durante los años que le siguieron, Esmeralda ha vivido un infierno. Pues le ha tocado soportar un

hombre al que no quiere, y él, al darse cuenta de que nunca sería el dueño de su corazón, la ha humillado de todas las formas posibles. Ella decidió aguantar por mucho tiempo, pero sólo lo ha hecho pensando en el niño, y actualmente están en proceso de divorcio. Ya ni siquiera viven juntos.

El niño se parece mucho a ti, ¿sabes? No sólo en lo físico, ya que tiene muchas de tus cualidades; esa manía de no tomarse casi nada en serio, su sentido del humor y un poder de convencimiento increíble, ja, ja, ja. Si lo dejas hablar podría convencerte de hacer cualquier cosa por él. Es un niño muy inteligente.

Entiendo lo chocante que debió ser la noticia para ti. Enterarte que tienes un hijo con Esmeralda después de tanto tiempo, de seguro fue muy duro. Pero si te cuento esto es para que entiendas que ella también la ha pasado muy mal. Sé que quizás su deber fue decirte desde el momento en el que leyó tu carta. Yo mismo le insistía constantemente para que te dijera, sin embargo, sé que no es algo que se puede contar así de fácil, y menos tras haber transcurrido algunos años. —concluyó Carlos, mientras me miraba de soslayo.

Durante todo el tiempo que estuvo hablando, lo escuché atentamente. Hasta el momento no me había puesto en el lugar de Esmeralda, y verdaderamente no debió ser nada fácil para ella tener que cargar con eso sola. Tener que mirarme a la cara y decirme que teníamos un hijo, no era algo que le saldría así por así. Aun así, sentía una ira terrible. Sentía que Esmeralda tuvo muchas oportunidades para contarme la verdad y no lo hizo; pudo haberlo enviado en la caja de verdades, pudo habérmelo dicho en uno de los tantos encuentros que tuvimos mientras estuvo en el país, y por más complicada que hubiese sido la situación, yo tenía derecho a saberlo desde un principio. Miré a Carlos y él sólo miraba fijamente el vaso que sostenía en sus manos. Él sabía cuan turbada podía estar mi mente en ese momento y me estaba dando tiempo para procesar cada cosa que me acababa de decir.

Tenía tantos sentimientos encontrados que no sabía cómo reaccionar. Sentía ira, sentía dolor, sentía tantas cosas que no sabía cuál dominaba a la otra.

—Gracias por haberme contado todo esto, Carlos. Entiendo que no era tu deber darme la noticia y eso lo respeto. De todos modos, me siento un poco molesto contigo, aunque tengo muy claro que no debería estarlo. Pero tú sabes, cuando se trata de lo que sentimos, es algo que no podemos controlar. Los sentimientos son de las pocas cosas que el ser humano aún no ha aprendido a dominar.

Lo miré y le sonreí, luego puse mi mano en su hombro y le dije:

—No hemos tenido la oportunidad de conocernos bien, pero sé que eres una buena persona.

Él me miró, y devolviéndome la sonrisa me respondió:

—No me considero buena persona, pero gracias. Soy de los que considera que sólo somos personas que podemos hacer cosas, tomar buenas o malas decisiones que podrían llevar a cosas buenas o malas. Todo dependerá del momento y de lo que sintamos. A veces nuestras decisiones dañan a otros, no obstante, hacemos lo que hacemos porque es lo que nos hace sentir bien. Quizás soy alguien que ha tomado más buenas decisiones que malas, o quizás solo he tenido la dicha de que mis actos hayan contribuido al bien común.

Lo miré un poco asombrado por la profundidad de las cosas que estaba diciendo. No sabía que era del tipo de persona que pudiera expresarse de ese modo, y tenía mucho sentido todo lo que acababa de decir, pero no era el momento de hablar sobre cosas tan profundas como la bondad y maldad de alguien. Alcé mi vaso y le hice seña al cantinero de que nos sirviera otro trago, luego volteé a mirar a Carlos una vez más y, mientras empujaba un último sorbo por mi garganta, volví a tocarle el hombro y le dije:

—Es muy bonito y profundo todo lo que estás diciendo, pero no creo que un bar sea el lugar adecuado para hablar de esas cosas.

Él me miró y alzando la ceja izquierda me respondió:

—En cualquier lugar se puede hablar de las complejidades y simplezas de la vida. En este caso lo que no es adecuado es el momento, así que hablemos de otras cosas, nada que tenga que ver con pensamientos profundos ni Esmeralda.

Seguimos hablando y tomando hasta que cayó la noche. Al salir del bar, estaba muy ebrio y si algo tenía muy claro era que no quería ir a mi casa. Mientras conducía, la soledad me dio a entender que necesitaba mantener la mente ocupada. Durante todo el rato que estuve con Carlos, no había tenido tiempo de pensar en todas las cosas que me había dicho; Esmeralda, las cosas por las que había pasado, y, sobre todo, el hecho de que tenía un hijo.

A causa de todo lo que estaba pasando por mi mente en ese instante y mi estado de embriaguez, no pasó mucho para entender que necesitaba llamar a Natalia. Tomé el celular y, haciendo un esfuerzo por conducir mientras las luces de la calle me parecían molestas, busqué su número en el registro de llamadas que había realizado. En ese momento vi que habían pasado algunas semanas desde la última vez que la llamé, todo debido al regreso de Esmeralda y lo que eso trajo consigo.

Cuando finalmente encontré su nombre, marqué sin titubear, y desde que la llamada fue contestada dije:

—Hola, Natalia. ¿Puedo ir a tu casa?

Capítulo III

Natalia Suárez era una de esas mujeres a las que llamaba únicamente cuando deseaba tener sexo. Era de piel blanca, tenía un largo pelo negro, y estaba en sus treinta y tantos que nunca me quiso decir, pero parecía una chica de veinte. Aunque desde el principio habíamos acordado que lo nuestro solo sería sexo y nada más, con el tiempo se fue enamorando de mí, y en más de una ocasión, me había planteado la idea de llevar las cosas al siguiente nivel y empezar a tener una relación de noviazgo. A pesar de que Natalia era una mujer muy linda e inteligente, no era el tipo de mujer con la que quería tener algo estable. No es porque haya visto en ella algún defecto, es simplemente que hay personas con las que sabes que las cosas no podrían funcionar. Cada vez que ponía el tema, era muy cuidadoso con lo que respondía para no alimentar mucho sus esperanzas, pero sí lo suficiente como para mantenerla cerca y a mi disposición.

Al llegar a su casa, empecé a besarla sin mediar palabras. Trató de detenerme preguntándome si estaba ebrio, pero tan pronto comencé a besarle el cuello, sus preguntas se convirtieron en gemidos. La pegué contra la pared y le mordisqueé lentamente. Luego la tomé del pelo y lo halé con suavidad hasta que su cara quedó mirando hacia el techo. Le di un beso largo por debajo del mentón y bajé hasta su hombro derecho. Mordí el tiro de su blusa y lo fui bajando hasta su brazo. Ella lo levantó un poco y sin mucho esfuerzo sacó el mismo de la prenda. Apreté su seno con fuerza y me acerqué más para que sintiera la potencia de mi erección. Luego me fui hasta el otro hombro e hice lo mismo con el tiro de su blusa hasta quitarlo también. Solté su pelo para que me mirara fijamente, y al hacerlo, vi ese rostro como me gustaba verlo; con el ceño fruncido y mordiéndose el labio inferior, muriendo de ganas de que le diera más, de que le hiciera más.

Utilizando ambas manos, empecé a bajar la blusa lentamente, y justo antes de que sus pezones quedaran al descubierto, posé mi lengua por el centro de su pecho y la deslicé hacia arriba hasta llegar a su cuello. Posteriormente, bajé hasta su seno izquierdo y metiendo mi lengua entre la blusa y su piel, humedecí su pezón. Sus uñas se clavaron en mi espalda y levantó mi cabeza para besarme. Me besó con unas ganas intensas y me empujó para que fuéramos a la cama, pero yo aun no quería eso. Sostuve sus manos y las puse por encima de su cabeza, mientras la volvía a pegar contra la pared. Luego pasé mi lengua por su oído derecho, y poco tiempo después, solté sus manos y volví a poner las mías sobre su blusa para bajarla hasta su ombligo. Al hacerlo, pude ver que tenía la piel erizada y sus pezones estaban duros. Lamí el izquierdo, luego el derecho. Su cintura se alzó y mi pene quedó justo en su vagina. Me agaché y retiré los pantalones cortos de dormir que traía puestos, después sus bragas y ella misma se terminó de quitar la blusa, quedando completamente desnuda. Me puse de pie y mientras la besaba, introduje mis dedos anular y mayor por su vagina. Entonces me mordió los labios y comenzó a retorcerse de placer.

Quitó el primer botón de mi camisa, luego el segundo y así siguió hasta quitarlos todos. Cambiamos de lugar y ahora era yo quien estaba contra la pared. Bajó mis pantalones, y sin sacarlos de mis piernas empuñó mi pene y comenzó a chupármelo. Cerré los ojos y todo empezó a dar vueltas a mi alrededor, la adrenalina y el calor del momento, no me habían permitido detenerme a asimilar el estado de ebriedad en el que me encontraba.

Mientras Natalia me practicaba sexo oral, mis ganas de tener relaciones con ella, en lugar de aumentar, fueron disminuyendo. Allí, con los ojos cerrados y tratando de disfrutar del placer que

estaba recibiendo en ese momento, Esmeralda vino a mi mente. Empecé a pensar en lo diferente que sería esa escena si fuera ella quien estuviera allí. Buscando la manera de no dejarme agobiar por la imagen de Esmeralda en mi cabeza, detuve a Natalia y le pedí que fuéramos a la cama. Al llegar, esta se acostó boca arriba y abrió las piernas para que pudiera penetrarla. Juro que quise hacerlo, me puse el preservativo y me coloqué en posición, pero al mirarla a la cara buscaba el rostro de Esmeralda.

Empecé a besarla, en un intento de recordar que esta persona también podía excitarme bastante, pero esta persona no besaba como Esmeralda, no olía como ella, en definitiva, no era Esmeralda. Me hice a un lado, me senté en la cama y llevé mis manos hasta mi cara. Natalia pensaba que era producto del alcohol, y me pidió que me recostara mientras ella me buscaba un poco de agua y una pastilla que pudiera hacerme sentir mejor.

Pasaron unos minutos y la vi regresar a mí con un vaso de agua que diluía una pastilla efervescente. Tratando de no mirarla a la cara, concentré mi mirada en el vaso hasta que me lo pasó para que me tomara el agua. Me sentía con tanta vergüenza y frustración que tan pronto acabé, me puse de pie y traté de vestirme, pero Natalia no me dejó. No quería dejarme ir en ese estado y me convenció de que me quedara a dormir.

Antes de acostarme, revisé el celular y tenía varias llamadas perdidas de mi mamá, y un mensaje de Carlos preguntándome si había llegado bien. Con algunos titubeos, envié un mensaje a mi mamá diciéndole que dormiría fuera de la casa esa noche y otro a Carlos diciéndole que estaba bien. Luego me tumbé en la cama y me dormí de inmediato.

Desperté alrededor de las tres de la mañana, un poco desorientado. No me hallaba en mi cama, no estaba en mi casa. Después de unos segundos, miré hacia un lado y vi a Natalia durmiendo profundamente. Entonces recordé todo lo que había pasado esa noche, y si algo tenía claro era que debía irme. Aunque bien podía echarle la culpa al alcohol de lo sucedido, o, mejor dicho, de lo que no sucedió, en realidad no sabía si sería capaz de mirar a Natalia a la cara al día siguiente, y que no notara que mis ojos estarían buscando a otra mujer, que lo único que hubiese querido era despertar junto a Esmeralda.

Tomé mi celular y encendí la linterna para recoger mis cosas. Por suerte, todo estaba doblado y en un solo lugar, Natalia se había tomado la molestia de organizarlas antes de acostarse. La observé durante un rato y me pregunté "¿Por qué no he podido enamorarme de una mujer como ella?" "¿Por qué siempre tiene que ser Esmeralda?". Conocía muy bien la respuesta, sabía muy bien que la química que tenía con Esmeralda no había logrado conseguirla con nadie más. Cuando me disponía a marcharme, vi a Natalia alzar la cabeza y con la voz ronca me preguntó:

—¿Para dónde vas a esta hora?

—No puedo amanecer aquí, tengo que irme. Mañana tengo que entrar muy temprano a trabajar.

—Por favor no te vayas, me comprometo a despertarte temprano y prepararte desayuno, para que antes de irte a trabajar, solo vayas a tu casa a cambiarte.

—No, Natalia. Ya has hecho suficiente por mí por esta noche. ¿Qué tal si mejor vengo mañana después del trabajo? —¡Mentiroso! —gritó una voz dentro de mí. Sabía a la perfección que lo de "entrar muy temprano a trabajar" y lo de "ir después del trabajo" no eran más que puras

mentiras.

—No he hecho nada, tú me necesitabas y yo siempre estoy aquí para lo que necesites, tú lo sabes. Quédate por favor, es muy tarde.

—No te preocupes, estaré bien.

Me acerqué y le di un beso, luego le pedí que no olvidara cerrar la puerta, y me marché.

Capítulo IV

El resto de la semana me la pasé muy distraído y con poco apetito. No conseguía dejar de pensar en mi hijo, y para qué negarlo, Esmeralda no salía de mi mente. En lo único que pensaba era en lo bien que estaba con ella hacía tan solo unos días atrás. Después de haber transcurrido tanto tiempo aún la seguía queriendo, y a su lado me sentía increíble. Durante esos días pensé que las cosas sí podían funcionar entre nosotros. A pesar de que en todo momento tuve presente el hecho de que estaba casada, siempre creí que era algo que se podía solucionar si de verdad queríamos estar juntos. Sentía tanta rabia por dentro, y unas ganas inmensas de odiar a Esmeralda, pero mi corazón no me lo permitía. Lo cierto es que la amaba, la amaba más de lo que me había podido imaginar. Mientras una parte de mí no quería volverla a ver, otra deseaba con ansias nunca haberla dejado sola en esa playa.

Mientras mi corazón y la razón se ponían de acuerdo, había algo que sí tenía muy claro: necesitaba conocer a mi hijo. El viernes temprano, llamé a Carlos para saber si nos podíamos ver esa noche.

—¡Hola, Yadiel! ¿Cómo estás?

—Todo bien, Carlos. Y tú, ¿qué tal?

—Muy bien, también. Cuéntame, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quería saber si tienes algo que hacer esta noche, me gustaría hablar contigo sobre algo.

—Más bien, ¿no será sobre alguien? —me dijo, mientras dejaba escapar una sonrisa.

—Sí, sobre alguien. Pero no sobre quien estás pensando. No me interesa saber nada sobre esa persona. —le dije, con la voz dura—Quiero que hablemos de… —hice una pequeña pausa, aún no me acostumbraba a decir en voz alta que tenía un hijo—quiero que hablemos de mi hijo. —dije, finalmente.

—Sí, me refería a él. —dijo con voz burlona —Pero sabes que, para hablar de él, tenemos que hablar de ella.

—Sí, lamentablemente. —dije crudamente.

—Bueno, esta noche voy a salir con mi novia y algunas de sus amigas, ¿qué tal si nos acompañas y vemos como sacamos un momento para que hablemos de lo que quieres hablar?

—No, no creo que sea necesario, lo que tenemos que hablar puede esperar. No quisiera dañar tu noche con preguntas y mi amargura.

—Aunque no vayamos a hablar esta noche, sería bueno que nos acompañaras, así despejas un poco la mente, anímate. Además, necesito a alguien que me ayude a bailar a las chicas, yo solo contra todas ellas terminaré agotado.

Vacilé durante un momento, hasta que finalmente acepté. En realidad, me haría bien salir y conocer nuevas personas.

Para cuando llegué al lugar, Carlos, Jazmín (su novia) y otras dos chicas ya estaban allí.

—Buenas noches, Yadiel. Ya tú conoces a Jazmín —me dijo, mientras ponía una de sus manos en mi hombro y extendía la otra hacia donde estaban las chicas—, ella es Paola y ella es Cynthia.

—¡Hola! —respondieron, mientras alzaban las manos para saludarme.

La noche transcurría de manera muy agradable. Aunque en un principio no quería consumir mucho alcohol, algunas canciones me trajeron recuerdos que me hicieron beber tragos muy largos. Cuando finalmente me animé a pisar la pista de baile, invité a Cynthia a bailar un merengue, pero fue con Paola con quien, bailando la próxima canción, sentí algo de química.

Cuando regresaba con Cynthia de la pista de baile, pusieron una bachata que me encantaba. La llevé a su asiento y extendí el brazo para pedirle a Paola que bailara conmigo. Esta aceptó, pero se apresuró a decir “yo no sé bailar mucho”. Paola era una chica muy linda, de piel canela y baja estatura, ojos grandes y labios carnosos, una gordita con un cuerpo muy hermoso.

Desde que empezamos a bailar, supe que a partir de ese instante las cosas se pondrían interesantes. Puse mi mano derecha sobre su cintura y la miré a los ojos, ella sonrió y me siguió el ritmo como si hubiésemos bailado cientos de veces. Empecé a pegarme cada vez más y, en un momento determinado, pegamos nuestras frentes mientras nos mirábamos y disfrutábamos cada paso coordinado que dábamos. A medida que la canción avanzaba, me iba acercando cada vez más hasta quedar bailando pegadito. Fue entonces cuando me acerqué a su oído y le dije:

—Y eso que no sabes bailar.

—No te burles, por favor.

—No me estoy burlando, bailas muy bien.

—Lo que ocurre es que sabes muy bien cómo guiar a una mujer mientras bailas.

—Puede ser que sí, pero eso no sirve de nada cuando bailas con alguien que no sabe.

En ese momento me quité de su hombro y la miré de frente, lo que me permitió apreciar una sonrisa. Bailamos dos bachatas más, una detrás de la otra, y el resto de la noche nos la pasamos hablando y conociéndonos. Cuando cerraron la disco, todos nos dirigimos a un lugar cercano a comer algo, y al llegar la hora de irnos, me ofrecí a llevarla, pero estaba un poco indecisa porque no quería dejar que su amiga se fuera sola con Carlos y Jazmín.

—Podría hablar con Carlos para llevarlas a las dos, ¿qué opinas?

—Mmm, está bien. —me respondió, aun un poco dudosa.

Traté de hablar con Carlos, pero no hizo falta decirle mucho, éste me había observado durante toda la noche y ya sabía que Paola y yo nos traíamos algo. Tal como acordamos, me encargué de llevarlas a las dos y como era de esperarse, pedí instrucciones para llevar a Cynthia primero. Tras dejarla en su casa, conduje por unos minutos con dirección al sector por donde Paola me había dicho que vivía, y al llegar a un lugar en donde me podía sentir un poco seguro, detuve el carro, la miré a los ojos y le pregunté:

—¿Para dónde vamos?

—Para mi casa, ya a esta hora no hay ningún otro lugar al que podamos ir. —me dijo, sin quitar

la mirada de la calle iluminada a medias por las escasas luces funcionales que había.

Puse mi mano derecha en su barbilla, y mientras me inclinaba hacia ella, hice que volteara a mirarme y la besé. Fue un beso ardiente, lleno de pasión. Puse mi mano sobre su cadera y me dejó, luego la subí hasta sus senos y los apreté con fuerza y también me dejó. Dejé de besarla y mientras nuestras narices aun hacían contacto, la miré a los ojos y le dije:

—Ya sé para donde vamos.

Ella guardó silencio, se acomodó el vestido, sacó una goma de mascar de la cartera y tomó su celular para entretenerse mientras yo conducía. Fui directamente a un hotel. Entendí que, por mi mirada, dedujo de inmediato a lo que me refería cuando dije que ya sabía para donde iríamos, y su silencio fue el sello de aprobación para lo que tenía en mente.

Al llegar al hotel, fue directamente al baño. Yo, por mi parte, me encargué de poner algo de música, luego me quité los zapatos y me senté en la cama. Paola, cuando salió del baño, puso su cartera sobre la mesa que había al lado de la cama y se sentó a mi lado con un poco de timidez.

—¿Te sientes bien? ¿No te habrás pasado de alcohol? —Le pregunté.

—No, no tomé mucho. Esta noche salí más por bailar que por tomar.

—Lástima que no encontraras a un buen bailarín como tú.

—No, no lo encontré. Por suerte me tocó uno mejor que yo. —me dijo, mientras dejaba escapar una sonrisa escurridiza.

Recogí su cabello y la besé en el cuello. Sentí cómo su cuerpo se estremeció al sentir mi lengua haciendo contacto con su piel. Coloqué mi mano un poco más arriba de sus rodillas y la fui deslizando hasta tocar el borde de su vestido. Ella, se tumbó en la cama y empecé a besarla lentamente, como si contáramos con todo el tiempo del mundo y tratáramos de “tomar las cosas con calma”. Me balanceé sobre ella y comencé a mover mi cintura como un stripper en su debut. Sentía mi pene rozar su vagina y subir hasta la zona de su ombligo. Sus manos se deslizaban por mi espalda y sus piernas se entrelazaban por encima de mí. Mordí su labio superior y puse mi mano en su cuello, ella levantó la cabeza, tratando de huir de mis dientes y queriendo volver a sentir mi lengua en su boca. Yo, en lugar de complacerla, me deslicé hacia su hombro izquierdo y comencé a besarla con delicadeza. Cuando estuve nuevamente en su cuello, escuché el primer gemido de la noche, este fue sutil y tuve la sensación de que lo estuvo conteniendo durante mucho tiempo.

En ese momento, hice que cambiáramos de lugar, de modo que ella quedara sobre mí y yo tumbado en la cama. Paola se subió un poco el vestido para poder abrir las piernas con libertad y se sentó encima de mí. Yo deslicé mis manos desde la espalda baja hasta su cuello y desaté el nudo que sostenía su vestido. Luego lo fui bajando lentamente hasta que sus pechos quedaron al descubierto. Traía puesto un sostén con el broche ubicado en la parte de adelante. Pero antes de proceder a quitarlo, quise jugar un poco más.

Coloqué mis manos sobre su cintura y le besé el cuello, ella se retorció un poco, provocando que nuestras partes íntimas se separaran por un momento. Cuando volvió a caer sobre mi pene, sentí que ya no quería seguir jugando, era tiempo de tenerla completamente desnuda. Agarré sus

nalgas con fuerza y le planté un beso apasionado, después busqué con mis manos el broche de su sostén y lo quité. Con mis dedos índice y pulgar, apreté su pezón izquierdo, mientras que con mi boca arropé el derecho. Un gemido salió de repente, seguido por un gran suspiro. La cargué un poco y la recosté sobre la cama, luego me puse de pie y empecé a quitarle el vestido por completo. En este punto solo le quedaban las bragas y yo aún conservaba toda mi ropa.

Con un poco de desesperación, me quité el t-shirt, y luego empecé a remover mi cinturón. Bajé mis pantalones y cuando ya ambos solo teníamos una pieza de ropa encima, ella tiró de mí y volvimos a besarnos. Mi pene entre mis calzoncillos buscaba la manera de romperlos para abrirse paso y penetrar esa vagina llena de humedad que podía sentir entre sus bragas.

Me deslicé hasta su oído, y luego volví a besarla en el cuello. Fue cuando la escuché susurrar:

—¡Hazlo! ¡Hazlo ya, por favor!

Me puse de pie casi de inmediato y fui por un preservativo. Me bajé los calzoncillos y me lo puse con rapidez. Para cuando me acerqué nuevamente, ella también se había quitado los pantis y estaba acostada boca arriba, con las piernas abiertas, esperando por mí.

Me recosté sobre ella y le di un beso, luego sostuve mi pene para empezar a penetrarla, sin embargo... justo en ese instante, algo pasó. Mi pene ya no estaba tan firme como hacía tan solo un momento, había perdido la erección casi por completo. Volví a besarla tratando de volver a excitarme, pero no funcionó. Lamí sus pechos, besé su cuello y apreté sus nalgas con fuerza, pero nada de eso sirvió. Mi mente se empezó a turbar, era la segunda vez que me sucedía algo así, primero con Natalia y ahora con Paola. Ella se dio cuenta de lo que estaba pasando y trató de animarme para que no me sintiera mal. Me decía que quizás era por el alcohol, que tal vez había tomado demasiado. Me pedía que tratara de relajarme, que no había prisa. Pero yo sabía, sabía que algo más me estaba pasando; era Esmeralda. Ya no quería estar con nadie más que no fuera ella. Aunque Paola me había excitado bastante, no había dejado de pensar en Esmeralda en ningún momento. Solo pensaba y comparaba cada cosa mientras me preguntaba qué hubiese sido diferente de haber sido Esmeralda aquella chica.

Al cabo de un rato volvimos a intentarlo, pero fue inútil. Ya en mi mente estaba el fracaso del primer intento, y por más que trataba de relajarme y no pensar más en eso, era como un bucle que no paraba de dar vueltas en mi cabeza. Lleno de vergüenza, tuve que darme por vencido y echarle la culpa al alcohol una vez más. Fui a llevar a Paola y quedamos en volver a vernos pronto, pero la verdad no sabía si sería capaz de volver a mirarla a la cara. Mientras una parte de mí quería otra oportunidad para limpiar mi nombre y borrar aquella escena vergonzosa, otra parte de mí sabía que un reintento podría ser un gran error. Mi problema no era el alcohol, mi problema era Esmeralda, y mientras ella estuviera en mi cabeza, eso podía volver a repetirse.

Llegué a casa y me acosté, pero no podía dormir. Solo pensaba en Esmeralda, en su piel, su sonrisa, su cuerpo, todas aquellas cosas que me hacían querer estar a su lado. Qué traidor y masoquista es el corazón, no sé cómo puede seguir queriendo con la misma intensidad a aquella persona que le hizo tanto daño.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que pudiera quedarme dormido, lo que sí sé es que, antes de hacerlo, no pude evitar que una o dos lágrimas mojaran mi almohada.

Capítulo V

Al día siguiente, no podía dejar de pensar en la vergüenza que pasé la noche anterior. Aunque había podido escudarme en el alcohol, fue una experiencia que no le deseo a ningún hombre, pues sientes que pierdes parte de tu hombría.

En horas de la tarde, recibí una llamada de Carlos.

—¡Buenas tardes, Yadiel! ¿Cómo estás?

—¡Buenas tardes, Carlos! Todo bien, ¿y tú? —le respondí, sintiendo un poquito de vergüenza, como si él ya supiera toda la verdad de lo que me pasó con Paola la noche anterior.

—Que bueno. Yo también estoy muy bien. Me habías dicho que querías hablar conmigo, y ya que anoche no se pudo, ¿qué te parece si nos juntamos hoy para que hablemos?

Dudé por un momento, aunque era algo estúpido, sentía que existía la posibilidad de que Paola se lo contara a Jazmín y que ella se lo comentara a él. Tener que verle a la cara era algo que no sabía si podía hacer. Pero, de verdad necesitaba hablar con él, era el único mediador entre Esmeralda y yo, así que después de pensarlo por unos segundos, decidí aceptar y acordamos juntarnos esa misma noche.

Nos juntamos en el malecón, compramos un par de cervezas y después de hablar un rato sobre cosas triviales, empezamos a hablar sobre Esmeralda y mi hijo.

—Bueno, de lo que necesito hablar contigo es sobre Esmeralda y Yasmérlin. Te confieso que me sigo sintiendo molesto con Esmeralda por haberme ocultado la verdad durante tanto tiempo, pero, aun así, entiendo sus razones. Quisiera que me ayudaras a volver a tener comunicación con ella, quiero tener la oportunidad de conocer a mi hijo.

—¿Estás seguro de que solo quieres eso?

—Por el momento sí. Lo de Esmeralda y yo nunca ha podido ser y no creo que eso cambie, por lo menos no en un futuro cercano.

—No tienes que ser completamente honesto conmigo, pero deberías serlo contigo mismo. Puedo ver cómo tu mirada se pierde cada vez que mencionas su nombre. A pesar de todo lo que ha sucedido, sé que aún la sigues queriendo. Por más que trates de odiarla y de apartarla de tu mente, ella no se borrará de tu corazón, así como así. Puedo ayudarte, puedo hacer que vuelvan a tener comunicación, y quizás logre hacer que se den otra oportunidad. Pero antes, tienes que saber lo que quieres. Ya ustedes son adultos, y más importante aún: tienen un hijo. Ya no están para duelos de orgullo. Creo sinceramente que deberían darse otra oportunidad, pero esta vez tiene que ser la definitiva. Deben dejar atrás ese pasado amargo que tanto los ha marcado, y enfocarse en las cosas hermosas que los une, como Yasmérlin. Que sus corazones, aunque heridos, encuentren en su amor una razón para sanar y construir un futuro juntos.

—Es que no es cuestión de orgullo, es simplemente que, cada vez que las cosas aparentemente están bien entre nosotros, pasa algo que lo arruina todo.

—Eso es normal. Siempre van a suceder cosas, a todas las parejas les pasa. Como te dije

anteriormente, el punto está en saber lo que quieren. Si desean estar juntos, deben luchar por eso con todo su corazón, con la pasión y la tenacidad de quienes han conocido el amor verdadero. No eres perfecto, ni ella tampoco, eso es algo que necesitan tener presente. Cometerás muchos errores, ella también lo hará, pero no pueden distanciarse cada vez que algo así suceda. Los errores no son más que maestros disfrazados, maestros que nos ayudan a aprender y a crecer como personas. En lugar de alejarse, hagan que los tropiezos los acerquen más, que cada falla sea una oportunidad para fortalecer su vínculo, para entenderse mejor y para amarse con mayor profundidad.

—Quizás tengas razón, pero por el momento no sé si quisiera volver a intentarlo con Esmeralda. Sólo quiero conocer a mi hijo y ver si de alguna manera puedo recuperar el tiempo perdido.

—Si ese es el caso, entonces no puedo ayudarte. No puedes acercarte a Yasmérlin sin acercarte a Esmeralda, y no puedo seguir viéndolos hacerse daño. Date tiempo para sanar, para saber exactamente lo que quieres, y cuando lo hagas, prometo hacer todo lo posible para que puedas tener contacto con tu hijo.

—No puedes hacer eso, Carlos. No puedes negarme el derecho de conocer a mi hijo.

—Te equivocas. En realidad, lo que no debería hacer es meterme en un asunto tan delicado. No es mi papel mediar entre ustedes, es una situación que debería resolverse entre Esmeralda y tú. Sin embargo, estoy dispuesto a interceder, aunque eso me cueste lacerar el lazo que existe entre Esmeralda y yo. Pero como te dije, solo haré eso cuando sepa que les estoy haciendo un bien. Tratar de mediar entre ustedes dos en estos momentos, solo podría ocasionar que de verdad lleguen a odiarse.

Me quedé reflexionando por unos segundos, aunque no quería aceptarlo, lo que Carlos me estaba diciendo tenía mucho sentido. Con todo lo que sentía en ese momento, no haría más que discutir sin parar con Esmeralda.

—Tienes toda la razón, creo que necesito un tiempo para asimilar todo esto y que mis sentimientos tomen su lugar. —le dije, mirando fijamente hacia el suelo.

Desde ese día, Carlos y yo nos fuimos volviendo muy buenos amigos. Salíamos juntos casi todos los fines de semana, y de verdad, por irónico que suene, tenerlo cerca me ayudó mucho para no pensar tanto en Esmeralda. Carlos siempre sabía qué decir y cómo animarme cuando me veía un poco decaído. Así pasó el tiempo, hasta que llegó navidad. Tenía tantos lugares adónde ir y tantas personas con quien estar, pero prefería estar solo en mi habitación, así la pasé el 24 de diciembre después de la cena de nochebuena y el 25 durante todo el día.

El 31 de diciembre, pretendía hacer lo mismo, pero Carlos pasó por mí e insistió para que saliera con él, Jazmín y Paola. A Paola no la había vuelto a ver desde la noche aquella, sí habíamos hablado un par de veces, pero siempre cambiaba el tema cuando notaba que quería llegar al punto de que nos volviéramos a ver.

Esa noche tomamos y bailamos como locos. De verdad la estábamos pasando muy bien, hasta que empezó la cuenta regresiva para el nuevo año. En ese momento, una gran tristeza embargó mi corazón y un solo pensamiento se adueñó de mi mente. Deseaba que Esmeralda y mi hijo estuvieran conmigo. Quería darle un fuerte abrazo a Esmeralda justo cuando el reloj marcara las

doce, quería cargar a mi hijo y darle un beso deseándole un feliz y próspero año nuevo.

Cuando tan solo faltaban unos segundos para el nuevo año, me alejé silenciosamente de todos. Fui directamente hasta mi carro y mientras caminaba sentí la bulla que daba inicio a un nuevo comienzo. A un nuevo año cargado de cosas que nadie podía predecir, buenas y malas.

Entré al carro, recliné el asiento y me recosté con los ojos cerrados. Luego empecé a imaginarme una vida con Esmeralda, los dos viviendo bajo el mismo techo y a Yasmérlin pidiéndome ayuda con alguna tarea de la escuela. Eso era lo que quería, ya lo tenía bastante claro. Mientras me perdía en mis pensamientos, alguien tocó el cristal. Al abrir los ojos, pude ver que era Carlos quien se encontraba junto a la puerta. Me bajé del auto, y antes de que pudiera decir algo me dio un abrazo y me deseó un feliz año nuevo. Le respondí de la misma manera y tras separarnos le dije:

—Quiero estar con Esmeralda.

—¿Cómo? —me preguntó, un poco sorprendido.

—Ya sé lo que quiero, quiero estar con Esmeralda.

—Esmeralda está muy lejos, Yadiel. Aquí afuera aislado no la vas a encontrar. Vayamos adentro, sigamos celebrando.

—No me estás entendiendo, Carlos. No me refiero a que quiero estar con Esmeralda en este instante. Quiero estar con Esmeralda para toda la vida, quiero despertarme y tenerla a mi lado, quiero levantarme y poder ir a ver mi hijo mientras duerme.

—¿Estás seguro de eso?

—Nunca había estado tan seguro de algo en toda mi vida.

—¡Muy bien! En ese caso, tal como te prometí, me encargaré de hacer que ustedes vuelvan a hablar, te doy mi palabra. Ahora vayamos adentro y empecemos este año con felicidad. Tengo la sensación de que el 2021 será un buen año para todos.

A partir de ese momento, me sentía renovado, por primera vez en mucho tiempo, sabía exactamente lo que quería. Entramos al bar y el resto de la noche la pasamos super bien.

Habían pasado tres meses desde la última vez que vi a Esmeralda, y Carlos, tal como lo había prometido, estaba haciendo todo lo posible por restaurar la conversación entre nosotros, pero Esmeralda no quería saber de mí. Decía que las cosas estaban mejor así, cada uno por su lado. Carlos hizo lo mejor que pudo, sin embargo, Esmeralda no quiso ceder bajo ninguna condición.

Es por esto por lo que hoy, después de varias semanas de intentarlo sin tener éxito, he decidido rendirme y renunciar a la idea de que Esmeralda y yo volvamos a ser un nosotros algún día. Ella sí aceptó darme la oportunidad de conocer a mi hijo una vez regresara al país, pero solo en presencia de Carlos, pues ella no quería volver a verme.

Mañana iré a la playa con Carlos y unos amigos, y para rendir honor a cómo comenzó esta historia, colocaré esta carta junto con la de Esmeralda en una botella y la lanzaré al mar. De ese modo, podré cerrar de manera definitiva esta novela sin final feliz.

Cordialmente se despide de ti, quien sea que esté leyendo esto,

Yadiel Castro.

Capítulo VI

Hola, a partir de este momento, yo, Esmeralda Ureña, narraré esta historia. Sé que debes estar un poco confundido, o confundida, pero si llegaste hasta aquí, quien quiera que seas, es porque ya conoces nuestra historia: la historia de Yadiel Castro y Esmeralda Ureña. Te debes estar preguntando por qué de repente todo esto da un giro tan inesperado, pero te pido paciencia, te aseguro que al final de mi narrativa vas a entender a la perfección por qué a partir de aquí soy yo quien lo cuenta todo. Partiré de aquella tarde en la que tuve que revelarle toda la verdad a Yadiel.

Tras quedarme sola a la orilla del mar, me prometí a mí misma no volver a darle cabida a mis sentimientos por Yadiel. Sabía que debía estar molesto por enterarse de esa forma de que teníamos un hijo, no obstante, nunca pensé que reaccionara de esa manera. Una vez más estaba convencida de que nuestros caminos estaban destinados a cruzarse de vez en cuando, pero una relación que perdurara a través del tiempo era imposible. Esa tarde decidí dejar en aquella playa cualquier ilusión de que Yadiel y yo podíamos, en algún momento, ser algo más de lo que hasta entonces habíamos sido.

Sequé mis lágrimas y me puse de pie. Luego caminé hacia el mar y cuando el agua me daba hasta las rodillas, cerré los ojos un momento para revivir cada uno de aquellos momentos que habíamos vivido juntos en esos días. Todos pasaron de manera rápida por mi mente. Desde aquel beso la noche que fuimos al lugar de los postres, hasta todo lo que había pasado hacía tan solo unas horas, y de ese modo, quise dejar allí todos esos recuerdos, para pasar a una etapa en la que trataría de pensar en otra cosa cada vez que una de esas experiencias quisiera volver a mí.

Me di la vuelta y salí del mar. Mientras caminaba hacia la habitación, pensé en llamar a Carlos para que me fuera a buscar, pero después calculé que le tomaría tiempo llegar, y la verdad, quería estar con mi hijo cuanto antes. Recogí mis cosas rápidamente, luego fui a la recepción y solicité que me pidieran un taxi. Tras recibir confirmación, llamé a Carlos y le pedí que me esperara listo, de modo que, al llegar a Santo Domingo, pudiera ir conmigo a Puerto Plata para estar con Yasmérlin.

Durante todo el camino a Santo Domingo y luego a Puerto Plata, me la pasé pensando en lo que conllevaba el hecho de que ahora Yadiel supiera que teníamos un hijo. Aunque debía renunciar a él como hombre, no podía quitarle el derecho a mi hijo de que conociera a su verdadero padre, y eso era algo que necesitaba analizar detenidamente. Finalmente, llegué a la conclusión de permitirle conocer a Yasmérlin, pero solo cuando regresara al país y dejaría eso en manos de Carlos, siempre y cuando Yadiel tuviera el interés de establecer una relación con él.

Llegamos a la clínica y gracias a Dios todo salió bien con la cirugía. Yasmérlin era un niño muy fuerte y se comportó como todo un hombre. Debido a la operación, supe de inmediato que tendría que postergar el viaje hasta que los doctores pudieran asegurarme de que el niño estaba listo para viajar, y así lo hice.

Pasados unos días, pudimos viajar y regresar a nuestras vidas. Y así fue, como dejando todo atrás, regresé a mi vida, a las cosas que estaba viviendo antes de regresar a Santo Domingo. Me enfoqué en que todo siguiera su curso como antes de encontrar esa carta, cuando ya no pensaba en Yadiel, cuando creía que lo que en algún momento sentí por él, había muerto.

Pasaron unos meses y como era de esperarse, Yadiel empezó a mostrar interés en conocer a Yasmérlin, pero como lo tenía bloqueado por todos lados y no contestaba sus llamadas, trató de comunicarse conmigo por vía de Carlos, cosa que imaginé que haría. Es por esto que, tal y como había decidido, me mostré dispuesta a dejar que conociera a Yasmérlin, pero solo cuando yo regresara a Santo Domingo, lo cual en realidad no sabía cuándo sería. Sin embargo, todo cambió cuando recibí la noticia más triste de toda mi existencia, una noticia que cambió mi vida por completo, una noticia que marcó un antes y un después.

Capítulo VII

Era un viernes por la tarde. Fui por Yasmérlin a la escuela y después fuimos por un helado a un centro comercial que quedaba cerca. Al llegar a casa, me quité los zapatos, me recogí el pelo y me senté a mirar la TV mientras me tomaba una copa de vino. Había sido un día normal, con nada extraordinario de por medio. Yasmérlin, tan pronto llegó se fue a dormir y yo ya estaba acostumbrada a estar sola. A veces me sentaba a ver TV, y otras veces me ponía a cocinar algo que veía por internet, era casi siempre la misma rutina.

De repente, mi teléfono empezó a sonar. Era mi hermano.

—Hola, Santiago. ¿Qué tal?

—Bien. —me dijo, secamente.

No sé por qué, pero ya sabía que algo andaba mal.

—Y tú, ¿Cómo estás? —agregó, con el mismo tono de voz.

—Todo bien, ¿qué pasó? —pregunté, un poco nerviosa.

—¿Cómo sabes que pasó algo?

—Porque se nota en tu voz, ya dime por favor, ¿qué sucedió?

—En verdad no sé cómo decirte. —me dijo, mientras su voz se apagaba.

—¿Le pasó algo a mami? —pregunté desesperada.

—No, mami y papi están bien. —se apresuró a decir.

—¿Entonces qué pasa? ¡Dime ya por favor! —le dije, alzando un poco la voz.

—Se trata de Carlos. Tuvo un accidente esta tarde y… —se detuvo por un momento—Carlos falleció, Esmeralda.

Me quedé en silencio. De repente, todo se volvió oscuro a mi alrededor y la voz de mi hermano hizo eco en mi mente. El celular se me resbaló de las manos y cayó secamente contra el piso. Me puse de pie y llevé mi mano derecha a mi cabeza, no podía creer lo que acababa de escuchar. Volví a tomar el teléfono y vi que Santiago aún seguía en la línea, lo llevé a mi oído y en un estado de shock, le pregunté:

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Trata de calmarte, esto es algo muy duro para todos nosotros, pero tienes que tratar de mantener la compostura.

—Pero es que lo que me estás diciendo no tiene sentido. Carlos y yo estábamos hablando hace unas horas, él tiene que estar bien.

—Yo también hablé con él ayer, pero lamentablemente ya no está con nosotros. Carlos murió, Esmeralda, Carlos murió.

—No, no, no puede ser —dije entre llantos— Carlos no puede estar muerto, dime que no es cierto por favor.

En ese momento me derrumbé y caí sentada en el piso. No podía creer ni aceptar lo que acababa de escuchar, y es que, no podía ser posible que una persona con la que estaba hablando hacía tan solo unas horas, ya no estaba con nosotros. No podía creer que jamás volvería a escuchar su voz ni a recibir sus consejos. Me negaba a aceptar que ya no le volvería a ver nunca más.

Yasmérlin me escuchó llorar y salió de su habitación, corrió hacia mí y dándome un abrazo me preguntó:

—Mami, ¿qué te pasa?

Traté de ser fuerte por él, pero en realidad lo que sentía en ese instante era tan duro, que no pude contener mis lágrimas y solo pude pedirle que me abrazara con más fuerza. Era lo único que tenía, él era el único que estaba conmigo en ese momento. Luego de unos minutos, hice un esfuerzo para recobrar la compostura y le pedí que fuera a bañarse y a recoger sus cosas porque nos íbamos a Santo Domingo. Él parecía no entender el porqué de ese viaje tan repentino, pero sin hacer preguntas me hizo caso y se fue de inmediato a su habitación.

Llamé a la agencia de viajes y reservé el vuelo que pudiera abordar más rápido. Recogí algunas cosas y, tras haber preparado el equipaje de Yasmérlin y revisado que no me faltara nada, partí hacia el aeropuerto.

Aún montada en el avión, no podía creer que Carlos estaba muerto. Entré a su chat y vi la última conversación que tuvimos cuando le decía que pasaría por Yasmérlin a la escuela y que luego iríamos por un helado. Carlos siempre estaba pendiente de mí y lo último que me dijo fue que me cuidara mucho. Tenía tantas ganas de ver que respondiera mi último mensaje diciéndole que lo haría, y lamenté tanto no haberle pedido que también se cuidara. Sentía que quizás me hubiese hecho caso y se habría cuidado un poquito más, pensé que tal vez esas palabras podrían haberlo librado de aquel trágico accidente que le quitó la vida.

Capítulo VIII

Cuando llegué a la casa de mis tíos, le pedí a mi hermano que me esperara afuera para que se hiciera cargo de Yasmérlin. Le entregué mis cosas y entré con ganas de dar la vuelta e irme lejos, lejos de los llantos que escuchaba, lejos de los ojos llorosos que me miraban al acercarme al ataúd que descansaba en el centro de la sala de estar.

Pude ver a Yadiel parado en una esquina, sus ojos estaban rojos y su cara mostraba huellas de las lágrimas que evidentemente había dejado escapar. Cuando estaba a punto de ver el rostro de la persona que se encontraba dentro del ataúd, me detuve y di tres pasos hacia atrás. De verdad no sabía si sería capaz de verlo. Sentí una mano apoyarse sobre mi hombro, y al voltear la mirada vi que era mi padre. Di media vuelta y me recosté en su pecho, en donde empecé a llorar intensamente. A lo lejos, escuchaba la voz de mi tía, la madre de Carlos, quien al igual que yo, aún no podía creer que su hijo ya no estaba con vida. Esta le hablaba y le suplicaba que se parara de ahí, que volviera a hablarle, que regresara a su lado porque era su único hijo, todo lo que tenía. Mi mamá también lloraba desde un rincón, algunas de mis primas, la novia y algunas amigas de Carlos, eran las voces que podía identificar mientras empapaba la camisa de mi papá con cientos de lágrimas.

Después de unos minutos, me acerqué un poco más con mi padre a mi lado y era como si estuviera dormido, hasta podría decir que tenía algo de esa sonrisa que siempre llevaba con él. En ese momento me desplomé, pero mi papá me sostuvo. Un grito muy fuerte salió de mí y conmigo todas las personas que mencioné anteriormente también intensificaron su llanto. Mi Carlos, aquel que era como un hermano para mí, estaba ahí acostado sin vida, me negaba rotundamente a aceptar que esa era la realidad. Tenía que ser un sueño, Carlos no podía estar muerto.

Hicieron que me sentara, y después de unos minutos, vi a Yadiel aproximarse con timidez. Pude notar la inseguridad que sentía sobre si acercarse o no, sin embargo, cuando lo observé detenidamente, vi que también estaba sintiendo mucho dolor. No sabía que tan cercanos se habían vuelto, pero aparentemente habían logrado establecer una muy buena amistad. Lo miré a los ojos como para darle mi aprobación de acercarse, él lo entendió y lo hizo, luego me dio un fuerte abrazo y se quedó a mi lado. Me recosté sobre él y los dos lloramos por un rato.

El entierro fue al día siguiente. Mi padre y mi hermano Santiago estuvieron conmigo todo el tiempo, ver a Carlos ser sepultado fue uno de los momentos más duros de mi vida. Mi madre decidió quedarse en casa de Carlos por unos días para ayudar a mi tía durante los días tan difíciles que le esperaban tratando de asimilar su muerte. Yo por mi parte también decidí quedarme para colaborar en lo que fuera necesario, ya que Carlos solía ser quien se encargaba de transportar a todo el mundo al momento de hacer cualquier diligencia. Fueron días muy duros, en la casa se sentía un gran vacío y todo tema de conversación culminaba con algún recuerdo de Carlos. Una noche, empecé a sentirme muy mal. Era uno de esos días en los que esa persona te hace más falta que nunca, cuando sientes que necesitas hablar con alguien sobre lo que estás sintiendo, y resulta que, con la persona que solías hablar de eso, es la misma persona por la que te sientes así. En este punto, había solo alguien que podía comprenderme, había solo una persona con la cual podía hablar y llorar en su pecho, esa persona era Yadiel. No quería buscarle, sabía

que con el mínimo acercamiento las cosas se pondrían extrañas entre nosotros, pero realmente estaba muy mal. Me sentía tan sola, tan llena de tristeza que no quería estar un minuto más en esas cuatro paredes en donde tantas veces Carlos y yo habíamos reído juntos. Cuando no lo pude soportar más, llamé a Yadiel.

—¡Hola! —contestó Yadiel, muy rápido.

—Sácame de aquí por favor, no quiero estar aquí. —le dije entre sollozos.

—Tranquilízate. Supongo que estás en casa de tus tíos. Podría pasar por ti en unos 20 minutos, ¿está bien?

—Sí, está bien. Date prisa por favor. —le dije, con un nudo en la garganta.

Eran alrededor de las 8:30 de la noche, y utilicé el tiempo que tardó Yadiel en llegar para ponerme algo decente y tratar de calmarme. Cuando escuché el carro tocar bocina, me acerqué a mi madre y le dije que saldría un rato, que Yasmérlin estaba durmiendo y que estuviera pendiente por si despertaba. Mi mamá al parecer ya sabía quién me fue a buscar y solo me pidió que me cuidara y que tratara de no regresar muy tarde.

—Gracias por venir. —le dije, al abordar el vehículo.

—No hay de que. Me imagino que todo esto debe ser muy difícil para ti. Tenías toda tu vida conociendo a Carlos y soy testigo de todo el cariño que se tenían. Yo sólo duré unos meses compartiendo con él y siento que una parte de mí se fue con él.

—No tienes idea. Todavía me cuesta aceptar que ya no está. A veces miro nuestra última conversación y siento ganas de escribirle, pero algo me detiene, porque sé que será más doloroso esperar una respuesta que nunca recibiré. Pero ya, no quiero que hablemos de él, eso sólo hace que me ponga más triste. Quiero despejar la mente, hacer algo que me haga olvidar todo por un momento, y que al finalizar esté tan cansada que sólo quiera dormir. Así no me paso la noche pensando.

Hice una pausa para analizar lo que acababa de decir, y antes de que Yadiel pudiera responder le dije:

—No quiero hacer lo que estás pensando, no te equivoques.

—Pero si no he dicho nada. —me dijo, dejando entrever una ligera sonrisa.

—No hace falta que lo digas. Te conozco bien y sé en lo que pensaste. Además, no me expresé bien.

—Descuida, te entendí perfectamente. Te refieres a hacer algo que requiera algún tipo de actividad física. Algo en lo que tengas que estar tan concentrada que no tengas tiempo de pensar en otra cosa, y que te agote tanto que al finalizar sólo quieras dormir. Hay muchas cosas que cumplen con esas características, por ejemplo; salir a bailar. Aunque dada la situación, no es el momento. ¿Qué tienes en mente?

—¿Sabes patinar?

—¿Patinar?

—Sí, patinar.

—La verdad nunca lo he intentado, pero ¿qué tan difícil podría ser?

—Ya lo sabrás. Conozco un lugar al que podríamos ir.

Busqué cómo llegar al lugar y empecé a darle indicaciones. Yo ya tenía un par de años patinando y lo dominaba muy bien, pero era la primera vez para Yadiel, por lo que fue muy divertido verlo aprendiendo y caerse una y otra vez. La noche transcurrió muy rápido y justo como quería, cuando llegué a casa fui directamente a la cama. Yadiel y yo acordamos ir a cenar al día siguiente para ponernos de acuerdo sobre cómo haríamos para que él conociera a Yasmérlin, y así terminó el día.

La noche siguiente, tal y como habíamos acordado, nos juntamos para cenar. Esa noche traía puesto un vestido corto de color negro, unos zapatos cómodos del mismo color y el pelo recogido, ya que en esos días hacía un calor tremendo. Yadiel por su parte, traía puesta una camisa de mangas cortas color azul cielo, pantalones de vestir de color crema y zapatos marrones. Se veía muy bien.

Fuimos a un restaurante, y luego de ordenar lo que íbamos a comer y hablar de cosas triviales, pusimos el tema de Yasmérlin sobre la mesa.

—Le prometí a Carlos que te permitiría conocer a Yasmérlin y pienso cumplir con eso, pero debe ser bajo mis términos. Quisiera aprovechar el tiempo que voy a estar en el país y en Santo Domingo. Yasmérlin sabe que la persona con la que convivía no es su padre y siempre ha querido conocerte, pero no puedo simplemente presentarte ante él y decirle “mira, él es tu papá”. Considero que debemos ir despacio y ya cuando haya un poco de confianza entre ustedes, le damos la noticia.

—Me parece bien. Normalmente no soy muy bueno con los niños, pero espero caerle bien.

—Confío en que sí, ustedes son muy parecidos.

—¿Tú crees?

—No lo creo, estoy segura de ello. Los dos tienen esa misma mirada penetrante y el arte de decir lo que quieren sin siquiera abrir la boca.

—No sabía que tenía ese super poder.

—Sabes muy bien que lo tienes, no es la primera vez que te lo digo.

—A ver, ¿qué quiero en este momento?

—Me quieres a mí. He visto cómo miras mi escote, sé que en este preciso momento estás fantaseando conmigo.

—Bueno, no voy a negarlo. Creo que te vestiste así para provocarme, sabes que me fascina verte usando vestidos, y que, además, me encanta cómo te queda el color negro.

—No gano nada con provocarte. Yo sólo me vestí para la ocasión y listo.

—Ya veo. Aun así, me provocas, y me provocas mucho.

—Sácate esa idea de la cabeza, acepta que lo nuestro no puede ser, Yadiel. Estamos aquí por Yasmérlin, y si sigues insinuando que viniste con otras intenciones, me temo que tendré que irme y dejar las cosas hasta aquí.

—Discúlpame, pero quien trajo el tema a la mesa fuiste tú con eso de que te deseo.

—Sólo te estaba dando un ejemplo de cómo dices con los ojos lo que quieres. Tú fuiste quien empezó a decir que estoy tratando de provocarte. Tú sabes muy bien que cuando quiero algo no me ando con rodeos, hace rato que te hubiese dicho que nos vayamos a otro lugar o algo así. Pero tal como te he dejado claro cientos de veces, ya no tengo ningún interés en ti como hombre, la única razón por la cual seguimos teniendo contacto es porque tenemos un hijo, Yadiel.

—¡Ouch! No tienes por qué ser tan dura conmigo. Ya me has dicho varias veces que no tienes ningún interés en mí, aunque la verdad a veces me confundes.

—Te confundes porque quieres. Si te digo que no me interesas, no me interesas.

—Está bien. Disculpa mi estupidez, quizás me confundo por las ganas que tengo de que las cosas cambien y, no sé, quizás algún día retomar las cosas donde las dejamos.

—¿Dónde? ¿En aquella playa en donde me dijiste que quizás estuve con tantos hombres que no sabía quién era el padre de mi hijo? ¿En aquel momento donde me dejaste con el corazón destrozado y te fuiste sin mirar atrás?

—En verdad sí miré atrás, y te vi allí, sentada en la arena con la cabeza entre las rodillas, es una imagen que nunca se podrá borrar de mi mente. Pero tienes que entenderme, estaba muy molesto, no estaba preparado para recibir esa noticia. De verdad, perdóname.

—Ya te perdoné, de no haberlo hecho, créeme que no estaríamos aquí. Pero el hecho de que te haya perdonado no significa que lo haya olvidado. En fin, no vinimos aquí a hablar de eso. Creo que ya hablamos lo que íbamos a hablar y es mejor que nos vayamos. Permíteme ir al baño un momento y nos vamos.

Me paré de prisa y me fui al baño, sentía que, si seguía reviviendo esa escena de la playa, me enojaría de mal modo. Me encerré en uno de los cubículos y mientras orinaba hice un esfuerzo por recuperar la compostura, no quería que Yadiel viera cuanto me afectaba recordar ese momento. Al terminar y abrir la puerta del cubículo, pude ver a Yadiel parado en el área de lavarse las manos, de espaldas al espejo. Al verme salir, aprovechó que me quedé inmóvil y se me acercó despacio. Luego me tomó de la cintura y se puso lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir su aliento. Después me fue empujando lentamente, y cuando quise espabilar, ya estaba de vuelta en el cubículo donde hacía tan solo unos segundos, había terminado de orinar.

Apartando la vista de mí por tan sólo un segundo, cerró la puerta y volvió a acercarse. Traté de empujarlo, pero él abrazaba mi cintura con fuerza y no podía creer que estaba haciendo eso. Me besó, fue un beso lento, como si los dos hubiésemos consentido en hacer eso en ese lugar. Lo mordí, y al separarse de mí le di una cachetada. Él se rio y me susurró al oído:

—Me encanta cuando quieres negar con palabras lo que dices con todo tu cuerpo, desde el principio ha sido así; tú haciéndote la que no quieres y yo haciendo exactamente lo que quieres

que haga.

Tras decir estas palabras, Yadiel metió su lengua en mi oído y apretó mis nalgas. Yo, tratando de controlarme y evitar lo que estaba a punto de suceder, lo aparté de mí y le pedí que no volviera a tocarme. Sin embargo, me sentía muy excitada y de verdad quería hacerlo. Lo tomé de la camisa y lo halé hacia mí. Empezamos a besarnos y sentí de cerca ese olor que me volvía loca, el sabor de sus labios, su cuerpo formidable junto al mío, sentí que todos mis sentidos se alteraron y sentía todo al doble. Después de un momento besándonos, Yadiel empezó a levantar mi vestido y a clavar ligeramente sus uñas por mis muslos. Luego metió sus dedos por mis bragas y sentí como irrumpieron en mi humedad. Sus dedos jugueteaban con mi clítoris mientras él me besaba el cuello, bajaba hasta mis pechos y volvía a besarme.

Con la mano que tenía libre empezó a bajar mis pantis y levanté un pie para que pudiera sacarlos, después el otro. Al quitarlos, los envolvió y los metió en su bolsillo, luego desabrochó su correa y bajó sus pantalones y calzoncillos, quedando su miembro al descubierto, todo imponente. No pude evitar tocarlo y sentir ganas de meterlo en mi boca, pero estábamos muy incómodos como para practicarle sexo oral, por lo que me limité a solo toquetearlo mientras lo besaba. Sostuve sus testículos tan perfectamente depilados y luego deslicé mis dedos hasta llegar a la punta de su pene. Lo apreté y empecé a masturbarlo suavemente, tan bien como me lo permitía la cercanía de nuestros cuerpos agitados.

Yadiel me pidió un momento y se agachó para sacar un preservativo de uno de sus bolsillos, y se lo puso sin perder tiempo. Al estar listo, hizo que me subiera al inodoro para conseguir un ángulo en el que pudiera penetrarme, y una vez listos comenzó a hacerlo lentamente. Sentí como ese pene que tanto me encantaba, empezó a cambiar la temperatura que sentía en mi interior, entraba despacio y con cada centímetro hacía que mi cuerpo se estremeciera. Cuando lo sentí adentro por completo, dejé escapar un leve suspiro. En este punto, Yadiel me estaba cargando y yo colgaba de su cuello.

Iniciamos lento, disfrutando el momento. Yadiel me besaba el cuello y yo me mordía los labios de placer. Sus manos apretaban mis nalgas y yo me abrazaba a su cintura con los pies. Cuando estábamos más emocionados, sentimos dos chicas entrar sosteniendo una conversación. Yadiel, tratando de alejarse un poco de la puerta para que no se vieran sus pies por debajo, perdió el balance, pegándome ligeramente de una de las paredes del cubículo e interrumpiendo bruscamente la charla de las chicas, quienes rápidamente callaron para tratar de identificar qué era lo que acababan de escuchar. Yadiel se quedó inmóvil y mientras nos mirábamos a los ojos, los dos empezamos a reír en silencio. Ellas, al no escuchar nada más, entraron a los cubículos que quedaban en la esquina y siguieron hablando.

Era consciente del gran esfuerzo que estaba haciendo Yadiel para sostenerme, así que bajé una pierna para apoyarme del suelo, sin dejar que el pene se saliera. Empecé a moverme lentamente mientras miraba a Yadiel a los ojos, este se mostraba un poco incrédulo y nervioso al ver que a pesar de que había dos chicas cerca, yo pretendía seguir con el sexo sin esperar a que ellas se marcharan.

Puse mi mano sobre su hombro y con mi cara de excitada le susurré:

—¿Acaso no era esto lo que querías? ¿Así no era como querías tenerme?

Yadiel me miró con su cara de pervertido y en un intento de demostrarme que a él le importaba menos que a mí, me penetró repentinamente hasta el fondo, era algo que no me lo esperaba, pero me gustó tanto que no pude evitar un gemido. Esto provocó que las chicas guardaran silencio nuevamente y ya no cabía duda de que se habían percatado de lo que estaba sucediendo. Lo confirmamos al escucharlas susurrar mientras se lavaban las manos con una evidente prisa por salir de allí.

Cuando se fueron, aceleramos el ritmo, pues temíamos que fueran a decirle a alguien y lo mejor era terminar antes de volver a ser interrumpidos. Yadiel volvió a cargarme y cuando ya estábamos cómodos empezó a darme duro. Le susurraba al oído que no parara, que siguiera como iba y él seguía manteniendo el ritmo hasta que sintió mis piernas temblar. Justo en ese momento, aceleró un poco más y pudo venirse poco después de mí.

Me sentía un poco avergonzada por lo que acababa de suceder, aunque la verdad me había gustado bastante.

—Devuélveme mis pantis por favor.

—No, esos se van conmigo.

—Haz lo que quieras. —le dije, mientras me arreglaba el vestido y me marchaba.

Esa noche me fui en un taxi. Aunque Yadiel insistió en llevarme, no quise irme con él. Al llegar a casa, por cortesía, le escribí para que supiera que había llegado bien, y en menos de un minuto de haber enviado el mensaje, vi que me estaba llamando.

—Dime.

—Solo quería decirte que disfruté mucho lo que pasó esta noche.

—Fue un error. No debió pasar.

—Yo no considero que haya sido un error, fue algo que ambos queríamos que pasara. Pero eres tan orgullosa que no quieres aceptar que tú y yo deberíamos estar juntos de una vez por todas.

—Veo que estás confundido, pero te voy a aclarar las cosas para que entiendas que no existe un nosotros, la posibilidad de que eso sucediera murió esa tarde en la playa. Es verdad, el sexo contigo es increíble, tengo que admitir que, hasta ahora, con nadie la he pasado tan bien como la he pasado contigo, pero eso no significa que allá afuera no exista alguien más con quien me sienta igual o mejor. Quiero que entiendas que a nosotros ya no nos une un sentimiento, solo nos une nuestro hijo y el maravilloso sexo que tenemos cuando estamos juntos. Por mi parte, ese sentimiento ya murió, Yadiel. Te lo diré claro y espero no tener que volver a repetirlo: ya no siento nada por ti.

Yadiel se quedó en silencio por un momento, sabía que le dolía mucho todo lo que le estaba diciendo, pero tenía que hacerle creer que ya no sentía nada por él, no podía permitirme a mí misma volver a ilusionarme con la idea de que las cosas entre nosotros podían funcionar. Lo sentí suspirar y con la voz un poco quebrantada me dijo:

—Entiendo perfectamente lo que dices y voy a respetar eso, aunque no esté muy de acuerdo. Pero… quisiera pedirte algo antes de que nuestros caminos vuelvan a dividirse, aunque sé muy

bien que no será para siempre por el lazo que nos une, pero si vamos a tomar la seria decisión de ponerle fin a este círculo en el que nos hemos mantenido dando vueltas durante años, creo que hay algo que debemos hacer. Cuando culminemos entonces cerramos el ciclo de una vez y por todas.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que quieres hacer?

—En este momento tengo en mis manos aquella hoja de papel en donde escribiste tus fantasías sexuales. ¿Lo recuerdas?

—Sí, recuerdo cada momento de ese día en la playa.

—Muy bien. Normalmente tú eres la de las propuestas especiales, pero esta vez me toca a mí proponerte algo un poco loco. ¿Qué te parece si durante estos días que vas a estar en el país nos proponemos cumplirnos nuestras fantasías, o por lo menos la mayoría? Todo esto con la condición de que antes de empezar juremos que, al cumplir con la última de ambas listas, jamás volveremos a tener relaciones sexuales. Debe ser un juramento sagrado que como personas adultas que somos, nos propongamos cumplir. De parte y parte.

—En verdad no sé qué decirte, suena muy tentador, pero no sé, sería darnos demasiado sabiendo que no pertenecemos el uno al otro.

—Nos daríamos mucho, es cierto, pero creo que sería el final perfecto para esta historia, historia que no puede llamarse “de amor”, pero sin duda es una linda historia, con sus luces y sus sombras. No sé tú, pero si existe alguien con quien quisiera hacer realidad mis fantasías, ésa eres tú. ¿Aún conservas la lista con mis fantasías?

—Creo que sí, creo que aún está en la cartera que utilicé ese día, y casualmente ando con ella.

—Entonces ya sabes cuáles son, no hay nada muy descabellado.

—La verdad nunca tuve el valor de leerla. Por alguna razón quería quedarme con el misterio, quizás inconscientemente esperaba que llegara este momento y quería leerla con la emoción de saber que se cumpliría.

—¿Entonces eso quiere decir que lo estás considerando?

Me quedé en silencio por un momento y luego respondí:

—Sí, lo estoy considerando. Pero —volví a guardar silencio—, si lo vamos a hacer quisiera disfrutar la experiencia completa y para eso debemos hacerlo de manera responsable.

—¿A qué te refieres con eso?

—No sé cómo decirte, es que quisiera que —hice una pausa de golpe, las palabras estaban ahí, pero no me decidía a dejarlas salir—, no quisiera usar preservativo, quisiera que lo hiciéramos así, quisiera sentirte en todo el sentido de la palabra.

—Te entiendo perfectamente, a mí también me gustaría lo mismo. —dijo, con una sonrisa que trató de ocultar.

—Pero como te dije, tenemos que hacerlo de manera responsable, quisiera que los dos nos hiciéramos las pruebas de ETS correspondientes y yo por mi parte me planificaré para que no

ocurra ningún accidente.

—Estoy de acuerdo, pero tú sabes que no hay ningún anticonceptivo 100% efectivo.

—Lo sé, supongo que tendremos que correr el riesgo de ese bajo porcentaje al que nos expondremos. Ya tuve un hijo tuyo y aún estoy viva, creo que sobreviviría a criar un segundo sola.

—Eso jamás, esta vez no me vas a quitar el derecho de conocer a mi hijo.

—Descuida, solo es una broma.

—Lo sé, esta vez no podrías escapar, aunque quisieras.

—Todo lo que se hace una vez, se puede volver a hacer.

—Si tú lo dices.

—Pero ya en serio, ¿aceptas mis condiciones?

—Sí, estoy completamente de acuerdo contigo, me parece muy bien que hagamos eso.

—Una cosa más: durante estemos haciendo esto, no puedes estar con nadie más.

—Rayos, yo que ya estaba pensando en juntarme con alguien en estos días.

—Pues vete y júntate con esa persona y olvidemos esto.

—Ja, ja, ja. Solo bromeo. Aunque no me lo pidieras, no pienso estar con nadie más.

—Sí, como no.

—Es en serio. Entonces creo que es hora de que busques la lista a ver si estás de acuerdo con todas las cosas que puse allí, yo por mi parte estoy dispuesto a cumplir todas tus fantasías.

—Sí, aquí la tengo.

—Muy bien, ¿qué te parece?

—Dame un momento.

Desdoblé el papel lentamente y empecé a leer.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó impaciente.

—Hazte tu prueba y desde que ambos estemos listos procedemos.

—¿Con cuál comenzamos? Eres la dama, te dejaré elegir una de las tuyas.

—Mmm, creo que quisiera comenzar con la numero seis de mi lista. ¿Tienes cómo conseguir lo que te corresponde?

—Déjame eso a mí, espero que tu vestuario sea tan bueno como el mío.

—Ya verás que sí.

Capítulo IX

Pasaron algunos días y llegó la fecha que acordamos para presentar a Yadiel y Yasmérlin yendo a un parque que tenía juegos para niños. A pesar de que no era yo quien conocería a alguien ese día, me sentía muy nerviosa. Yadiel quedó de pasar por nosotros a las 5:00 pm, y ya para eso de las 4:00 pm, estábamos listos, esa hora de espera me pareció eterna.

Cuando Yadiel finalmente llegó, nos dirigimos a su carro y vi cómo se desmontó con rapidez para abrirnos las puertas. Primero abrió la puerta de atrás para que Yasmérlin subiera, luego procedió a abrirme la del copiloto y dirigiéndose a Yasmérlin dijo:

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Hola, estoy bien, ¿y usted, señor? —dijo Yasmérlin, muy animado.

—Que bueno, yo estoy muy bien también.

Yasmérlin se subió al carro y luego Yadiel se dirigió a mí diciéndome:

—Creo que nos llevaremos bien, gracias a Dios no tiene mal genio como la madre.

—Sí, lamentablemente es tan extrovertido y atrevido como su padre.

Me subí al carro y tras cerrar la puerta, Yadiel también subió y nos fuimos.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo, dirigiéndose a Yasmérlin.

—Mi nombre es Yasmérlin. Y usted, señor, ¿cómo se llama?

—Me llamo Yadiel. Me puedes llamar por mi nombre, no tienes que decirme señor.

—¿Tú eres el novio de mi mamá?

Los dos nos miramos por un momento y luego Yadiel respondió sin esconder una sonrisa:

—No, ella y yo somos amigos.

—Y tú, Yasmérlin, ¿tienes novia?

—No, yo estoy muy chiquito para tener novia.

Yadiel y yo nos echamos a reír. Luego Yadiel le preguntó:

—¿Tú sabes lo que es una novia?

—Sí. Es cuando hay una niña con la que te gusta jugar y te enojas si juega con otro niño. Y cuando te sientes feliz estando cerca de esa niña, y también cuando quieres estar bonito si vas a verla.

—Muy bien, eres muy inteligente.

—Sí. Mami se quería poner bonita hoy, tardó mucho para vestirse.

Me volteé hacía atrás y lo miré con ganas de callarlo. Él enseguida dijo:

—Mami, no te enojes conmigo por favor, tuve que esperarte por mucho rato.

—Está bien, cariño. Ya Yadiel te dijo que solo somos amigos.

Llegamos al parque y fue tan irreal ver a Yadiel jugando con Yasmérlin. Fue como si se conocieran de toda la vida, ambos lucían tan felices. De vez en cuando los dos volteaban a mirar; Yasmérlin con cara de “mami mírame” y Yadiel con cara de “gracias por esto”. Fue una linda tarde, comimos helado, caminamos alrededor del parque, jugamos con el niño y finalmente fuimos al cine a ver una película animada que Yasmérlin quería ver.

Al llegar a casa, Yadiel me dijo que ya tenía los resultados de las pruebas y me los entregó diciéndome:

—Mañana sería un buen día para empezar, ya estoy listo. —dijo esta última parte guiñándome un ojo.

—Yo también estoy lista, te enviaré las fotos de mis resultados más tarde.

—¿Mañana a las tres?

—Mañana a las tres. —dije, tratando de ocultar la emoción que sentía.

Capítulo X

Finalmente, llegó el domingo y eran las tres de la tarde, hora en la que Yadiel debía pasar a buscarme. Ese día se daría inicio a lo que sería algo memorable: el cumplimiento de todas y cada una de nuestras fantasías. Me sentía emocionada, y a la vez nerviosa, porque algo que había anhelado por tanto tiempo estaba a punto de suceder, y, además, involucraba a la persona con la que había tenido las mejores experiencias sexuales de mi vida.

Yadiel llegó a las 3:04 de la tarde. Salí y subí al carro un poco silenciosa.

—¿Todo bien? —preguntó Yadiel.

—Sí.

—Estás más callada de lo habitual, hoy no me he llevado ningún regaño tuyo.

—Al parecer te gustan.

—No, pero a todo uno se acostumbra, hasta a las cosas malas cuando son muy repetitivas.

—Pues estás a punto de ganarte el primero de hoy.

—Descuida, ya estoy preparado para más de uno. —me dijo, mientras me miraba con picardía.

—Pues, yo también. —respondí, con la misma picardía.

Llegamos al hotel y tal como acostumbraba a hacer, empecé a explorar cada rincón de la habitación. Deslicé los dedos lentamente por las sábanas mientras caminaba alrededor de la cama. Luego, jugué un poco con las luces de colores y dejé un azul no muy intenso.

La primera fantasía que llevaríamos a cabo se trataba de vestirnos de policía y prostituta, y jugar a que él me sometía para apresarme. Me metí al baño para cambiarme y le dije que fuera haciendo lo mismo, pero que me tuviera algo de paciencia porque tardaría un poco.

Me puse una falda corta y brillante de color negro. Una blusa que le hacía juego y dejaba ver mi ombligo mientras resaltaba mi escote. Me coloqué un labial rojo, pestañas largas y un maquillaje con cola de gato que me quedaba muy sexy. Me recogí el pelo y me puse unos zapatos altos acompañados con unas medias de malla.

Antes de salir del baño, le pregunté a Yadiel si estaba listo:

—Ya voy a salir, ¿estás listo?

—Espera, dame un momento.

Me llevé una goma de mascar a la boca y escuché una pista sensual empezar a reproducirse. Luego, Yadiel me dijo que podía salir. Tomé mi cartera y con toda mi calma salí del baño. Allí estaba Yadiel de espaldas, vestido con un uniforme de color azul oscuro, muy parecido al de la policía de los Estados Unidos. Sus nalgas se veían tan firmes y sus hombros, Dios, esos hombros y esa espalda me daban ganas de simplemente arrancarle la ropa y treparme encima de él.

Al escuchar mis tacos retumbar contra el piso, se volteó y pude ver cómo detrás de los lentes

oscuros que traía puestos, me observó de arriba abajo con cara de sorpresa, luego, tratando de recobrar la compostura, me dijo con voz firme:

—¡Buenas noches, señorita! Necesito que se ponga contra la pared y que levante las manos.

Antes de responder a su mandato, no pude evitar contemplarlo con detenimiento. Ese uniforme le quedaba más bien de lo que nunca imaginé. Lo observé desde abajo hacia arriba: empezando por sus pantorrillas y luego recorriendo sus piernas con mi mirada. Estas lucían tan firmes y tan esbeltas, que mi excitación ya había subido al cielo, y él ni siquiera me había tocado.

—¿Acaso no me escuchó o se niega a obedecer a la autoridad?

Su voz sonaba tan seria, tan autoritaria que me pude dar cuenta lo comprometido que estaba con el personaje.

—Disculpe, señor oficial, es solo que no veo por qué me detiene, no he hecho nada malo. —le dije, mientras jugueteaba con la goma de mascar.

—¿Acaso crees que no sé lo que estás haciendo? —me dijo, mientras se acercaba lentamente.

Lo miré a los ojos y con actitud de zorra le dije:

—Haz lo que quieras conmigo, yo solo estoy haciendo lo que me gusta y ni tú ni nadie hará que deje de hacerlo.

Cuando estaba tan cerca que podía sentir su aliento, me miró a los ojos y con una sonrisa pícara me dijo:

—Eso está por verse.

Tomó mi brazo izquierdo con su mano derecha y me haló con violencia, de modo que me hizo dar la media vuelta y quedar de cara contra la pared. Dobló mi antebrazo sobre mi espalda y pegó su pene erecto de mi trasero. Luego se acercó a mi oído derecho y me susurró:

—Esta noche vas a aprender a respetarme.

Sentí una esposa enroscarse sobre mi mano, y con mucha agilidad tomó la otra y también la esposó.

Con las manos esposadas sobre mi espalda estaba a su merced. Yadiel tenía control total de mí y era evidente que había calculado todo lo que pretendía hacerme esa noche. No podía alcanzar a imaginar todo el placer que estaba dispuesto a darme.

—Esto es un abuso de autoridad, me estás maltratando.

—El maltrato aún no comienza, esto le pasa por no obedecer a la autoridad. Ahora quédese quieta mientras la reviso, si se resiste tendré que tomar medidas más estrictas. —me dijo, volviendo a adentrarse en el personaje y hablándome con una seriedad y una sensualidad increíble.

—Está bien, oficial. Haré todo lo que me pida.

—Así me gusta.

Me hizo apoyar mi peso sobre mi pecho y mi cara, y puso sus manos en mi cintura. Después empezó a moverlas hacia abajo y hacia arriba como si me estuviera revisando, pero en lugar de solo colocar sus manos, me apretaba y acariciaba lentamente. Luego metió sus manos por mi falda y apretó mis nalgas con fuerza. Después se agachó deslizando sus dedos suavemente por mis muslos. Mis rodillas vibraban y sentía la humedad entre mis piernas, el placer aumentaba cada vez más y mi cuerpo no podía resistirse ante tanto.

Luego volvió a colocar sus manos en mi cintura y esta vez las fue deslizando hacia arriba, hasta llegar a la altura de mi pecho, entonces me tiró del pelo y colocó mi cabeza con la cara hacia arriba, luego puso sus manos en mis pechos y les dio un pequeño apretón.

—¿Ya encontró lo que buscaba, oficial?

—Aún no, creo que tendré que hacer una inspección un poco más profunda.

—Me ha tocado por todas partes, ¿acaso eso no es suficiente?

—No la he tocado en todas partes, aún hay zonas que no he revisado. Ahora guarde silencio y déjeme hacer mi trabajo.

—Tengo derecho a expresarme.

—Ya lo hará más tarde, en este momento no.

Sacó algo de su bolsillo y empezó a desenvolverlo, no podía ver qué era porque aún me encontraba contra la pared, pero no podía ser un preservativo, por nuestro previo acuerdo, eso no era algo que usaríamos esa noche. Metió sus dedos en mi boca y me pidió la goma de mascar, la sacó y la tiró a la basura, luego metió una paleta con forma de corazón y me pidió que no la mordiera.

—Solo chúpala. —me dijo.

Volvió a meter sus manos por mi falda, luego sentí como introdujo sus dedos por la orilla superior de mis bragas y empezó a bajarlas lentamente. Tras quitarlas, se acercó otra vez a mi oído y me dijo:

—Voy a confiscar esto.

Yo tenía los ojos cerrados y no podía seguir discutiendo con él, así fuera parte del personaje. Estaba dispuesta, estaba dispuesta a hacer todo lo que él quisiera.

—Abre las piernas. —me dijo, con voz dura.

Abrí las piernas y levantó un poco mi falda, y así, de repente, sentí su pene entrar en mí lentamente. No sé en qué momento lo sacó de sus pantalones, debí estar muy perdida en mis pensamientos y en todo el placer que estaba sintiendo que ni siquiera me di cuenta de sus intenciones.

Hacía tanto que no sentía su pene desnudo dentro de mí: ese calor, el roce de su textura mientras se abría paso en mi interior, mis fluidos haciendo que fuera tan placentero, tan suave, tan maravilloso. Yadiel lo entró entero, lo entró hasta que ya no pudo más. Mis piernas temblaron y las sentí debilitarse, fue como un mini orgasmo provocado en tan solo unos segundos. Yadiel me

había sorprendido con dicha penetración, una vez más me hizo recordar por qué me gustaba tanto hacerlo con él.

Con el pene dentro de mí, acarició mis piernas y uno de mis senos al mismo tiempo, a él también le había encantado sentir la humedad de mi vagina en carne viva, me di cuenta por la forma en la que me acariciaba y mordía una de mis orejas.

Sacó el pene de mi interior y, mientras lo hacía, no pude evitar soltar un gran gemido. Mi respiración se cortaba y mis labios se sentían resecos, había pasado demasiado en los últimos minutos. Yadiel se alejó un poco de mí y volvió a guardar su miembro. Ese maldito sabía cómo provocarme y le encantaba hacerme sufrir. Tiró de mí por las esposas y me llevó hasta la cama, luego liberó una de mis manos y esposó la otra de la misma. Me hizo acostarme boca arriba y yo obedecía a todos sus mandatos, guardando silencio como él me lo había pedido. Al tenerlo de frente, vi que el uniforme que traía puesto estaba preparado para la ocasión, en la parte donde se supone que debía ir la cremallera solo se encontraba el hueco, cosa que le permitía entrar y sacar el pene a su antojo.

Me quitó la paleta que había puesto en mi boca, luego me besó y balanceó su cuerpo sobre el mío, rozando su pene contra mi vagina solo por encima. Quitó mis zapatos, la falda y las medias, después volvió a ponerme los zapatos y empezó a besarme por el ombligo, con la mano que me quedaba libre, empecé a acariciar su cabeza mientras él recorría mi abdomen a besos.

Yadiel se echó un poco hacia atrás y me observó por un instante, me había tenido desnuda tantas veces y aún admiraba mi cuerpo como si fuera la primera vez. Cada vez que hacía eso se me olvidaba todo aquello que me hacía acomplejarme de mi cuerpo: las estrías, mis cicatrices, todas aquellas cosas que a veces me gustaría no tener.

Se metió la paleta en la boca y, tras humedecerla por completo, la colocó sobre mi vagina y empezó a moverla hacia arriba y hacia abajo. La paleta comenzó a perder la humedad y a sentirse pegajosa. En ese momento, Yadiel pasó su lengua lentamente por donde había pasado la paleta y después dejó caer un poco de saliva sobre mí, esta se mezcló con mis líquidos y Yadiel volvió a acariciarme con la golosina. Se sentía tan extraño, pero a la vez tan delicioso: pegajoso, resbaloso, simplemente sensacional. Se dirigió a mi boca y me besó mientras hacía movimientos circulares con la paleta sobre mi vagina. Luego lamió la parte de mi pecho que quedaba al descubierto y terminó en mi cuello.

Se puso de rodillas e introdujo la golosina en mi boca, la cual no pude evitar morder, haciéndola pedazos. Volvió a sacar su pene y con una sonrisa me dijo:

—Espero que esta golosina no tenga el mismo destino que esa.

Luego se colocó de rodillas por encima de mí, a la altura de mi pecho, y me dio un par de golpecitos en las mejillas con su miembro, mientras colocaba otra almohada debajo de mi cabeza. Después lo introdujo en mi boca y lo empujó lentamente hasta sentirlo en mi garganta. Empezó a moverse como si lo tuviera dentro de mi vagina, y yo que ya conocía tanto ese pene, le di la forma perfecta a mi boca para que sintiera todo el placer del mundo. Con la mano que me quedaba libre, apretaba sus nalgas y lo ayudaba a mantener el ritmo perfecto para que se sintiera complacido.

El placer y la excitación iban en aumento. Mientras mi vagina destilaba pasión, Yadiel aumentaba el ritmo de sus movimientos y apoyó sus manos del espaldar de la cama. Cada vez un poquito más rápido, hasta que lo sentí gemir mientras me llenaba la boca de semen. Sacó el pene lentamente mientras hacía un esfuerzo por respirar. Yo saboreaba aquello que salió de él y finalmente me lo tragué. Luego, saqué mi lengua y la pasé por la punta de su miembro, el cual aún se encontraba sobre mi cara.

Se recostó a mi lado tratando de recuperar el aliento, yo me puse de lado y empecé a acariciarle el pene, el cual ya estaba perdiendo fuerzas por la gran descarga que había tenido. Metí mi mano por sus pantalones y empecé a acariciarle los testículos, luego pasé mis dedos por su escroto y comencé a besarlo. El pobre aún estaba muy agitado, pero me respondió el beso y rápidamente comenzó a excitarse nuevamente. Saqué mi mano de sus pantalones y procedí a quitar los botones de la camisa para tener acceso a su pecho, luego de tres botones ya podía ver esos pectorales firmes, mojados por el sudor como consecuencia de la actividad recién realizada. Empecé a acariciarlos y a deslizar mis dedos de manera circular por sus tetillas, luego tomé la del lado izquierdo entre mis dedos índice y pulgar y la apreté sutilmente. Pasé mi rodilla por encima de su pene y ya estaba tan firme como al principio, mi hombre estaba listo para darme más, para seguir volviéndome loca como solo él sabía hacerlo. Seguí rozando su pene con mi rodilla mientras seguía acariciando su pecho y lo besaba apasionadamente. Luego me detuve y le dije con voz sensual:

—Creo que ya puede soltarme, señor oficial. Ya entendí que usted es el que manda.

—Lo voy a hacer, solo si me promete que se seguirá portando tan bien como hasta ahora.

—¿Usted de verdad quiere que yo me porte bien?

—Bueno, pórtese mal, pero solo conmigo.

Yadiel sacó la llave de su bolsillo y me quitó la esposa que me mantenía atada a la cama, luego de esto, se tumbó a mi lado y empezó a acariciarse el pene, el cual se abría paso de manera prominente por el hueco del pantalón.

Me puse de pie y en este punto solo tenía los tacones y la blusa puesta, caminé hacia donde estaban mis pantis tirados y lo miré por encima del hombro, después me agaché a recogerlos de manera sensual, manteniendo mis piernas firmes mientras lo seguía mirando y me mordía el dedo índice de la mano derecha. Vi cómo abrió los ojos, como si le costara creer que pudiera ser tan sexy. Al recoger la prenda, me paré al lado de la cama y empecé a mirarlo fijamente, luego le pregunté:

—¿Te gusta verme en tacones?

—Me encanta. —respondió, tan emocionado como un niño al ver que se cumple su mayor deseo.

—En ese caso, será la única prenda que no me quitaré esta noche.

Me quité la blusa y puse mis manos sobre mi pecho, tapándome los pezones. Abrí las piernas y, mientras me inclinaba un poco hacia adelante, le dije:

—¿Podría hacerme un favor, señor oficial?

—Depende. —respondió, un poco intrigado.

—¿De qué depende?

—De cuál es el favor que me vas a pedir y si está a mi alcance.

—No se preocupe, puede que sea un poquito difícil para usted, pero sé que usted es un hombre fuerte que puede controlar sus emociones.

—¿Cuál es el favor?

—Quiero que sin importar lo que yo haga, me prometa que no va a hacer nada, que solo va a observar y a disfrutar, quiero que no se deje llevar de lo que sienta y que me deje hacer todo lo que quiero hacer con usted.

—Suena como todo un reto, pero haré lo posible por controlarme.

—Eso es más que suficiente para mí.

Me dirigí hasta donde se encontraba mi cartera y saqué un frasco con un poco de aceite que había llevado. Volví a pararme frente a él y vertí un poco sobre mis pechos, luego, empecé a acariciarlos y a apretarlos mientras me mordía los labios y lo miraba fijamente. En sus ojos veía cuan fascinado estaba y eso me encantaba. Regué el aceite desde mi cuello hasta mi abdomen y me subí en la cama lentamente. Apreté su pene con fuerza y comencé a lamerlo por los lados, después lo introduje en mi boca y lo saqué rápidamente. Procedí a quitarle las botas, luego el cinturón y posteriormente el pantalón. Después le bajé los calzoncillos y me trepé para penetrarme.

Empecé a entrar su pene en mí con lentitud, sin prisa, disfrutando cada centímetro de su erección. Lo introduje y lo saqué solo unas siete u ocho veces y luego me recosté a su lado para besarlo. Mientras nos besábamos, Yadiel me acariciaba el pecho. Su mano resbalaba con el aceite y el contacto de sus dedos con mi piel resbalosa se sentía fenomenal. Quité los botones restantes de la camisa y le dije que se sentara para quitarla junto con su camiseta. Al tenerlo desnudo, le pedí que se pusiera de rodillas mientras yo enganchaba un pie del espaldar de la cama para que me practicara sexo oral. El tacón no me permitía apoyarme con firmeza, por lo que él soportaba parte de mi peso haciendo que sus músculos estuvieran firmes durante todo el proceso. Y ahí estaba Yadiel, pasando su lengua por mi clítoris, lamiéndolo lentamente, chupándolo, jugueteando con mi vagina con arte, todo de manera estupenda. Yo acariciaba sus brazos, deslizaba mis dedos por su espalda y por su cabeza, estaba tan excitada que no pude evitar clavarle las uñas.

El vaivén de mi cuerpo dejó en evidencia que me estaba viniendo. Yadiel ya me conocía perfectamente y sabía que era el momento para no parar ni cambiar de posición hasta sentir el temblor de mis rodillas, la señal más clara de que me había venido. Apretó mis nalgas con fuerza y aceleró el movimiento de su lengua para mantener el ritmo de mi cuerpo desesperado, y en un instante ahí estaba yo, con las rodillas temblorosas, clavando mis uñas en su espalda y emitiendo unos gemidos que me dejaron sin aliento. Contraje su cabeza contra mi vagina y me vine de una manera tan rica e intensa que no me quedaron más fuerzas que para tirarme hacia atrás. Quedando boca arriba sobre la cama, con los ojos cerrados y las piernas abiertas.

Mientras trataba de recuperar el aliento, sentí la mano de Yadiel sobre mi cuello. A esto le siguió un beso con el sabor de mis fluidos y una penetración muy lenta. No me dio tanto placer porque aún no me recuperaba y quería descansar un poco, pero me fui excitando poco a poco con los besos que Yadiel fue plantando en mí. Con el pene metido hasta lo más profundo, sin hacer ningún movimiento, Yadiel fue recorriendo algunas partes de mí con su lengua; primero en los oídos, luego por el cuello, detrás de la oreja, por mis pechos, Yadiel se encargó de que me volviera a excitar como si aún no hubiera pasado nada.

Cuando se dio cuenta de que ya sí estaba lista y completamente excitada, entonces empezó a moverse lentamente, entrando y sacando su pene como si se tratara de un acto delicado. Sus movimientos eran precisos, creo que los dos sentíamos justamente lo mismo: como esa conexión, esa excitación, esa sensación de que mi lubricación y su erección estaban en el punto justo, a ese nivel de perfección que nos daba placer en la misma medida. Y así, lento, suave, con esa pasión, ambos nos vinimos al tiempo, con una descarga que superó las anteriores por esa noche.

Yadiel se bajó de encima de mí y nos quedamos en silencio por unos minutos, con la respiración acelerada. Cuando recuperé un poco el aliento, me quité los tacones y fui al baño para quitarme el aceite que aún tenía en el cuerpo. Después de enjabonarme, abrí la ducha y dejé que el agua caliente me cayera desde la cabeza, cerré los ojos y me quedé inmóvil, absorta en mis pensamientos. Pensaba en cuanto me gustaba estar con Yadiel y lo que daría porque eso no acabara, deseaba eso, no por ratos, no por un tiempo, lo quería para siempre. Pero rápidamente saqué esas cosas de mi mente y me recordé a mí misma que esa era la única forma en la que lo nuestro funcionaba; solo por ratos, así de manera ocasional y que pedirle más de ahí a la vida era avaricia.

Aún perdida en mis pensamientos, sentí a Yadiel abrazarme por detrás, pero dio un salto rápido y se despegó de mí.

—¡Demonios! —gritó. ¡¿Cómo rayos puedes soportar esa agua tan caliente?!

—Ja, ja, ja. No seas exagerado. No está tan caliente.

—¿Cómo que no? Si me hubiese quedado un segundo más se me estuviera cayendo la piel.

—Ya deja el drama, saldré ya mismo para que la pongas a tu gusto.

—No quiero que salgas, sólo ponla un poquito más fría y déjame ducharme contigo.

—Está bien.

Puse el agua un poquito más fría y volvió a abrazarme por la espalda mientras me decía al oído:

—¡Ahora sí!

Nos quedamos ahí un buen rato, escuchando el agua caer y dejando que se deslizara suavemente sobre nosotros. Posteriormente, giré mi cabeza hacia él y le di un beso mientras mi mano derecha descansaba con ternura sobre su mejilla izquierda. Luego, en medio de la mirada que se entretejía entre las gotas que recorrían nuestros rostros, le dije tanto a través de mis ojos, que mi cuerpo se estremeció.

Cerré la ducha con un suave giro de la llave, le di otro beso y me dispuse a salir tomándolo de la

mano para que lo hiciéramos juntos. Luego nos secamos, encendimos la televisión y nos tumbamos en la cama a ver uno que otro video. Hablamos un poco sobre Yasmérlin, lo hicimos un par de veces más y nos marchamos con la satisfacción de haber tachado una fantasía de nuestra lista.

Capítulo XI

Yadiel y yo quedamos de llevar el niño al cine el viernes de la próxima semana. Durante la misma, hablamos poco porque habíamos quedado en que lo nuestro solo sería una relación de padres con un hijo en común, con el acuerdo de cumplir nuestras fantasías y que ahí quedara todo, lo que nos hacía mantener cierto distanciamiento en cuanto a eso de estar hablando todos los días.

El viernes, después del mediodía, Yadiel me escribió para decirme que no podríamos salir esa noche porque se le había presentado algo en el trabajo y saldría muy tarde. Se disculpó y propuso que nos viéramos al día siguiente, pero ese fin de semana tenía planes de ir a Puerto Plata y le expliqué que no se podría, por lo que tendríamos que dejarlo para la próxima semana. Debo confesar que me molesté un poco, debido a que Yasmérlin estaba muy entusiasmado, y siendo honesta, tenía muchas ganas de volver a compartir con Yadiel, sin embargo, debía entender que, si se trataba de cuestiones laborales, en realidad era un asunto que escapaba de sus manos.

Al día siguiente, me fui con Yasmérlin y mi mamá para Puerto Plata. No sé qué es lo que tiene la distancia que, con solo saber que te alejas de alguien, aunque no se vean todos los días, sientes como si dejaras atrás una parte de ti. Experimentas una melancolía abrumadora y un deseo irracional de no marcharte, que resulta difícil de explicar. Así me la pasé durante todo el camino. A pesar de que se suponía que lo de Yadiel y yo ya no pasaría a más; sentía esas ganas de verlo, esas esperanzas de que se apareciera en casa de Carlos de la nada, y poder tenerlo cerca. Hacía casi una semana desde nuestro último encuentro, y tengo que confesar que lo extrañaba bastante. Quería verlo, estar con él, sentir que estaba cerca de nuestro hijo.

El fin de semana pasó muy lento y, a pesar de que traté de mantener mi mente ocupada, no podía dejar de pensar en cómo sería nuestro próximo encuentro y cuál de nuestras fantasías daríamos por cumplida. Aún no habíamos decidido ni pautado una fecha, pero sabía que no pasaría mucho para que sucediera.

El domingo por la noche recibí una llamada de Yadiel, y ver su nombre en la pantalla del celular me hizo sentir como una jovencita que se enamoraba por primera vez.

—¡Hola! ¡Buenas noches!

—Buenas noches, Esmeralda. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Y a usted, ¿Cómo le va?

—Muy bien, también. Extrañándolos por aquí.

—Eso está muy bien.

—¿Y el niño?

—Él está bien. Por ahí anda jugando.

—Que bien. ¿Ha preguntado por mí?

—Sólo el dia que íbamos para el cine. Ese día me preguntó a qué hora pasarías por nosotros, y

luego, cuando le dije que no podríamos salir, me preguntó por qué teníamos que ir al cine contigo y no nos íbamos él y yo.

—Ya veo. De verdad lamento mucho no haber podido salir con ustedes, pero como te expliqué, ese día iba a salir demasiado tarde de trabajar.

—Descuida, yo entiendo que tienes tus compromisos. Solo te pido que, para la próxima, por favor te organices bien, porque no me gusta la cara de decepción que pone Yasmérlin cuando se ilusiona con algo y tengo que decirle que ya no va a ser.

—No te preocupes, la semana que viene sí nos vamos a ver. ¿Qué te parece si vamos a lo del cine el próximo miércoles? Me dijiste que regresan mañana, ¿Cierto?

—Sí. El miércoles me parece bien.

—Excelente. Ese mismo día aprovechamos y organizamos nuestro próximo encuentro, hay algo que quisiera proponerte.

—Está bien. El miércoles nos vemos entonces.

—Muy bien. Dale un beso y un abrazo a Yasmérlin de mi parte.

—Lo haré.

—Muchas gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Yadiel. Cuídate.

Parece increíble, pero esa breve conversación con Yadiel cambió por completo mi estado de ánimo y, sin darme cuenta, se me plantó una sonrisa en el rostro que hizo que todos a mi alrededor notaran que me sentía feliz.

Al llegar el miércoles, llevé a Yasmérlin temprano a la peluquería. Yo igual tenía que ir al salón de belleza, pero consideré mejor encargarme del niño primero para así irme tranquila. Fui y me arreglé el pelo, hice que me pintaran las uñas con el mismo color de esmalte tanto en los pies como en las manos: un color pastel que me fascinó desde que lo vi.

A eso de las 4 de la tarde, Yadiel me escribió para decirme que pasaría por nosotros a las 7:00 pm. Leí su mensaje y sonreí porque sabía muy bien que no se atrevería a volver a cancelarnos.

Yadiel llegó alrededor de las 6:30 pm y tuvo que esperarnos un buen rato porque Yasmérlin, a pesar de que se bañó temprano, no se quiso cambiar sino hasta que vio que Yadiel estaba afuera. Mientras terminaba de arreglarme y de preparar a Yasmérlin, Yadiel se desmontó del vehículo y se quedó hablando unos minutos con mi madre, quien, de manera no muy disimulada, trató de sacarle información sobre nosotros. Según lo poco que alcancé a escuchar, Yadiel lo manejó muy bien y logró que cualquier cuestionamiento terminara con Yasmérlin como justificación. Él y mi madre siempre se llevaron muy bien, ella lo trataba como si se tratara de uno de sus hijos y él no perdía oportunidad para hacerla reír con alguna de sus ocurrencias. Ella siempre me decía que él y Yasmérlin eran como dos gotas de agua en ese sentido.

Yasmérlin estuvo listo antes que yo, sin embargo, no quiso salir de la habitación sino hasta que

yo estuviera lista. Cuando terminé de arreglarme, le hice seña para que saliéramos, él me tomó de la mano y en lugar de yo llevarlo a él, era como si él me llevara a mí. Salimos a la sala y al decir buenas noches, Yadiel se volteó para vernos, actuó muy normal y natural hasta que pudo verme bien. Me parece que mi madre no lo notó, pero fue una de esas pocas veces en las que Yadiel se quedaba sin palabras. Y no fue porque me vestí sexy, sino todo lo contrario, pues había escogido una ropa un tanto elegante, no obstante, me quedaba muy bien, y creo que eso fue lo que lo sorprendió, eso de verme tan bella sin mostrar mucho.

Tenía puesto un pantalón blanco de tela fina, unos zapatos de plataforma, una blusa de color negro y una chaqueta de color crema, la cual decidí ponerme porque normalmente en el cine me da mucho frío.

Yadiel se quedó mirándome fijamente y dejó escapar un “buenas”. Al ver lo atontado que estaba, procedí a decir algo para evitar que un silencio incómodo se adueñara del lugar.

—Disculpa la espera, es que este niño no se quiso ir a cambiar hasta que no vio que llegaste.

—Descuida, creo que eso es mi culpa por haberles fallado el viernes. Quizás pensó que los volvería a dejar plantados. ¿Verdad que sí? —dijo, esta vez dirigiéndose a Yasmérlin.

—Ay no. Es que mami tarda mucho en arreglarse. —dijo Yasmérlin como si tratara de defenderse.

—Ah, entonces tú eres como yo que tan pronto te cambias quieres salir.

—Sí, porque después me ensucio la ropa.

—Ja, ja, ja. Muy bien. Y cuéntame, Yasmérlin. ¿Cómo estás?

¡Bien!

—Que bueno saberlo.

—Yasmérlin, ahora pregúntale cómo está él, no seas maleducado. —le reproché.

—Sí, mami. —dijo Yasmérlin, con un poco de fastidio—¿Y usted cómo está? —procedió a preguntar, dirigiéndose a Yadiel, un poco cabizbajo.

—Yo estoy muy bien, también. Gracias por preguntar.

—Yasmérlin, búscame mi cartera negra. —le dije, mientras me dirigía a la cocina por un poco de agua.

—Mami, recuerda que tienes que decir por favor. —me dijo, como si tratara de vengarse de mí y todos nos echamos a reír. —Búscame mi cartera mi amor, por favor.

Yasmérlin se dirigió a la habitación en busca de la cartera, y mi madre se puso de pie tan pronto regresé de la cocina. Nos pidió que no regresáramos muy tarde y se fue para el patio de la parte trasera de la casa, dejándonos a mí y a Yadiel solos.

—Estás muy linda hoy, debiste haberme avisado para vestir igual de elegante.

—No hace falta, tú también luces muy bien.

Yadiel traía puesta una camisa de color azul claro con estampado de flores rosas, combinada con unos jeans del mismo tono y unos tenis blancos que le lucían muy bien. Yasmérlin salió de la habitación y me entregó la cartera, luego me tomó de la mano en señal de que quería que nos fuéramos de una vez.

Yadiel se puso de pie, le tendió la mano y le dijo al niño:

—Ven, Yasmérlin, vayamos adelantándonos antes de que tu mamá recuerde que olvidó algo.

Yasmérlin se mostró un poco dudoso, pero agité su mano en señal de que le daba mi aprobación para que se fuera con Yadiel. Entonces me soltó y tomó la de él. En ese instante sentí una emoción extraña, era un momento que me había imaginado tantas veces antes de reencontrarme con Yadiel, que no podía creer que estuviera sucediendo de verdad. Ellos empezaron a caminar, y yo me quedé en el mismo lugar por unos segundos, tratando de apreciar todo lo que estaba pasando por mi pecho. Con tan solo ver algo tan simple como a mi hijo caminando de la mano de su padre, sentí una oleada de emociones inundar mi corazón.

Yadiel miró hacia atrás y en sus ojos pude ver la felicidad que él también sentía. Me sonrió, y dirigiéndose a Yasmérlin dijo:

—¿Tú ves? Ya se quedó pensando en entrar a la habitación a buscar algo. Si se tarda mucho nos iremos nosotros solos.

Yasmérlin miró hacia atrás y frunciendo el ceño me dijo:

—Mami, vámonos.

—Sí, ya voy. No le hagas caso a Yadiel. —le dije, mientras empezaba a caminar.

Nos dirigimos al cine y la noche fue mucho mejor de lo que esperaba. Yasmérlin ya le había tomado mucha confianza a Yadiel y era como si lo conociera de toda la vida. Luego de ver la película, fuimos a unos juegos mecánicos. Yasmérlin jugó y disfrutó tanto que a eso de las 10:30 pm ya no podía más con el sueño. Caminamos hasta el vehículo y se durmió en cuanto entramos. Yadiel y yo lo acomodamos lo más que pudimos para que descansara, y sin siquiera tener que decirlo, los dos estábamos de acuerdo en que todavía no era hora de irnos, por lo que nos quedamos conversando por unos minutos mientras observábamos las luces de los juegos mecánicos.

—¿Cuándo consideras que deberíamos decirle? —me preguntó Yadiel con una sonrisa que no podía disimular, pero con un tono serio.

—No lo sé, creo que ya está listo. Al parecer ya te tiene confianza y creo que te tiene cariño. Aunque no sé cómo lo pueda tomar, imagínate, para él será muy difícil de procesar que ya conoció a su verdadero padre.

—Sí, también he pensado en eso, pero no quisiera que lo forcemos a decirme papá. Eso tiene que salir de él, después de que procese la noticia.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿sabes? A veces me pregunto si cometimos un error al no haberle dicho desde el primer día. Realmente no sé si hubiese sido mejor en ese momento o ahora que ya te tiene confianza y cariño. —le dije, mientras recostaba la cabeza del asiento y

miraba hacia arriba.

—Creo que es algo que nunca lo sabremos. Sea como sea, no harás esto sola. Yo estoy aquí y es algo que debemos enfrentar los dos. Juntos, haremos que esto no se convierta en un trauma para nuestro hijo. Yo sé que él estará muy feliz cuando sepa que yo soy su padre y nos vea juntos. —Yadiel se dio cuenta de que, por lo que ya habíamos hablado, la última parte de lo que acababa de decir podía no gustarme, y trató de arreglarlo—. Me refiero juntos al hecho de estar ahí para él y poder compartir momentos como hoy de vez en cuando, no juntos como pareja. Aunque, ahora que lo pienso, es algo en lo que también debemos pensar, debemos buscar la manera de explicarle que somos sus padres, pero que no somos novios.

—Sí, ya he pensado en todo eso, es un tema que no me deja dormir bien por las noches. Ni siquiera yo termino de asimilar todo esto, ni sé cómo serán las cosas después que me vaya, es que…

Me mordí los labios sintiendo un poco de frustración. Quería decirle que todo sería más fácil si tan solo pudiéramos estar juntos de verdad. Si pudiésemos ofrecerle ese hogar feliz que deseaba darle a nuestro hijo. Yadiel notó lo atormentada que estaba, tomó mi mano y acariciándola suavemente me dijo:

—Cada día trae su propio afán, ya veremos cómo lo vamos haciendo en el camino. Hay cosas que las haremos bien y otras las haremos mal, lo importante es que pase lo que pase, ambos siempre querremos lo mejor para nuestro hijo. Vayamos paso por paso y por el momento enfoquémonos en darle la noticia, ya luego vemos como lidiamos con lo demás.

Sus palabras, aunque llenas de clichés. Lograron calmarme un poco. Él tenía razón, no resolveríamos nada tratando de pensar en todo lo que vendría después, por el momento lo más importante era decirle a Yasmérlin que Yadiel era su papá.

—Y ya, cambiando de tema, ¿qué era lo que querías proponerme?

—No. Antes de pasar a otro tema, debemos decidir cuándo le diremos la verdad a Yasmérlin.

Me quedé un poco pensativa, pero realmente ya tenía la respuesta a su pregunta, era solo que no me atrevía a decirlo en voz alta porque tan pronto lo hiciera ya se volvería real. Volteé la mirada hacia la ventana y apreté la mano de Yadiel que aun sostenía la mía, luego me mordí los labios y dejando escapar un suspiro lo miré y le dije:

—¿Qué te parece si lo hacemos cuando volvamos a salir los tres? Buscamos el momento adecuado después de estar un rato juntos y le decimos. ¿Qué dices?

—Tú ya lo tenías pensado así, ¿cierto?

—Sí, llevo días pensando que nuestra tercera salida juntos sería la ideal, es solo que… —hice una breve pausa porque me sentía muy nerviosa— es que desde que nació Yasmérlin he pensado en cómo sería verlo diciéndote papá. Yo digo que no sé cómo lo vaya a tomar él, pero para mí también significa mucho y me da mucho miedo.

—Tranquila, todo va a estar bien. —me dijo, mientras se me acercaba y me daba un beso en la frente—Entonces así quedamos, la próxima semana salimos y buscamos el momento apropiado para decirle.

—Sí, ese día le decimos.

—Muy bien. Entonces ahora te voy a hablar sobre mi propuesta. Estaba pensando en que quizás deberíamos buscar un Airbnb y estar juntos desde el sábado en la tarde hasta el domingo. Creo que hay un par de cosas que podríamos tachar.

—Mmm, no lo sé. No sé qué pensaría mi madre. Una cosa es que salgamos juntos una noche y otra muy diferente es que salga contigo de un día para otro.

—No tiene que enterarse que saliste conmigo. Le podrías decir que dormirás en casa de una amiga.

—No tengo amigas aquí.

—Pues una de tus amigas de Puerto Plata estará aquí en Santo Domingo este fin de semana y te invitó a salir, y de paso a quedarte con ella hasta el domingo.

—Tú siempre tienes qué responder. A quien acostumbra a mentir, la mentira le sale por naturaleza.

—Puedo ser muy creativo cuando quiero que algo se dé. Además, no creas que fue algo que me inventé en este instante. Sabía que pensarías en lo que diría tu madre y me pasé todos estos días pensando en la cuartada perfecta.

—Bastante creativo que me saliste.

—Sí, de vez en cuando. —me dijo, mientras me miraba con picardía.

—Ya no digas más nada, ya me imagino en que otras cosas estás pensando.

—En las mismas cosas que tú. Porque lo mejor de todo esto es que tú me deseas tanto como yo te deseo a ti.

—Yo en ningún momento lo he negado. Pero hoy no pasará nada. Guardemos todo eso para el fin de semana.

—¿Entonces eso quiere decir que aceptas mi propuesta?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que escojamos el lugar juntos y que dividamos los gastos.

—Lo de escoger el lugar podemos hacerlo, pero no tienes por qué ayudarme con los gastos. Es mi idea y puedo cubrirlo todo.

—Es tu idea, pero no es justo que siempre cubras los gastos. Los dos la pasamos bien, los dos podemos pagar. Además, me gustaría poder cocinar algo.

—Me parece excelente. Ha pasado mucho desde que probé algo preparado por ti.

—Creo que ahora tengo un poquito más de experiencia. Ya veremos qué tal me queda.

—Esa noche todo será bueno. —me dijo, mientras se mordía los labios.

—Sí, debemos tratar de tachar tantas cosas como sea posible. Debemos apresurarnos con nuestro plan porque ya casi debo volver a mi vida normal. Si no nos vamos pronto, Yasmérlin perderá el año escolar.

—Lo entiendo. Ya veremos que tanto podemos hacer este fin de semana entonces.

—Ya veremos. —le dije, con la misma picardía que él me habló unos minutos atrás.

Nos fuimos a casa y Yadiel cargó a Yasmérlin, quien seguía profundamente dormido, hasta la cama. Nos despedimos con un abrazo y ya solo quedaba esperar la llegada del fin de semana para un encuentro que de seguro haría historia en nuestras vidas.

Capítulo XII

Desde que llegamos a casa, inició la búsqueda del lugar ideal. Ambos nos enviamos varias opciones que decidimos descartar por mínimos detalles que, para lo que teníamos en mente, para nosotros significaban mucho. Después de una exhaustiva búsqueda, el viernes en la mañana por fin encontramos el lugar perfecto. Era un apartamento en un octavo piso que estaba cerca del malecón de santo domingo. Este contaba con una terraza privada en la parte de arriba, la misma tenía un jacuzzi, y un área un poco al descubierto que permitía admirar la belleza del mar con una vista increíble. Resultó costoso, es verdad, pero según las fotos y la descripción del lugar, valía la pena cada centavo.

Yadiel y yo nos juntamos alrededor de las 1:00 pm. El registro era a las 3:00 pm, pero como queríamos pasar por el supermercado a comprar algunas cosas, acordamos salir a esa hora. Llegamos al apartamento alrededor de las 2:30 pm. La persona encargada de hacernos la entrega ya se encontraba esperándonos en la recepción para llevarnos hasta el lugar, darnos un recorrido y entregarnos las llaves.

Al entrar en el apartamento, nos dimos cuenta de que las fotos ni siquiera se acercaban a la majestuosidad de aquel espacio. Todo estaba tan impecable y tan bien organizado que sentíamos que era mejor no tocar nada, y daban ganas de solo pararse en una esquina a admirar tanto orden en un solo lugar.

El recorrido inició en la sala de estar, un espacio donde cada detalle parecía contar una historia. Al fondo, justo frente a la entrada, se erguía un elegante mueble de color gris, adornado con cojines negros y rayas doradas que reflejaban la luz de una manera sutil y encantadora. A la izquierda, se apreciaba una amplia salida que conducía a un balcón. Esta estaba cerrada con una puerta corrediza de cristal, cubierta por unas cortinas de un delicado color pastel que caían hasta el piso. A la derecha, se encontraba el área del comedor, un camino que dirigía a la cocina y un pasillo que llevaba a las habitaciones. Además, se elevaba una elegante escalera que conducía hacia la terraza.

El recorrido por las habitaciones fue rápido. Luego se nos mostró la cocina y todo lo que teníamos a nuestra disposición. Salimos al balcón y la vista desde allí era simplemente estupenda. Sin embargo, este no era muy espacioso; apenas cabían unas dos sillas y estaba limitado por un cristal que daba vértigo al pararse muy cerca de él. Se veía tan frágil que era preferible contemplar el paisaje desde la salida, donde la seguridad era mayor. Observamos el mar desde allí por un momento y luego nos dirigimos a la escalera que llevaba a la terraza, y, ¡Dios! Al subir, del lado izquierdo, quedaba el jacuzzi. Más allá, un cristal circundaba el área y desde allí, a través de este, se podía disfrutar de la impresionante belleza del mar y de la incansable ciudad. Esta área estaba techada, y sobre nuestras cabezas colgaban unas luces incandescentes que le daban un toque especial a aquel rincón. Del lado derecho se encontraban algunos muebles de exterior, una pequeña mesa y algunas plantas dispersas.

Yadiel y yo nos miramos y creo que ambos nos perdimos en los mismos pensamientos mientras el señor daba explicaciones sobre cómo utilizar el jacuzzi, cómo encender las luces y otras cosas que no alcancé a escuchar.

Reaccioné ante la interrogante del señor sobre si teníamos alguna pregunta, y luego de mirarlo, volví a voltear la vista hacia Yadiel, pero esta vez haciendo un gesto para que le pidiera que por favor volviera a explicarlo todo.

Una vez estuvimos solos, nos sentamos en la sala y comenzamos a hablar sobre cómo escogeríamos lo que haríamos primero.

—Antes de iniciar todo lo que pasará de aquí a mañana, ¿Cómo quisieras que sea? ¿De manera espontánea? ¿Lo discutimos antes de hacer cada cosa? O, ¿Hacemos una lista previa de las cosas que podemos hacer, las enumeramos y lo hacemos en ese orden? —me preguntó Yadiel, con un tono un poco serio.

—Tú si te complicas. Ve a servirme una copa de vino y te diré como lo haremos.

—Al parecer ya tienes todo calculado.

—Tengo una idea. Pero primero el vino y luego la comparto.

Yadiel se puso de pie y se dirigió a la cocina para servir el vino, mientras tanto, yo me dirigí a la habitación y busqué la hoja de papel con las fantasías de Yadiel, y una libreta y un bolígrafo que tenía en mi cartera. Al regresar a la sala, ya Yadiel estaba sentado con las copas de vino en la mano. Me senté y al tiempo que tomaba mi copa le dije:

—Vamos a tomar algunos papelitos y vamos a anotar las cosas que se podrían hacer durante nuestra estadía en este apartamento. Pondremos las tuyas en una bolsa y las mías en otra. Primero empezaremos con las tuyas, ya que la última fue una de las mías. Las tuyas son:

- Hacerlo en un lugar donde desde afuera se pueda ver nuestra silueta. —Esa se puede hacer. —dije, resuelta.
- Hacerlo en la orilla de la playa. —Esa no va. —añadí.
- Verme masturbándome mientras te paseas desnudo por la habitación. —Esa es posible. —dije, llevándome el bolígrafo a la boca.
- Hacerlo bajo la lluvia. —Bueno, no creo que vaya a llover hoy, así que déjala fuera. —concluí, sin apartar la vista de la hoja de papel.

—Eso quiere decir que hay dos de mis fantasías que se pueden cumplir, y hay dos que no.

—Exacto. Toma, ve anotándolas en estos trozos de papel. —le dije, mientras seguía sacando otros recortes de una de las hojas de la libreta.

—No tienes que ponerla completa. Pon silueta y en el otro pones “masturbación”. —agregué, concentrada en lo que estaba haciendo.

—Bien!

—Entonces ahora vamos con las mías. —le dije, mientras extendía la mano para que me pasara la hoja de papel con mis fantasías.

Luego, me di un gran trago de vino y comencé a leer:

- Hacerlo en un lugar abierto, un lugar donde alguien podría estar viéndonos. —Eso se

podría hacer en la terraza. —dije sin vacilar.

—Pero durante la noche, ¿Cierto? —preguntó Yadiel, un poco intrigado.

—No, me gustaría que fuera así durante el dia. De noche no tendría mucho sentido.

Yadiel se puso rojo, y medio nervioso me dijo:

—No creo que sea una buena idea, alguien nos podría grabar.

—No te preocupes por eso, confía en mí. —le dije, mientras disfrutaba de sus nervios y sonreía por dentro.

—Bueno, veremos qué pasa. —me dijo, no muy convencido.

—Entonces continuemos. —agregué.

Ĥ Grabarme teniendo sexo.

Hice una pequeña pausa y luego le dije:

—Esa se puede hacer. Pero hay algo que quiero aclarar sobre eso. Lo grabamos con mi teléfono y mañana antes de irnos lo borramos sin que quede rastro alguno de que alguna vez existió ese video.

—Estoy de acuerdo. —afirmó con convencimiento.

—Muy bien. Entonces continúo.

Ĥ Hacerlo en el baño de un lugar público. —Esa ya la hicimos. —dije casi de inmediato, volviendo a llevarme el bolígrafo a la boca.

Ĥ Tener sexo durante una noche completa. Tomar pequeños recesos, y hacer cualquier cosa, pero que lo hagamos hasta el amanecer.

—¿Crees que puedas hacer eso hoy? —le pregunté.

Yadiel se quedó un poco pensativo y luego me dijo:

—Podemos intentarlo. Me parece haber visto café en la cocina. Cualquier cosa nos preparamos uno en la madrugada.

—¡Perfecto!

Ĥ Tener sexo en un hospital. —Esa no va. —dije tan pronto lo leí.

Ĥ Vestidos de policía y de prostituta. —Tachado. —concluí sin más.

—Entonces eso quiere decir que hay tres de tus fantasías que se pueden cumplir esta noche y una que no. —dijo Yadiel mientras completaba mi copa de vino.

—Sí. Pero la de grabarnos se puede hacer en cualquier momento de la noche, así que, básicamente sólo llevaremos dos a cabo. Solo debemos asegurarnos de grabarnos en algún momento.

—Me parece que será una larga noche.

—Lo será. Le dije, mientras subía una de mis piernas sobre su regazo.

Capítulo XIII

Doblamos los pedazos de papel que contenían las fantasías de Yadiel y los pusimos en una bolsa, luego los movimos y mientras yo la sostenía, dejé que él sacara uno. Este decía “Silueta”.

Nos quedamos hablando un rato y seguimos tomando vino, esperando a que anocheciera para que la fantasía pudiera cumplirse de la mejor manera posible. Ya ansiábamos arrancarnos la ropa y entregarnos a la pasión en ese mismo instante. Sin embargo, no había necesidad de apresurarse, pues la noche era larga y debíamos conservar nuestras energías.

Pasadas las 7 de la noche, empezó a oscurecer. Encendimos la luz de la sala y corrimos las cortinas, luego, nos turnamos para que uno saliera y cerrara el cristal, y de ese modo, confirmar que desde fuera se pudiera ver la silueta del que permanecía adentro, tal y como queríamos. Pasados unos minutos en esta dinámica, oscureció por completo, y era perfecto; el contraluz y el tipo de cristal favorecía inmensamente para que tan solo se distinguiera una silueta. Además, la ubicación del edificio y la forma del balcón hacía que pudiera verse perfectamente desde la calle. Es decir, cualquier persona que alzara la mirada a ese octavo piso, podría ser capaz de ver nuestras siluetas a través del cristal, y todo lo que estuviéramos haciendo.

Acercamos un pequeño mueble a la entrada del balcón para que sirviera de apoyo a cuantas cosas se nos ocurrieran durante ese rato. Fui a la cocina para llevar las copas y evitar cualquier accidente sobre el impecable mueble gris, y en el momento que me dispuse a regresar, me encontré a Yadiel a mitad de camino, con una cara tan extraña que me recordó a Yasmérlin cuando no puede contener la emoción.

—Está lloviendo, Esmeralda! ¡Está lloviendo! —me dijo, como si no pudiera creer lo que él mismo estaba diciendo.

—¿Cómo que está lloviendo si ahora mismo estaba todo despejado?

—Sí, está lloviendo, sal al balcón y verás.

Un poco incrédula, me asomé al balcón y era cierto, estaba lloviendo. Antes de que pudiera voltearme, sentí a Yadiel tomarme de la mano y llevarme con él hasta la escalera. Al subir, apagó las luces, se quitó los zapatos y el cinturón, se me acercó y me preguntó:

—¿Tienes algo de valor en los bolsillos?

—Creo que no.

—Entonces quítate los zapatos y metámonos bajo la lluvia con todo y ropa.

Yadiel tenía puesta una camisa amarilla de cuadros y un pantalón corto de color crema. Yo por mi parte, me había puesto un vestido rojo ajustado que me llegaba hasta las rodillas, y unos zapatos de color blanco. Procedí a quitarme los zapatos, y casi de inmediato, Yadiel me llevó hacia el área de la terraza que estaba descubierta para que la lluvia empezara a caer sobre nosotros.

Empezamos a besarnos, y en ese momento tan solo estaba cayendo una llovizna, pero a medida que pasaron los minutos, esto fue cambiando, hasta que un fuerte aguacero empezó a caer sobre

nosotros. Se notaba lo mucho que esta situación excitaba a Yadiel, ya que ante cada trueno que se escuchaba, me apretaba con fuerzas y me mordía los labios. Aun estando de pie, Yadiel empezó a meter su mano derecha por mi vestido y me alzó la pierna izquierda para que la arqueara sobre su cintura. Con la otra, me haló por el cabello para que echara la cabeza hacia atrás y comenzó a besarme el cuello. Sentía las gotas de lluvia salpicar con violencia directamente contra mi cara. Cerré los ojos, y a pesar de toda el agua que se desplazaba por mi cuerpo, yo solo podía sentir a Yadiel encendiéndome como solo él lo sabía hacer.

Con mi pierna izquierda arqueada sobre su cintura, y con el movimiento tambaleante de mi cuerpo, tuve que aferrarme a su espalda con una mano y a su cuello con la otra, mientras la subía y la bajaba acariciando la parte de atrás de su cabeza. Yadiel volvió a retomar mis labios, y al mismo tiempo empezó a apretar mis nalgas con fuerza. Luego bajó mi pierna, y alzó mis brazos para quitarme el vestido. Al quitármelo, trató de volver a besarme, pero lo empujé un poco y empecé a desabotonar su camisa. Al quitársela, quité el botón de su pantalón mientras hacía un esfuerzo por mirarlo a los ojos entre tanta lluvia.

Seguía mirándolo fijamente cuando quité el botón y abrí el zíper, y sin bajarle el pantalón, metí mi mano derecha por sus calzoncillos y le saqué el miembro. Coloqué la palma hacia arriba y lo sostenía allí, luego empecé a deslizar mi mano hasta sus testículos y otra vez hacia la punta. Me agaché y bajé sus pantalones junto con sus calzoncillos, después me llevé el pene a la boca y di inicio al sexo oral. El agua continuaba cayendo a cántaros, pero eso no me impedía escuchar los gemidos de Yadiel, quien estaba tan excitado que los dejaba salir sin reprimirlos.

Saqué el pene de mi boca y empecé a lamerlo hasta llegar al escroto. Era como si tratara de tomarme el agua que le salpicaba de todas partes. Lamí sus testículos y volví a deslizar la lengua hasta el tronco, otra vez por abajo y finalmente a la punta. Una vez más procedí a metérmelo casi hasta la garganta, y en este momento, empezó a sostenerme la cabeza con ambas manos. Usé mi mano derecha para masturbarlo con la mitad de su miembro aun en la boca, y utilicé mi mano izquierda para apoyarme agarrándome de sus nalgas. Después de un rato haciendo este movimiento continuo y combinando la absorción con el ritmo de masturbación, sentí su semen llenarme toda y escurrirse por mis labios, mientras Yadiel contraía el trasero y dejaba escapar un gemido agudo.

Escupí una parte del semen y me tragué la otra. Luego me puse de pie y tomé a Yadiel de la mano para que nos sentáramos en uno de los muebles que estaban allí afuera. Yadiel se sentó y echó la cabeza hacia atrás, como tratando de recuperar el aliento. Yo crucé los brazos intentando mitigar el frío que estaba comenzando a sentir. Pasó un momento y Yadiel se puso de rodillas en frente de mí, y alzando mis piernas me miró y me dijo, ahora te toca a ti dármela toda. Colocando su mano derecha sobre mi seno izquierdo, empezó a pasar su lengua por los alrededores de mi vagina. A ese maldito le encantaba hacerme sufrir, llenarme de ganas para luego quitármelas todas, a su ritmo. Después de unos segundos, comenzó a lamer mi clítoris. Su lengua se movía con destreza y sus labios se paseaban tímidos por los míos. Metió dos dedos en mí y, mientras los entraba y los sacaba, sincronizó esos movimientos con los que hacía con la boca. Mi cuerpo empezó a retorcerse y dejé que mis piernas descansaran sobre su espalda. Empecé a apretar su cabeza y a clavarle las uñas, pero él no paraba. Mantuvo el mismo ritmo: apretando mis senos con su mano derecha, primero uno y luego el otro, dos dedos de su mano izquierda entrando y saliendo de mí, y su lengua haciendo maravillas en mi clítoris. Así fue

como, en un momento, todo mi cuerpo estaba temblando y, con la respiración entrecortada, venirme tan rico fue algo inevitable.

Yadiel se puso de pie y me observaba mientras trataba de recuperarme. El agua seguía cayendo con violencia y era un poquito difícil respirar estando tan sofocada. Su pene ya estaba erecto otra vez y aunque acababa de venirme, me apetecía tenerlo dentro. Me paré frente a él y mirándolo a los ojos le di un beso, luego, me puse de espaldas y me agaché para sostenerme del mueble, quedando en la posición perfecta para que Yadiel me penetrara.

Este no perdió tiempo y enseguida pude sentir su pene calentito entrar en mí. Con sus manos en mi cintura, me apretó con firmeza y empezó a darme duro. La intensidad de la lluvia disminuía gradualmente, por lo que nuestros gemidos se podían escuchar con más fuerza. Apoyé mi rodilla derecha sobre el mueble, levantando un poco la pierna, y Yadiel comenzó a moverse de la manera que él sabía que me encantaba. Después de un rato, sentí que se hallaba a punto de venirse, pero él no quería eso, no en ese momento, por lo que cambiamos de posición. Él se sentó en el mueble y yo me subí encima de él. Para ese entonces ya casi no llovía y el frío comenzaba a sentirse más, lo que nos hizo acelerar un poco las cosas. Empecé a moverme más rápido al tiempo que lo besaba. Él se sentía desesperado, como si no quisiera venirse de una vez. Apretaba mis nalgas, me sostenía de la cintura, me halaba el cabello, pero no disminuí ni cambié el modo en que movía mi cintura. Todo eso hasta que me abrazó con fuerza, y dejó escapar ese grito tan particular que indicaba que se había corrido de un modo fenomenal. Yo, por mi parte, también me vine muy rico, un momento después de él, mientras su pene aún seguía firme y él me abrazaba con ternura recostando su cabeza contra mi pecho.

Entramos al Jacuzzi para calentarnos un poco, y permanecimos en silencio mientras veíamos cómo la intensidad de la lluvia aumentaba y disminuía constantemente. Yadiel estaba recostado del borde de este y yo me acomodé de espaldas entre sus brazos.

—Se te dio la fantasía de la lluvia. —le dije, con la voz un poco ronca.

—Sí, al parecer esta noche será mejor de lo que esperaba.

—Sí, empezamos muy bien. Pero ya tengo hambre. ¿Qué te parece si bajamos a cocinar?

—Sí, yo también tengo hambre. Creo que es momento de que cocines mientras yo te observo.

—Ja, ja, ja. ¿Eso crees? Vamos a cocinar los dos. Camina. —Le dije, mientras salía del Jacuzzi.

Al salir, nos dimos cuenta de que olvidamos llevar una toalla, y tuvimos que quedarnos allí parados durante un rato para secarnos un poco de manera natural y no mojar todo el piso. Cuando sentimos que nos habíamos escurrido lo suficiente, entonces bajamos con cuidado por las escaleras y fuimos directamente a la habitación por algo de ropa seca.

Yo me puse unos bóxeres negros y una camiseta de color gris que Yadiel pretendía ponerse, pero que le quité con una sonrisa traviesa. La camiseta me quedaba un poco grande, cayendo como un vestido hasta justo por encima de mis rodillas. A Yadiel, no le quedó más remedio que vestir una franela blanca y unos pantalones cortos de color negro. Aunque no era su primera elección, el contraste de los colores resaltaba su figura de manera casual y encantadora.

Pusimos algo de música, fuimos a la cocina y empezamos a preparar una pasta. A Yadiel lo hice

picar las cebollas y los tomates, majar un poco de ajo y pelar algunos plátanos para hacer tostones. Yo me encargué del resto. Mientras estábamos allí, cada uno en lo suyo, una sonrisa se me pegó en el rostro y disfruté de cada segundo de ese pequeño momento. Me causó una gran satisfacción que pudiéramos coordinarnos tan bien en algo que no fuera sexo.

Preparamos unos linguinis con camarones, acompañados de tostones. Cuando todo estuvo listo, nos sentamos a comer en la sala. Aunque el comedor era muy lindo y estaba elegantemente dispuesto, nada se compara con la comodidad de un buen sofá, especialmente en una noche como aquella. Desde allí, podíamos disfrutar de las últimas gotas de lluvia que seguían cayendo, lo que hacía la noche mucho mejor de lo que ya era. El aroma de la comida se mezclaba con el frescor del aire húmedo, y la calidez del sofá nos envolvía, convirtiendo ese momento en una experiencia memorable.

Envolví un poco de pasta en mi tenedor y la llevé hasta la boca de Yadiel, acción que unos minutos más tarde repetí hasta que ya no quedaba nada en mi plato, pues ya me hallaba satisfecha y no quería que se desperdiciara. Acabamos la botella de vino que destapamos temprano y procedimos a abrir la siguiente. Yadiel se encontraba a mi derecha y, mientras hablábamos sobre una serie que los dos habíamos visto, subí mis piernas en su regazo. Fue entonces cuando empezó a acariciarlas lentamente: haciendo círculos con las puntas de sus dedos sobre mis pantorrillas y luego subiendo hasta mis muslos. Mis pezones, debajo de esa camiseta gris que me había puesto sin un sostén de por medio, rápidamente se empezaron a marcar, cosa que él notó enseguida y le hizo darse cuenta de lo mucho que me estaba excitando.

Se acercó a mi cuello y empezó a besarme lentamente mientras se ponía de rodillas sobre el mueble. Sus besos fueron como una llave que empezaron a abrir mis piernas hasta arquearlas sobre su cintura. Con sus manos aun en mis muslos, comenzó a subir la derecha por encima de la ropa, y al tenerla sobre mi pecho, apretó mis senos con delicadeza, pero de manera firme. En este momento, dejó de besarme el cuello y pasó su lengua por mis labios. Sus dedos apretaban mis pezones, primero uno, y luego el otro. Mi cuerpo ya no me respondía, sino que respondía a cada uno de sus actos, los cuales hacía con el propósito de excitarme más. Mi vagina buscaba el contacto con su pene, pero por más que me alzaba no podía lograrlo. Ese maldito lo sabía, sabía que quería sentir la fuerza de su erección como si eso fuera a calmarme. Sin embargo, él seguía navegando entre mi cuello y mi boca, sin darme un beso de verdad, solo rozando sus labios con los míos y pasándome la lengua para humedecerlos.

Cuando se cansó de torturarme, empezó a besarme de verdad y se recostó sobre mí para que finalmente pudiera sentirlo como tanto anhelaba. Su cuerpo se unió al ritmo del mío y sus besos empezaron a sentirse más candentes. Nos pusimos de pie y nos dirigimos al mueble que habíamos colocado anteriormente cerca de la salida hacia el balcón. Yadiel se sentó y mientras yo estaba de pie frente a él, me quité la camiseta y me quedé soló con el bóxer. Me coloqué hacia un lado del mueble para quedar de perfil hacia el balcón, teniendo en cuenta cómo era la fantasía de Yadiel. Si alguien nos miraba de frente, yo quedaría del lado izquierdo y Yadiel del lado derecho. Yadiel se acomodó para quedar frente a mí, él aún sentado y yo de pie.

Yadiel empezó a besar mi abdomen y yo sostenía su cabeza con ambas manos mientras dirigía mi mirada al techo. Cerré los ojos y sentí el cosquilleo de sus besos recorrer mi piel de un lado a otro. Con las piernas abiertas, me senté sobre él, otra vez buscando sentir su erección contra mi

vagina. Lo besé y empecé a balancearme producto de todo el placer que estaba sintiendo. Yadiel se escapó rápidamente de mis labios y comenzó a lamer mis pechos, sus manos apretaban mis nalgas y acariciaban mis piernas con desesperación. Le quité la franela y empecé a acariciar su espalda, a disfrutar de esos músculos tan firmes y de esos hombros tan robustos que resaltaban su masculinidad.

Me puse de pie y con un gesto le indiqué que quería que me permitiera sentarme y que él se pusiera de pie. Una vez así, bajé sus pantalones y empecé a acariciar su pene por encima de sus calzoncillos. Él intentó bajarlos, pero lo detuve y le dije que los mantuviera así, posteriormente, lo fui bajando despacio hasta que su miembro saltó en mi cara como un resorte. Lo agarré con la mano izquierda y la deslicé hasta el tronco para revelar su glande, luego, le pasé la lengua desde abajo hasta arriba y volví la vista hacia su rostro. Yadiel se mordía los labios y con la mirada me rogó que lo entrara entero en mi boca.

Terminé de bajar sus calzoncillos y lo saqué de entre sus pies, y entonces sí, me metí todo su pene en la boca y empecé a mover mi cabeza hacia adelante y hacia atrás para darle placer. Sus manos empuñaban mi cabello y su cintura se movía tímidamente para sincronizarse con el ritmo de mi cabeza. Después de un rato, lo saqué y me recosté un poco para quitarme el bóxer. Él estaba desesperado y me ayudó a quitármelo, y enseguida, se puso de rodillas y metió sus dedos sobre mí mientras me miraba a los ojos. Yo, sin poder evitarlo, de inmediato puse mi cara de mujer que está recibiendo mucho placer y le pedí que me penetrara. Cuando sacó sus dedos, me paré y me puse de espaldas, apoyada del pequeño mueble con las manos y una de mis rodillas, y entonces lo sentí. Sentí su pene entrar por mi vagina inundada por mis líquidos. Un gemido inició una larga sesión de sexo que en ningún momento fue lenta. Nuestra hambre voraz y el retardo de un segundo polvo hicieron que los cuerpos que anteriormente estaban mojados por la lluvia, esta vez estuvieran mojados por el sudor que brotaba de nosotros. Él sentado y yo encima, yo recostada medio de lado en el mueble y él de pie, yo con las manos sobre el cristal del balcón, él sobre el brazo del mueble y yo con un pie enganchado del mismo, las posiciones no bastaban para saciar la sed que el deseo y dos botellas de vino habían despertado.

Agotados, pero super complacidos, nos tiramos, él en el mueble y yo sobre la alfombra, desnudos y casi sin poder respirar. Cuando recuperamos el aliento, me envolví una toalla y subí a la terraza para recoger la ropa que habíamos dejado allí tirada. Ya no estaba lloviendo, sin embargo, allí arriba se sentía ese olor a lluvia que, combinado con el silencio y los residuos de agua que aún chorreaban de algunos objetos, infundía paz.

Me acerqué a una de las esquinas que quedaba al descubierto, y recostándome un poco de la pared, empecé a vislumbrar esa ciudad que seguía corriendo, tan normal y tan ajena a todo lo que estaba pasando en mi vida. El aire fresco soplaba sobre mi cara y, cruzando los brazos, comencé a pensar en todo lo que estaba haciendo. En cómo la muerte de Carlos me había traído de vuelta al país, la relación tan bonita que Yadiel estaba forjando con Yasmérlin, y el haberme embarcado en toda esa locura de cumplir mis fantasías con Yadiel. Sabía que todo eso acabaría, y que por más que quisiera cerrarme ante mis sentimientos, otra vez terminaría sufriendo.

Me hallaba absorta en mis pensamientos cuando escuché la voz de Yadiel detrás de mí.

—¿En qué piensas?

—En nada en particular. Sólo estaba tomando un poco de aire fresco y disfrutando la vista.

—¿Segura? Parecías estar muy perdida en tus pensamientos.

—Sí, estaba pensando. Pero no en nada especial. Simplemente, —hice una pequeña pausa, buscando la manera de no sonar tan seria—tú sabes, es que todo ha pasado tan rápido: la muerte de Carlos, tú y Yasmérlin, —volví a hacer otra pausa, tratando de restarle importancia a lo que seguía—nosotros. Es decir, siento como que ayer estaba en Estados Unidos y que hoy mira dónde estoy, como que así, todo tan rápido.

—Sí, en verdad han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo. Yo también siento que en un par de días ya han pasado un par de años de vivencias y emociones.

—Pero la vida es así. A veces pasas años viviendo una rutina tan monótona que, al mirar atrás, te preguntas en qué se te ha ido el tiempo. Sientes que no has hecho nada, que te has quedado atrapado en un círculo donde todo se repite una y otra vez, día tras día. Sin embargo, hay etapas en las que vives como todo a la vez, y entonces no puedes creer que haya pasado tanto en tan poquito tiempo.

Yadiel dio muestras de que iba a decir algo, pero luego pareció arrepentirse y guardó silencio mientras ambos contemplábamos la ciudad desde allí arriba. Lo miré por un momento, y podría jurar que vi un atisbo de tristeza en sus ojos. Era como si estuviera reflexionando sobre lo que yo acababa de decir, y esa reflexión le causara sufrimiento. Sus ojos, que anteriormente rebosaban alegría, ahora estaban nublados, como si un velo de melancolía los cubriera. Me pregunté qué pensamientos podrían estar atravesando su mente, qué recuerdos dolorosos emergían en su ser. Sentí una punzada en el corazón al verlo así, deseando poder aliviar esa carga invisible que parecía llevar consigo en ese instante. Pero no era mucho lo que podía hacer, pues yo me sentía igual, o tal vez peor.

—Bueno, vamos a bajar que está haciendo frío. Ahí en la silla está la ropa, revisa a ver si te falta algo. —le dije.

Yadiel se dirigió a la ropa, la revisó y me confirmó que no faltaba nada. Me acerqué para tomar algunas cosas, pero él me dijo que se encargaría y no permitió que lo ayudara. Bajamos y pusimos la ropa en la lavadora, luego recogimos y organizamos todo, y después tomamos una ducha juntos para recostarnos a descansar un poco.

Capítulo XIV

Yadiel se tumbó en la cama con la toalla enrollada en la cintura, y empezó a revisar su celular. Yo me quedé un rato en el baño para secarme un poco el pelo con un secador que había allí. Tardé unos minutos en eso, y cuando salí, Yadiel se hallaba medio dormido. Traté de no hacer mucho ruido para no despertarlo, pero mientras ponía un poco de crema sobre mis piernas, alcé la mirada para verlo, y este se encontraba con los ojos entreabiertos, observando cómo me aplicaba la loción. Su cara denotaba algo de satisfacción al verme, se veía concentrado, como si no fuera mi propia piel la que estaba acariciando, como si le estuviera aplicando la crema a él.

—Sigue durmiendo. Debes estar muy cansado. —le dije.

—No es hora de dormir, aún tenemos un par de cosas pendientes.

—No creo que podamos cumplir con el itinerario, ya los dos estamos muy agotados. Creo que tendremos que dejar esa fantasía mía para una noche que la utilicemos sólo para eso y nada más.

—¿Estás segura?

—Pero mírate, en la cara se te ve lo agotado que estás. Y para qué te miento, yo también me siento un poco cansada. No quisiera que lo hiciéramos sólo por cumplir y tachar una más, es algo que me gustaría disfrutar al máximo.

—Por una parte, tienes razón. Creo que lo disfrutaríamos más si dedicáramos una noche sólo para eso.

—Es lo que digo. Así después no puedes poner la excusa de que estás muy cansado.

—¿Alguna vez te he dicho que estoy cansado? —me preguntó, mientras se incorporaba para sentarse— Yo siempre te he dicho que nunca me canso de ti.

Me incliné un poco para darle un beso y luego me fui a poner la crema en su lugar. Después, fui y me acosté a su lado, quedando a su izquierda. Yadiel se acomodó para que me recostara en su pecho, y cuando lo hice, empezó a acariciarme el pelo. Cerré los ojos y acomodé mi pierna izquierda entre las suyas para sentir su calor.

No sé por cuanto tiempo, pero nos dormimos un buen rato, así, con las luces encendidas y los dos con las toallas puestas. Me desperté un poco desorientada y tomé el celular de Yadiel para ver la hora, eran las 1:08 am. Me salí de entre sus brazos y fui a la cocina por un vaso de agua porque estaba sedienta. Al regresar a la habitación, me paré en la puerta y me quedé observando a Yadiel mientras dormía. Me llevé el dedo índice de la mano izquierda a la boca, y mientras mordisqueaba mi uña, comencé a pensar en todo lo que había pasado desde aquel verano del 2008, cuando él y yo nos conocimos. En aquel entonces, éramos dos jovencitos que nunca se habrían imaginado que, unos años más tarde, tendríamos esa manera tan única de tener sexo, y mucho menos, que compartiríamos un hijo.

Fui a mi cartera para revisar mi celular y ver si alguien me había llamado o si tenía algún mensaje importante, pero sólo encontré uno de mi madre pidiendo que me cuidara mucho y deseándome las buenas noches. Luego, busqué esa hoja de papel ya un poco arrugada, en donde

estaba la lista de fantasías de Yadiel escrita con su letra. La tenía en un bolsillo de mi cartera, en un pequeño espacio que ya le pertenecía.

La leí por primera vez cuando Yadiel me hizo la propuesta de llevarlas a cabo para cerrar el ciclo de nuestra historia; sin embargo, ya me las sabía de memoria. Puesto que, desde ese día, el buscar la hoja de papel y leerla de vez en cuando se convirtió en un hábito. Consideré tachar las que ya habíamos cumplido, pero luego pensé en que tachar esa le correspondía a él, y a mí la mía. Volví a doblar el papel sin mucho esfuerzo, puesto que ya tenía las líneas bien marcadas y se doblaba casi por sí solo, y lo coloqué otra vez en ese pequeño bolsillo reservado para él. En ese instante, Yadiel abrió los ojos y tomó su celular para ver la hora.

—Pensé que ya había amanecido. Siento que dormí 10 horas.

—Ja, ja, ja. Eso quiere decir que descansaste.

—Sí. Me siento como nuevo. Y tú, ¿Pudiste descansar?

—Sí, dormí un buen poco, pero me levanté hace unos minutos porque tenía mucha sed.

—Yo también tengo mucha sed. —dijo, mientras pretendía pararse de la cama.

—Tranquilo, quédate ahí. Yo te busco agua.

Fui a la cocina, tomé un vaso y llevé la jarra de agua a la habitación.

—No sabía que tanta sed tenías, así que traje toda el agua por si un vaso no es suficiente. Yo tuve que tomarme dos. —le dije, mientras le servía un vaso.

—Sí, creo que también me tomaré más de uno.

Yadiel se tomó dos vasos de agua y la mitad de un tercero. Entonces volvimos a acostarnos en la misma posición que lo habíamos hecho anteriormente, pero esta vez yo me acosté a su derecha.

Hablamos por un momento, pero después ambos nos quedamos en silencio. Yo metí mi mano por la apertura de la toalla y empecé a acariciar su miembro, y ahí, entre mis manos, comencé a sentir cómo crecía y se endurecía lentamente. Cuando estuvo erecto por completo, empecé a besarlo sin soltarlo. Lo masturbaba mientras lo besaba y sus manos empezaron a moverse por mis piernas y entre mis nalgas. Mordí su labio inferior y lo mantuve entre mis dientes mientras me le despegaba un poco y lo miraba a los ojos, cuando vi que me miró, entonces lo solté y también solté su pene mientras le pedía que se parara de la cama.

—¡Bájate!

—¿Cómo así? ¿Qué pasó?

—Que es hora de cumplir otra de tus fantasías, tonto.

—¡Ah! Ya voy.

Yadiel se levantó y se paró en el extremo de la cama. Yo procedí a quitarme la toalla y me acosté boca arriba con las piernas abiertas. Yadiel siguió mis pasos y también se quitó la toalla y se quedó parado frente a mí con el pene super erecto.

—Espero que disfrutes esto. —le dije, mientras llevaba los dedos índice y medio de mi mano

derecha a mi boca.

Humedecí mis dedos y de manera sensual los llevé hasta mi vagina para empezar a masturbarme. Coloqué mi mano izquierda sobre mis senos, y empecé a acariciarlos, saltando de uno al otro mientras pasaba mis dedos por mi clítoris. Yadiel me miraba fijamente al tiempo que acariciaba su pene. Se mordía los labios y se le notaban las ganas que tenía de saltar sobre mí. Pero era su fantasía, quería verme masturbándome mientras él sólo se paseaba por la habitación.

Después de un momento, comenzó a subir mi excitación. Observaba a Yadiel y miraba su pene, luego cerraba los ojos y me lo imaginaba saltando sobre mí con desesperación. Lo imaginaba besándome, chupando mis pezones, pasando sus manos por todo mi cuerpo. Comencé a introducir mis dedos medio y anular dentro de mí y a imaginarme que era el pene de Yadiel que me penetraba. En ese momento, empecé a gemir mientras los entraba y sacaba con rapidez, como si fuera Yadiel quien me estuviera dando duro y haciéndomelo rico al tiempo que apretaba mi cuello con sus manos firmes.

Abrí los ojos y Yadiel también se estaba masturbando. Al parecer mis gemidos y el movimiento de mi cuerpo lo excitaron bastante. Saqué mis dedos y me concentré en mi clítoris. Sabía muy bien cuál era la manera de venirme, y ver a Yadiel tan excitado me excitaba aún más. Volví a llevar mis dedos a mi boca para humedecerlos y regresé a mi clítoris, esta vez decidida a correrme. Seguía acariciando mis pechos y cerré los ojos otra vez para imaginarme a Yadiel sobre mí, pidiéndome que se la diera. Mis manos aceleraron, mis gemidos se intensificaron y mi cuerpo se retorcía. Contuve un poco la respiración y ¡¡¡Ah!!! Un gemido prolongado dejó escapar el aire que por un momento había retenido. Me vine, pero me vine de una manera tan rica que me quedé sin fuerzas.

Abrí los ojos y miré a Yadiel, este me miraba con una sonrisa pícara y me dijo:

—Parece que lo disfrutaste más que yo. Al parecer lo hiciste pensando en alguien que te gusta mucho.

—¡Cállate! —le dije, sintiendo un poco de vergüenza.

Yadiel se acercó y me dio un beso. Luego se recostó a mi lado, dándome espacio y tiempo para que recuperara el aliento. Me senté en la cama y me tomé un poco de agua, luego miré a Yadiel y le dije:

—Ya es momento de que cumplamos una de mis fantasías.

—Sí, al final ni siquiera le hicimos caso a tu idea de los pedazos de papel.

—dijo Yadiel en tono de burla.

Me paré y fui por mi teléfono, luego lo coloqué en una silla que quedaba a un costado de la cama y busqué el ángulo apropiado para grabarnos. Lo coloqué de modo que pudiera verse la cama completa a lo largo. De esta forma se podía grabar todo lo que hiciéramos. Una vez hallé el ángulo perfecto, inicié la grabación. Me acerqué a la cama lentamente y me subí encima de Yadiel, quien aún se encontraba acostado boca arriba. Me senté sobre sus muslos y comencé a acariciarle las tetillas, luego arrastré los dedos lentamente hasta llegar a su pene y lo sostuve con ambas manos. Acaricié sus testículos y masajeé su miembro para que recuperara la poca erección

que había perdido. Después me incliné y lo besé, posteriormente pasé a besarle el cuello, bajé hasta su pecho y volví a su boca. Me acomodé y me penetré yo misma. Suave, lento, tratando de disfrutar cada centímetro de su pene entrando en mí. Una vez estuvo por completo dentro de mí, empecé a moverme de manera sensual, manteniendo ese ritmo sin prisa con el que había iniciado. Yadiel cerró los ojos y puso sus manos en mis pechos, lo escuché gemir y también empezó a moverse con lentitud desde ahí abajo.

Me recliné un poco hacía atrás y apoyé mis manos sobre sus piernas mientras veía al techo y me mordía los labios. Cada vez que me movía sentía su pene en lo más adentro de mi ser, provocándome un placer inmenso. Mis gemidos se unieron a los de Yadiel y nuestros movimientos empezaron a acelerar. Yadiel me tomó de la cintura y empezó a dirigir los míos, los cuales se volvieron más rápidos por un momento, pero luego empezamos a disminuir el ritmo y me cambié de posición. Yo seguía arriba, pero esta vez en cuclillas. Yadiel apretó mis nalgas con fuerzas y volvimos a retomar el movimiento acelerado. Nos miramos a los ojos y los dos disfrutamos de esas caras de placer que teníamos. Duramos un rato en esta posición, pero me comenzaron a doler las piernas y tuvimos que cambiar.

Me acosté y abrí las piernas, pero Yadiel tomó una de ellas y la movió hacia la derecha antes de penetrarme, quedando yo con las dos piernas hacia su lado derecho. Él se sostuvo de mi muslo y empezó a darme duro. Mis gemidos esta vez eran más fuertes que hacía un momento, y parecía no tener intenciones de detenerse. Se movía de una manera tan sensual y precisa que sentía que me iba a dar algo de tanto placer.

El sudor comenzó a brotar de su cuerpo y a salpicar sobre mí, mientras en la habitación se escuchaba el eco de nuestros cuerpos al chocar. De un momento a otro, Yadiel dejó de penetrarme, abrió mis piernas y empezó a practicarme sexo oral. Su lengua jugaba con mi clítoris y sus manos subían y bajaban por toda mi piel. Después de un rato, paró y se puso de pie en el extremo de la cama. Yo me acerqué al borde y me puse de perrito. Con la cabeza clavada entre las sábanas y mi trasero levantado, volvió a entrar en mí. Una fuerte nalgada me tomó por sorpresa, pero ¡Uf! Eso me encantó. Lo repitió un par de veces entretanto me penetraba, yo apretaba las sábanas y disfrutaba de su pene entrar y salir de mí con esa lubricación en el punto exacto.

Yadiel dejó de moverse para descansar un poco y entonces empecé a moverme yo. Él se quedó quieto y solo apretaba y acariciaba mis nalgas con las manos abiertas sobre ellas. Mi cintura se movía hacia adelante y hacia atrás, con un poco de movimiento hacia los lados, para que los dos sintiéramos esa misma sensación tan rica que se sentía cuando su pene entraba en mi vagina mojada.

Cuando Yadiel descansó un poco, volvió a tomar el control. Me daba duro y me nalgueaba constantemente. Al momento que ya se estaba casi viniendo, me agarró el cabello y me echó la cabeza un poco hacia atrás, luego subió un pie en la cama y me empezó a dar más duro todavía. Yo también empecé a venirme, y así, sosteniendo mi pelo y mis nalgas, y con un pie encima de la cama, se vino, dejando escapar un gemido prolongado, y unos segundos más tarde, mientras él movía su cintura terminando de vaciar todo su semen en mí, yo también me vine, con un jadeo aún más prolongado mientras mordía las sábanas.

Yadiel se tiró en la cama boca arriba respirando con dificultad y yo me puse de pie para detener

la grabación. Cuando lo hice, también me acosté mirando el techo tratando de normalizar mi respiración. Me toqué la vagina y se sentía hinchada. Me dolían un poco las piernas y la espalda, pero estaba tan complacida con todo, que esos dolores eran lo de menos.

Después de descansar un poco, me fui al baño, oriné y me metí a la ducha para lavarme. Más atrás fue Yadiel, quien se metió a la ducha justo cuando yo estaba saliendo y me dijo:

—Tengo el pene un poco adolorido, creo que has abusado de mí esta noche.

No pude evitar reírme y entre risas le dije:

—No creas que eres el único, mi vagina también está hinchada, pero eso indica que la hemos pasado bien.

—Estoy completamente de acuerdo.

Luego de secarnos, me senté en la cama desnuda para volver a ponerme un poco de crema en el cuerpo. Ya para mí era costumbre ducharme y hacer esto antes de acostarme, así que me sentiría incómoda si no lo hacía.

Yadiel se tomó el agua que quedaba en la jarra, luego se puso unos calzoncillos, se envolvió la toalla y fue a la cocina para llenar el recipiente y ponerlo en la nevera. Para cuando regresó, yo ya había terminado y me había acostado del lado derecho de la cama. Puso su teléfono a cargar, apagó la luz y también se acostó. Al meterse entre las sábanas, se dio cuenta de que me había acostado completamente desnuda y lo escuché dejar escapar una ligera sonrisa.

—Pasa buenas noches. —me dijo.

—Gracias. Igual tú. —le respondí.

Y en un momento, ya estaba dormida.

Capítulo XV

A altas horas de la noche, sentí las manos de Yadiel acariciando mis pechos dulcemente. Yo me encontraba en ese trance de estar entre durmiendo y despierta, sin embargo, me gustaba lo que estaba sintiendo. Estábamos acostados en cucharita y sentía algo de erección rozando mi trasero. Podría decir con exactitud que no al máximo, pero sí lo suficiente como para dejarse sentir.

Las caricias seguían, sus dedos se movían entre mis pechos y mi abdomen, lo que provocó que me fuera despertando cada vez más. Me volteé y me puse boca arriba, entonces Yadiel aprovechó para llevar su mano hasta mi vagina. Sus caricias eran muy tímidas, al parecer aún tenía dudas sobre si estaba despierta o seguía dormida. Al sentir sus dedos buscando mi clítoris, abrí un poco las piernas y mi cuerpo empezó a responder a sus estímulos. Mi cintura se movía al ritmo de sus dedos atrevidos y mis fluidos no se hicieron esperar. Sentir mis movimientos y lo mojada que me encontraba, fueron la señal que Yadiel estaba esperando para ir con todo. Introdujo un dedo en mí y respondí con un gemido. Después sentí su boca posarse sobre uno de mis senos y empezó a mordisquear mi pezón, luego a pasar la punta de su lengua por todo su alrededor. Sostuve su cabeza y empecé a acariciarle la nuca mientras me retorcía de placer. Y todo esto estaba pasando mientras su dedo seguía dentro de mí.

Levantó la cabeza y comenzó a besarme, sacó su dedo de mi interior y su mano empezó a bajar por mi muslo. Luego, se retiró de mis labios, metió su mano por debajo de mi pierna derecha y le hizo un poco de fuerza para que me pusiera de lado. Yo seguí las instrucciones y le di la espalda, mientas yo hacía esto, él aprovechó para quitarse el calzoncillo, y fue entonces cuando sentí su miembro bien erecto rozar mis nalgas buscando mi humedad. Lo fue moviendo gentilmente hacia arriba y hacia abajo hasta que encontró lo que buscaba, y lo sentí, sentí su pene entrar en mí lentamente mientras me tomaba de la cintura.

Dejé mi pierna izquierda recta y doblé la otra para que pudiéramos estar más cómodos, y Yadiel empezó a moverse. Todo era lento, como si no quisiéramos despertar la noche. Me tomaba de la cintura, acariciaba mis muslos, apretaba mis senos, le dedicaba un tiempo a cada área de mi cuerpo que pudiera tocar.

Después de un rato repitiendo estas acciones, Yadiel se acercó a mi oído y susurrando me dijo:

—Me encantas, Esmeralda. ¡Tú me encantas!

De mí solo salían gemidos que no podía controlar, y estas palabras, de alguna forma, me excitaron mucho más. Moví mi pierna derecha hacia atrás y la arqueé con una de las suyas, esto al parecer lo excitó bastante y aceleró el movimiento de su cintura al tiempo que entraba y sacaba el pene de mí. Ante estos movimientos y el nivel de excitación que había alcanzado, no pude evitar venirme. Yadiel, al sentir cómo se retorcía mi cuerpo y al escuchar mi gemido orgásmico, también se vino poco después de mí. Luego de depositar todo su semen en mi interior, me dio un beso en la mejilla y se acostó con la cara hacia el techo. Yo entonces me volteé, lo besé en la boca y me recosté sobre su pecho mientras él me abrazaba, y ahí me quedé dormida.

Debían ser las 7 y algo de la mañana cuando desperté. Miré a Yadiel y éste dormía como un roble. Le acomodé las sábanas, me levanté, fui al baño y luego fui a la cocina a preparar café.

Cuando este estuvo listo, volví a la habitación para ver si Yadiel se había despertado, pero seguía profundamente dormido. Busqué mi celular y volví a la cocina para llamar a mi mamá mientras disfrutaba de mi taza de café. Ella siempre se despertaba temprano, así que tenía la certeza de que ya se había levantado. La llamé y todo se hallaba bien en casa, Yasmérlin aún estaba durmiendo y no pude hablar con él, pero ya lo vería en la tarde.

Estaba sentada en la sala y cuando ya sólo me quedaba un sorbo de café, Yadiel salió hasta allí y aun con la cara soñolienta me dijo:

—Parece que hicieron café y no me brindaron.

—Es que estabas profundamente dormido y no quise despertarte. ¡Buenos días!

———¡Buenos días! Bueno, lo que no quisiste hacer tú lo hizo el olor, eso fue lo que me despertó.

—Sí, eso veo. Ven, siéntate, déjame servirte el tuyo. —le dije, mientras tomaba mi último sorbo.

Yadiel se sentó y fui a la cocina para servir el café, luego se lo llevé y me senté a su lado.

—¿Cómo amaneciste? —me preguntó.

—Bien, dentro de lo que cabe. Anoche no me dejaron dormir. ¿Y tú?

—Yo amanecí mejor que nunca. Aunque a mí tampoco me dejaron dormir.

—Ah, ¿A ti también te estaban tocando de madrugada?

—No. A mí lo que me hicieron fue que empezaron a provocarme desde que me acosté.

—¿Sí? ¿Y de qué manera?

—Pues una persona se acostó completamente desnuda al lado mío, y no conforme con eso, me hicieron dormir con un trasero espectacular contra mi pene. Y, ya sabes, es una persona que me gusta demasiado, me fue difícil conciliar el sueño.

—¡Vaya! Creo que esa persona merece ser castigada.

—Por supuesto. Es más, esa persona ya recibió su castigo.

—¿Qué le hiciste?

—Pues me desperté de madrugada y esta vez no estaba dispuesto a pasar por el mismo sufrimiento para dormirme, y decidí no quedarme con las ganas. Ella también tenía que sufrir y que su sueño se viera interrumpido. Entonces comencé a provocarla para que se excitara tanto como yo. Acaricié sus senos, empecé a masturbarla y… mejor no sigo, ya me están dando ganas de volverlo a hacer.

—Que bueno que tienes ganas, recuerda que tienes una deuda conmigo y estás a punto de pagarme.

—¿Ah sí? —me dijo, mientras se acercaba para besarme.

Lo detuve y le dije:

—Espera, eso no pasará aquí. Tenemos que subir a la terraza.

—¿Sigues con eso? Son las 8 de la mañana. A plena luz del día cualquiera podría vernos, o peor aún, alguien podría grabarnos.

—Tranquilo, eso no será un problema. Termina de tomarte el café. Ya vengo. —le dije, mientras me iba a la habitación y lo dejaba con una cara de preocupación que me causó mucha risa.

Salí de la habitación y le entregué una bolsa. Yadiel, un poco asombrado me preguntó:

—¿Qué es esto?

—Ábrela y mira por ti mismo.

La bolsa contenía un albornoz de algodón blanco; un gorro de tela suave; y un antifaz decorado con filigranas doradas, perfecto para dar un toque misterioso a quien decidiera ponérselo. Cuando la abrió y rebuscó entre el contenido, parecía no entender. Entonces, mostrándole que la bolsa que aún conservaba en mis manos contenía lo mismo, le expliqué:

—Con estas prendas podremos tener relaciones como quiero: en un lugar abierto ante la luz del sol. Ninguna persona que nos vea podría identificarnos. Como los albornoces pueden estar abiertos en la parte frontal, podremos disfrutar de nuestros cuerpos mientras lo hacemos. Como puedes ver, los antifaces cubren sólo los ojos y parte de la nariz, por lo que podremos besarnos sin ningún problema, y el gorro, bueno, ya sería el toque final para cubrirnos casi por completo.

—¿Te había dicho que estás loca? —me dijo, mientras me miraba incrédulo.

—Hacía mucho que no me lo decías, pero sí, me lo has dicho.

—Ya tenías todo calculado, pero no me contaste nada sólo para hacerme sufrir.

—Era una sorpresa que quería guardar justo para el momento antes de hacer esta locura.

—Ya veo. Pues siendo así, vayamos a cumplir tu loca fantasía.

Nos pusimos los albornoces sin nada de ropa interior debajo, luego nos pusimos los gorros y finalmente los antifaces. Nos paramos al pie de la escalera y luego de tomar un suspiro, empezamos a subir.

Nos acercamos al área donde estaban los muebles, justo donde lo habíamos hecho bajo la lluvia la noche anterior. Observamos nuestro alrededor y ciertamente era un lugar en donde alguien, desde otro edificio, quizás podía vernos. Le pedí a Yadiel que se sentara y me senté encima de él mirándolo a los ojos, quería mantener el control. Luego, crucé mis brazos en su cuello y comencé a besarlo. Me movía de manera sensual mientras sus manos apretaban mis nalgas. Su erección rápidamente cobró vida y empecé a sentir su pene entre mis piernas. Me levanté un poco para que pudiera penetrarme, y seguí besándolo como si hubieran pasado semanas desde la última vez que había besado esos labios.

Al transcurrir unos minutos, separé mis labios de los suyos y dirigí su cabeza hacia mis pechos para que los chupara. Yadiel mordisqueaba mis pezones con maldad mientras empujaba su pene dentro de mí con fuerza. Luego arrastró la lengua hasta por debajo de mi barbilla y allí también empezó a mordisquearme. La metió en mi oído y me tomó de la cintura para hacer que subiera y bajara más rápido. Volví a besarlo y esta vez fui yo quien, después de hacerlo, empecé a lamerle el cuello e introduje el pulgar de mi mano izquierda en su boca. Le di un par de besos en el pecho

y, posteriormente, me puse de pie para volver a subirme en él, pero esta vez de espaldas. Amarré el albornoz para cubrir la parte frontal de mi cuerpo y me senté otra vez sobre él.

Yadiel se aferró a mis pechos por encima de la prenda y recorrió todo mi cuello con besos mientras yo cabalgaba arriba de él. Cuando ya se estaba viniendo, me ahorcó un poco con la mano derecha y yo alcé la cabeza para mirar al cielo. Era un hermoso día, y el placer que estaba sintiendo en ese momento, lo hacía aún mejor. Cerré los ojos y empecé a saltar más rápido, él extendió las piernas y me apretó con más fuerza. Se estaba viniendo con un jadeo que escuché directamente en mi oído.

Cuando terminó de venirse, quitó su mano de mi cuello y la llevó hasta mi vagina para acariciar mi clítoris mientras aún me penetraba. Con esa combinación de su pene dentro de mí, al tiempo que me masturbaba, en un instante, yo también me vine echando todo mi cuerpo hacia atrás. Nos quedamos allí por un momento. El sudor corría por nuestros cuerpos agotados, y nuestros desesperados pulmones inhalaban y exhalaban con rapidez, tratando de recuperar el ritmo natural del flujo de aire.

Fuimos abajo para preparar el desayuno, y luego de desayunar, nos sentamos juntos a ver el video que grabamos la noche anterior. Ver nuestros movimientos y nuestra manera tan perfecta de tener sexo, nos dio muchas ganas, y lo volvimos a hacer poco antes de irnos. A la hora de abandonar el edificio, nos paramos un momento a contemplar aquel lugar en donde tachamos algunas de nuestras fantasías y donde quedarían las huellas de tantos recuerdos.

Llegamos a casa de mis tíos pasado el mediodía. Cuando entramos, el rostro de mi madre, iluminado por las luces que se filtraban por la ventana, reflejaba una interrogante silenciosa, una mirada que pedía explicaciones. Antes de que sus labios pudieran formular la pregunta, me adelanté con una explicación que ya había elaborado en el camino. Le dije que Yadiel quería ver al niño y que habíamos quedado en que pasaría por mí para llevarme a casa. En el eco de mis palabras, percibí la incredulidad titilando en sus ojos, como estrellas fugaces en un cielo nublado. Sabía que lo que le dije apenas alcanzaba para calmar la tormenta de sospechas que bullía en su interior, pero era todo lo que tenía para ofrecerle en ese momento.

Después de haber saludado a Yasmérlin, quien se encontraba absorto jugando en una tablet, Yadiel se me acercó y con voz baja para que nadie más pudiera escucharlo, me dijo:

—Quiero que sea hoy. ¿Puedo pasar por ustedes esta tarde?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, sabiendo muy bien de que me estaba hablando, pero con un profundo deseo de estar equivocada.

—Quiero que hoy le digamos la verdad. Me dijiste que ya les queda poco tiempo en el país, ¿cierto?

—Sí, nos vamos el jueves de la otra semana de arriba.

—Por eso. Quisiera tener todo el tiempo posible de compartir con él como su padre, no como un amigo.

—Te entiendo, y estás en todo tu derecho. —le dije, aun dudando un poco.

—¿Entonces paso por ustedes a las 6:00 pm?

—Sí, a esa hora estaría bien.

—¡Perfecto! Los veo a las 6:00 pm.

—Muy bien.

—Yasmérlin, ¿Puedes venir un momento, por favor? —dijo, dirigiéndose al niño, quien aún estaba muy concentrado en su juego.

Yasmérlin se acercó, un poquito incómodo por tener que pausar el juego, entonces Yadiel le dijo:

—Le estaba diciendo a tu mamá que pasaré por ustedes esta tarde. ¿Qué te gustaría hacer?

—¡Quisiera ir a montar bicicleta! —respondió, muy emocionado—En casa puedo pasear mucho en bicicleta, pero aquí mi mamá no me deja.

—Es que aquí es muy peligroso, Yasmérlin. —intervine, tratando de defenderme.

—Conozco un lugar donde podrás montar todo el tiempo que quieras. —dijo Yadiel, mostrándose igual de emocionado que Yasmérlin—. Es más, hasta podremos montar juntos. Y tu mamá también. —añadió, dirigiendo su mirada hacia mí.

—Mami no sabe. —dijo Yasmérlin de inmediato.

—¿Cómo que no sabe? —dijo Yadiel, un poco sorprendido.

—No, no sé, y no te atrevas a burlarte. —dije, interviniendo nueva vez en la conversación.

Los dos se rieron de mí, pero no se atrevieron a decir más nada. Yadiel se despidió de todos y se marchó.

Capítulo XVI

Me pasé todo el día pensando en que tan solo unas horas más tarde me tocaría enfrentar uno de los momentos más difíciles de toda mi existencia. Parecía algo sencillo, pero contarle a Yasmérlin que Yadiel era su padre, era un evento que, sin lugar a duda, a los tres nos cambiaría la vida. El niño siempre supo que el hombre con el que vivía no era su padre. Aunque sentía aprecio por él, pues fue la figura paterna con la que creció, siempre hubo cierto distanciamiento entre ellos, como una barrera invisible que no les permitía establecer un vínculo muy fuerte. Aquel hombre, de por sí poco afecto a los niños, no pudo evitar tomarle cariño a Yasmérlin, pero su relación con él siempre fue más un esfuerzo por agradarme a mí que una verdadera intención de establecer un vínculo con el niño.

Siempre le decía a Yasmérlin que su padre estaba en algún lugar, y que cuando llegara el momento, cuando estuviera lo suficientemente grande para entenderlo, entonces le contaría la verdad. No quise mentirle diciéndole que su papá había muerto o que me había abandonado, y sólo le explicaba que los padres no siempre pueden estar juntos y que algún día me entendería.

Yadiel pasó por nosotros alrededor de las 6:30 pm y fuimos a la zona colonial. Allí, rentó dos bicicletas, una para él y otra para Yasmérlin. Yo me compré un helado y me senté en un banco a verlos dar vueltas de un lado a otro. A pesar de los nervios que sentía, me causaba cierta felicidad saber que me quitaría un peso de encima, ya que el niño al fin iba a tener esa pieza que faltaba en su vida para que pudiera vivir una infancia feliz. Tenía muy presente que la distancia le impediría forjar una relación cercana con su papá, pero de algún modo, de ahí en adelante podría contar con él.

Al culminar el tiempo por el que se habían rentado las bicicletas, fueron a entregarlas y yo me quedé sentada en el mismo lugar. Mi corazón palpitaba velozmente y mis manos sudaban sin parar, sabía que en cualquier momento regresarían a sentarse conmigo y que Yadiel querría que habláramos con Yasmérlin de inmediato. Sin embargo; todos mis nervios se disiparon cuando los alcancé a ver caminando hacia mí. Yadiel llevaba al niño de la mano y todo se puso en cámara lenta. Estaba consciente del gran parentesco que tenía mi hijo con su padre, pero nunca los había visto tan parecidos como en ese instante. Su manera de caminar, sus gestos al hacerlo, sus sonrisas, es decir, era como estar viendo a Yadiel con una copia de él en miniatura.

Cuando se sentaron, les di dos botellas de agua que había comprado para ellos, y hasta tomándosela eran parecidos. Una vez saciaron su sed, Yasmérlin se recostó sobre mí, este estaba a mi lado izquierdo y Yadiel se encontraba en el otro extremo, quedando el niño en medio de nosotros. En ese momento, Yadiel hizo un gesto para que tomara la iniciativa, ya que me correspondía a mí darle la noticia. Tomé una gran bocanada de aire y dejando escapar un suspiro comencé a hablar:

—Yasmérlin. —dije, dirigiéndome al niño.

—Mmm. —respondió Yasmérlin, quien se sentía agotado.

—Mírame.

—Dime, mami. —dijo, mirándome con cara de fastidio.

—¿Recuerdas que siempre te he dicho que tu papá está en algún lugar?

—Sí. —respondió con un resoplido, como si no quisiera hablar del tema.

—Pues, también te he dicho muchas veces que algún día, cuando pudieras entenderlo, te hablaría de él.

—Sí, siempre me dices eso.

—Resulta que entendí que tienes que conocerlo, saber quién es. Creo que es algo que te haría muy feliz. ¿Verdad que sí?

—Creo que sí. —respondió, esta vez un poco más atento e intrigado.

—Recuerda que yo lo que siempre he querido es que tú estés bien, que tú seas feliz, mi amor. —le dije, mientras se me hacía un nudo en la garganta y se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Sí, mami. Yo también quiero que tú siempre estes feliz.

—Gracias, tesoro. —hice una pausa y volví a respirar profundo—Mira, Yadiel es tu papá.

Yasmérlin volteó la mirada hacía Yadiel y se quedó congelado por un instante. Yo iba a decir algo, pero Yadiel me pidió que no dijera nada, que le diera un momento para que procesara la información. El niño agachó la cabeza y en ese momento sentí que el alma se me iba del cuerpo. Pero, casi de inmediato, volteó a mirarme otra vez y, dándome un abrazo, me dijo:

—Gracias por decirme, mami.

Yadiel permaneció en silencio, creo que al igual que yo, por más que había ensayado para ese momento, no sabía qué hacer y mucho menos que decir.

—Y a tu papá, ¿no le piensas dar un abrazo? —le dije a Yasmérlin, mientras abría los brazos, dándole la libertad para que pudiera ir a abrazarlo.

Yasmérlin lo dudó por un momento, pero después se puso de pie y, colocándose frente a Yadiel, también lo abrazó. Vi una lágrima rodar por la mejilla de Yadiel mientras este cerraba los ojos, sintiendo ese momento con todo su corazón. Por mi rostro, también rodaron un par de lágrimas que me apresuré a secar. Cuando dejaron de abrazarse, Yadiel miró a Yasmérlin a los ojos y le dijo:

—He llegado 7 años tarde a tu vida, pero te prometo que jamás te volveré a faltar. Estoy muy orgulloso de ser el padre de alguien como tú, y desde este momento viviré para que tú te puedas sentir orgulloso de tener un padre como yo.

Yadiel lo volvió a abrazar por un momento, y después, volvió a mirarlo a los ojos y con una sonrisa le dijo:

—No tienes que empezar a decirme papá. Me puedes seguir llamando Yadiel, señor, o como quieras llamarme, aunque ahora sabes que soy tu papá, quiero que sigas viéndome como un amigo. Quiero que el día que me llames “papá”, lo hagas porque sientes en tu corazón que debes llamarme así, no porque yo o tu mamá lo diga. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. —respondió Yasmérlin, con un tono muy firme.

Nos fuimos a casa y como de costumbre, Yasmérlin se durmió antes de llegar, y Yadiel y yo aprovechamos para discutir los puntos de nuestro acuerdo y ver cómo hacíamos para tachar esas fantasías que aún quedaban pendientes.

—¿Entonces se van el jueves de la otra semana de arriba? Ya has cambiado el vuelo un par de veces.

—Sí. Es que no planeaba quedarme tanto tiempo. Se supone que sólo serían unos días por lo de Carlos. Pero ya tenemos que irnos.

—Entonces nos quedan pocos días. Ya mañana es lunes y toca regresar al trabajo, pero veré como me organizo para pasar tanto tiempo con ustedes como sea posible.

—Conmigo no tanto. Ahora que Yasmérlin sabe la verdad, creo que podríamos ver si quisiera salir solo contigo.

—Sí, me gustaría presentárselo a mi mamá antes de que se vayan. Hace unos días que le di la noticia y no para de preguntarme cuando lo voy a llevar para conocerlo.

—Bueno, como estará entre tantos extraños para él, creo que sería bueno que yo fuera con ustedes, así se siente más en confianza.

—Sí, me parece perfecto. ¿Te parece si lo hacemos mañana mismo cuando yo salga de trabajar?

—Sí, está bien.

—Entonces, con relación a nuestro acuerdo. ¿Aún insistes en que terminemos todo esto y que después ya no pase nada más entre nosotros?

—Ése fue el acuerdo. ¿O no?

—Sí, ése fue el acuerdo, pero es que, lo que yo quiero contigo es mucho más que…

—No sigas —lo interrumpí—, ya sé por dónde vas y no quiero que volvamos a hablar de lo mismo. Te dejé muy claro que lo nuestro son nuestras fantasías y Yasmérlin, fuera de eso ya no hay nada más. Pero si te resulta muy difícil de entender, lo dejamos hasta aquí y nos enfocamos en tu relación con Yasmérlin, y listo.

—No, no te pongas así, ya entendí. Y discúlpame, es que —hizo una pequeña pausa mientras se mordía los labios—, olvídalo. Sigamos con nuestro acuerdo y ya, te juro que no vuelvo a hablar más del tema.

—No sé, creo que dejar las cosas como están sería lo mejor. No quiero que vayas a confundir las cosas y te vayas a ilusionar.

—No, descuida. Todo me quedó claro desde el principio, sólo quería confirmar que no se había despertado ningún interés en ti que fuera más allá de nuestro acuerdo. Pero ya tengo más que claro que aparte de eso, no quieres saber nada más de mí.

—Bueno, si estás seguro de que puedes controlar tus emociones, entonces todo sigue igual. Pero si sientes alguna duda, aunque sea la más mínima y me llego a dar cuenta, todo esto se acaba y damos nuestro acuerdo por terminado.

—De acuerdo. No te preocupes.

—Está bien. —le dije, de manera muy frívola.

—Bueno, si no me equivoco ya solo quedan tres fantasías, dos tuyas y una mía.

—Sí, lo de hacerlo en la playa, amanecer teniendo sexo y lo de hacerlo en un hospital.

—Yo ya tengo una idea para las dos primeras que mencionaste, pero todavía no sé cómo es que pretendes que hagamos lo del hospital.

—¿Todavía sigues dudando de mis capacidades?

—No. Yo sé que alguna idea loca debes tener en esa cabeza, es solo que, como siempre, no la has querido compartir conmigo.

—Tranquilo y confía en mí. Si nunca te digo nada es porque después empiezas con tus nervios y puedes dañar el plan.

—Yo sólo espero que no estés planeando herirme para luego ir a abusar de mí, mientras yo esté hospitalizado.

—Algo así. —le dije, con una sonrisa pícara.

—Que Dios me cuide. —respondió, mientras miraba hacia arriba.

—¿Cuál es tu idea para lo de la playa y lo otro?

—Sencillo. Irnos a un hotel en Punta Cana o en Juan Dolio durante el fin de semana. Ya es el último que nos queda.

—Está bien. Siempre y cuando no sea en el mismo de la otra vez, está todo bien.

—No te preocupes, también lo vamos a buscar juntos.

—Y también dividiremos los gastos.

—Cuando hablé de buscarlo juntos no me refería a eso.

—Lo sé. Pero igual quiero que dividamos los gastos.

—Está bien, supongo que no me queda más remedio que complacerte.

—Por supuesto. Me imagino que lo del hotel será de sábado para domingo, ¿podemos salir el viernes?

—Sí, por supuesto. ¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría que fuéramos a tomar y a bailar. Me hace falta algo así.

—Me parece perfecto. Entonces mañana los recojo para que vayamos a mi casa, y de paso discutimos si nos volveremos a ver antes del viernes.

—Excelente.

Llegamos y Yadiel me ayudó a llevar a Yasmérlin a la cama; este dormía profundamente. Con delicadeza, lo acostó y le dio un beso de buenas noches. Luego, se despidió de mí y del padre de

Carlos, quien estaba en la sala viendo las noticias, y se marchó.

Capítulo XVII

Al día siguiente, fuimos a la casa de Yadiel y Yasmérlin pudo conocer a sus abuelos. Ambos estaban locos con el niño y Yadiel estaba que saltaba de la felicidad. Aunque la mayor parte del tiempo me la pasé sentada, viendo como querían complacerlo en todo, esa noche me la pasé muy bien. Ver al niño tan tímido, pero tan feliz, llenó mi corazón de una inmensa alegría.

Yadiel fue por Yasmérlin el miércoles y el jueves para volver a llevarlo a su casa, y él y yo no volvimos a salir sino hasta el viernes, la noche en la que habíamos quedado para ir a bailar. Pasó por mí alrededor de las 9:00 pm. El niño aún no se había dormido, por lo que aprovechó para compartir un rato con él. Aunque Yasmérlin aún se veía confundido y un poco tímido con él, este no podía disimular que se ponía muy feliz al verlo. No paraba de hablar de las cosas que hizo con él cuando salieron solos y de cómo sus nuevos abuelos lo consentían en todo.

Cuando ya eran casi las 10:00 pm, alisté a Yasmérlin para que se fuera a dormir y Yadiel y yo nos fuimos a bailar. Esa noche me sentía bella; hacía tiempo que no me arreglaba tanto para salir. Me puse un vestido negro sin sostén, tacones altos de color amarillo, maquillaje y un labial rojo pasión que hacía juego con el esmalte de mis uñas. Yadiel, por su parte, no se quedaba atrás. Llevaba una camisa blanca con franjas azules, de mangas largas, cuidadosamente dobladas hasta el antebrazo. Vestía jeans azul marino que combinaban perfectamente con las franjas de su camisa, y unos tenis blancos. Esa ropa, en su cuerpo esbelto, lucía sensacional.

Nos fuimos a una disco y bailamos hasta los anuncios. Tomamos ron y unos shots de tequila que rápidamente nos hicieron empezar a comportarnos como dos adolescentes a los que no le importaba nada. Empezamos a darnos besos muy candentes mientras bailábamos, y Yadiel tenía todo mi labial entre sus labios.

A eso de las tres de la mañana, empezaron a cerrar. Fuimos de los últimos en salir, y al llegar al carro, me preguntó si quería seguir tomando porque él conocía otro lugar al que podíamos ir. Le di un beso y le respondí:

—Llévame a un hospital, no me siento muy bien.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —me preguntó, un poco preocupado.

—No creo que sea nada grave, pero por favor llévame a un hospital.

—¿Estás segura? Si quieres vayamos a mi casa, te tomas una pastilla y te acuestas un rato. Debe ser que tomaste demasiado.

—Yadiel, si te digo que me lleves a un hospital, llévame a un hospital y punto. —le dije, casi gritándole.

—Está bien, vamos. Pero no me tienes que hablar así.

—Discúlpame si te hablé mal.

—Vaya, tú pidiendo disculpas, debes estar muy mal. —dijo, con una pequeña sonrisa.

Cuando llegamos al hospital, se iba a bajar del vehículo para abrirme la puerta, pero lo tomé del

brazo y le dije:

—Mira, a partir de ahora tú vas a estar muy borracho y necesitas que te mediquen.

—¿Cómo así? Pero quien se siente mal eres tú.

—Estoy mal, pero sólo hay una inyección que necesito para sentirme mejor. —le dije, mientras le agarraba el pene.

—Esmeralda no me digas que…

—Sí. —lo interrumpí—Este es mi plan para que cumplamos esa fantasía.

Lo besé de manera muy sensual, creo que el alcohol y la emoción por lo que estábamos a punto de hacer, me tenían bastante excitada. Mientras lo besaba, metí mis manos por sus pantalones y empecé a masturbarlo. Luego lo miré a los ojos y le dije:

—¿Acaso no tienes valor? ¿O es que no quieres que esto esté dentro de mí? —le dije, mientras le apretaba el pene.

—Las ganas me sobran. Pero, creo que hacerlo ahí dentro es ir demasiado lejos. Hasta nos podrían arrestar.

—No sé por qué todavía dudas de mí. Sólo confía en mí y sigue mis instrucciones, te prometo que todo va a estar bien.

—¿Por qué mejor no lo hacemos aquí? Creo que eso contaría como hacerlo en un hospital, míranos, estamos en el parqueo.

—No, quiero que sea adentro, en una cama de hospital. Y tienes que saber que, si no lo hacemos ahí dentro, no pasará nada esta noche porque no lo haremos en ningún otro lugar.

—De verdad que tú estás loca. Pero más loco estoy yo que siempre me dejo arrastrar por tu locura. Voy a hacer todo lo que me digas, pero si no me siento cómodo, salimos y nos vamos.

—Está bien. Sólo finge estar muy borracho y sentirte muy mal.

—Pues, que la suerte nos acompañe.

Entramos por emergencias y, llevando a Yadiel del brazo, le dije a la enfermera que se había pasado de copas y necesitaba que le administraran un suero. La chica al principio dudó y decía que él no lucía tan mal, pero insistí en que no era la primera vez que se ponía así, y que ya eran muchas las veces que al llegar a casa porque se veía bien, teníamos que regresar al hospital debido a que empezaba a vomitar y hasta se desmayaba.

La enfermera nos llevó a una de las camillas, corrió las cortinas y nos pidió esperar por la doctora. Mientras ella llegaba, estudié toda el área y todo parecía perfecto. Eran casi las 4 de la mañana, así que allí en emergencias solo había unas pocas personas y no vi cámaras que pudieran grabarnos. Yadiel permanecía callado y con la cabeza baja, fingiendo estar grave como consecuencia de la gran cantidad de alcohol que había ingerido.

Cuando pasaron unos minutos, la doctora fue, le tomó la temperatura y sin hacer muchas preguntas le puso el suero. Después me llamó para que fuera a registrar sus datos. Tomé los

documentos de Yadiel, suministré lo que se me pidió y realicé el pago correspondiente. Luego volví donde estaba él, corrí las cortinas para quedar ocultos de la vista de todos y lo miré para que entendiera que estábamos listos para proceder.

Yadiel, aún algo inseguro, empezó a preguntar sobre la doctora y las enfermeras. Me vi obligada a tranquilizarlo explicándole que las enfermeras habían organizado turnos para garantizar que siempre hubiera alguien disponible, mientras las demás descansaban un poco. Y que la doctora, muy concentrada en su celular, apenas estaba pendiente de lo que sucedía a su alrededor.

—Este suero te lo acaban de poner, nadie va a venir en un buen rato. Sólo tenemos que tratar de no hacer ruido.

Mientras él estaba sentado en uno de los lados laterales de la camilla, me metí entre sus piernas y empecé a besarlo. Yadiel, rápidamente fue soltando el miedo y acarició mis muslos y apretó mis nalgas con fuerza.

Me separé un poco de él, di un rápido vistazo entre las cortinas, y al ver que el área estaba despejada, saqué mis bragas por debajo del vestido. Luego las envolví y me fui acercando lentamente hasta volver a meterme en sus piernas. Puse mis bragas en su nariz para que oliera los líquidos que las habían mojado y luego lo besé. Esta vez parecía no tenerle miedo a nada, al parecer estaba tan excitado que no le importaba si nos encontraban.

Me tomó de la cintura y me contrajo contra él. Metió su cabeza en mi pecho y rápidamente se encontró con mis pezones por la facilidad que le daba aquel vestido con el que no necesitaba usar sostén. Empezó a lamer mis pechos como si se los quisiera comer y yo tuve que controlarme para no dejar escapar un gemido. De manera cautelosa, empecé a quitar el broche de su correa, luego el botón del pantalón, después bajé el zipper y metí mi mano en sus calzoncillos para agarrar su miembro. Antes de sacarlo, fui corriendo a mirar entre las cortinas y todo seguía despejado. Entonces me volví a acercar, me puse de espaldas y sosteniendo el pene, yo misma comencé a penetrarme. Yadiel se bajó de la camilla y sólo se quedó recostado mientras me penetraba. Ya todo se había vuelto una realidad y estábamos teniendo sexo en un hospital.

Con los oídos atentos y teniendo sumo cuidado para no hacer ruido, los dos estábamos disfrutando tanto de ese encuentro íntimo que no queríamos que acabara. La adrenalina, el no poder gemir, el querer disfrutar de ese momento al máximo, le daban al sexo una dosis de placer y excitación que sabíamos que no pasaría mucho antes de que pudiéramos correrno.

Sentimos unos pasos acercarse y Yadiel rápidamente se sentó y se guardó el pene, mientras yo me arreglaba el vestido y metía mis bragas en sus bolsillos. Al ver que nadie entró, salí un momento para ver de quien se trataba, y era una de las enfermeras que había ido a medicar a alguien en otra de las camas. Me di una vuelta para observar el panorama, fui a una máquina expendedora y busqué un café, y cuando vi que estaba todo despejado, regresé con Yadiel.

Esta vez fui yo quien se colocó de espaldas a la camilla y Yadiel se paró con cuidado junto al porta sueros. Antes de que volviera a sacar el pene para penetrarme, le pedí que mirara que no fuera nadie, y después de cerciorarse, se acercó y me penetró lentamente mientras yo apoyaba mis nalgas en el borde de la cama. Trató de darme duro, pero el ruido nos podía delatar, por lo que tuvo que hacerlo despacio. Fue así; lento, pero delicioso. Un pequeño gemido salió de mí sin que pudiera evitarlo y Yadiel puso su mano derecha en mi boca para evitar que se repitiera. En

un momento, con sus movimientos sensuales y tan precisos, los dos nos vinimos casi a la vez. Con una sonrisa en el rostro por la satisfacción de que todo había salido bien, Yadiel guardó su miembro y luego me besó, y yo, también sonriente, me paré junto a él a arreglarme el vestido.

Nos quedamos un rato ahí, sin embargo, después de semejante descarga de placer, el sueño estaba empezando a decir presente. Salí y busqué a la enfermera para que le quitara el suero diciéndole que ya se encontraba bien. Ella quería esperar que se terminara, pero al entrar y ver que Yadiel ya no era el mismo que había entrado, nos hizo caso y nos dejó ir.

Ya casi amanecía cuando Yadiel me llevó a casa. Quedó de recogerme después del medio día para irnos a un hotel que habíamos reservado en la romana. En esta ocasión le volví a decir a mi mamá que me quedaría donde una amiga, por lo que no podía pasar a buscarme, y quedamos en encontrarnos en una plaza que quedaba cerca de la casa de mis tíos. Llegué al punto de encuentro y él ya estaba allí. Me recibió con una sonrisa y podría jurar que noté algo extraño en él, era como si estuviera nervioso o alguna cosa le preocupaba. Pensé en preguntarle, pero quise tomarme mi tiempo para observarlo bien y asegurarme de que no eran cosas mías.

Capítulo XVIII

Iniciamos nuestro viaje y el mismo fue bastante entretenido. Escuchamos algunas canciones clásicas que nos gustaban a ambos, uno que otro reggaetón y un par de bachatas. Llegamos al hotel alrededor de las 3:30 pm, hicimos el registro y de inmediato nos cambiamos para irnos un rato a la piscina, esto porque a eso de las 6:00 pm ya estaría cerrada y queríamos disfrutarla por un buen rato.

Cuando estábamos en la piscina, aún tenía la sensación de que Yadiel estaba actuando raro y le pregunté:

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? No. ¿Por qué?

—No lo sé, te noto un poco extraño. Estás como pensativo, hasta diría que te noto un poco nervioso.

—No, no me pasa nada, quizás es que estoy un poco cansado. Tú sabes que nos acostamos muy tarde.

—Sí, pero te daba tiempo a dormir bien, por lo menos 6 o 7 horas.

—Me levanté como a las 11:00 am, y siento que dormí bien, pero como que no descansé lo suficiente.

—A ti te pasa algo más y no me quieres decir. Hoy ni siquiera has hecho muchas de las bromas de mal gusto que te gusta hacer.

—Ja, ja, ja. De mal gusto, pero veo que ya te están haciendo falta.

—No dije eso. Es sólo que así es como eres y siento que hoy no estás siendo tú mismo. Y si de verdad estás muy cansado, entonces no podremos hacer lo que vinimos a hacer.

—Descuida, esta noche se cumplirá tu última fantasía.

—Y la tuya también. —le respondí, justo antes de sumergirme en el agua.

Nos quedamos en la piscina hasta pasadas las 5 de la tarde. Luego fuimos a la habitación y nos comprometimos a mantener cierta abstinencia, para tenernos todas las ganas del mundo al caer la noche. Pero, cuando nos estábamos cambiando, no pude evitar morderme los labios al ver a Yadiel desnudo frente a mí. Su cuerpo estaba tan bien definido, sus músculos bien fornidos y su pene robándose mi mirada.

Yadiel, por un momento, también se quedó observándome y sus ojos denotaban las ganas que tenía de pegarme contra la pared y devorarme. Pero, siendo fieles a nuestro compromiso, nos controlamos y mantuvimos nuestra distancia. Después de cambiarnos, preparamos un poco de café y nos sentamos en un pequeño balcón con el que contaba la habitación. Desde allí, nos dedicamos a ver la gente pasar mientras nos imaginábamos cómo podían ser las vidas de esos desconocidos. Cuando dieron las 7:00 pm, nos fuimos a cenar en uno de los restaurantes que había en el hotel.

Yo me había puesto un vestido de color rojo con florecitas blancas, este era un poco ancho desde la cintura hacia abajo, pero la tela hacía que se me pegara un poco al cuerpo, y Yadiel se quedaba atrás a propósito mientras íbamos caminando, sólo para ver mi trasero. Yo tenía puestos unos hilos, así que lo que podía ver era casi como si no llevara ropa interior.

Yadiel se había puesto unos joggers de color blanco y una camiseta negra que resaltaba sus músculos, por lo que yo también podía apreciar el atractivo de la persona que caminaba junto a mí.

Después de cenar, reposamos un poco sentados junto a una de las piscinas y luego nos fuimos a la playa. Teníamos planes de hacer realidad la fantasía que debía llevarse a cabo en aquel sitio, pero la presencia de demasiadas personas en los alrededores lo hacía imposible. Optamos por quedarnos contemplando el mar mientras conversábamos sobre Yasmérlin. Había innumerables historias que podía compartir con Yadiel sobre él, y él estaba completamente dispuesto a escucharlas todas. El tiempo pasó volando y allí nos dieron las once y algo de la noche. En un principio, solo queríamos esperar a la oportunidad perfecta para tachar una más de la lista, sin embargo, la conversación fue tan amena que por un momento nos olvidamos de eso.

Nos fuimos a la habitación y tan pronto entramos comenzamos a quitarnos las ganas. Él me besó justo tras cerrar la puerta y me recostó de la misma, y aun en eso, en su manera de besarme y de tocarme, podía sentir a un Yadiel diferente. Lo sentía más romántico, como si quisiera tocar más allá de mi piel y besar mucho más que mis labios. Me besaba con una pasión desbordante, y su delicadeza al acariciarme era como si yo fuera de cristal y él tuviera miedo de romperme.

Nos despegamos de la puerta y sin dejar de besarnos, fuimos hasta la cama. Yadiel se encargó de hacer que yo quedara acostada mirando el techo, mientras él dejaba caer múltiples besos tiernos por toda mi piel. Me quitó el vestido con lentitud y después la ropa interior, posteriormente me miró a los ojos y en su mirada también había piezas de ese Yadiel que sentía algo de nervios. Empezó a besarme por debajo de la barbilla lentamente, entonces bajó por mis hombros y se acercó a mi pecho. De allí, saltó a mi ombligo, y luego se puso de rodillas como para contemplar mi cuerpo. En ese momento me senté en la cama y lo tomé del cuello para darle la vuelta y entonces yo tomar el control. Le quité los pantalones y luego el tshirt, dejándolo en ropa interior. Empecé a besarlo mientras me balanceaba sobre su pene con la tela de su ropa interior interponiéndose entre nosotros. Le mordí los labios y luego lo besé en el oído y en ese instante se despertó la bestia que él llevaba dentro. Me tomó por el cuello y me acercó a su boca para que lo volviera a besar. Después me levantó un poco para quitarse los calzoncillos y cuando lo hizo, yo misma tomé su miembro en mi mano para penetrarme. Yo estaba toda mojada, así que su pene entró muy rápido en mí. Empecé a moverme de manera muy sensual mientras acariciaba sus tetillas y él me apretaba fuerte de la cintura, y en esa misma posición tuve el primer orgasmo de la noche antes de que él se viniera. Cuando me detuve, siguió moviéndose desde abajo hasta que también pudo correrse.

Lo hicimos otras dos veces más antes de que decidiéramos volver un rato a la playa para dar cumplimiento a esa fantasía que aún estaba pendiente. Eran pasadas las 2:00 am, así que teníamos la esperanza de que esta vez sí sería posible. Nos pusimos trajes de baño, tomamos un par de toallas y algo de ropa para después cambiarnos, supusimos que regresar con la ropa mojada a esa hora nos daría bastante frío.

Llegamos a la orilla de la playa y tal como habíamos imaginado, el área se hallaba completamente desierta. La fantasía se trataba de hacerlo en la arena, no había necesidad de entrar a mojarnos, sin embargo, una vez allí, me dieron ganas de meterme al agua. Yadiel dijo que no lo haría, pero después de decirle que se sentía caliente, se animó a acompañarme. Nos quedamos unos minutos abrazados allí dentro y luego empezamos a besarnos. Había luna llena y el cielo se veía lleno de estrellas, por lo que aquella escena se sintió como la escena de un libro muy romántico. Nuestro beso fue tierno, sin el hambre de devorarnos con la que acostumbrábamos a besarnos. Era consciente de que todo estaba a punto de terminar y que esa misma noche se suponía que cerraríamos el capítulo de nuestra historia, no obstante, muy dentro de mí, rogaba para que eso no terminara y pedía a gritos más momentos como ese. Con los ojos cerrados, me concentré en cada sensación que ese beso me provocaba, y traté de plasmarlo casi intacto en mi memoria para recordarlo todo segundo por segundo.

Yadiel me cargó y envolví mis piernas entre su cintura. Las olas nos mantenían en un sube y baja constante que se combinaba perfectamente con el movimiento de nuestros cuerpos. Hizo a un lado mi traje de baño y me penetró cuidadosamente. Yo me aferré a su cuello y eché la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas mientras él me lo hacía. Nuestros gemidos se perdían entre el sonido del viento y las olas que morían en la orilla. Los labios se encontraban de vez en cuando y nuestros cuerpos buscaban fundirse en uno solo. Después de un rato en esta posición, fuimos a la orilla, nos quitamos los trajes de baño para quedar totalmente desnudos, y nos colocamos donde el remanente de solo una que otra ola apenas podía alcanzarnos. Primero hicimos la posición del misionero allí sobre la arena, pero como llegamos al clímax, fue con Yadiel acostado y yo encima suyo, con el frente hacia el mar y dándole la espalda a él. Tengo que decir que fue una de las mejores experiencias de mi vida.

Cuando llegamos a la habitación, ya eran pasadas las tres de la mañana. Nos tomamos algunas cervezas y seguimos teniendo sexo hasta que vimos los primeros rayos de sol inmiscuirse por la ventana. Hubo algunos intervalos de descanso, pero verdaderamente fue una noche muy intensa y memorable, yo terminé con la vagina toda hinchada y Yadiel con el pene muy adolorido.

Debíamos entregar la habitación a las 12 del mediodía, así que decidimos dormir hasta las 10:00 am para tener tiempo de ir por el desayuno, y luego sentarnos al lado de la piscina hasta que llegara la hora de irnos. Nos levantamos y tal como habíamos planeado, nos fuimos a desayunar. Después de hacerlo, Yadiel propuso que fuéramos a caminar un rato por la playa. Él aún seguía comportándose un poco extraño, pero al final, asumí que se debía al hecho de que él también sentía esa sensación de pesar porque todo estaba próximo a acabar.

Mientras caminábamos por la playa, con los pies descalzos y nuestras chancletas en las manos, hablábamos sobre lo mucho que nos había gustado aquel hotel. Sentí a Yadiel detenerse y quedarse atrás, pensé que solo se había detenido un momento y que pronto me alcanzaría, así que continué caminando. Sin embargo, al volver la mirada hacia atrás, lo vi de rodillas, sosteniendo una pequeña caja que apuntaba hacia mí.

Me puse fría, pero me acerqué un poco más a él y vi que la cajita contenía un anillo. Entonces Yadiel comenzó a hablar:

—Aquí, frente al mar, frente a esas aguas que hicieron que mi carta llegara hasta ti, frente a ese mar donde una vez te dejé sola con lágrimas en los ojos, frente a ese mar tan profundo como lo

que siento por ti. Quisiera pedirte que te cases conmigo, Esmeralda Ureña.

Mi corazón latía tan rápido que quería hablar, pero no era capaz de articular nada. Clavé los dedos de mis pies en la arena, apreté los dientes y cuando sentí que era capaz de hablar le dije:

—¡No, Yadiel! ¡No! ¡No! ¿Por qué haces esto si te dejé muy claro en reiteradas ocasiones que ya no quería nada contigo más que cumplir con el acuerdo que teníamos?

—Porque mi corazón nunca se conformó con ese acuerdo. —respondió Yadiel, poniéndose de pie y acercándose a mí. —Hago esto porque te amo, Esmeralda. Te amo y amo nuestro hijo como nunca amaré a nadie más.

—Tuvimos nuestras oportunidades, Yadiel. Por favor entiende que la última murió aquella tarde en la playa. Te dije que mi corazón ya no puede amarte. Fui muy clara contigo desde el principio.

—Yo sé que tú también quieres intentarlo, yo sé que tú también te sentiste como nunca en estos últimos días. Lo que no entiendo es por qué te empeñas en ignorar esto tan grande que sentimos.

—Estás equivocado, Yadiel. Tú no sabes lo que yo siento y nunca podrás entenderlo. Ya vámonos de aquí por favor. —le dije, mientras me iba, casi corriendo.

Vi cómo algunas personas que presenciaron la escena miraban a Yadiel con lástima, y a mí como el monstruo que rechaza los sentimientos de un hombre. Quería salir lo antes posible de allí. Llegué a la habitación y me encerré en el baño a llorar. Una gran parte de mí deseaba haber dicho que sí. Pero ya me había hecho una promesa a mí misma y no sabía si sería capaz de recuperarme de otra ilusión con Yadiel.

Unos minutos más tarde, sentí a Yadiel entrar a la habitación. En ese momento me metí a la ducha y allí dejé salir el resto de las lágrimas que no podía contener. Salí del baño y mientras me cambiaba, él recogía sus cosas en silencio. Lo miré disimuladamente un par de veces y la tristeza que se le alcanzaba a ver me partía el corazón. Estuvo listo antes que yo y se sentó pacientemente a esperar que yo le confirmara que ya estaba lista. Al hacerlo, se dirigió a la puerta y, cuando me acerqué, me miró y preguntó:

—¿Puedo pedirte un último beso antes de que salgamos de aquí?

Me quedé mirándolo a los ojos por un breve instante, puse mi mano izquierda en su mejilla y lo besé. Él me respondió con un beso cargado de melancolía. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas y se aferró a mí como si no quisiera dejar escapar ese momento.

Cuando dejamos de besarnos, abrió la puerta y me dio espacio para que yo saliera primero. Retornamos a casa y a diferencia del viaje de ida, el de regreso fue muy silencioso, donde solo se escucharon un par de comentarios sueltos sobre cosas que veíamos en el camino.

La semana siguiente, Yadiel fue a ver y a buscar a Yasmérlin todos los días entre el lunes y el miércoles, porque nuestro vuelo era el jueves, pero él y yo cruzamos pocas palabras. El día del vuelo nos llevó al aeropuerto, y cuando estábamos a punto de abordar me dijo:

—Espero que tengan un excelente viaje, por favor me avisas cuando ya estés en casa. Y ten siempre presente, Esmeralda Ureña, que nunca te olvidaré y que serás siempre tú.

—Te escribiré desde que lleguemos, cuídate mucho. —me limité a decir.

Luego, Yadiel se agachó para despedirse de Yasmérlin y le dijo:

—Nos vemos pronto, muchachito. Pórtate bien. Te quiero mucho.

Luego le dio un fuerte abrazo y se puso de pie para dejarnos partir. Entonces Yasmérlin le dijo:

—Nos vemos pronto. Yo también te quiero. ¡Adiós, papá!

En ese momento nos marchamos y vi cómo estás últimas palabras habían impactado a Yadiel. Este se quedó con los ojos llenos de lágrimas, y él y Yasmérlin batieron sus manos diciendo adiós hasta que ya no podíamos vernos.

Capítulo XIX

Llegamos a casa, y aunque Yasmérlin se pasó la mayor parte del tiempo durmiendo, se fue a la cama justo después de comer algo. Yo, a pesar de que me sentía cansada, no tenía nada de sueño, así que me serví un poco de vino, puse algo de música y empecé a sacar las cosas de las maletas y a organizar todo en el apartamento.

A la mañana siguiente, llamé a la agencia para notificar que ya estaba disponible para volver a trabajar, y aproveché el día para realizar algunas diligencias que tenía pendiente. Para el sábado, ya no había nada que hacer, así que me quedé en cama hasta tarde viendo TV con Yasmérlin. Pasadas las 3:00 pm, recordé que aún no había revisado el correo, y motivada por ver algunas revistas que solía recibir, me paré de la cama y fui a revisar. Tal como lo esperaba, allí había revistas, y algunos sobres con facturas, pero, allí también se encontraba una carta que llamó mi atención desde que la vi.

Esperé estar dentro del apartamento para revisar bien, y el corazón me dio un gran salto al leer el nombre del remitente, este decía “Carlos Medina”. Me puse muy nerviosa y mis manos empezaron a temblar. Sentí que todo se volvía negro a mi alrededor y que mis rodillas perdían las fuerzas. Hice un esfuerzo por llegar hasta el mueble, y tirando todo lo demás en la mesita del centro, seguí estudiando el sobre, buscando obtener alguna explicación.

Después de haber leído detenidamente la información del remitente, vi que, efectivamente era una carta que Carlos me envió antes de morir. Aunque sentía unas ganas inmensas de rasgar el sobre y leerla, me quedé mirándolo fijamente por unos minutos, mientras pensaba que allí dentro se encontraban las últimas palabras de Carlos dirigidas hacia mí. Su pérdida era algo que todavía no lograba superar, pero conforme pasaban los días, iba aceptando cada vez un poquito más que ya no estaba entre nosotros, que solo me quedaban los bonitos recuerdos que tenía con él, y que, de algún modo, él seguía conmigo a través de todos esos consejos que me daba y que llevaba colgados en el corazón.

No me sentía con el valor suficiente para empezar a abrir esa carta, así que fui por un poco de vino, pero a la botella que había destapado el día que regresamos, ya casi no le quedaba, o, mejor dicho, lo que tenía no bastaba para armarme del valor que necesitaba para leer la misiva. Alisté a Yasmérlin y nos dirigimos al supermercado. De paso aprovecharía para comprar algunas cosas que me hacían falta, y el recorrido también me serviría para despejar un poco la mente. El lugar al que regularmente íbamos no se encontraba tan lejos de casa, así que nos fuimos caminando. Mientras caminaba con el niño de la mano, me perdí en mis pensamientos, y empecé a recordar todo lo que Carlos significaba para mí desde que éramos pequeños, cuando iba a Puerto Plata con sus padres de vez en cuando y permanecían unos días en mi casa. Para aquellos tiempos los dos éramos muy niños y había mucho que no recordaba, pero si algo estaba clavado en mis recuerdos, era esa sonrisa que siempre acostumbraba a llevar con él y esa manera tan peculiar de siempre ver el lado bueno de las cosas.

Al regresar a casa, me tomé dos copas de vino antes de poder abrir el sobre que contenía la misiva de Carlos, y después de un largo suspiro, saqué la carta y empecé a leer.

Capítulo XX

Cuando terminé de leer la carta, tenía el rostro empapado en lágrimas, sentía un nudo tremendo en el pecho y no podía parar de llorar. Me encerré en mi habitación y puse algo de música, con el único propósito de que Yasmérlin no pudiera verme ni escucharme. No era un llanto en el que solo me salían las lágrimas, me hallaba muy compungida y no podía evitar expresar en voz alta todo el dolor que guardaba en mi pecho.

Lloré tanto que me quedé dormida con la cabeza sobre una almohada completamente empapada. Al día siguiente, sentía el mismo dolor de la noche anterior y sólo quería irme a Santo Domingo. Antes de que Yasmérlin despertara, compré los vuelos y arreglé las maletas. Mis ahorros ya estaban casi al límite, sin embargo, necesitaba volver a viajar. Cuando el niño despertó y le informé que regresaríamos a la República Dominicana esa tarde, me miró con cara de incredulidad, pero en cierta forma se alegró.

Pasadas las 8:00 de la noche, ya estábamos en Santo Domingo y, aunque lo pensé mucho, no quise decirle nada a mi familia para que no se preocupara por haber regresado tan pronto y tan de repente. Ya después tendría tiempo de explicarles, en ese momento solo me interesaba ver a Yadiel. A él tampoco le había dicho nada, pero tomé un taxi hasta su casa, aunque él no estuviera ahí, sabía que su madre me recibiría con los brazos abiertos. Cuando llegamos, sentí un gran alivio en el pecho porque vi su carro parqueado afuera, lo que indicaba que él se encontraba en casa. Antes de bajarme, le pedí al taxista que me diera un momento, pues necesitaba prepararme antes de verlo. Sabía que le causaría mucha confusión verme allí, y que tendría que ser fuerte para no echarme a llorar frente a todos. Cuando me sentí lista, nos bajamos del taxi, el taxista ayudó a bajar las maletas, y luego de respirar profundo, toqué la puerta. Lo hice unas dos veces antes de escuchar a su mamá gritar “Ya voy”. Al abrir la puerta, vi cómo se iluminó su mirada al vernos. La saludé con un abrazo y posteriormente le pedí a Yasmérlin que saludara a su abuela. Entramos a la casa y me ayudó a entrar las maletas. Entonces preguntó:

—¿Tienen hambre?

—Yo estoy bien, pero quizás Yasmérlin quiere comer algo.

—¿Tienes hambre, bebé? —preguntó, esta vez dirigiéndose a Yasmérlin, quien asintió con la cabeza.

—Entonces ven, siéntate en el comedor que te voy a dar un poco de la cena de Yadiel, ya que él aún no ha cenado.

—¿Y ese dónde anda? —le pregunté.

—Creo que se está cambiando, no hace mucho rato que salió del baño. Ve a ver si ya terminó. —me dijo, mientras terminaba de acomodar a Yasmérlin en el comedor.

Me dirigí a la habitación de Yadiel y toqué la puerta con insistencia. Él, un poco molesto, y sin saber aún quién era, respondió con algo de enojo que abriría en un momento, supongo que pensó que era su madre.

Tras abrir la puerta, abrió los ojos de asombro y se puso pálido. Lo vi con intenciones de decir

algo, pero las palabras no le salían. Entonces me acerqué, le di un beso y luego lo abracé fuerte mientras me recostaba sobre su pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí, Esmeralda? ¿Qué significa esto? —me preguntó, con la voz entrecortada.

Sus preguntas hicieron eco en las paredes y no le respondí, solo lo abracé un poco más fuerte y acomodé un poco más mi cabeza sobre su pecho. Yadiel me respondió el abrazo y respetó mi silencio, y después de un rato estando ahí abrazados, lo solté, y mirándolo a los ojos le dije:

—Tengo que mostrarte algo. ¿Vas a salir?

—Tenía pensado dar una vuelta, pero, ya que estás aquí puedo cambiar de planes. ¿Y Yasmérlin?

—Está con tu madre. En este momento debe estar comiéndose tu cena.

—¡Vaya! ¿Cuándo llegaron al país?

—Justo ahora. Vinimos del aeropuerto para acá.

Yadiel se veía ahora más confundido, pero no me preguntó más nada.

—Déjame terminar de cambiarme para ir a saludar a Yasmérlin, tengo muchas ganas de verlo. Luego me muestras lo que me quieres mostrar.

—Está bien. ¿Crees que tu mamá se pueda quedar con él mientras salimos un rato?

—Sí, por supuesto. Ella feliz de poder consentir a su nieto.

—Muy bien.

Salimos a la sala y Yadiel y Yasmérlin se saludaron con un fuerte abrazo. La madre de Yadiel insistió en que comiéramos algo y nos sentamos a cenar antes de salir.

Hablamos con ella sobre cuidar al niño, y tal como él dijo, ella felizmente aceptó. Salimos, y le dije que quería que fuéramos a un lugar donde pudiéramos ver el mar. Él no entendía nada, pero sin reproches, fuimos al malecón. Siguiendo mis instrucciones, nos dirigimos a un banco que miraba al mar y que estaba justo debajo de una farola. Una vez sentados allí, saqué la carta de Carlos de mi cartera y le dije:

—Ayer, mientras revisaba el correo, me encontré con esta carta, la envió Carlos antes de morir.

Vi cómo su semblante cambió, y cómo una tristeza profunda se apoderó de él. Con las manos temblorosas, con evidentes muestras de confusión y nerviosismo, la tomó y empezó a leer. La carta decía lo siguiente:

Querida Esmeralda,

Espero que al momento de recibir esta misiva te encuentres bien. Sé que debes estar preguntándote de qué se trata esto, y por qué decidí enviarte una carta cuando simplemente pude haberte llamado o escrito un par de mensajes. Pero, más adelante entenderás por qué era necesario que fuera de este modo.

En primer lugar, te voy a contar lo que me motivó a hacerlo, y luego procederé a explicarte por

qué lo que tengo que decir, debió ser comunicado de esta forma.

Como habrás notado, en los últimos meses, Yadiel y yo nos hemos vuelto muy buenos amigos. Hace unos días estuvimos juntos en la playa, y desde temprano lo noté muy pensativo y algo nervioso. En un momento determinado, lo vi alejarse sigilosamente del grupo mientras llevaba algo en la mano. Lo seguí sin que se diera cuenta, y cuando estuvo lo suficientemente alejado de la gente, lo vi pararse frente al mar. Su mirada se perdió entre las olas por unos minutos, y después, tras despertar de su letargo, aventó lo que tenía en la mano con todas sus fuerzas, en dirección hacia el mar. Justo en ese instante, vi que se trataba de una botella. Ya sabía de qué se trataba, pero esta vez no quise dejar las cosas en manos del destino, y esperé a que se alejara. Luego, me metí al agua y, sin perder de vista aquella botella que flotaba a la deriva, nadé durante un buen rato hasta poder recuperarla. Casi sin fuerzas, llegué hasta ella y estuve a punto de ahogarme, pero me juré a mí mismo que haría llegar esa carta a ti. Sabía muy bien que era su último intento de hacer que el destino volviera a cruzar sus caminos. Pero, con que pasara una vez, ya había sido demasiada casualidad. Las cartas que se encuentran separadas dentro del sobre son las que él lanzó al mar en aquella botella. En ellas, hay una carta que narra todo lo que pasó desde el día que lo llamaste, después de haber leído la primera carta que lanzó al mar, hasta la noche antes de nuestro viaje a la playa, cuando lanzó la misiva que logré recuperar. Allí también están las cartas que le enviaste en la caja de verdades. Me tomé el atrevimiento de leerlo todo, no con intenciones de conocer sus intimidades, sino para obtener esas piezas de su historia que me hacían falta para poder decirte lo que te diré a continuación.

He sido testigo de su historia desde el primer día, desde ese día que lo viste por primera vez en el supermercado. De ahí en adelante me tocó presenciar de primera mano su acercamiento, el inicio de su relación y todas las veces que lo volvieron a intentar. El Carlos de aquel entonces te hubiese dicho que renunciaras a ese amor, ese amor que tanto te dolía y que les hacía tanto daño, ya que los vi juntarse y separarse una y otra vez a pesar de lo mucho que se amaban. Pero, el Carlos de ahora, al igual que el Yadiel y la Esmeralda de hoy en día, es diferente. Todos hemos madurado y hemos vivido muchas cosas que nos han dado otra perspectiva de la vida.

Hoy puedo decirte que lo que ustedes tienen, no se puede tener con cualquiera: esa química, ese deseo, toda esa pasión y comprensión en la intimidad. En cuanto a cariño, ustedes no se quieren, ustedes se aman. Ustedes comparten un tipo de amor que desafía el paso del tiempo y la distancia. Es una conexión tan pura y profunda que puede adormecerse, haciéndoles creer que ha desaparecido, pero basta con una palabra para que despierte de nuevo. Lo más hermoso de ese amor, es que es siempre el mismo. Es un amor que, con todo y todo, permanece inmutable. Entonces, si se aman y se entienden en la cama, ¿qué pasa con ustedes?, ¿por qué no pueden vivir ese amor a plenitud?, ¿por qué se les ha hecho tan difícil ser felices juntos? Pues, la respuesta a todo eso es que les ha faltado el valor para luchar, y además, les ha faltado honestidad. Han preferido rendirse y hacerse a un lado, antes que admitir sus culpas y luchar por ese amor. Esmeralda, eres mi familia, y sabes que te quiero muchísimo, pero tú, en gran parte, has fallado. Desde el principio pusiste una coraza para mantenerte siempre a la defensiva, y desde siempre le has ocultado cosas a Yadiel porque piensas que, si demuestras lo que sientes, él jugará contigo. Desde el principio, fuiste tú quien siempre mantuvo secretos entre ustedes, y pensé que después de haber tenido un hijo, habías aprendido a ser más honesta con Yadiel, y contigo misma.

Yadiel ha cometido errores, pero es un ser humano, y de eso se trata la vida de nosotros los humanos: de errar, de aprender de aquello que hacemos mal. Su error ha sido no luchar lo suficiente por ti, y tu error ha sido cerrarte ante lo que sientes y no permitirte ser feliz al lado del hombre que verdaderamente amas.

En estos últimos meses, he visto a Yadiel sufrir por ti y puedo decirte con toda seguridad, que no hay un hombre que te vaya a amar más que él. Dale y date la oportunidad de intentarlo una vez más, pero no lo hagas hoy ni mañana, hazlo cuando estés segura de que de verdad lo quieres todo con él. Y si lo van a intentar, háganlo con todo el corazón: sin más mentiras, sin ocultar nada. Los dos tienen que abrirse y expresar lo que en realidad sienten. Hablen, díganse todas esas cosas que les molesta del otro, y luchen, luchen por ese amor como si de ello dependiera la vida. Llenen de amor la vida de su hijo y sean felices a toda costa, porque tanto tú como él, merecen ser felices.

El amor más hermoso no se encuentra en la perfección de alguien, sino en la capacidad de amar a ese alguien con todas sus imperfecciones. Se encuentra en esa alma donde no intentas moldear sus rasgos a tus deseos, sino que la aceptas y la abrazas en su esencia pura. Con ella, puedes ser tú misma, pues esa persona también te acepta tal cual eres.

De todo corazón deseo verlos felices, y espero verlos juntos cuando caminen encorvados y arrastrando los pies. Quisiera sentarme con ustedes frente al mar para ese entonces y que, mientras ustedes dos, mi pareja y yo, nos tomamos un café, podamos recordar con una sonrisa en el rostro, la historia de Yadiel Castro y Esmeralda Ureña. Creo que nada me haría más feliz.

Esmeralda, espero que mis palabras te ayuden a reflexionar, que Yadiel también pueda leer esta carta algún día, y que ese día cumplan mi deseo de intentarlo una vez más, pero una vez más con toda la sinceridad del mundo, y con todas las ganas de que sea el inicio de un para siempre. Vivan ese amor tan bonito que sienten y sean felices. Con dificultades, con altas y bajas, pero juntos. Los quiero mucho a los dos, y deseo verlos acercarse a mí con esta misiva en las manos, para decirme que lo van a intentar hasta el final de sus días.

Con amor se despide,

Carlos Medina.

Capítulo XXI

Cuando Yadiel terminó de leer, no podía contener las lágrimas que caían sin parar en el papel, escurriendo un poco la tinta. Entonces le enseñé el sobre, en donde estaba marcada la fecha de envío y le dije:

—Mira cuando se envió esta carta, sabes qué día fue, ¿cierto?

—Sí. —me respondió, entre sollozos. —Fue el día que tuvo el accidente.

—Sí. —le dije, apretando los dientes. —y el lugar desde donde la envió, es cerca de donde ocurrió el siniestro.

—¿Eso quiere decir que…? —su voz se trabó y sus labios empezaron a temblar.

—Sí, Yadiel. Aparentemente Carlos tuvo el accidente justo después de haber enviado esta carta. —le dije, mientras yo también sollozaba. —Carlos murió tratando de hacer algo por lo nuestro.

Yadiel agachó la cabeza y lloraba sin cesar. Yo por mi parte, tampoco podía contener las lágrimas y nos quedamos un rato llorando mientras nos abrazábamos. Cuando estábamos más calmados, le dije:

—Quiero intentarlo, Yadiel. Pero quiero intentarlo como dijo Carlos, quisiera cumplir su último deseo.

—¿Te refieres a…?

—Sí, Yadiel. —lo interrumpí—Quisiera intentarlo de todo corazón, sin mentiras, sin ocultarnos nada, entregarnos en cuerpo y alma. Yo también te amo, Yadiel, te amo con todo mi ser. ¿Aun tienes el anillo que me mostraste aquel día en la playa?

Yadiel se veía confundido, era demasiado lo que tenía que procesar, estaban pasando demasiadas cosas al mismo tiempo. Me quedé en silencio y esperé a que reaccionara. Lo vi ponerse de pie, y sin decirme nada, se dirigió a su carro. Por un momento pensé en que solo se iría y me dejaría allí, en realidad estaba preparada para eso. La última vez, lo había rechazado y ahora solo pretendía volver y esperar que su propuesta de matrimonio siguiera en pie como si nada. Agaché la cabeza, lista para escucharlo encender su vehículo y marcharse, pero en lugar de eso, escuché la puerta cerrarse y luego sus pasos acercándose hacia mí. Alcé la cabeza, y ahí venía Yadiel, trayendo entre sus manos la pequeña cajita de color rojo vino que contenía el anillo. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me puse de pie y le arrebaté el estuche, después me puse de rodillas y esta vez fui yo quien le dijo:

—Yadiel Castro, ¿te casarías conmigo?

Yadiel se quedó un poco sorprendido, y con una sonrisa pícara en el rostro me dijo:

—No pensaba hacerlo si esta vez no me lo pedias tú. ¡Claro que sí, Esmeralda Ureña! Casarme contigo es lo que más quiero.

Me extendió la mano para ayudarme a ponerme de pie, y cuando lo hice, me contrajo contra él y me dio un beso muy tierno. Así fue, como entre lágrimas y risas, nos comprometimos esa noche.

Nos fuimos a casa y encontramos a Yasmérlin acostado sobre la cama de Yadiel. Lo acomodamos en el centro de esta y por primera vez, dormimos los tres juntos en la misma cama. Al día siguiente, Yadiel me despertó antes de irse a trabajar y me dijo que ya le había comentado a su madre que nosotros nos quedaríamos allá por unos días. Yo aproveché para llamar a mi trabajo y solicitar algunos días de vacaciones. Esa misma noche anunciamos nuestro compromiso y también le conté a mi familia todo lo que había pasado.

La semana pasó muy rápido, pero en verdad fue una de las mejores semanas de mi vida. El simple hecho de ver a Yadiel todos los días, ver al niño encariñado con él y con toda su familia, me llenaba de felicidad. Para el fin de semana, Yadiel y yo acordamos salir solos para cumplir con una de las peticiones de Carlos, teníamos que sentarnos a hablar y decirnos todas esas cosas que guardábamos por dentro, lo bueno y lo malo, para dar comienzo a una relación sin mentiras y sin secretos.

Le conté a Yadiel cómo me sentía durante el tiempo que estuvimos llevando a cabo nuestras fantasías, y cómo una parte de mí moría de ganas por decirle que lo amaba. Le confesé el deseo ferviente de que nuestra relación fuera más que solo una serie de encuentros pasajeros, pero que, a la vez, me encontraba atrapada en la promesa que me había hecho a mí misma de no permitirme hacerle caso a mis sentimientos. Él me confesó que aquel viernes en que iría con Yasmérlin y conmigo al cine, y que canceló a última hora supuestamente porque saldría muy tarde del trabajo, en realidad lo había utilizado para ir a casa de Natalia Suárez. Me explicó que fue a hablar con ella para decirle que no la seguiría viendo porque quería tener algo serio con alguien más, es decir, conmigo. Fue una noche difícil, pero nos dijimos todo y nos comprometimos a nunca guardarnos secretos ni mentirnos.

Después de esa larga conversación, fuimos a un hotel para quitarnos esas ganas que nos habíamos aguantado durante toda la semana. Al entrar, yo, como siempre, caminé por toda la habitación con los pies descalzos, como si estuviera evaluando todo el lugar. Yadiel se encargó de poner algo de música suave y me esperó sentado en la cama.

Yo llevaba puesta una camisa blanca de mangas tres cuartos y un pantalón de tela fina, negro con rayas blancas. Yadiel tenía una camisa rosa, unos jeans y tenis blancos. Me paré frente a él y comencé a besarlo. Él me cargó y me acostó boca arriba en la cama. Luego, se quitó los zapatos, se recostó encima de mí y empezó a besarme lentamente. Sus besos eran lentos y muy suaves. Luego se deslizó hasta mi cuello y terminó en mi pecho. Comenzó a desabotonar mi camisa con toda la paciencia del mundo. Al llegar al último botón, desabrochó el de mi pantalón, bajó el cierre y me quitó los pantalones. Después, me sentó para terminar de quitarme la prenda y, cuando me tuvo en ropa interior, se recostó en la cama para que yo también lo desnudara.

Empecé a besarlo lentamente, tal y como él lo hizo. Luego fui quitando uno por uno los botones de su camisa, mientras dejaba caer un par de besos sobre su pecho y su cuello. Al llegar a los pantalones, desabroché la correa, quité el botón, abrí el zíper y bajé hasta sus pies para quitárselos.

Yadiel se volteó otra vez y volvió a colocarme debajo. Duró un rato besándome y después metió su mano por mi espalda para quitarme el sostén. Lo retiró y se deslizó hasta mis pechos. Los besaba como si de ellos brotara miel, con suavidad, con concentración, con una ternura y una delicadeza que me excitaban de una manera inigualable. Empecé a jadear mientras su pene erecto

rozaba mi parte íntima y nuestra ropa interior hacía fricción. Bajó hasta mi ombligo con besos cerrados y empezó a bajar mis bragas con los dientes. Yo me alcé un poco para que le resultara más fácil, y en cuestión de segundos ya estaba totalmente desnuda. Apreté sus nalgas por entre los calzoncillos y luego los retiré para que los dos estuviéramos completamente desnudos. Bajó hasta mi vagina y me hizo un sexo oral con el mismo sabor de sus besos: lento, delicado, con los movimientos exactos para casi hacerme venir.

Volvió a besarme y me fue penetrando lentamente. Apretó mis muslos y empezó el vaivén de dos cuerpos sincronizados al ritmo del amor. Lento, mordiéndonos los labios, yo apretando las sábanas y clavando las uñas en su espalda, y él, él moviéndose como un dios cuyo poder era hacerme explotar de placer. Se aferraba a mis piernas, colocaba sus manos en mi cara y me miraba a los ojos mientras me decía que me amaba y disfrutábamos de aquel momento. Y sí, así nos vinimos los dos. Sin sexo salvaje, sin movimientos bruscos, sin cambios de posiciones: esa noche hicimos el amor.

Capítulo XXII

El proceso de mi divorcio no había culminado, por lo que no pudimos casarnos sino hasta dentro de unos meses. Ha pasado poco más de un año desde entonces y ahora vivimos juntos aquí en los Estados Unidos.

Hace unos días a Yadiel y a mí se nos ocurrió algo y debido a esa idea, es que hoy, querido lector, tú estás leyendo nuestra historia.

En conjunto decidimos colocar todas nuestras cartas en una botella y lanzarlas al mar. Queremos que el mundo, en algún momento, conozca nuestra historia. Es por eso que, hoy 19 de mayo del 2023, hemos decidido poner en una botella: la primera carta que escribió Yadiel, la cual decidimos reescribir porque la tinta ya estaba muy desteñida; la de la caja de verdades, la cual le envié tras leer la carta en la botella que llegó a mis manos; la misiva que Yadiel me escribió y que Carlos rescató; la que Carlos me envió justo antes de morir; y finalmente, esta última carta que narra todo lo sucedido desde que Yadiel se enteró de la verdad y me dejó sola en la playa, hasta este punto de nuestra historia.

Sí, si eres quien encontró la botella, te damos todo el derecho de publicar un libro con nuestra historia. Puedes utilizar los nombres falsos que usamos durante toda la narrativa, o puedes usar los nombres que quieras, solo te pedimos que no cambies absolutamente nada de la historia.

Si, por el contrario, querido lector, estás leyendo un libro con nuestra historia, puede que ahora te estés preguntando si todo esto ha salido de la imaginación de quien lo publicó, o si en verdad es alguien que encontró la botella con las cartas y decidió publicar el libro. Estás en todo tu derecho de aferrarte a lo que más logre convencerte, pero al final del día, la única persona que podrá escoger con cual versión se quedará: serás siempre tú.

Cordialmente se despiden,

Yadiel Castro y Esmeralda Ureña

FIN.